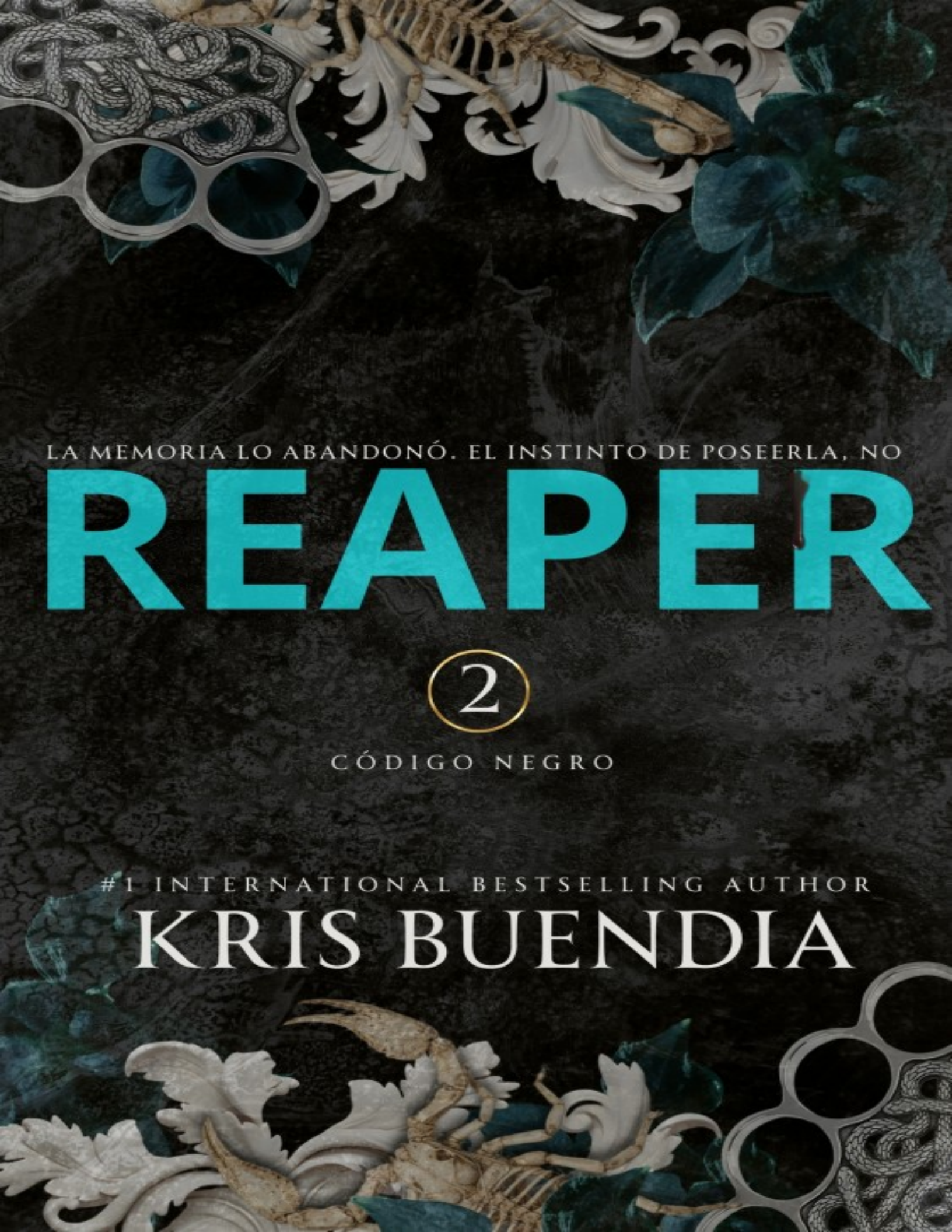

LA MEMORIA LO ABANDONÓ. EL INSTINTO DE POSEERLA, NO
REAPER
2
CÓDIGO NEGRO
#1 INTERNATIONAL BESTSELLING AUTHOR
KRIS BUENDIA

CONTENIDO

PLAY LIST
REAPER
LIBRO 2
「PALABRAS QUE PUEDES ENCONTRAR」
Estos son nuestros juramentos:
Y ESTOS SON LOS MÍOS:
Transcripción 911
PRELUDIO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Epílogo
Epílogo extra
¿FIN?
Capítulo extra:
CONTINÚA LEYENDO:
La historia de Claus
Prólogo

Copyright © 2026 Kris Buendia

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.
Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.
Título original: REAPER.
Serie: Código negro, Libro 2.
Diseño de portada: Kaos Studio 28
Diseño de interior: Kaos Studio 28, Kris Buendia.
1ra Edición, mayo 2026.

NIVEL DE OSCURIDAD DE MI UNIVERSO

NIVEL DE OSCURIDAD ALTO

- VIPER
- REAPER
- La Obsesión de mi Bestia
- Las Cicatrices de mi Monstruo
- Las Mentiras de mi Villano
- El Alma de mi Demonio
- La Sangre de mi Diablo
- El Corazón de mi Sombra
- La Devoción de mi Fantasma
- El Beso de mi Ladrón
- La Mansión
- Incitación
- Fascinación
- Redención
- La misión Ivanovic

- El imperio Ivanovic: La redención de Aleksei Ivanovic
- Engel
- Arráncame el corazón
- ¡El amor me ha estafado!
- Un extraño en el bosque
- Mi oscuridad
- Mi guardián
- Mi salvación
- Vicious King
- Lucifer
- El Malo: La Redención de Lucifer
- El Malo
- No way out – Dulce perdición

NIVEL DE OSCURIDAD MEDIO

- B de Bella
- Arte y Venganza
-

Arte y Placer

- Amarga Inocencia
- Corrompida
- Hermoso Pecado
- Seducida
- Atrapada
- Una criminal culpable
- Una criminal engañada
- Una criminal liberada
- C de Cenicienta

NIVEL DE OSCURIDAD BAJO

- Nunca me dejes de amar
- Nunca me dejes ir
- El regalo Perfecto
- Arráncame el corazón
- Arráncame el alma
- La novia perfecta
-

Confesión

- Quédate, pequeña mía
- Quédate conmigo siempre: No me olvides
- Quédate conmigo o vete: No te vayas
- Quédate conmigo: No tengas miedo
- Un Dulce Encuentro en el Perdón
- Un Dulce Encuentro en el Infierno
- Un Dulce Encuentro en el Paraíso
- El Regalo perfecto

Otros títulos:

Diario de Lectura
Colouring book. – Petals
Poemario – Resonancia
Hasta los huesos

PLAY LIST

Don't Fear The Reaper – Baltic House Orchestra
Specter – Bad Omens
War – YUNGBLUD
The Vengeful One – Disturbed
Antihero – Teflon Sega
Better Than Me – Hinder
Keep On – Kiki Beats, Eloy
Medusa – Amanati
i don't know you anymore – sombr
lovely (with Khalid) – Billie Eilish, Khalid
Too Deep – RITUAL, Delilah
Dying To Love – Bad Omens
Break My Broken Heart – Winona Oak
Knocking on Heavens Door – RAIGN
Certain Things (feat. Chasing Grace) – James Arthur, Chasing Grace
MAKE THE ANGELS CRY – Chris Grey
March of Mephisto (feat. Shagrath) – Kamelot, Shagrath
How Do I Love You? – MIIA
A Song for You – Haliia
Wicked Game – Witchz
Can You Hear Me Now? – Owsey
Ashes In My Mouth – Bleeding Verse
Under My Skin – SPC ECO
Break Stuff – Limp Bizkit
Breathe No More - B-Side Version – Evanescence
Looking Too Closely – Fink



REAPER

LIBRO 2
CÓDIGO NEGRO

KRIS BUENDIA

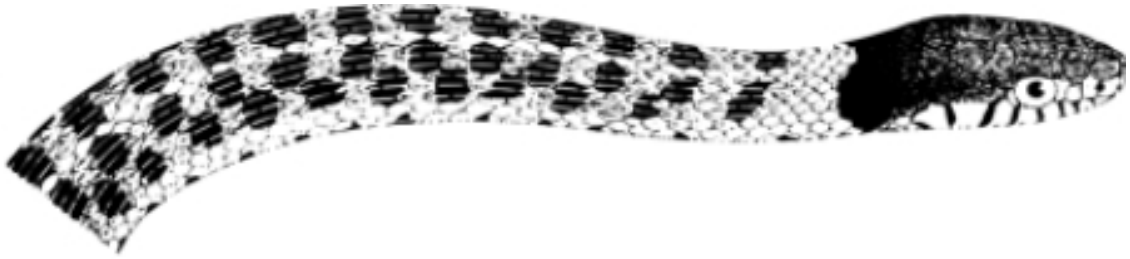
⌈PALABRAS QUE PUEDES ENCONTRAR⌋

◇◆◇

ALEMAN – SUIZO:

Mäuschen - Ratoncita

Meine – Mía



⌈ADVERTENCIAS⌋



Antes de comenzar, quiero recordarte algo importante: Tu salud mental es valiosa. En esta historia aparecen escenas y referencias que pueden resultar desencadenantes, incluyendo menciones de abuso infantil y otras situaciones oscuras propias del género. Si estos temas son sensibles para ti, por favor cuida de ti y considera no continuar con la lectura. Esta advertencia existe porque prefiero informarte con responsabilidad antes de que te adentres en la historia.

El siguiente libro contiene oscuridad, deseo y redención envueltos en sangre.

Aquí no hay héroes, solo monstruos que aprendieron a amar entre ruinas.

Encontrarás violencia, obsesión, pecado y placer —a veces, todo al mismo tiempo.

Si buscas amor dulce, cierra este libro.
Si prefieres luz, huye.
Pero si el caos te llama…
déjate atrapar por el Código Negro:

Sociedad/Hermandad secreta
Pérdida de memoria
Somnofilia

Tócala y mueres
Stalker
Spicy
Uso de drogas
Síntomas de abstinencia
Proximidad forzada
Bisexualidad
Voyerismo
MMC x MMC
MMC x MMC x FMC
Crimen organizado
Redención
Antihéroe
Torturas
Traición
Secuestro
Obsesión por protegerla
Protector herido
Confianza rota
Pasado siniestro
Dominante
Salvaje
Red de trata
Almas condenadas
Heridas invisibles
Juramento roto
Atracción inevitable
Deseo incontrolable
Vínculo letal
Sombra del pasado
Confesión desesperada

⌈REAPER: CÓDIGO NEGRO⌋

◇◆◇

Mi hermano dice que no lo traicioné.
Pero yo recuerdo la sangre.
Perdí la memoria del último año, no la culpa. Sé lo que hice. Sé que lo apuñalé por la espalda. Ya no soy su sombra perfecta, soy el error que sobrevivió… y mi penitencia es servir a Código Negro sin hacer preguntas. Limpiar las calles. Obedecer. Sangrar si es necesario.
Hasta que la recuerdo a ella.
Mi vecina.
Mi Mäuschen.
Puede que haya olvidado muchas cosas, pero no la necesidad de protegerla. No el instinto que me empuja hacia su puerta cada noche. Mäuschen guarda secretos… y alguien la está cazando.
Si tengo que elegir entre mi juramento y ella, la decisión está tomada.
Porque esta vez no seré la sombra de nadie.
Seré la guadaña.
Y el que la toque morirá.

◇◆◇



Dicen que el *Código Negro* no se firma: se sangra.
No existen reglas escritas, ni mandamientos grabados en piedra.
Cada miembro crea su propio juramento —y con él, su condena.
Puedes modificarlo, romperlo o reinventarlo, pero una verdad permanece:
no puedes escapar de la deuda que dejas con tu propia sangre.
Aquí, la lealtad se prueba en la oscuridad.
El silencio es pacto.

La muerte, consecuencia.
Y el amor... la más peligrosa de las promesas.

Porque el Código no vive de palabras.
Vive de lo que estás dispuesto a perder para mantenerlas.

ESTOS SON NUESTROS JURAMENTOS:

"YO JURO, TÚ SANGRAS."
"YO DECIDO, TÚ CAES."
"YO MANDO, TÚ SOBREVIVES."
"YO ELIJO, TÚ PAGAS."
"YO REINO, TÚ TE ARRODILLAS."

Y ESTOS SON LOS MÍOS:

Juramento I

El Código está por encima de la carne, del miedo y del nombre.

Juramento II

Aquello que reclamo queda sellado. Cruzar ese límite es firmar una muerte.

Juramento III

No explico órdenes. Se obedecen… o se entierran.

Juramento IV (A mi obsesión)

Caminaré delante para protegerte y detrás para eliminar lo que te amenace.

Juramento V

La verdad siempre sangra. Yo decido cuándo y cuánto.

TRANSCRIPCIÓN 911

Despacho, mayo 28

(911 despachador): 911, ¿cuál es su emergencia?

(VOZ DE NIÑO): (sollozando)

(911 despachador): ¿Hay alguien ahí? ¿Cómo te llamas?

(VOZ DE NIÑO): (voz rota) a… Azrael…

(911 despachador): Azrael, dime qué pasa.

(Azrael): Mamá… no se levanta… (solloza) no me habla…

(911 despachador): ¿Está en el suelo?

(Azrael): Sí… (respira rápido) no se mueve…

(911 despachador): Acércate. Pon tu oído junto a su nariz… escucha si respira.

(Azrael): (se mueve, tela rozando, silencio corto) … no… no oigo nada…

(911 despachador): ¿Sientes aire en tu cara?

(Azrael): (voz quebrada) …no…

(911 despachador): Azrael…

(Azrael): (empieza a llorar más fuerte) …mamá… por favor… despierta…

(911 despachador): Quédate conmigo. No cuelgues.

(Azrael): (gime, desesperado) …no se despierta… no se despierta…

PRELUDIO

Azrael, 7 años.

Zurich, Suiza

Abro el refrigerador otra vez, despacio, como si al repetir la acción con cuidado, algo nuevo fuera a aparecer. Estoy buscando algo para comer, cualquier cosa, aunque sea un pedazo de queso. Pero no hay nada. Nada bueno. Solo cosas viejas y un olor feo que me hace arrugar la nariz. Los milagros no pasan de verdad, eso dice mi mamá, y yo creo que tiene razón, porque nunca me pasa ninguno.

Mamá está tirada en el sofá, dormida otra vez. Duerme mucho cuando se siente mal. Tiene el brazo doblado y una manchita donde se puso su medicina después de terminar la última botella. Yo sé que sabe horrible porque la probé una vez, solo un poquito, y me dio ganas de vomitar. Creo que por eso mamá se pone enferma y luego me grita fuerte, aunque después dice que lo siente y me abraza muy apretado.

Miro dentro del refrigerador una vez más, pero sigue igual, con cosas verdes y peludas pegadas en las paredes. Lo cierro rápido. Mi panza hace ruido, como un gruñido, y me da vergüenza aunque no haya nadie escuchando. Tengo hambre. Mucha. Me quedo parado en la cocina sin saber qué hacer, esperando que, aunque mamá dice que no existen, esta vez sí pase un milagro pequeñito.

Me quedo ahí parado cuando escucho la puerta. No la de afuera, la del cuarto. Mis hombros se ponen rígidos sin querer. Sé que es él antes de verlo. Marion siempre camina fuerte, como si el piso le debiera algo. Sale al pasillo y me mira como si yo estuviera en medio, estorbando.

Me quedo quieto cuando lo veo. Él está parado en la puerta, tapando la luz, y por un segundo pienso que es una sombra grande que se equivocó de lugar. Me mira de arriba abajo y frunce la cara.

—¿Y tú qué haces aquí? —dice—. ¿Otra vez revisando el refrigerador?

No contesto. Aprieto la manija todavía fría con la mano y bajo la cabeza.

—Te hablé —insiste, dando un paso—.Y Cuando yo hablo, se responde.

—Tengo hambre… —digo al final, muy bajito, como si la palabra fuera algo malo.

Él se ríe, pero no es una risa bonita.

—Siempre tienes hambre. Como si eso fuera problema mío.

Mira hacia el sofá y chasquea la lengua.

—Mira a tu madre. Así la pones, con tus tonterías.

Yo miro a mamá. No se mueve. Quiero ir con ella, despertarla, decirle que tengo hambre, que él me mira feo, que me da miedo, pero no se despierta nunca cuando más la necesito.

Marion vuelve a mirarme y se inclina un poco, lo suficiente para que su cara quede cerca de la mía. Huele raro, fuerte.

—¿Qué es lo que se dice? —pregunta despacio.

No quiero decirlo. Me arde la garganta solo de pensarlo.

—Nada… —murmuro.

Su mano cae fuerte sobre la mesa. El ruido me hace brincar.

—No te hagas el listo conmigo. ¿Qué se dice?

—No… —empiezo, pero no me deja terminar.

—Se dice "papá".

La palabra se queda flotando entre nosotros, pesada. Yo niego con la cabeza.

—No eres mi papá —digo, y mi voz tiembla, pero no me callo —. Tú no eres...

Su cara cambia. Ya no está seria, ahora está arrugada, fea, y su expresión es dura.

—¿Cómo dijiste?

—No eres mi papá —repito, y siento que me voy a romper—. Yo no me parezco a ti. Mi papá no era así.

Marion tiene el color de piel más oscuro que el mío, no se necesita ser un genio, lo sé. No es mi padre. Tengo el cabello de mi madre, negro como la noche y su nariz, el color de ojos dice que son como los de mi padre, ella me lo dijo una vez antes de desmayarse en el sofá.

Una de las tantas veces.

No sé de dónde saco el valor, pero sale solo. Marion me agarra del brazo, fuerte, y me duele.

—Escúchame bien —dice entre dientes—. Aquí se hace lo que yo digo. Yo te doy de comer. Yo mando. Y tú me llamas *papá*.

—¡Me duele! —lloro, y ya no puedo aguantar—. ¡Suéltame!

Mamá se mueve un poco en el sofá, pero no se despierta. Marion me suelta de golpe y yo doy un paso atrás. Me arde el brazo y las lágrimas me caen solas, calientes, sin permiso.

—No llores —dice—. Los niños que lloran son insoportables.

Me limpio la cara con la manga, pero sigo llorando igual.

—Tengo hambre —le repito, como si eso sirviera de algo.

Camino despacio, con la panza vacía y el corazón haciendo ruido dentro del pecho. Antes de entrar al cuarto, miro a mamá otra vez. Sigue dormida. Nadie me mira. Nadie me defiende. Cierro la puerta y me siento en el piso, abrazándome las piernas, pensando que tal vez los milagros sí existen… pero se olvidaron de mí.

A los pocos minutos Marion entra a mi cuarto sin tocar antes, como siempre lo hace.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

Mi espalda se pone rígida, como cuando en la escuela te llaman por tu nombre y sabes que hiciste algo mal aunque no sepas qué. No levanto la cara. Veo primero sus manos. Siempre veo sus manos. Están llenas de dibujos negros y manchas de grasa, y se mueven despacio, raro, como si pensaran solas. Trago saliva. El estómago me ruge y eso me da vergüenza.

—Si tienes hambre… —dice, acercándose— yo puedo darte algo.

Da otro paso. Yo retrocedo uno. Mi talón choca con la pared.

—Pero tienes que ser un buen chico —añade—. Los buenos chicos obedecen.

No me gusta cómo dice *bueno*. No me gusta cómo me mira. Siento calor en la cara y frío en las piernas. Niego con la cabeza muy despacio, aunque sé a qué le estoy diciendo que no. No otra vez, por favor.

—Y no se lo vas a contar a tu madre —continúa, bajando la voz—. Porque si hablas… —se queda callado un segundo— ya sabes lo que pasa.

Lo sé. Mi cuerpo lo sabe antes que mi cabeza. Me acuerdo del dolor, del ardor, de querer gritar y no poder. Aprieto las piernas y asiento rápido, muy rápido, para que pare, para que se vaya, para que no siga hablando.

Para que todo desaparezca.

—Eso —dice—. Así me gusta. Calladito.

Miro al sofá a lo lejos. Mamá sigue ahí, dormida, lejos, como si estuviera en otro mundo. Quiero correr hacia ella, sacudirla, decirle que tengo hambre, que tengo miedo, que Marion no es bueno. Pero no me muevo. No puedo, y más cuando escucho el sonido de su cremallera. *Odio ese sonido*.

Cuando siento su mano, mi mente vuela a lo lejos, lejos de los pensamientos, lejos de la realidad, mi profesora dice que sueño despierto y que eso no está bien, pero aquí, aquí está bien, porque no siento, incluso con las arcadas que siento al final cuando Marion termina, me sacude el cabello y gruñe como si estuviera enfadado.

No sé cuánto tiempo pasa, solo sé que ya no tengo hambre. No volveré a decirle a nadie, ni a mamá cuando tenga hambre, prefiero quedarme encerrado a mi cuarto a esto.

—Vete de aquí. —ordena.

Camino sin hacer ruido. Cada paso pesa mucho. Cierro la puerta despacio y me siento en el suelo sucio fuera de casa, abrazándome las rodillas. La panza sigue doliendo y quiero vomitar, pero ahora hay otro dolor, uno que no sé explicar, uno que no se quita aunque cierres los ojos. Me quedo ahí, tratando de no respirar fuerte, pensando que, si soy muy pequeño, muy silencioso, tal vez no me vea. Tal vez hoy no. Tal vez mañana sí exista un milagro.

CAPÍTULO 1

Juramento I
El Código está por encima de la carne, del miedo y del nombre.

Willow, 10 años.

Manchester, Inglaterra.

No puedo más. Cuando pienso mucho, la cabeza me duele y el pecho se me aprieta, como si me faltara el aire. A veces creo que si desapareciera todo sería más fácil, como cuando apagas una pantalla y ya no ves nada. He visto cosas en el teléfono que no entiendo del todo, pero sé que están mal. Cosas que me hacen sentir sucia por dentro. En internet hay de todo, dicen los adultos, pero yo no he encontrado nada que explique cómo dejar de tener miedo.

No quiero hacerlo.

No quiero ir.

—Tu turno, *pequeña.*

Dice "pequeña" como si fuera algo bonito, como si me estuviera cuidando. Yo sé que no es verdad, pero finjo que sí. Si no hago lo que dice, se enfada. Cuando se enfada, duele. Papá no dice nada. Mamá tampoco. Ellos dicen que es por el bien de todos, que el dinero hace falta.

—Vamos a hacer algo juntos —añade—. Compórtate.

Asiento con la cabeza porque eso es lo que hacen las niñas buenas. Las niñas buenas no preguntan. No lloran. No dicen que no.

—Y recuerda —dice mi madre sin mirarme—, sé buena con tu tío.

—Sí, mamá.

Me ayuda a subir a la camioneta. Su mano es grande y aprieta demasiado. La puerta se cierra y el ruido me hace estremecer. Me quedo mirando mis rodillas, contando las rayas del asiento, pensando que si no miro nada más, quizá no pase nada. Quizá esta vez solo sea ayudar. Quizá esta vez no duela.

Pero el miedo no se va.

CAPÍTULO 2

Willow, 25 años

Londres

El despertador no ha sonado. Lo sé con certeza porque cuando abro los ojos y miro la pantalla del móvil, el reloj me lanza una puñalada directa: una hora de retraso. Mi corazón se dispara y un grito ahogado de frustración se escapa de mis labios antes de que pueda controlarlo. El peso de la realidad me golpea de inmediato: hoy tengo doble turno en uno de los centros de emergencia más exigentes de Londres.

Me levanto de un salto, esquivando la pila de ropa que dejé tirada la noche anterior, y me dirijo a la ducha con pasos apresurados y la mente en modo supervivencia. Sé que llegaré tarde, probablemente malhumorada y sin tiempo para el desayuno, esa pequeña pausa que me ayuda a cargar energías antes de enfrentar el caos. Pero hoy no hay margen para indulgencias ni excusas. Cada minuto cuenta en urgencias, y el hospital no espera a nadie, menos a una enfermera de emergencias. Con la adrenalina ya corriendo, me concentro en preparar mi uniforme mentalmente: rostro serio, manos firmes, cabeza clara y lista para salvar vidas aunque todo esté en mi contra.

Tengo un rastro de sombra oscura que usé anoche para mi sesión de cámara y la borro apenas con una toalla desmaquillante. No debí grabar tanto anoche, pero es con lo que puedo pagar donde vivo, el hospital es simplemente mi profesión de fachada, aunque ame ayudar a salvar vidas, la paga no es tan buena para personas con un pasado como el mío.

…

Llego al hospital con el corazón todavía latiendo a mil por hora, tratando de controlar la respiración mientras cruzo la entrada automática que se abre con un susurro frío. La luz fluorescente del vestíbulo me recibe sin piedad, tan impersonal y dura como siempre. A mi alrededor, el murmullo constante de voces apresuradas, pasos resonando en los pasillos y el inconfundible pitido intermitente de los monitores me recuerda que aquí, en urgencias, cada segundo puede ser una cuestión de vida o muerte.

Sin tiempo para cambiarme o guardar la chaqueta, avanzo directo a la sala de enfermería donde mis compañeros ya están en movimiento. Algunos me lanzan miradas rápidas, mezcladas con comprensión y un poco de reproche por llegar tarde, pero sé que no tengo espacio para excusas y me importa una mierda en realidad.

—¡Mira quién decidió aparecer! —me dice Emma, una de las enfermeras y amiga, con una sonrisa cansada, pero cómplice.

—Llegué, ¿no? —respondo, secándome la frente con el dorso de la mano—. Nada como empezar el día con una hora de retraso y sin desayunar.

—Hoy vamos a necesitar más que café para sobrevivir —me advierte, señalando a un médico que ya está revisando un paciente en la camilla.

Antes de que pueda contestar, suena el teléfono del puesto de enfermería.

—¡Otro accidente en la autopista! —alguien grita.

El caos se enciende en un instante. Los turnos dobles y la falta de sueño desaparecen de mi mente cuando me coloco los guantes y me dirijo al siguiente paciente. Mientras trabajo, siento el peso de la jornada, pero también esa mezcla de adrenalina y satisfacción que solo se encuentra en este lugar. Como también la punzada de que alguien me vigila. Estoy rodeada de gente peligrosa, mi mejor amiga es la prueba de ello, su familia y su marido pertenecen al crimen organizado, y aunque ellos son los que matan a los malos y no a los buenos, me he dado cuenta de que, el mundo es demasiado pequeño y que todo es incierto.

Cuando por fin logro un momento para respirar, Emma me mira y dice con una sonrisa irónica:

—Si sobrevives a esto, te invito un café. O a dos.

—Trato hecho —le respondo, con una media sonrisa cansada —. Pero primero, que termine este turno.

Y justo ahí, con el ruido del hospital de fondo y el reloj marcando el tiempo que nunca parece alcanzar, sé que estoy en el lugar donde debo estar. Aunque llegue tarde, aunque el día sea una mierda, esta es mi batalla. Y no pienso rendirme.

No ahora, después de tanto caos en mi vida.

CAPÍTULO 3

Azrael, 30 años

Otra vez llegó tarde.

Estoy en mi apartamento, rodeado de sombras que me envuelven como un refugio necesario. Mi mirada no se aparta del móvil. La pantalla me muestra las imágenes en tiempo real del hospital donde Willow trabaja, donde la vida y la muerte se juegan cada minuto, y ella corre contra el tiempo, siempre con prisa, siempre con esa urgencia en la mirada. La veo entrar apresurada, evitando a pacientes, esquivando a la vida que parece querer aplastarla. Y aunque sé que debería dejarlo, no puedo. No puedo dejar de vigilarla.

Apago el móvil por un momento, pero la inquietud no me abandona. La necesito ahí, aunque no sepa por qué. Por eso me levanto y me pongo la chaqueta. Salgo de mi apartamento con paso firme, sin mirar atrás, y conduzco directo a la sede central de Código Negro. Ahí es donde el mundo se divide en sombras y luces, y donde mi hermano, el líder, maneja las piezas con mano de cobra. Yo solo soy su sombra más oscura, el que hace el trabajo que no quiere ver. El maldito hijo de puta que lo traicionó por años y me perdonó sin merecerlo.

Entro en la oficina, el aire está frío, lleno de tecnología y voces bajas. Noel y Claus no han llegado todavía. Voy al lavabo más cercano y me lavo las manos, no porque estén sucias, es porque lo necesito. Mientras me acomodo, saco el teléfono y vuelvo a abrir las cámaras. Las imágenes del hospital vuelven a encenderse, Willow sigue ahí, como un faro en medio del caos.

Y ese cabello revuelto, el que quisiera tener entre mis dedos mientras la tengo boca abajo, su rostro metido entre sus almohadas y yo bombeando su coño desde atrás…

—Otra vez vigilándola —la voz de mi hermano rompe el silencio detrás de mí, Maximilian Hass, el líder de código negro—. ¿Por qué no la invitas a un café o algo menos aterrador?

Sin mirarlo, respondo con voz seca:

—No tomo café. Ella sí. Cinco tazas diarias, lattes improvisados y una cantidad obscena de azúcar.

—Ya veo —dice serio—. Entonces toca a su puerta, llévale una máquina para hacer café o chocolates algo menos jodido que vigilarla.

Me giro lentamente para mirarlo, el ceño fruncido como una defensa automática.

—Ella no come chocolates.

Lo sé porque he visto como sus pacientes a veces le regalan chocolates y ella los rechaza amablemente. Pero mi hermano, no tiene porqué que saberlo.

Él me observa, esa sonrisa que parece saberlo todo se desvanece un poco y adopta un tono más serio.

—Cuando no la miras, a todas las mujeres les gusta esa mierda—me dice, y lo capta en mi mirada—No me jodas, ¿tienes cámaras en su departamento también?

No voy a pedir disculpas por eso.

—Tengo que cuidarla.

Él hace una pausa, como si meditara cada palabra.

—¿De quién?, ¿De ti?

Sus palabras me golpean con una mezcla de ironía y verdad. No sé cómo explicarlo, ni siquiera sé si quiero hacerlo.

—De nuestro mundo —respondo finalmente, y sé que con eso lo digo todo.

Mi hermano no replica. Solo asiente, como aceptando un secreto que pesa en el aire. Él lo sabe muy bien, tiene apenas un año de haberse casado con Hunter, la mejor amiga de Willow, conoce los límites, yo no los tengo. No cuando se trata de Willow, parece que, en el pasado era un hombre con las manos llenas de

sangre, pero cortés y correcto, ahora soy todo lo contrario. Más sangre, menos correcto. Sé que está preocupado, sé que a veces me ve con miedo, pero eso tampoco me importa.

Le he preguntado muchas veces si esa mujer que vive a unos cuantos metros de mi apartamento era mi mujer, y me lo ha negado, entonces ¿Por qué mi cuerpo reacciona de esa forma extraña cuando la veo? ¿Por qué ella se pone nerviosa cuando me la encuentro en el pasillo? Si ya me la he follado o estuve a punto, no lo sé, solo sé que mi polla necesita enterrarse muy profundo dentro de ella y si quiero, puedo morir ahí eternamente.

Me acerco a la mesa de trabajo, donde los planos y las pantallas iluminan mi rostro cansado. Mientras vuelvo a observar las cámaras, pienso en Willow. En cómo su mundo está a punto de chocar con el mío, aunque ninguno de los dos lo sepa aún.

Yo estaré ahí, invisible, siempre vigilando. Porque, aunque no entienda del todo por qué, sé que ella me pertenece. No como una posesión, sino como la única razón que tengo para no desaparecer en la oscuridad.

Pronto será mía, aunque ella no se lo imagina.

CAPÍTULO 4

Willow

Ha sido un turno de veinte horas y el cuerpo ya no me pertenece. Camino por el pasillo del hospital como si fuera un lugar prestado, con los pies arrastrándose dentro de los zuecos y la espalda rígida, pidiendo una tregua que nunca llega. Necesito una ducha de verdad, de esas que queman la piel y se llevan el olor ajeno, y dormir al menos tres horas seguidas antes de levantarme otra vez, cambiarme la cara frente al espejo y fingir que soy una persona funcional para mi otro trabajo. Después vendrá otro turno de doce horas en el hospital. Después vendrá lo de siempre.

—Nos vemos mañana, trata de descansar —me dice Emma mientras se coloca la mochila al hombro.

Es una de las pocas amigas que me quedan aquí. Las demás fueron transferidas, movidas como piezas de un tablero que nunca controlamos. Emma y yo tenemos plaza fija, estabilidad en un sitio donde nada lo es del todo. Asiento y sonrío, porque eso también se aprende: a sonreír aunque el cuerpo esté vacío.

—Tú también —le respondo, sabiendo que no lo hará.

Salgo del hospital y el aire frío me golpea la cara. Es casi de madrugada. La ciudad está medio dormida, y por un momento pienso que me gustaría ser como ella, apagarme por unas horas sin miedo. Camino hasta la salida repasando mentalmente lo que queda por hacer: llegar a casa, ducharme rápido, preparar el espacio, comprobar la luz, el encuadre, el silencio. Nadie sabe lo que hago después de ponerme el pijama. Nadie lo sospecha. Para ellos solo soy la enfermera agotada que siempre cubre turnos extra.

El dinero nunca es suficiente. Nunca lo ha sido. Hay facturas, deudas, cosas que no se nombran pero aprietan igual que una mano

en el pecho. Así que hago lo que tengo que hacer. Me repito eso como un mantra mientras camino: *es solo trabajo, es solo temporal, es solo hasta que deje de respirar*. Mantengo la cara neutra, la voz dulce, el control absoluto. Allí también soy buena fingiendo.

En casa me quito la ropa como si pesara toneladas y dejo que el agua me caiga encima. Cierro los ojos y apoyo la frente en la pared de la ducha. Hay días en los que el cansancio no es solo físico, días en los que el cuerpo recuerda cosas sin pedir permiso, y entonces tengo que contar respiraciones, anclarme al presente, recordarme que ahora tengo llaves, horarios, decisiones. *Que ahora nadie me sube a una camioneta*.

Cuando salgo, el reloj no se ha detenido. Me visto despacio, preparo todo con movimientos automáticos, como si siguiera un protocolo más. Antes de sentarme frente a la pantalla, me observo un segundo en el reflejo oscuro: la mujer adulta, aquella profesional, la que sobrevive. Nadie ve a la niña que aprendió demasiado pronto a obedecer para no romperse.

Me digo que solo serán unas horas.
Me digo que puedo con ello.
Siempre puedo.

Luego apago la luz grande y dejo encendida solo la necesaria.

CAPÍTULO 5

Azrael

New Clastle, Inglaterra

La lluvia golpea mi rostro con furia mientras avanzamos en silencio hacia el maldito barco. Newcastle no perdona, y esta misión no es una simple operación: es una condena más de lo que hago, de lo que hacemos y somos parte. Claus y Noel están junto a mí, y Max cierra la fila. No hay margen de error. Ellas están ahí adentro, en ese cadáver oxidado flotando a la orilla, y yo... yo soy la muerte.

Otro cargamento más, una misión más y —no lo dudo— mucha sangre que voy a derramar esta noche.

Un disparo rompe el aire. Instinto puro. Me agacho sin pensar, disparando al primer tipo que aparece en la cubierta.

—¡Cúbranse! —grita Claus desde atrás.

Las balas silban a nuestro alrededor. La adrenalina arde en mis venas. Abro fuego y disparo. La lluvia y la sangre se mezclan, pero no veo nada más que el blanco, la misión, y los objetivos.

—No pararemos hasta sacarlas de aquí —gruño sin dejar de disparar. Mi voz suena ronca, dura como el acero.

Noel se mueve rápido, brutal, salvaje a mi lado, mientras Max cubre nuestra retaguardia con precisión quirúrgica.

—Azrael, a la puerta. Yo me encargo de cubrirte —me ordena Claus con voz firme.

No respondo, solo corro, la determinación quemándome la piel. La madera cruje bajo mis botas, y siento la humedad mezclarse con el olor a metal oxidado y sangre.

Al abrir la puerta del camarote, disparo primero, pregunto después. Tres tipos caen sin tiempo a reaccionar. Las chicas,

temblando, me miran con ojos llenos de miedo y esperanza. Esos no son amigos, son enemigos, así que siempre disparo sin preguntar una mierda.

—¡Rápido! ¡Salgan conmigo! —les ordeno.

Una chica, con la voz temblorosa, susurra:

—¿Quién eres tú?

No hay tiempo para respuestas.

—Soy la última oportunidad que tienen —digo con voz firme mientras las agarro de la mano.

De repente, otro disparo, más fuerte, más cerca.

—¡Atrás, rápido! —grita Max.

Me giro justo a tiempo para ver a un tipo apuntándonos desde la escalera. Disparo sin dudar. Su cuerpo cae al suelo.

—¡Casi los tenemos! —exclama Noel mientras nos abre paso entre el caos.

Siento la furia de cada bala que disparo, el eco de cada vida que quito. No soy humano ahora. Soy Azrael. No paro. No puedo parar.

—¿Están bien? —pregunto, sin bajar la guardia y soltando la mano de la chica para avanzar mejor.

—Sí… gracias a ti —responde una de ellas, con lágrimas mezclándose con la lluvia.

—Queda poco. Sigan conmigo y no miren atrás —les digo mientras la adrenalina me ciega.

Cada paso es un combate, cada segundo una batalla. Pero vamos a salir de esta mierda, cueste lo que cueste.

La lluvia sigue cayendo, fría y constante, empapando mis huesos mientras avanzamos hacia la oscuridad de la costa. Las chicas están detrás, protegidas, aunque sus ojos aún reflejan el miedo que llevan grabado en la piel.

Claus revisa rápido la retaguardia, vigilando cualquier movimiento. Max y Noel mantienen el paso firme, sin bajar la guardia ni un segundo. Yo… yo solo siento el vacío que queda después del caos, la presión que nunca se va, aunque la misión esté terminada.

—¿Están bien? —pregunto de nuevo, con voz áspera.

Una de ellas, con voz temblorosa, responde:

—Gracias... gracias por sacarnos de ahí.

No puedo responder, no ahora. Solo asiento, sin palabras. Mi mirada se pierde en el horizonte grisáceo, sabiendo que nada será igual después de esta noche. Que la oscuridad sigue acechando, y que yo, Azrael, soy su sombra eterna.

—Volvemos al punto —ordena finalmente Max, mirándome—. Lo hiciste bien.

No necesito su puta aprobación, ni tiene que felicitarme por hacer mi puto trabajo. Matar, ese es mi trabajo principal ahora, si salvo vidas en el camino es un plus. Pero no lo admito en voz alta.

Caminamos entre la niebla, la lluvia y el eco de los disparos que quedaron atrás, sé que esta noche me ha marcado otra vez. Pero también que seguiré derramando sangre, sin descanso, sin miedo, porque ellas merecen una oportunidad... y yo seré el infierno para quien se atreva a quitársela.

La misión ha terminado, esta noche al menos. Pero la guerra... apenas comienza.

CAPÍTULO 6

Azrael

—¿Y yo soy algo valioso? —pregunta, sin apartar la mirada. Ella es tan hermosa, tanto que duele… pero no la merezco.

Respiro hondo. No quiero decir algo que pueda asustarla, ella es tan perfecta, que me quema por dentro con solo tenerla de frente.

—Para mí… sí, señorita.

Despierto sobresaltado, con el pulso acelerado, el recuerdo húmedo y efímero de unos labios sobre los míos. Es un beso que no debería conocer, pero que mi cuerpo reconoce como si lo hubiera sentido mil veces. La sensación se disuelve en el aire frío de la habitación, dejándome un vacío extraño en el pecho.

Ha pasado un año que mi memoria fue borrada, pero no se llevó lo peor que habita ahí, *la traición.*

Parpadeo hacia la penumbra. El reloj marca las 3:47 a.m. y el zumbido eléctrico del edificio es lo único que me acompaña. Me froto la cara, intentando sacudirme el sueño, pero la imagen de ella persiste: unos ojos que arden como un presagio, una silueta que no debería importarme… y, sin embargo, algo en mí se quiebra cuando pienso en protegerla.

¿Por qué?

Me levanto, arrastrando los pies por el suelo frío, y enciendo la laptop. La pantalla ilumina el cuarto como una herida abierta. Lo primero que aparece es la cámara de vigilancia que tengo abierta en segundo plano: el apartamento de la amiga de Hunter. Mi estómago se tensa.

Willow. No sé cuándo y en qué momento puse esas cámaras ahí para vigilarla, pero lo hago. Lo hago cada vez que no puedo dormir, necesito verla, necesito saber que está bien. A salvo.

La conozco.

La vi de lejos, y aun así… hay algo en ella que enciende un instinto primitivo en mí. Y lo peor es que está aquí, demasiado cerca: mi vecina.

Cierro los ojos un momento y respiro hondo. No es casualidad que terminara viviendo aquí. Elegí este lugar porque no merezco otro techo, y mucho menos el de mi hermano. El hombre que me salvó, que me dio todo… y que yo traicioné.

Max insiste en que no lo hice. Dice que todo lo que pasó en Berna no fue traición. Pero yo sé lo que siento en mis entrañas: no luché lo suficiente.

—*Lo hiciste por mí* —me dijo él una y otra vez.

—No —susurro ahora, para nadie.

No le creo. Nunca lo hice. Hay demasiadas piezas que no encajan, demasiadas cosas que él calla sobre aquella noche. Y, sobre todo, hay un hueco negro en mi cabeza: no recuerdo el último año. Ni siquiera recuerdo el momento exacto en que todo cambió. Solo flashes rotos: un grito ahogado, el olor a pólvora, el sabor metálico de la sangre… y una traición que no sé si inventé o cometí.

La cámara parpadea. Una sombra cruza fugaz frente al objetivo y mi corazón se acelera de nuevo. Es tarde, demasiado tarde para que haya movimiento al otro lado del pasillo. Pero ahí está: su silueta.

La observo sin respirar, como si el más mínimo movimiento pudiera romper algo que ya está demasiado frágil. La imagen tiembla apenas en la pantalla, no por la cámara, sino por mi pulso. Ella se mueve por su apartamento con la precisión de alguien acostumbrado a no hacer ruido, a ocupar poco espacio, a existir sin ser vista. Y aun así, llena todo.

Algo en ella me llama. No es deseo, no al principio. Es una presión en el pecho, un tirón que no sé explicar, como una cicatriz que duele cuando va a llover. Me retuerce por dentro. Me devuelve a un recuerdo incompleto, a un beso que no debería existir y que, sin

embargo, pesa como si hubiera marcado un antes y un después. No recuerdo cuándo ocurrió. No recuerdo por qué. Solo sé que fue real.

Algo dentro de mí lo entiende.

Ese impulso de protegerla no nació ahora. No pertenece a este presente roto que habito desde hace un año. Es un eco. Algo que ya sucedió antes de que mi memoria se fragmentara, antes de que alguien decidiera arrancarme partes enteras de mí. Alguien la tocó. Alguien la puso en peligro. Y yo estuve allí.

La pantalla refleja mis ojos oscuros, duros, cargados de una culpa que no tiene forma pero sí peso. *Sé que debería apagarla*. Sé que cruzo una línea cada segundo que sigo mirando. Pero no puedo. Mis dedos se aferran al borde de la laptop como si fuera lo único que me mantiene anclado. Porque ahora veo lo que nadie más ve.

La enfermera agotada desaparece cuando cierra la puerta. La mujer cansada se transforma en alguien que controla cada gesto, cada ángulo, cada sombra. *Tiene otra vida*. Una que esconde con la misma eficacia con la que esconde el dolor. Y algo en mi interior se tensa, peligroso, animal. No por lo que hace, sino por lo que eso significa.

¿Qué haces en esa habitación escondida, Willow?

Está sola.

Está expuesta.

Y alguien podría usarlo contra ella.

Mi mandíbula se aprieta. Que no recuerde algunas cosas, no quiere decir que no sé reconocer una amenaza cuando la veo. Sé lo que pasa cuando el mundo decide que una mujer es solo un recurso. Sé cómo empiezan esas historias y cómo suelen terminar. No mientras yo respire.

En algún lugar entre el olvido y la traición, ella podría ser la pieza que falta. La respuesta a por qué sigo en pie. A quién era antes. A qué me hicieron.

Y eso me asusta más que cualquier enemigo.

Porque si ella es la clave…
también es mi punto débil.

Y juro, sin saber a quién, que nadie volverá a tocarla sin pasar antes por mí.

CAPÍTULO 7

Willow

Apago la cámara y el silencio cae de golpe, pesado, casi violento. Durante unos segundos me quedo inmóvil frente a la pantalla negra, con la sonrisa aún pegada al rostro, como si no supiera cómo quitármela. Me siento más cansada que antes, un agotamiento distinto, profundo, que no se va solo con dormir. Las pastillas no hicieron bien su trabajo esta vez. Deberían haberme adormecido más, dejarme flotando, lejos de aquí. Pero algo se quedó despierto. Algo siempre se queda despierto.

Sé que no debería tomar nada. Lo sé. Me lo repito cada vez que abro el frasco, cada vez que cuento las pastillas con la luz del baño apagada. Pero necesito adormecerlo todo. Apagarlo todo. Pensar menos. Sentir menos. Convertirme solo en lo que esperan ver al otro lado de la pantalla. Una imagen. Una promesa sin peso.

Me levanto despacio, con cuidado, como si el cuerpo pudiera romperse si hago un movimiento brusco. Los músculos me duelen, no por esfuerzo físico, sino por la tensión constante de sostener una versión de mí que no existe fuera de esa habitación iluminada. Me quito los auriculares y los dejo sobre la mesa, junto al portátil aún tibio. No miro el reflejo en la pantalla. No esta noche.

El teléfono vibra sin parar. Mensajes privados. Notificaciones. Regalos virtuales que se acumulan como si pudieran llenar algo. No los abro de inmediato. Necesito unos segundos para volver a ser yo, o algo parecido. Respiro hondo. Una vez. Tal vez dos.

Cinco mil dólares es lo recaudado. Quizás un poco más. Directos a la cuenta de *bitcoins*. Lo compruebo dos veces para asegurarme de que es real. Lo es. Siempre lo es. Y aun así, la cifra

no me trae alivio, solo una especie de calma fría, funcional. Pago el alquiler. Cubro las deudas. Compro tiempo.

El tiempo, ese que parece mi enemigo.

Sonrío.

Vale la pena, me digo.

Tiene que valer la pena.

Me repito que es solo dinero. Que no hago daño a nadie. Que nadie sabe. Que nadie tiene derecho a juzgar lo que hago para sobrevivir. Me lo digo con la misma convicción con la que antes me decía otras cosas, cuando era más joven y necesitaba creerlas para no romperme.

Me dejo caer en la silla y cierro los ojos. Por un momento, muy breve, me pregunto qué pasaría si apagara todo para siempre. La cámara. Las luces. Las diferentes versiones. Pero el pensamiento se desvanece rápido. No puedo permitírmelo. No ahora.

Abro los ojos. El apartamento está en silencio. Demasiado.

Mañana volveré al hospital. Mañana seré Willow Graves, la enfermera, la responsable, la que aguanta turnos imposibles sin quejarse. Nadie verá a esta otra Willow, la que se fragmenta por horas y luego se recompone a base de disciplina y mentiras bien ensayadas.

Sé que no voy a dormir. No ahora, no con esta euforia falsa recorriéndome las venas, con el corazón yendo un poco más rápido de lo normal y la mente saltando de un pensamiento a otro sin orden ni descanso. Me tumbo en la cama solo para confirmar lo evidente: el cuerpo está cansado, pero la cabeza no piensa rendirse esta noche. Así que vuelvo a incorporarme y alcanzo el portátil, como si aún me quedara algo pendiente por cerrar antes de que el día termine del todo.

Abro la lista de tareas. Es larga, siempre lo es, pero ya no me abruma como antes. La he convertido en una forma de control, en la ilusión de que si todo está anotado, nada puede salirse demasiado de su sitio. Repaso con la vista cada línea hasta que una me detiene.

Comprar los regalos de Navidad.

Aquella línea me hace ojitos desde la pantalla, insistente, casi cariñosa. Sonrío sin darme cuenta. Es una costumbre que no he roto

nunca, ni siquiera en los años más duros. Cada diciembre voy a la juguetería, elijo cada muñeco con cuidado, envuelvo uno a uno los regalos yo misma y los dejo bajo el árbol del área de oncología infantil. Nadie sabe que soy yo. No quiero que lo sepan. No es caridad si lleva nombre. Es otra cosa. Algo que necesito hacer para seguir respirando.

Me imagino el árbol, las luces parpadeando en medio del pasillo blanco, los regalos apilados debajo como pequeñas promesas. Pienso en las manos pequeñas, en las sonrisas tímidas, en los ojos cansados que, por un momento, se olvidan dónde están. No puedo arreglarles la vida. No puedo salvarlos. Pero puedo darles eso. Un instante. Un juguete. Una distracción que no duela.

Cierro la lista y miro la hora. Aún es temprano para la ciudad, demasiado tarde para la gente normal. Para mí es solo otro margen, otro espacio en el que hacer cosas antes de que el mundo vuelva a exigir versiones distintas de mí. Me levanto, me pongo un abrigo y recojo las llaves. El dinero sigue ahí, frío y silencioso en una cuenta que nadie conoce. Esta vez, al menos, sé exactamente en qué quiero gastarlo.

Justo cuando me pongo el abrigo, tomo mi bolso, y salgo cerrando la puerta a mis espaldas. Puedo sentirlo antes de darme la vuelta. Él está observándome de nuevo. Mi vecino, el hombre al que le hicieron olvidar el último año, llevándose consigo una de mis peores pesadillas. Él me salvó. Pero no lo sabe. Él no sabe que sé a lo que se dedica, a matar a limpiar las calles por todas aquellas almas inocentes, aunque la mía no es nada inocente y él ni siquiera lo sabe.

Me he prometido a mí misma ser solo eso: su vecina.

Aunque hace un año me prometió una cita y dejó sus intenciones claras aquel día con una frase que aún arde en mi piel:

Que yo era valiosa para él.

Es guapo. Elegante sin esfuerzo. Cabello largo trenzado, cayendo por su espalda como una declaración muda. Es lo más sexy que he visto en mi vida. Siempre respetuoso. Siempre correcto. Pero en su mirada había dominación, una sombra que me decía que a puerta cerrada sería otro hombre. Uno que sabría exactamente qué

hacer conmigo. Uno que me hizo querer tocarme cada noche solo con recordar su voz.

Ha sido el único hombre que me ha interesado de verdad.

Pero todo fue fugaz. Así como lo son ahora nuestros encuentros en el pasillo.

Respiro hondo y me giro.

Está apoyado contra la pared, brazos cruzados, mirándome con una intensidad que parece quemar la poca distancia que hay entre nosotros. Nos quedamos quietos, mirándonos. El tiempo se congela y en ese silencio todo se tensa, como si el mundo estuviera esperando.

Soy yo quien rompe el silencio.

—Hola.

No digo su nombre. Nunca lo hago.

Él parpadea, como si mi voz lo arrancara de un lugar profundo.

—Hola —responde al fin, con la voz baja, grave.

Nos quedamos ahí un momento más, demasiado cerca, demasiado quietos.

—¿No deberías estar durmiendo? —me pregunta.

Alzo una ceja, desconcertada.

—¿Perdona?

—Llegaste esta madrugada a casa.

Mi pulso se acelera.

—¿Cómo sabes eso?

No sonríe. Solo inclina la cabeza ligeramente.

—Yo también llegué de madrugada.

Lo miro con más atención. Viste ropa oscura, sencilla, pero nada en él parece casual. Luce descansado… para alguien que claramente no lo está.

—Entonces, ¿por qué no duermes? —pregunto.

—Lo hice. Solo necesito un par de horas y estoy como nuevo.

Suelto una risa breve, incrédula.

—Bueno, pues yo también lo hice.

Sus ojos bajan un instante a mi rostro, a mis ojeras. Luego vuelven a encontrarse con los míos.

—¿De verdad? No lo parece.

—¿Eres el policía de las ojeras ahora?

Por primera vez, una sonrisa pequeña, peligrosa, asoma en sus labios.

—¿Acaso eso existe?

Me rio y él se me queda mirando demasiado serio. Joder, se me olvidaba que eso no se le había ido del todo, a lo gruñón, me refiero.

—Iba por un *latte* —dice señalando hacia el pasillo—. ¿Quieres acompañarme?

Eso es nuevo. Tan nuevo que se me ponen los ojos borrosos debido a las lágrimas no derramadas. No es la primera vez que dice algo así. Hace un año fue casi igual. Demasiado igual.

Él me mira como si esa invitación tocara algo que no sabe explicar. Como si la palabra *latte* escondiera un significado oculto.

—¿Lo recuerdas? —se me escapa sin poder evitarlo.

Su expresión cambia apenas un instante.

—¿Disculpa? —dice de pronto, con la voz firme.

El corazón me da un vuelco seco. Bajo la mirada un segundo, luego me recompongo.

—Nada. Claro. Vamos.

Paso a su lado y él tarda una fracción de segundo en seguirme. Demasiado tarde para alguien tan atento. Caminamos juntos hacia el ascensor. El aire entre nosotros es denso, cargado de cosas que no se dicen. Siento su presencia tan cerca que parece rozarme la espalda baja con una mano invisible.

Las puertas del ascensor se abren con un sonido metálico.

—Quizás aún estés a tiempo.

Sus ojos se clavan en los míos. Oscuros. Intensos. Reconociéndome sin recordarme.

—Eso espero —dice en voz baja.

Las puertas se cierran.

No sé si lo que siento es miedo… o ganas de dejar que me encuentre.

Las puertas del ascensor se abren con un susurro metálico, y salimos al pasillo. El silencio se espesa alrededor de nosotros, pero

esta vez no quiero romperlo.

—Podemos caminar —le digo, sin mirar atrás.

Él sonríe, esa sonrisa ladeada, confiada, y me responde con un tono despreocupado, aunque sé que no lo es.

—Mi auto es más lindo, ¿no crees?

Sé que lo dice como si nada, pero me gusta. Esta versión de Azrael, tan descarada, antes habría negado hasta el aire que respiramos.

Camina conmigo hasta la salida y abre la puerta de su lado del coche, invitándome con un gesto.

—¿Te importa si insisto? —pregunta mientras se sube al volante y espera hasta que subo.

Arranca el motor con suavidad y nos alejamos del edificio. La tensión sigue intacta, un hilo invisible que une cada palabra que callamos.

Paramos frente a la cafetería de autoservicio. La luz amarilla del letrero parpadea, dando al lugar un aire casi irreal. Él baja primero, abre la puerta para mí para luego descender y entramos sin decir palabra.

El aroma intenso del café llena el pequeño local mientras nos acercamos a la máquina expendedora. Él pulsa los botones con seguridad y pide dos latte para los dos.

Volvemos al coche con los vasos calientes entre las manos, el silencio pesa más que nunca. Justo cuando arranca el motor, siento cómo la mano se me crispa al sostener el vaso. En un movimiento torpe, el café se derrama sobre mi abrigo y cae un poco también sobre el asiento.

—Lo siento —murmuro, empezando a temblar sin poder controlarlo—. Soy un desastre.

Él se gira lentamente hacia mí, el ceño fruncido por la preocupación. Sin decir palabra, me toma el rostro con suavidad, sus dedos rozando mi piel, mientras me sostiene la mirada.

—¿Qué tomaste? —pregunta con la voz baja, intensa, como si esa sola pregunta fuera la clave para entenderlo todo.

¿Cómo lo sabe?

Mi respiración se acelera, y aparto la mirada hacia la ventana, luchando por recuperar el control.

—Nada —respondo, aunque sé que no es cierto—. Tengo que comprar juguetes. Comento con la completa intención de desviar el tema de lo que ha mencionado.

—¿Juguetes? ¿Qué tipo de juguetes?

¿Por qué eso último lo dice con un tono divertido?

Frunce el ceño, estudiando cada uno de mis movimientos, notando la tensión que no quiero mostrar.

—Muñecas, legos, juguetes para niños que necesito llevar al hospital.

Silencio incómodo.

—Te llevaré —dice, decidido.

Sus ojos no me sueltan.

—¿Por qué te importa tanto, *vecino*? —lanzo al fin, con voz temblorosa, sin poder evitarlo.

Él esboza una sonrisa ladeada, casi divertida.

—Me llamo Azrael.

Lo miro por fin, con un dejo de ironía.

—Sí, lo sé. Azrael. Eres el cuñado de mi mejor amiga. La vida no es del todo justa, ¿verdad?

Él no responde, pero sé que la pregunta queda suspendida en el aire, como el café derramado entre nosotros.

…

El coche se desliza por las calles hasta detenerse frente a una juguetería modesta pero acogedora. El letrero está medio apagado, como si también tuviera sueño. Azrael apaga el motor y ninguno de los dos se mueve durante un segundo.

—¿Aquí? —pregunto, rompiendo el silencio.

—Aquí —responde—. Dijiste juguetes, no un centro comercial.

Suelto una risa breve. Nerviosa.

—Ya veo que no sabes nada de niños.

—Entonces sorpréndeme —dice, abriendo su puerta y rodeando el coche para abrirme la mía.

El aire frío me golpea el rostro al bajar. Me recuerda lo vulnerable que estoy, aunque ahora la ansiedad se disfraza de algo parecido a emoción infantil. Camino un par de pasos y me detengo, como si no estuviera segura de tener permiso para entrar.

De pronto me siento desnuda, llevo unos jeans rotos a pesar del frio que se cuela por la tela rota de la rodilla, llevo un top negro y mi abrigo. Sé que debería abrigarme más, pero necesito que mis huesos se congelen ahora mismo. Tener a Azrael así, tan relajado, tan…amigable es raro, hoy, precisamente hoy decidió hablarme y ser mi ¿Amigo?, no lo sé.

Él me observa. Sus ojos se suavizan, y por primera vez desde que lo conozco parece… humano.

Me encanta como se viste, como si el diablo lo visita a cada momento, ya sabes, ese diablo que viste a la moda. Es tan relajado, incluso usando camisas caras de botones, sin corbata y esa chaqueta de cuero en vez de abrigo.

Simplemente hermoso.

—Vamos —dice, sin prisa, sin presión.

Dentro, los colores me atacan de inmediato. Estantes llenos de juguetes, luces brillantes, y música suave. Algo en mi pecho se afloja. Camino despacio, tocándolo todo como si pudiera romperse.

—No sabía que existían tantos tipos de peluches —murmuro.

—Claramente el mundo ha avanzado sin mí —responde él, tomando uno enorme—. ¿Este muerde?

Veo al dinosaurio con los ojos más deformes que he visto nunca, es de plástico.

—Solo si lo provocas —contesto seria.

Me mira un segundo más… y sonríe.

—Entonces es perfecto.

Lo pone en la cesta.

—Oye —digo—. No tienes que…

—Shhh —me interrumpe—. Déjame hacerlo mal.

Eso me hace reír. De verdad.

Sigo avanzando. Muñecas, juegos de mesa, figuras absurdas. Me agacho frente a un estante cuando algo ha captado mi atención.

—Este era mi favorito —susurro, tomando una pequeña caja —. Siempre quise uno y nunca…

No termino la frase. No hace falta. Opto por cambiar el tema para no indagar en mis recuerdos.

—Eres peligroso —le digo. Tratando de sonar divertida.

—Me han dicho cosas peores —responde sin mirarme.

Varios minutos después. En la caja, la dependienta nos observa con curiosidad. No la juzgo, yo también estoy impresionada, él es tan serio ahora mismo llevando la carreta llena de juguetes tontos. Cualquiera diría que estamos locos.

—¿Es todo? —pregunta.

—Por ahora —dice él.

Yo lo miro con incredulidad.

—¿Por ahora?

—No te emociones —contesta—. Todavía tengo autocontrol.

También ha puesto papel de regalo para envolverlos como si hubiera leído mi mente, incluso ha elegido el más lindo. Pagamos. Él carga las bolsas como si no pesaran nada. Afuera, el aire vuelve a ser frío, pero ya no me importa tanto.

En el coche, el silencio regresa, esta vez es distinto. Menos afilado.

—Gracias —digo al fin.

—No me des las gracias —responde—. Solo… —se detiene—. Me gusta verte así.

—¿Así cómo?

—Viva.

Se que mañana quizás ni me hable, siempre es así, un día saluda en el pasillo, el otro día no puede con él mismo. Hunter dice que, es normal en su estado. No a todos se nos queda alojada una bala en la cabeza y actuamos normal.

Azrael tiene cambios de humor.

Su gruñido me trae al presente. No sé qué contestar, solo sé que me gusta verlo, como siempre lo hacía. Me sonreía cortésmente, me llevaba a casa, cuando no era mi vecino y vivía con su hermano, Max. Me sorprendió que se mudara al antiguo apartamento de Hunter, y a la vez, estaba feliz.

Luego de perderme en mis pensamientos, llegamos a mi edificio. Él baja conmigo y deja las bolsas junto a la puerta.

—Bueno… —empiezo—. Supongo que…

Asiente.

—Descansa.

No me sonríe. No se acerca. No dice nada más.

Se gira y se va.

Entro, cierro la puerta, incluso echo la llave. El cuerpo me pesa de golpe. Dejo las bolsas a un lado, me quito el abrigo y me dejo caer en el sofá sin pensarlo. El mundo se apaga.

…

Cuando despierto, la luz entra inclinada por la ventana. Parpadeo. Me siento rara. Como si hubiera dormido profundamente… demasiado.

Miro el reloj.

Cinco horas. Me incorporo de golpe. Las bolsas ya no están donde las dejé. Sobre la mesa, todos los regalos están envueltos. Papel bonito. Cintas. Ordenados con cuidado.

El corazón me da un vuelco.

—Pero… —susurro.

La puerta sigue cerrada. Con llave. Juro que la cerré. Me llevo una mano al pecho, sin saber si sentir miedo… o algo peligrosamente parecido a ser cuidada. Pero no, debo estar alucinando. Me levanto del sofá y me acerco a la mesa con el pulso acelerado. Hay muchos regalos. Demasiados, ni siquiera recuerdo cuántos compramos. Todos envueltos con el mismo papel sobrio, cintas bien dobladas, ordenados como si alguien hubiera pensado en cada detalle.

Todos… excepto uno. Está a un lado, ligeramente separado. El papel es distinto. Más claro. Más simple. No tiene la cinta perfecta ni el doblez exacto de los otros.

Y lleva mi nombre.

Escrito a mano. Trago saliva. No recuerdo haberle dicho cómo me gusta que escriban mi nombre. No recuerdo haberle dado

permiso para nada de esto. Lo tomo con cuidado y lo desenvuelvo despacio.

Un caleidoscopio. El juguete que mencioné en la juguetería, el que jamás pude tener de niña. De metal, frío al tacto, con dibujos infantiles gravados en los bordes. El mismo que tomé entre los dedos en la tienda. El que no pedí. El que jamás tuve.

Me quedo mirándolo, incapaz de moverme.

Ese no es para el hospital.

Ese no es para nadie más.

Es para mí.

Me lo acerco al ojo sin pensarlo y giro con suavidad. Los colores se ordenan en formas perfectas, simétricas, tranquilas. Durante unos segundos, todo se calla. El ruido. El miedo. El pasado.

Cuando bajo la mano, tengo los ojos húmedos.

No se lo expliqué.

No se lo pedí.

No dije nada.

Él lo vio.

Y decidió dejarlo aquí. Como si supiera que, entre todo lo que debía entregar… había algo que también necesitaba quedarse conmigo.

CAPÍTULO 8

Willow

Días después

Llego tarde al hospital. Otra vez.

El reloj del celular marca las siete y doce cuando atravieso las puertas automáticas y el olor a antiséptico me golpea directo al pecho. Me cuelgo la tarjeta de identificación mientras camino rápido por el pasillo, el café de la mañana ya es un recuerdo tibio y lejano. El cuerpo me pesa, como si no hubiera dormido en días, pero no tengo tiempo para pensar en eso.

Nunca lo hay.

No alcanzo a dejar mi bolso en el casillero cuando la alarma suena.

No es una alarma cualquiera.

Es esa.

La que corta conversaciones, la que hace que el aire se vuelva denso, la que pone a todos en movimiento sin necesidad de explicaciones.

—*Código mayor. Repito, código mayor* —resuena por los altavoces.

Las pantallas cambian de color. Rojo. Negro. Letras grandes, urgentes.

Ataque químico en centro comercial.

Víctimas múltiples.

Edades variadas.

Posibles heridos por arma blanca.

Londres, bebé. La acción nunca se acaba.

—Genial —murmura alguien detrás de mí.

Emma aparece a mi lado, ya con guantes puestos, el cabello recogido de cualquier manera, los ojos despiertos como si hubiera estado esperando esto toda la mañana.

—Llegas tarde y el caos te estaba extrañando —dice.

—Siempre llego justo para lo peor —respondo, ajustándome la bata.

—Tenemos inhalación de gas, todavía no identificado. Sospecha inicial de agente neurotóxico, pero no está confirmado. Muchos con dificultad respiratoria, broncoespasmo, convulsiones. Y como si no fuera suficiente… —hace un gesto con la cabeza hacia la pantalla— varios apuñalados durante la evacuación.

Asiento. El estómago se me tensa, pero la cabeza se enfría.

Modo automático.

—¿Triaje?

—Zona roja y amarilla saturadas en diez minutos.

No termina de decirlo cuando entra la primera camilla.

Hombre, cuarenta y tantos. Convulsionando. Espuma en la boca. Piel fría, sudorosa. Pupilas contraídas. Respiración irregular.

—Saturación ochenta y dos —dice el paramédico—. Exposición directa. Colapsó en el lugar.

—Oxígeno alto flujo —ordeno—. Canaliza vía, prepárate para benzodiacepina.

Le tomo la mano sin pensarlo, más por anclarme yo a la realidad que por él. Su cuerpo se sacude con violencia.

—Tranquilo, estás en el hospital —hablo con voz firme.

Emma ya está preparando la medicación. El monitor pita de forma errática.

Bradicardia.

—*Atropina* lista —dice ella.

Asiento. No preguntamos. Actuamos.

No hay tiempo para pensar en el gas, en el centro comercial, en el pánico que debió estallar ahí afuera. Aquí solo existen cuerpos que necesitan funcionar un minuto más.

La siguiente camilla trae a una mujer mayor. Ojos llorosos, tos constante, dificultad respiratoria evidente. Le cuesta hablar.

—No… no puedo… —jadea.

—Respire conmigo —le digo, marcando el ritmo con la mano, la cual muevo suavemente sobre la muñeca de la señora—. Eso es. Despacio.

Le colocamos mascarilla, nebulización, monitoreo continuo. Sus manos tiemblan tanto como las mías por dentro.

Luego llegan los niños.

Siempre los niños.

Entra uno de no más de siete años, llorando en silencio, con la camiseta empapada y una herida superficial en el brazo. No entiende nada. Solo mira alrededor buscando una cara conocida.

—Hola —me agacho frente a él—, ¿cómo te llamas?

—Tom —susurra.

—Tom, soy Willow. Te voy a limpiar eso, ¿sí? Arde un poco, pero eres valiente.

Asiente sin convicción. Le tiembla el labio.

A pocos metros, otro equipo trabaja en una adolescente con una herida penetrante en el abdomen. Sangrado activo. Presión baja.

—TA en ochenta —grita alguien—. Preparando quirófano.

El hospital ya no es un edificio. Es un organismo al borde del colapso, latiendo a fuerza de gritos, órdenes y pasos rápidos. Y mi mente a mil por hora.

—¿Cuántos van? —pregunto a Emma mientras cambiamos guantes.

—He perdido la cuenta —responde—. Y siguen llegando.

Entra otro paciente con dificultad para respirar. Le cuesta tomar aire y se le nota en el cuerpo —hombros y pecho se mueven con esfuerzo—Se escuchan silbidos al respirar.

—¿Antecedentes de asma? —pregunto al paramédico.

—No conocidos.

—Broncodilatador, ya.

El gas no distingue edades, historias, pecados. Entra por los pulmones y arrasa. Entre camilla y camilla, siento un temblor breve en las manos. Lo escondo cerrando los puños. No ahora. Después.

—¿Estás bien? —me pregunta Emma sin mirarme directamente.

—Sí.

Mentira funcional.

Las horas se estiran y se comprimen al mismo tiempo. Afuera amanece del todo, pero aquí dentro no existe la luz natural. Solo fluorescentes y rostros tensos. Cuando finalmente hay una pausa —mínima, engañosa— me apoyo un segundo en el mostrador. Respiro. El corazón aún va rápido.

Pienso, sin querer, en el apartamento. En Azrael y la última vez que lo miré sonreírme de vuelta y no ser una completa desconocida.

Sacudo la cabeza.

No aquí. No ahora.

—Vuelve —dice Emma—. Ambulancia en tres minutos.

Y vuelvo.

Porque eso es lo que hacemos.

La camilla entra a toda velocidad.

—¡Paro! —grita alguien desde la puerta—. ¡Paro cardiorrespiratorio!

El mundo se contrae.

Un hombre joven, quizá treinta y pocos, piel grisácea, labios azulados. Monitor plano. Silencio eléctrico.

—¡A la tres! —ordeno sin pensar—. Uno, dos—

Me subo a la camilla.

Las manos se me hunden en su pecho y empiezo a bombear.

Fuerte.

Rítmico.

Exacto.

Uno y dos y tres y cuatro.

El cuerpo se mueve bajo mis palmas, pero no responde. El sudor me corre por la espalda en segundos. Siento cada músculo arder.

—Adrenalina, ahora.

—Vía lista.

Sigo.

Treinta compresiones. Ventilación. Treinta más.

—Vamos, maldita sea —susurro sin darme cuenta.

El monitor sigue mudo.

Uno y dos y tres y cuatro.

Las voces alrededor se vuelven distantes. Solo existe el conteo, el ritmo, el peso de un cuerpo que se resiste a volver.

—Otra ronda.

Sigo.

Los brazos me tiemblan, pero no aflojo. Me concentro en la profundidad, en la frecuencia, en mantener la perfusión mínima que quizá, solo quizá, le compre un segundo más de vida.

Uno y dos y tres y cuatro.

—Willow…

No la escucho.

—Willow.

Nada.

—¡Willow!

Alguien me toma del hombro y me jala levemente.

—Para.

Miro el monitor.

Línea recta.

Plana.

Muerta.

—Otra ronda —digo, la voz rota—. Podemos intentar…

—No —responde el médico—. Hora del fallecimiento: ocho cuarenta y siete. Buen trabajo, enfermera.

¿Buen trabajo? Alguien murió.

El tiempo se congela. Mis manos siguen en su pecho unos segundos más, como si mi cuerpo no aceptara la orden. Luego las retiro despacio. Siento los dedos entumecidos. La respiración irregular.

Bajo de la camilla.

Las piernas me fallan un instante. Nadie dice nada. No hace falta. Cubren su rostro con la sábana blanca. El gesto es automático, casi mecánico, pero me atraviesa como una puñalada limpia.

Treinta y pocos. Quizá alguien lo esperaba en casa. Quizá había salido solo a comprar algo. Quizá tenía un hijo esperándolo con un juguete en las manos.

No importa.

Ahora es silencio.

Me quito los guantes. Las manos me tiemblan. Emma aparece frente a mí. No dice nada. Solo me abraza rápido, fuerte, lo justo para sostenerme sin romperme.

—No fue tu culpa —susurra.

Asiento.

No porque lo crea. Sino porque debo seguir.

—Tenemos otro entrando —avisa alguien desde el fondo.

Me limpio el sudor del cuello. Me recoloco la bata. Respiro hondo. Y camino. Porque aquí no hay espacio para el duelo.

Solo para la supervivencia.

CAPÍTULO 9

Azrael

La imagen del hospital ocupa toda la pantalla de la tableta en mis manos, un mosaico de pasillos saturados, luces blancas demasiado duras y cuerpos moviéndose con una urgencia que no deja espacio para el error. Reconozco la coreografía del desastre: camillas entrando sin pausa, médicos cruzándose a contrarreloj, enfermeras con la mirada tensa, sangre en los guantes, monitores pitando en un idioma que solo quienes viven ahí dentro saben traducir sin pensar.

Hago zoom con dos dedos, una vez, dos veces, hasta aislarla del caos, hasta encontrar su figura entre la multitud. Está subida a una camilla, inclinada sobre un cuerpo inmóvil, realizando compresiones torácicas con una precisión casi violenta, los brazos tensos, la espalda recta, el cabello recogido de cualquier manera, los labios moviéndose sin emitir sonido mientras cuenta el ritmo. Su concentración es absoluta, feroz, como si el mundo entero se redujera a ese pecho que se niega a volver a latir. Amplío aún más la imagen, buscando su rostro, y la veo sudar, la veo contener la respiración, la veo temblar apenas en un gesto que nadie más notaría.

El monitor se aplana antes de que ella lo asimile. Yo lo sé. Lo veo venir.

Y cuando le dicen que pare, cuando sus manos se detienen y su expresión se quiebra apenas una fracción de segundo, algo dentro de mí se contrae con una fuerza incómoda, densa, peligrosa. Dejo el iPad sobre la mesa sin apagarlo siquiera, incapaz de seguir mirando.

El apartamento está en silencio, demasiado quieto, como si aguardara su regreso. Su ausencia se siente como una presión

constante, un hueco que no debería importarme y, sin embargo, me tira del pecho. Camino despacio, sin prisa, sin ruido, recorriendo un espacio que conozco mejor de lo que sería razonable. Todo está ordenado con ese cuidado que delata control, una necesidad casi obsesiva de mantener cada cosa en su lugar, como si así pudiera mantener también el mundo bajo control.

El aire huele a melocotón y a limpio, una fragancia suave que contrasta con las imágenes de sangre y urgencia que aún me atraviesan la retina. Los regalos ya no están. La mesa está despejada. Vacía. No queda ni rastro de ellos. Los ha llevado al hospital, tal como imaginé. Eso me arranca una mueca que no llega a ser sonrisa. Sigo avanzando, absorbiendo cada detalle, cada objeto, cada mínima pista de su presencia: una taza mal enjuagada en el fregadero, una chaqueta colgada de forma descuidada en el respaldo de la silla, una luz encendida en el pasillo que olvidó apagar al salir.

Me dirijo al baño casi sin pensarlo, guiado por una necesidad que no tiene nombre. En cuanto cruzo el umbral, su olor se vuelve más intenso, más íntimo, atrapado entre los azulejos, el vapor antiguo y los tejidos húmedos de las toallas, las toco y hundo mi rostro en ellos, esta fina tela desgastada toca su cuerpo, lo envuelve, lo cubre.

Soy un maldito enfermo y no me importa.

Abro el armario inferior y lo encuentro enseguida: la pastilla de jabón de melocotón, todavía ligeramente húmeda, todavía impregnada de su piel. La tomo entre los dedos, me la acerco al rostro y respiro hondo, dejando que ese aroma me invada por completo, que me arrastre a una cercanía que no existe y que, aun así, mi cuerpo reconoce como necesaria. Cierro los ojos un segundo. Pienso en su cuello, en la curva suave detrás de su oreja, en la forma en que debe oler su piel cuando sale de la ducha, tibia, vulnerable, real. La guardo en el bolsillo interior de la chaqueta sin dudar, como si se tratara de un talismán, de algo imprescindible para mantenerme anclado.

Recorro el resto del apartamento con pasos lentos, casi reverenciales. Entro en su dormitorio sin tocar nada, observando la

cama perfectamente hecha, la camiseta doblada sobre la silla, el libro abierto boca abajo en la mesilla, como si lo hubiera dejado ahí con la intención de retomarlo en cualquier momento. Me siento en el borde del colchón y apoyo los codos en las rodillas, dejando que el silencio me envuelva. Aquí duerme. Aquí baja la guardia. Aquí, por unas horas, deja de ser la mujer fuerte que sostiene vidas ajenas entre las manos y se convierte en alguien frágil, alguien que sueña. La imagen de su rostro en la sala de reanimación regresa con fuerza, superpuesta a este espacio tranquilo, y la contradicción me aprieta el pecho. No puedo protegerla de todo, pero la puedo vigilar. Puedo observar. Puedo anticiparme.

Me levanto con cuidado, reviso que todo quede exactamente como estaba, que no haya rastro de mi paso, que el orden se mantenga intacto. Antes de irme, me detengo un segundo junto a la puerta, y veo hacia la puerta secreta del fondo, no entraré hoy, pero lo haré.

Inhalando una última vez su aroma suspendido en el aire, cierro con suavidad y me marcho, llevándome conmigo ese olor dulce escondido bajo la ropa. Las cámaras están listas desde hace días, he violado su privacidad y como siempre, no me importa, por eso entro y tomo lo que quiero, porque verla a través de una pantalla no es suficiente.

Esto es una promesa silenciosa de que, de algún modo torcido, sigo cerca.

CAPÍTULO 10

Willow

Estoy sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la puerta de mi apartamento, las rodillas recogidas contra el pecho y la cabeza ladeada, luchando contra un sueño espeso que me cae encima como una losa. Ha sido un turno largo. Demasiado largo. Demasiado brutal. Demasiado lleno de gritos, sangre, cuerpos inmóviles y respiraciones que se apagaban. Siento el cansancio hasta en los huesos. El pasillo está en silencio, apenas iluminado por una luz amarillenta que parpadea cada pocos segundos, y por un momento me permito cerrar los ojos, solo un instante, solo para descansar la vista.

Escucho pasos.

Lentos. Firmes.

Mi mente tarda un segundo de más en reaccionar.

—Tienes una cama ahí dentro.

La voz me atraviesa como un latigazo.

Abro los ojos de golpe y alzo la vista.

Azrael.

De pie frente a mí, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, el cuerpo relajado, la mirada oscura fija en la mía. Parece una visión. O una amenaza. O ambas cosas. No lo sé. Hace días que no lo veo, pero así es él: aparece y desaparece sin previo aviso, como si no perteneciera del todo a ningún lugar. Y ahora está aquí, observándome con esa calma peligrosa que me pone los nervios en alerta.

Trago saliva.

La verdad es que me he tomado mi pastilla favorita en uno de los baños del hospital antes de venir. Una irresponsabilidad. Lo

sé. Pero no me importa. No buscaba morir. Buscaba no sentir tanto. Y sigo viva. Para mi desgracia. Y él está frente a mí. De nuevo.

—Cualquiera diría que tienes cámaras escondidas —murmuro, forzando una sonrisa cansada—. ¿Cómo sabes que tengo una cama?

Su ceja se arquea apenas.

—¿Acaso duermes en el suelo como un animal?

Suelto una risa breve, sin humor.

—Solía hacerlo.

Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas. Un reflejo. Un fragmento del pasado asomando sin permiso. El silencio que sigue es denso, afilado.

Sus ojos se entrecierran.

—¿Qué dijiste?

El tono ha cambiado. Ya no es casual. Hay algo más bajo, más grave, una vibración que me eriza la piel. Aprieto los labios un segundo.

—Nada importante.

—Repítelo.

No es una petición. Es una orden.

Alzo la mirada, encontrándome con sus ojos. Oscuros. Penetrantes. Siento ese tirón extraño en el estómago, esa mezcla incómoda de desafío y sumisión que solo él consigue provocarme.

—He dicho que solía hacerlo —repito, más despacio—. Dormir en el suelo.

—¿Por qué?

—Porque podía.

—No es respuesta.

—Es la única que vas a tener.

Se inclina un poco hacia mí, lo justo para invadir mi espacio sin tocarme. Su sombra me cubre parcialmente y mi pulso se acelera sin permiso.

—No me mientas, Willow.

El modo en que pronuncia mi nombre me tensa por completo.

—No lo hago.

—Sí lo haces. —Su voz baja un poco más—. Y lo sabes.

Desvía la mirada un segundo hacia mis manos, temblorosas, luego a mis ojeras, a mi postura derrotada y luego vuelve a mis ojos.

—Estás agotada. —Hace una pausa—. Y *medicada.*

Me quedo rígida.

—No sabes eso.

—Te conozco lo suficiente para saber cuándo no estás del todo aquí.

Suelto una risa corta, nerviosa.

—Eso es inquietante, *vecino*.

—Deja de llamarme así.

—Entonces deja de aparecer como si fueras parte del mobiliario del edificio.

Una esquina de su boca se eleva, apenas.

—Levántate.

—No.

—Willow…

—He dicho que no.

Suspira despacio, como si midiera su paciencia, y de pronto se agacha más frente a mí, quedando a mi altura. Nuestros rostros quedan peligrosamente cerca. Demasiado.

—No vas a dormir en el pasillo.

—No estoy durmiendo.

—Te estabas quedando inconsciente.

—Dramático.

—Realista.

Me observa un segundo más, luego extiende la mano.

—Dame la llave.

—¿Para qué?

—Para abrir tu puerta.

—Puedo hacerlo yo.

—Entonces hazlo.

Nos quedamos mirándonos, en un pulso silencioso que no pienso perder. Pero el cansancio me traiciona. Mis dedos buscan la llave en el bolsillo y se la tiendo con torpeza.

Azrael se levanta, abre la puerta y la sostiene para mí.

—Entra.

—No eres mi jefe.

—Ahora mismo, sí.

Resoplo, pero me pongo en pie con dificultad y paso junto a él. Su proximidad me descoloca, su olor limpio *y un aroma conocido a melocotón también*, una presencia sólida. Una vez dentro, dejo caer el bolso en la silla y me dirijo al sofá, dejándome caer sin elegancia.

—Cinco minutos —murmuro—. Solo cinco.

—Te dormirás.

—Probablemente.

Se queda de pie, observándome, como si evaluara una situación peligrosa.

—Quítate los zapatos.

—No.

—Willow.

—Azrael.

Se cruzan nuestras miradas, cargadas de algo que no tiene nombre. Finalmente, cedo y me los quito con un gesto torpe.

—Me voy —dice entonces.

—Claro.

—Cierra bien.

—Siempre lo hago. —gruño.

Se detiene en la puerta, dudando un segundo.

—Descansa.

No respondo.

Cuando la puerta se cierra, el silencio me envuelve. Me acomodo en el sofa, me acurruco contra el respaldo, con los ojos pesados y el cuerpo rendido.

Lo último que pienso, antes de caer en un sueño profundo, es que Azrael es un error.

Y, aun así, nunca deseo evitarlo.

…

Despierto con la sensación extraña de haber dormido mucho… y demasiado bien.

Tardo unos segundos en entender dónde estoy.

Mi cama.

No el sofá.

Parpadeo, confusa. Las sábanas están perfectamente colocadas alrededor de mi cuerpo, la manta subida hasta el pecho. Llevo mi pijama favorito, el de algodón suave, el que solo me pongo cuando estoy realmente en casa, cuando no espero a nadie. Mi cabello está peinado, recogido en una trenza floja que me cae sobre el hombro, y la calefacción está encendida, envolviendo la habitación en un calor agradable que contrasta con el frío habitual de Londres.

Me incorporo de golpe.

Estoy segura. Absolutamente segura. Me dormí en el sofá.

Recuerdo el cansancio. Recuerdo el pasillo. Recuerdo a Azrael frente a mí. Recuerdo su voz grave, ordenándome entrar. Recuerdo cómo me dejé caer en el sofá, sin fuerzas ni para discutir.

Y recuerdo la puerta cerrándose.

¿O no?

Frunzo el ceño, el corazón acelerándose un poco.

—No… —susurro para mí misma.

Me levanto despacio y recorro el apartamento. Todo está impecable. Demasiado. El bolso colocado en su sitio, los zapatos alineados junto a la entrada, la cocina ordenada, la luz del pasillo apagada. Incluso las cortinas están corridas justo lo suficiente para que entre la claridad sin exponer el interior.

Me paso una mano por la cara.

Estoy segura de haber cerrado la puerta.

¿La cerré?

¿O él…?

La idea me produce un escalofrío extraño, una mezcla incómoda de inquietud y algo peligrosamente parecido al alivio.

Sacudo la cabeza.

Me estoy volviendo loca. El turno de ayer me ha dejado el cerebro hecho polvo, eso es todo.

Miro el reloj. Tengo el día libre.

Una rareza casi milagrosa. Sonrío, agradecida. Lo necesito. Necesito volver a sentir que tengo control sobre algo, aunque sea sobre el polvo acumulado bajo la cama.

Me preparo un café fuerte, me recojo el cabello en un moño alto y me pongo ropa cómoda. Primero salgo a hacer compras: productos de limpieza, comida, algunas cosas que llevo semanas posponiendo. Camino por las calles sin prisa, respirando el aire frío, intentando sacudirme la pesadez que aún llevo dentro.

Después viene la limpieza profunda.

Aspiro, friego, ordeno, tiro cosas viejas, reorganizo armarios. Me muevo por el apartamento como si cada gesto fuera una forma de exorcizar la tensión acumulada. Cuando termino, estoy sudada, cansada y, por primera vez en días, un poco más ligera.

Me ducho.

Agua caliente. Vapor. Silencio.

Y entonces vuelvo a ser yo.

Por la tarde enciendo la cámara.

Aquello es parte de mi rutina. Parte de la vida que nadie en el hospital conoce. Parte de la versión de mí que no existe en los pasillos blancos ni en las salas de urgencias.

Tengo una plataforma privada.

No es exactamente un sitio de pornografía, pero funciona de forma parecida. La gente paga por verme.

Por hablar conmigo. Por ver mi cuerpo. Algunos solo quieren compañía. Otros quieren fantasía. Otros pagan por la ilusión de intimidad, por sentir que, al otro lado de la pantalla, hay alguien que los mira solo a ellos. Tengo suscriptores normales.

Y luego están los VIP.

Los que pagan más. Los que deciden hasta dónde quieren llegar. Con ropa. Sin ella.

Con palabras.

Con silencios.

Yo marco los límites. Siempre. Nada es gratuito. Nada es improvisado. Todo está bajo mi control. O eso me digo. Enciendo las luces suaves, ajusto el ángulo de la cámara, reviso el encuadre. Mi

reflejo me devuelve una imagen serena, segura, sensual en un modo que no tiene nada que ver con la vulnerabilidad que cargo a diario.

Respiro hondo.

Sonrío.

Y pulso *conectar*.

En segundos, la pantalla se llena de notificaciones, de saludos, de nombres que no son reales, de corazones, de mensajes ansiosos y subidos de tono. Me acomodo en la silla, cruzo las piernas despacio y dejo que la versión de Willow que ellos conocen tome el control.

La que no tiembla.

La que no sangra.

La que no pierde pacientes.

La que no se queda dormida en el sofá sin saber cómo llegó a su cama. Y la que no está marcada por el pasado que aún sangra. Pero, incluso mientras sonrío a la cámara, una parte de mí no deja de preguntarse si, en algún lugar del edificio, unos ojos dominantes me están observando.

…

La transmisión fluye con naturalidad, mi voz baja y modulada, mis gestos suaves, controlados, calculados para mantener esa cercanía ilusoria que tanto buscan. Respondo mensajes, sonrío, río cuando toca, dejo que la conversación se mueva entre lo cotidiano y lo insinuante sin cruzar límites peligrosos. La luz tenue baña mi piel, la cámara capta solo lo que yo quiero que vea, y durante un rato logro olvidarme del hospital, del cansancio, del pasillo silencioso, de la puerta que tal vez no cerré. Hay algo casi terapéutico en este espacio, en esta versión de mí que no sangra, no corre, no pierde, no se quiebra. Aquí mando yo. Aquí todo está bajo control.

Los minutos pasan y la sala virtual se llena más, los mensajes se superponen, los nombres aparecen y desaparecen en la pantalla. Algunos saludos conocidos, otros nuevos, todos buscando un instante de atención. Me inclino un poco hacia la cámara, cruzo las

piernas con calma, dejo que el silencio juegue a mi favor antes de volver a hablar. Entonces ocurre. Una notificación distinta, más llamativa, se abre paso entre las demás. Un regalo virtual. No es raro, sucede a menudo, pero algo en ese icono me detiene. Es diferente. Más elaborado. Más caro.

Alzo una ceja, intrigada, y pulso para abrirlo.

La animación se despliega lentamente en la pantalla: una caja oscura virtual que se abre con un destello suave, revelando un lirio blanco envuelto en una cinta negra. Simple. Elegante. Inquietantemente preciso. Junto al regalo aparece un mensaje corto, sin emojis, sin adornos.

Para que recuerdes respirar.
-El hombre del sótano.

Mi estómago se contrae.

Ese nombre de usuario es raro, es demasiado preciso. Sin foto. Solo el distintivo de usuario VIP, oculto tras una máscara genérica. Miro la pantalla unos segundos más, consciente de que mi expresión ha cambiado, de que algo se ha tensado en mi rostro. Trago saliva y fuerzo una sonrisa para el público, agradeciendo el detalle con palabras suaves, neutras, como si no acabara de sentir un escalofrío recorrerme la espalda.

Pero por dentro, algo se ha descolocado.

Respiro hondo, intentando convencerme de que no significa nada, de que es solo una coincidencia, de que miles de personas pueden enviar flores virtuales y frases ambiguas. Aun así, la elección es demasiado exacta, demasiado personal, demasiado cercana a lo que soy cuando nadie me ve. Aparto la vista de la pantalla un instante, como si pudiera encontrar respuestas en la penumbra de mi salón, y durante una fracción de segundo tengo la sensación absurda de no estar sola.

Sacudo la cabeza, vuelvo a centrarme en la cámara y continúo, porque detenerme no es una opción, porque este es mi refugio y también mi escudo. Sin embargo, la imagen del lirio blanco

y esas cuatro palabras siguen latiendo en algún rincón de mi mente, insistentes, como un susurro que no sé si quiero entender.

CAPÍTULO 11

Azrael

La sala subterránea huele a metal, pólvora vieja y sudor. Un aroma denso que se pega a la piel y no se va, como la memoria de todo lo que ha ocurrido entre estas paredes. Estoy de pie, con los brazos cruzados, observando a los nuevos reclutas alineados frente a nosotros. Diez hombres. Diez cuerpos tensos. Diez miradas que oscilan entre el miedo y la ambición. Detrás de mí, apoyados contra la mesa de armas, están Max, Noel y Claus, cada uno con su propia forma de evaluar la escena. Max lo hace en silencio, con esa frialdad quirúrgica que lo caracteriza; Noel con una sonrisa ladeada que no promete nada bueno; Claus con atención meticulosa, registrando cada detalle, cada tic nervioso.

—Las reglas son simples —dice Max, rompiendo el silencio—. Lealtad absoluta. Silencio. Obediencia. Si fallas en una, fallas en todas.

Uno de los hombres traga saliva. Otro aprieta los puños. Un tercero se permite una mueca de desdén.

Yo no hablo.

Los observo.

Los mido.

La bala sigue ahí dentro, incrustada en algún punto de mi cerebro, recordándome cada día que no soy el mismo. Hay momentos en los que el mundo se ralentiza, otros en los que todo va demasiado rápido, y luego están esos instantes en los que la ira sube sin aviso, violenta, impredecible, arrasando con cualquier filtro. Este es uno de esos momentos. Lo siento en la presión detrás de los ojos, en el pulso que martillea en mis sienes, en ese zumbido eléctrico que anuncia tormenta.

—Van a demostrar lo que valen —continúa Noel—. Prueba básica. Coordinación. Precisión. Trabajo en equipo.

Les entregan armas descargadas. Un ejercicio sencillo. Avanzar, cubrir flancos, asegurar perímetro, retroceder. Nada complejo. Nada que no puedan hacer si tienen dos neuronas funcionales.

Dan la orden de inicio.

Se mueven.

Mal.

Dos de ellos rompen formación casi de inmediato, avanzando por su cuenta, intentando destacar, lucirse, demostrar algo que no les hemos pedido. Los veo antes que nadie. Siempre los veo. Mi mandíbula se tensa.

—Mantengan la formación —ordena Claus con calma.

No obedecen. Uno sonríe. El otro le sigue. Algo se rompe.

No pienso.

No evalúo.

No contengo.

Saco el arma.

Dos disparos secos.

El primero cae sin llegar a entender qué ocurrió. El segundo da un paso atrás, los ojos abiertos de par en par, la sorpresa congelada en el rostro, antes de desplomarse sobre el suelo de cemento.

Silencio.

Los demás reclutas quedan paralizados, con las armas temblando entre los dedos, el terror dibujado sin pudor en sus caras. El eco de los disparos aún vibra en las paredes cuando bajo lentamente el arma, sintiendo el pulso retumbarme en los oídos.

—¿Alguna otra iniciativa personal que quiera compartirse? —pregunto con voz tranquila, casi aburrida.

Nadie responde.

Nadie respira.

Max me observa de reojo, serio, sin reproche. Noel deja escapar una risa baja, peligrosa, mientras Claus suspira con un gesto

que mezcla resignación y aceptación. Ninguno interviene. Ninguno lo cuestiona. Saben que esto no es un error. Es un mensaje.

—Aquí no se improvisa —añado, caminando despacio frente a la fila de hombres, mis pasos resonando entre los cuerpos caídos—. Aquí se obedece. Porque la desobediencia no es un fallo. Es una sentencia.

Me detengo frente al más joven. Debe tener poco más de veinte años. Está pálido, rígido, los ojos clavados en la sangre que se extiende por el suelo.

—¿Entendido?

Asiente con violencia, demasiado rápido.

—Con palabras.

—S-sí, señor.

Acomodo mi postura y vuelvo con los otros.

—Retiren los cuerpos —ordena Claus—. Limpien esto.

Dos hombres se mueven de inmediato, torpes, ansiosos por desaparecer de mi campo de visión. Cuando la sala vuelve a quedar despejada, Max se acerca un poco.

—¿Estás bien?

Lo miro. La respuesta correcta sería *sí.* La real es otra.

—Estoy *funcional.*

Noel chasquea la lengua, divertido.

—Siempre tan modesto.

Claus revisa su reloj.

—Sigamos. Los que queden sabrán exactamente qué esperar.

Asiento.

Pero por dentro, el zumbido del disparo sigue ahí, pulsante, inestable, recordándome que la línea entre el control y el caos es cada vez más fina, más frágil, y que algún día quizá no haya vuelta atrás.

Y, aun así, no pienso frenar. Porque el mundo solo entiende un idioma. Y yo lo hablo con absoluta fluidez.

…

El sonido no se va.

No se atenúa, no se apaga, no cede. Se me incrusta detrás de los ojos, me perfora las sienes, me susurra traición, fracaso, un bastardo, me recuerda que la bala sigue ahí, alojada en mi cabeza como una maldición permanente. Las voces no gritan, no necesitan hacerlo. Murmuran. Insisten. Arañan. Y solo hay un lugar donde puedo hacerlas callar.

El pub[1] está enterrado en una de las zonas más podridas del centro de Londres, un local que parece abandonado desde fuera, con las ventanas cubiertas de polvo y carteles viejos, pero que bajo tierra alberga un infierno privado al que solo entran los que necesitan romperse como personas para no romperlo todo. Bajo por las escaleras estrechas sin pensar y me muevo en dirección a la plataforma, sintiendo cómo la adrenalina empieza a correrme por la sangre incluso antes de llegar al ring. El aire está cargado, denso, con olor a sudor, alcohol rancio, hierro y violencia contenida. Aquí no hay reglas. No hay árbitros. No hay piedad. Aquí se golpea para sobrevivir. Para descargar. Para olvidar.

Me quito la camisa, dejando que caiga al suelo sucio. Mis manos ya están vendadas, nudillos cubiertos, muñecas firmes. Solo llevo mis jeans, ceñidos a las caderas, pesados por el sudor antiguo. La trenza oscura cae por mi espalda como una sombra viva. El tatuaje del escorpión en mi pelvis se tensa con cada respiración, la tinta negra dibujando una amenaza silenciosa sobre mi piel. Me observo un segundo en el espejo manchado que hay junto a la entrada al ring. Mis ojos no reflejan nada humano. Solo rojo. Hambre. Necesidad.

No tengo misión.

No tengo objetivo.

No puedo salir a la calle a matar a un ladrón cualquiera. Sería demasiado fácil. Demasiado limpio. No busco justicia ni venganza. Busco dolor. El mío y el ajeno. Dos muertes hoy han sido como un suspiro. Un alivio mínimo. Insuficiente. Necesito más. Necesito golpear hasta que el mundo se vuelva ruido blanco.

Salto al ring.

El suelo está manchado de sangre seca, capas superpuestas de peleas anteriores, de cuerpos que no siempre salieron caminando. Las luces son duras, directas, sin piedad. El murmullo del público sube como un rugido contenido. No me importa quién es mi oponente. No pregunto su nombre. No quiero saberlo.

Entra frente a mí.

Es grande. Musculoso. Cargado de rabia. Sonríe como si creyera tener alguna posibilidad.

No la tiene.

Suena la campana improvisada, un golpe metálico contra una barra, y el mundo se reduce a movimiento y respiración. Avanzo primero. Siempre lo hago. Mi puño impacta contra su mandíbula antes de que pueda reaccionar, el crujido del hueso resonando bajo la piel. Retrocede un paso, sorprendido, pero no cae. Me devuelve el golpe, directo a las costillas. Lo absorbo sin detenerme. El dolor es bienvenido. Necesario. Le clavo el codo en el estómago, lo obligo a inclinarse, y entonces descargo una serie de golpes rápidos, precisos, brutales, dirigidos a puntos que sé que lo harán caer, aunque no es lo que busco. No todavía.

Quiero que dure.

Por inercia, me acerco al rincón donde guardo mis nudilleras de hierro, esas piezas pesadas y letales que llevo siempre conmigo. Las tomo con firmeza, siento el frío del metal en mis manos, la promesa de dolor en cada golpe. Las deslizo con cuidado sobre mis nudillos, ajustándolas hasta que quedan firmes, como una extensión brutal de mi cuerpo.

Me muevo por la plataforma, acercándome a mi oponente y lo agarro del cuello, lo estrello contra las cuerdas, lo mantengo ahí mientras le golpeo el abdomen una y otra vez, sintiendo cómo sus músculos se rinden, cómo su respiración se vuelve errática, cómo el miedo empieza a asomar en sus ojos. En un intento desesperado por defenderse me devuelve un cabezazo que me sacude el cráneo, el mundo se vuelve borroso un instante, la presión dentro de mi cabeza estalla, las voces gritan. Veo rojo.

Y ya no paro.

Mis puños caen sobre él sin ritmo, sin pausa, sin misericordia. Cara. Pecho. Costillas. Cada impacto es un latido, cada golpe un intento de silenciar lo que me devora por dentro. Ante cada golpe la sangre me salpica, caliente, espesa, empapando mi abdomen, tiñendo el escorpión de un rojo oscuro que parece cobrar vida propia. El público grita, pero no los escucho. Solo siento el cuerpo cediendo bajo mis manos, el sonido húmedo de la carne rompiéndose, la resistencia apagándose poco a poco.

Cuando cae al suelo, no me detengo. Me monto sobre él a horcajadas.

Sigo.

Hasta que deja de moverse.

Hasta que deja de respirar.

Hasta que el ring queda en silencio, un silencio pesado, casi reverencial.

Me enderezo lentamente y me pongo de pie, el pecho subiendo y bajando con fuerza, la sangre resbalando por mi piel, goteando hasta el suelo. No tengo ni un solo rasguño. Mi cuerpo está intacto. Mi mente, por primera vez en horas, también.

Las voces se han callado.

Al menos por hoy.

Salgo del ring sin mirar atrás, recogiendo mi camisa, ignorando los murmullos, los aplausos, las miradas cargadas de miedo y admiración. Cruzo el pasillo estrecho, subo las escaleras, dejo atrás el infierno. El aire frío de la noche me golpea el rostro, despejándome.

Necesito verla.

A mi pequeña *Mäuschen*[2].

No he comprobado si está en el hospital o dormida. No lo sé. Y esa ignorancia me pesa más que toda la sangre que cubre mi cuerpo.

Me limpiaré y tomaré un trago en el bar. Y entonces iré a verla, así ya esté metida en la cama. Porque, incluso cuando el mundo arde dentro de mi cabeza, ella es el único lugar donde el silencio se siente real.

Me apoyo en la barra con los antebrazos, todavía húmedos de sangre que no me he molestado en limpiar del todo. El chico de ojos azules y piercing en la lengua, Troy, el del bar no hace preguntas, solo asiente a mi dirección.

Él también, como Willow. Es mío. La diferencia es que Troy lo sabe a diferencia de mi chica.

—Estuviste genial como siempre, *escorpión*—me llama por el apodo que me han puesto aquí y me sirve un trago fuerte, sin hielo, el cual lo llevo a los labios de un solo movimiento. El alcohol me quema la garganta, baja como fuego líquido y se asienta en el estómago con un peso agradable. No busco emborracharme. Solo necesito sentir algo distinto al eco de los golpes.

El ruido del local me envuelve: risas ásperas, gritos, apuestas, música sucia saliendo de unos altavoces reventados. El mundo sigue girando como si nada hubiera pasado, como si un hombre no acabara de morir a unos metros bajo tierra. Así es este lugar. Así es esta ciudad.

—Eso estuvo brutal.

Escucho el comentario a distancia.

No me giro de inmediato. Doy otro sorbo antes de responder.

—Gracias —digo sin desdén, sin orgullo, sin emoción.

Volteo apenas unos milímetros y lo observo entonces. Un hombre de mi edad, quizá un par de años menos. Complexión atlética, mirada viva, todavía limpia. No tiene la dureza en los ojos. Aún. Lleva los nudillos vendados, demasiado blancos, demasiado nuevos.

—He escuchado sobre ti.

Una comisura de mi boca se curva apenas.

—Ah, sí. Espero que cosas *lindas*.

Niega despacio, divertido.

—Todo lo contrario.

Me acomodo y lo miro de frente por primera vez.

—Mucho mejor.

Se ríe, breve, nervioso. Extiende la mano.

—Soy Hawke —dice—. Es mi primera pelea. ¿Algún consejo?

Lo evalúo en un segundo. Veo ambición. Veo miedo. Veo hambre. Veo todo lo que yo era antes de que la bala me atravesara la cabeza y me partiera en dos. Termino el trago, dejo el vaso sobre la barra y me levanto del taburete con calma. Me pongo la chaqueta, sintiendo todavía la sangre seca tensar la tela contra mi piel.

—Golpea hasta matar.

No hay énfasis. No hay metáfora. No hay broma.

Solo verdad.

Parpadea. Luego suelta una carcajada corta, creyendo que exagero, que provoco, que juego.

—Eso haré. Gracias, *Escorpión*.

No respondo y sigo caminando, sin rumbo, hasta que diviso un poco de humo saliendo del final de la barra lo cual marca mi paradero, sabiendo bien quién es. Camino por el pasillo oscuro y casi vacío cuando lo veo.

Troy está ahí, recostado contra la pared, con un cigarro de marihuana entre los dedos, ante cada fumada, la llama pequeña ilumina su rostro con destellos anaranjados. El lugar huele a humo y a un peligro dulce, a sexo.

—Esa mierda va a matarte un día —le digo, la voz baja, sin intención de sermonear, pero con una carga que él entiende perfectamente.

Él sonríe, ladea la cabeza y me mira con esos ojos que siempre han tenido una chispa peligrosa. La tensión entre nosotros es inmediata, eléctrica, una línea invisible que no cruzamos pero que nos hace rozar la piel.

—Quizá me guste esa idea —responde con un susurro, tan cerca que casi puedo sentir el calor de su aliento. —pero primero, quiero darte tu premio.

No digo nada. Solo dejo que el silencio crezca, espeso y lleno de lo que no decimos, de lo que no podemos permitirnos, pero que brilla con una intensidad casi insoportable.

—De rodillas—le ordeno y el obedece. Ya estoy duro y lo nota, cuando su mano va directo a mi pantalón y me acaricia por encima de la tela.

Instintivamente al sentir sus manos en mi pantalón puedo sentir como mi bulto se endurece aún más, tomo aire con fuerza, aun siento el cuerpo agotado por la pelea, pero mi mente pide a gritos liberarse, por lo cual mi mano va a parar al cabello rubio de Troy, cuyos ojos me incitan al pecado y aquellos labios me provocan querer mancharlos con mi semen.

—Serás un buen chico y te vas a beber todo—noto como sus manos liberan mi miembro ya duro y con maestría, su carnosa boca llega hasta la base de mi miembro comenzado a bombear con un ritmo tortuoso y pausado, lo que me lleva a sujetar su cabello con más fuerza y enterrar mi pene aún más al fondo de su garganta, puedo sentir el espasmo de arcada, pero no me hace detener.

Sujetando su cabello con más fuerza mis caderas comienzan a tomar el ritmo brusco, y rápido, su lengua juega a medida que me retiro, pero no reduce la succión, mis movimientos solo se vuelven más y más rápidos y mi respiración comienza a tomar un ritmo más brusco mientras uso su boca con la intención de llenarla de mi semen y ver como lo traga. Me imagino los labios de Willow, me imagino los gemidos de ella, no es la boca de Troy, es el coño apretado de mi querida vecina.

Eso me lleva al límite y exploto en su boca soltando un brusco gemido, Troy se traga cada maldita gota, lo escucho reír, incluso besar mis bolas. Se pone de pie y se acerca suavemente con la intención de besarme para compartir mi sabor. Ya lo he besado, pero no está noche. En cambio, lo empujo y vuelve a reír, sabe que es un hasta luego.

Troy es un chico guapo, rubio, de ojos azules, está en buena forma y su polla es tan rosa como sus labios se ven ahora con rastros de mi semen ellos. Hermoso y todo mío como yo de él.

—Nos vemos pronto. —dice y yo guardo mi polla dentro de mis jeans manchados de sangre.

Camino hacia la salida sin mirar atrás. Empujo la puerta y el aire frío de la noche me recibe como un golpe limpio, necesario. Respiro hondo, dejando que Londres me atraviese los pulmones, intentando borrar el olor a sangre de mi piel.

Pero no se va.

Nunca se va del todo. Subo al coche, enciendo el motor y me alejo sin rumbo fijo durante unos minutos, hasta que el pensamiento que he estado evitando se impone con una claridad incómoda.

Willow.

Mi pequeña *Mäuschen.*

No sé si duerme, si está despierta, si volvió a sentarse en el suelo frente a su puerta porque no confía en su propia cama. La idea me crispa la mandíbula.

Conduzco rápido. Necesito verla. Aunque solo sea para asegurarme de que sigue respirando.

Aunque sea desde la sombra.

CAPÍTULO 12

Azrael, 7 años

Estoy sentado en el rincón de la sala. La luz se filtra débil por la ventana, y todo se siente frío, aunque el verano arde afuera. Mis manos tiemblan y no sé dónde mirar. La casa no es mía, no la reconozco del todo, y aunque dicen que es la de Marion, no se siente como un lugar seguro.

Nuestra casa se quemó la semana pasada, mi madre se durmió con su cigarrillo encendido, fue un terrible accidente, tengo una quemadura en mi mano, no dejará una fea cicatriz, pero no me arrepiento. Logré despertar a mi madre con el jalón de cabello que le di para que viera el fuego ardiendo a nuestro alrededor e hiciera algo.

Estoy encogido, la piel me arde en las zonas que fueron alcanzadas por el fuego antes de salir de aquel infierno. Marion se acerca, y sus ojos no tienen nada de cariño, solo una amenaza que no sé cómo enfrentar.

—¿Listo para el *juego*, *niño*? —dice, y su voz es como un cuchillo que corta el aire.

Mis ojos se pasean a su alrededor, los otros están ahí, en silencio, mirándome con esas sonrisas que no llegan a sus ojos. Mamá está en el sofá, riéndose también como si todo fuera un chiste, pero sus ojos están apagados, vacíos, perdidos en alguna nube que la droga le puso encima.

—Vamos, pequeño —dice uno de ellos—, el juego no dura mucho si te portas bien.

Marion me agarra la muñeca y aprieta fuerte. Me duele, pero no me atrevo a decir nada. Mi mirada por inercia, se posa en mamá,

es una silenciosa suplica de ayuda la cual es ignorada de inmediato, porque mamá no es mamá en estos momentos.

—No mires a mamá —susurra Marion—. Ella está feliz porque tú *juegas.*

Quiero correr, quiero gritar, pero mi boca está seca y mis piernas no se mueven. Cierro los ojos y me imagino que estoy en la escuela, donde todo es normal, donde los niños solo juegan a la pelota.

—¿Ves? No es tan difícil —dice otro mientras se acerca y me toca el pelo, y ante ello me quedo quieto, congelado—. Sólo hay que seguir las reglas.

Siento que me caigo, que me pierdo en la oscuridad, pero ellos siguen, uno tras otro, como si fuera un turno en un juego que no elegí. Como si tomaran turno uno a uno en un juego del cual no pedí participar.

Mamá ríe otra vez, pero su risa es hueca, rota.

—Eres un buen niño, ¿verdad? —dice Marion—. Por eso eres especial.

No soy especial. No sé nada. Solo sé que quiero que termine, que alguien me salve, que me lleve lejos de aquí.

Pero nadie viene.

CAPÍTULO 13

Juramento II

Aquello que reclamo queda sellado. Cruzar ese límite es firmar una muerte.

Azrael

Presente

Entro en el apartamento sin hacer ruido, como si incluso las paredes pudieran delatarme. La puerta se cierra a mi espalda con un susurro seco, y el silencio me recibe como un animal herido. Como espero. Todo huele a ella. Es un olor que no me pertenece, pero que busco como si fuera oxígeno.

La encuentro en la cama, atravesada en diagonal, con un pie escapando de las sábanas como si se negara a obedecer incluso dormida. Ronca muy bajo, apenas un sonido imperceptible que me arranca algo parecido a una sonrisa cansada. Sus rizos están desordenados, enredados sobre la almohada, formando un caos perfecto que contrasta con la serenidad de su rostro. Está agotada. Lo veo en la forma en que su cuerpo se hunde en el colchón, en cómo sus labios entreabiertos parecen pedir descanso.

Si tan solo…

La idea no llega a completarse. No puede. No debe.

Pero aun así lo hago.

Me acerco despacio, con la misma precaución con la que desactivo explosivos o cruzo territorios enemigos. Me siento al borde de la cama y alargo la mano, tocando apenas su cabello. Es suave. Demasiado. Cálido. Real. Los rizos se deslizan entre mis dedos y algo se quiebra dentro de mí, un hilo invisible que llevaba demasiado tiempo tensado.

Me he duchado antes de venir. He restregado mi piel hasta que ha ardido, hasta borrar el rastro metálico de la sangre, el olor de la pólvora, la huella de la violencia que aún vibra en mis huesos. No quería traer mi infierno hasta aquí. No quería contaminar su mundo. Ella es… distinta. Pura no porque sea ingenua, sino porque no está rota. Todavía no. Y haré lo imposible para que nunca lo esté por otros, solo por mí.

Respiro despacio, conteniendo el impulso de acercarme más, de deslizarme bajo las sábanas, de sentir su calor, su respiración, su existencia contra la mía. No puedo permitirme quererla. Querer es un lujo que hombres como yo no deberíamos tocar jamás. Todo lo que amo termina destruido.

Mis ojos recorren su rostro con una devoción silenciosa. Las pecas suaves sobre su nariz, las pestañas largas proyectando sombras delicadas sobre sus mejillas, la curva tranquila de su boca. Parece ajena al mundo. A lo violento. A mí.

Y por un instante, solo por uno, imagino cómo sería una vida diferente. Una en la que pudiera quedarme. En la que el pasado no pesara tanto. En la que los recuerdos no me arrancaran la piel por dentro cada vez que cierro los ojos.

Pero la fantasía se desvanece rápido.

Porque la sangre no se borra.

Porque el dolor no se olvida.

Porque yo no soy un hombre hecho para la luz.

Me quedo perdido en mis pensamientos, solo observando su cuerpo hasta que gime y abre sus piernas. Es como si estuviera atrapada en un sueño erótico. Su silueta se inquieta a mi lado y un pequeño reflejo de luz entra al cuarto, dándome un poco mejor de visión a su cuerpo y, sí, lo puedo ver, la mancha oscura de su ropa interior sobre su coño.

Se me hace agua la boca.

No de hambre.

De necesidad.

Quiero probarla. Su sabor fresco. Calmar esta sed que llevo arrastrando toda la noche, una sed que no tiene nada que ver con el cuerpo, sino con el vacío que me devora por dentro. Ella es agua en

medio del desierto, una promesa de alivio que sé que no debería tocar.

El color de su piel es perfecto. Esa tonalidad acaramelada que atrapa la luz tenue de la habitación y la convierte en algo casi irreal. Mi tentación. Mi condena. Mi obsesión silenciosa.

Mi mano se mueve antes de que pueda detenerla.

Deslizo los dedos con infinita lentitud por su muslo, apenas rozándola, como si temiera despertarla o, peor aún, romper el hechizo. Su piel está caliente. Viva. Suave como un suspiro. Sólida. Real. Todo en ella es real, demasiado real para un hombre que vive rodeado de sombras.

Está en forma. Fuerte. Hermosa sin esfuerzo. Cada curva es un recordatorio cruel de todo lo que no puedo permitirme.

—*Meine.*

La palabra cruza mi mente con violencia, como un disparo.

No.

No es mía. No puede serlo. Pero entonces, ella gime cuando mis dedos se mueven más en el interior de sus muslos. Me detengo en la humedad y todo mi instinto animal pierde el control cuando lo hago hacia a un lado y veo su coño chorreando, está tan húmeda que mi dedo se desliza fácilmente de arriba abajo. Mi polla salta dentro de mis pantalones y sé que yo también estoy comenzando a mojarme, es instinto, es necesidad de probarla. Pero mi cuerpo no entiende de límites, ni de promesas, ni de demonios internos. Mi pulgar traza una línea lenta, casi reverente, y un escalofrío me recorre la espalda. Siento la necesidad de contenerme, de sujetar a la bestia que llevo dentro, esa que solo sabe poseer, devorar, arrasar.

Me acomodo aún mejor a su costado y me deslizo por las sábanas hacia su coño expuesto, totalmente depilado. Ahora es un caramelo jugoso listo para mí. Me inclino un poco más, lo justo para aspirar su aroma: limpio, dulce, íntimo. Un perfume que no debería pertenecerme y que, sin embargo, ya reconozco como si fuera parte de mi sangre.

Aprieto la mandíbula antes de pasar mi lengua sobre su carne, ella gime, sigue dormida, noto que por instinto abre las piernas un poco más y vuelvo a sacar la lengua, pasándola por su

clítoris. Me detengo ahí, en ese botón y lo muerdo un poco, siento como sus fluidos se derraman por mi lengua y grita de placer. No me detengo, continúo lamiendo, hundiendo mis labios y dientes sin parar.

—*Más…más…por favor*— Puedo escuchar como sus suplicas se hacen presentes mientras me sigo deleitando con su coño.

No me jodas. Si entierro mi polla podría despertarse y no es lo que quiero. Me gusta así, como mi bella durmiente.

Saco mi polla cuando no puedo más y comienzo a follármela de arriba abajo con una mano, mientras entierro mi cara en su coño y lo devoro, ella se corre cuando succiono con más fuerza de la que debería, me doy cuenta que mi pequeño ratón disfruta del dolor, lo tendré en cuenta siempre. Su grito es colosal y sus movimientos son bruscos, se ha corrido duro, empapándome de sus jugos hasta la barbilla y es cuando me dejo ir, corriéndome al pie de su cama, dejando las líneas de mi semen en su cobertor azul como premio.

Podría despertarla. Podría cruzar esa línea. Podría perderme en ella y olvidar por unos minutos quién soy, qué soy, cuántas cosas llevo manchadas en las manos.

Pero no lo hago.

Porque tocarla más sería marcarla.

Y ella merece permanecer intacta.

De mí.

Retiro mi cuerpo lentamente, como si su piel pudiera quemarme. Me levanto sin hacer ruido, observándola una última vez, grabando esta imagen en mi memoria como un ancla y el sabor de su coño en mi lengua, como un recordatorio de lo único bueno que existe en mi mundo.

—Descansa, Willow —susurro, aunque sé que no puede oírme—. Yo velaré por tus sueños… incluso si eso significa perder los míos.

Me marcho, llevándome conmigo el peso de saber que, tarde o temprano, mi oscuridad intentará alcanzarla.

CAPÍTULO 14

Willow

Me duele el coño.

Tengo una sensación de vacío, como si no estuviera del todo satisfecha a pesar de que, me corrí muy, pero muy duro.

Estaba soñando con Azrael, recuerdo que era su cara entre mis muslos, no me importa si fue un sueño pero se sintió tan real, tan real que… ¿Y si en verdad estuvo aquí? Todavía puedo sentir mis fluidos mojando mi coño y el olor a semen que siento en mi habitación es real.

Él estuvo aquí.

Solo de pensar que me tocó mientras dormía hace que me moje de nuevo. Dios, necesito fricción, necesito correrme de nuevo mientras el olor de su semen está en el aire. Así que llevo mis manos ansiosas hasta el interior de mi ropa interior empapada y mis dedos entran fácilmente, Separo las piernas sin pudor alguno, una lujuriosa invitación y bombeo mi propio coño, imaginando a Azrael a mi lado con su polla en la mano mientras me la introduce en la boca.

—¡Ahhhh, sí! Justo así— La imagen que acompaña mis acciones en mi mente, es su larga y gruesa polla en mi cara mientras penetra mi garganta causando que me ahogue con su pene. Mis dos dedos se siguen moviendo sin piedad, mientras entran y salen de mi interior empapados con mis fluidos, se siente tan bien.

La fricción que necesitaba, se siente bien.

Es un alivio urgente, casi desesperado, una forma torpe de silenciar todo lo que me pesa dentro. Mi respiración se vuelve irregular, entrecortada, y aprieto los ojos, aferrándome a las imágenes que mi mente fabrica con una precisión cruel. Fantasías que no me atrevo a nombrar, que solo existen en este espacio secreto donde nadie puede juzgarme.

Aumento el ritmo, buscando algo más, algo que todavía no llega, una liberación que se me resiste y que mi cuerpo reclama con una ansiedad casi dolorosa. Mis músculos se tensan, el pulso se acelera, y por un momento todo desaparece: las dudas, el cansancio, la soledad.

La presión crece, se acumula, me envuelve por completo hasta que ya no puedo sostenerla más. Un estremecimiento me recorre de arriba abajo, profundo, intenso, dejándome sin aliento, vacía y a la vez llena de una calma fugaz que apenas dura unos segundos.

Solo quedo yo.

Y esta necesidad que me atraviesa.

Me quedo quieta, respirando despacio, con el corazón desbocado y la mente en blanco.

Sabiendo que, en el fondo, nada de esto es suficiente. Cuando todo lo que siento es la necesidad de sentirlo a él.

…

Dos horas después conduzco una ambulancia a toda velocidad.

No debería estar al volante. No hoy. No con el cuerpo todavía temblando, con la mente dispersa y el corazón en desorden. Pero el día es un caos absoluto y faltan manos, siempre faltan manos, así que aquí estoy, cubriendo una zona que no es la mía, con la radio escupiendo códigos, direcciones y gritos.

Las sirenas rompen el aire.

Las luces azules rebotan contra los edificios, arrancándole destellos a los escaparates, a los parabrisas, a las caras tensas de los peatones que se apartan justo a tiempo. Mis dedos se aferran al volante con fuerza, los nudillos blancos, la mandíbula apretada. El motor ruge bajo mis pies. Me salto un semáforo en rojo, calculando la distancia de los coches que frenan de golpe. Un taxi pita con furia. No me detengo. No puedo.

—Un accidente múltiple. Posible atrapado. Dos heridos graves. Uno inconsciente.

Genial.

La adrenalina sube como una descarga eléctrica. Todo lo demás desaparece. El cansancio. Las imágenes. En este momento solo existe la carretera, el volante y la necesidad urgente de llegar.

Giro bruscamente a la derecha, el cuerpo se me va hacia un lado, el cinturón se clava en mi clavícula. El pulso me retumba en los oídos al mismo ritmo que la sirena. Las calles pasan borrosas, una sucesión de esquinas, pasos de peatones y rostros sorprendidos.

—Vamos, vamos… —murmuro entre dientes.

Al fondo ya veo el caos.

Luces de freno. Coches cruzados. Gente corriendo. Un autobús detenido en diagonal y dos vehículos destrozados contra una farola. Frenazos. Gritos. Cristales sobre el asfalto.

Clavo el pie en el freno y la ambulancia se detiene con un chirrido seco. Salto del asiento incluso antes de que el motor se apague del todo.

—¡Camilla! —grito, abriendo las puertas traseras.

El olor a gasolina y metal caliente me golpea en la cara. Sangre. Polvo. Goma quemada. El aire vibra con una tensión espesa, casi tangible.

Un hombre yace tendido junto a un coche con el frontal hundido. Su pierna está en un ángulo imposible. Una mujer llora, con las manos cubiertas de rojo, repitiendo algo que no consigo entender. Dentro del autobús, varios pasajeros están en shock.

Mi cerebro se activa como un mecanismo entrenado.

Evaluar. Priorizar. Actuar.

Corro hacia el herido inconsciente. Me arrodillo a su lado, ignoro el dolor en las rodillas al impactar contra el asfalto.

—¿Me oyes? ¿Puedes abrir los ojos?

Nada.

Compruebo pulso. Débil, irregular.

—Tenemos *politrauma*, posible hemorragia interna —anuncio al equipo mientras corto la ropa con las tijeras—. Preparen oxígeno y monitor.

Mis manos se mueven solas. Presión. Vías. Oxígeno. Cada gesto es automático, preciso, casi frío. No hay espacio para el

miedo. No hay lugar para dudar. Un grito desgarrado me atraviesa los oídos cuando extraen a otro herido del interior del coche. Sangra por la cabeza, está consciente, pero desorientado.

—Mírame —le ordeno al sujeto cuando ha abierto los ojos, sujetándole el rostro—. No cierres los ojos. Respira conmigo. Uno… dos…

El mundo se reduce a respiraciones, latidos, conteos mentales y órdenes rápidas.

—¡Necesito una vía aquí ya!

—¡Camilla lista!

—¡Cuidado con la columna!

El sudor me recorre la espalda bajo el uniforme. Siento los músculos tensos, el corazón golpeándome las costillas como si quisiera escapar. Cada segundo pesa toneladas. Todo ha pasado muy rápido y cuando por fin cerramos las puertas de la ambulancia con los dos heridos dentro, mis manos tiemblan apenas un instante.

Solo un instante.

Luego me acomodo y vuelvo al volante. Soy enfermera y también paramédico.

Bocinas de autos. Adrenalina. Velocidad. La ciudad vuelve a abrirse ante mí mientras conduzco hacia el hospital, con dos vidas dependiendo de cada giro, cada frenada, cada decisión. Y pienso, con una lucidez brutal, que quizá este caos es el único lugar donde sé respirar de verdad.

Donde el ruido exterior logra silenciar el mío.

Regreso al hospital con el cuerpo todavía vibrando por la sensación y la mente saturada de sirenas, gritos y luces azules, dejo la ambulancia en su sitio mecánicamente, lavo mis manos más veces de las necesarias, como si pudiera borrar algo más que la sangre y el cansancio acumulados en la piel. Necesito un momento, solo uno, un espacio donde respirar sin la presión constante de la urgencia, sin la sensación de que cada segundo puede ser el último, así que subo a oncología pediátrica, ese lugar donde el dolor no corre, sino que se arrastra lento, silencioso, cruel, escondido detrás de paredes de colores suaves y dibujos infantiles que intentan disfrazar una realidad que nadie consigue suavizar del todo.

Los que no merecen estar aquí, donde la vida parece menos justa.

El pasillo está tranquilo, demasiado, con ese silencio espeso que solo existe en los hospitales de noche, interrumpido de vez en cuando por el pitido lejano de algún monitor o el murmullo de voces apagadas al fondo.

Camino despacio, saludando a algunos niños que me reconocen, regalando sonrisas cansadas, dejando una caricia breve, una palabra suave, hasta que mis pasos se detienen frente a la última cama, la del niño al que nadie consigue alcanzar, Tommy el que siempre está callado, siempre de mal humor, siempre aislado en su propio mundo.

Nadie habla con él porque nadie sabe lenguaje de señas, y él se niega a escribir, se niega a adaptarse, grita, señala, golpea la cama cuando quiere algo, cuando algo le duele, cuando se siente frustrado, y aunque hemos intentado traer intérpretes, uno tras otro, él termina ignorándolos a todos, cerrándose todavía más, como si el simple hecho de intentarlo le recordara que está solo. Sus padres casi nunca vienen. Dicen que trabajan, que no pueden faltar, que no pueden permitirse perder el empleo, y yo no puedo evitar preguntarme cuántas excusas caben en una vida cuando el tiempo de tu hijo se está agotando. Una mierda.

Los médicos no se andan con rodeos: *es solo cuestión de tiempo*. Suena horrible admitirlo, pero a veces, en los días más duros, incluso le tengo envidia.

Hoy, sin embargo, algo es distinto.

Me detengo en seco al verlo sonreír. Sonreír de verdad.

Tiene unas galletas de chocolate apoyadas en el regazo y las migas le manchan los dedos, y sus manos se mueven rápido, con entusiasmo, dibujando palabras invisibles en el aire, como si estuviera contando una historia importante, una aventura, un secreto precioso que no quiere perder. Hay alguien sentado frente a él, medio oculto por la cortina corrida a medias, una figura grande, demasiado inmóvil, demasiado tensa para un lugar como este, y mi corazón da un vuelco violento cuando reconozco ese cabello largo, oscuro, perfectamente trenzado, cayendo recto por su espalda.

Azrael.

El aire se queda atrapado en mis pulmones.

Me acerco despacio, sin querer interrumpir, sin atreverme a romper la magia silenciosa que se despliega ante mis ojos, y entonces veo con claridad cómo las manos de Azrael responden a las del niño con una precisión impecable, con movimientos lentos, cuidadosos, llenos de intención, formando palabras que fluyen con una naturalidad que me deja sin aliento. *Es Lenguaje de señas*. Perfecto. Fluido. Vivo. El niño ríe sin sonido, sus ojos brillan, y Azrael inclina un poco la cabeza para observarlo mejor, como si cada gesto fuera una frase sagrada, como si no existiera nada más importante en el mundo que ese diálogo mudo entre los dos.

Siento que el corazón me golpea con fuerza contra las costillas, una emoción densa subiéndome por la garganta, porque nadie, absolutamente nadie, se ha tomado el tiempo de aprender su idioma, de entrar en el mundo de ese niño, de decirle sin palabras que importa, que existe, que merece ser escuchado, y es precisamente él, el hombre que vive rodeado de violencia, de sombras, de muerte, quien se sienta en una silla infantil para ofrecerle algo tan simple y tan inmenso como atención.

Tommy le tiende una galleta, y Azrael la acepta sin dudar, se la lleva a la boca, mastica despacio, y por un instante su expresión se suaviza de una forma que no le había visto nunca, arrancándole al pequeño una carcajada muda, feliz, desbordante.

Doy un paso más, incapaz de quedarme al margen, y es entonces cuando Azrael levanta la vista y me ve. Nuestros ojos se encuentran a través del hueco de la cortina, y durante un segundo eterno el mundo parece detenerse. No hay sorpresa en su mirada, pero sí una advertencia silenciosa, una línea invisible que me dice que este momento no debería ser observado, que pertenece solo a ellos, aunque tampoco se aparta, no esconde nada, no se defiende. Simplemente me sostiene la mirada, firme, desnudo, vulnerable de una forma que me sacude más que cualquier acto de violencia.

—Hola —susurro, sin darme cuenta de que mis labios se mueven.

Él no responde con palabras, solo inclina levemente la cabeza, un gesto mínimo, casi imperceptible, antes de volver su atención al niño, que retoma la conversación con renovado entusiasmo, señalando las galletas, luego su propio pecho, luego a Azrael, y aunque no entiendo las señas, comprendo el significado con una claridad devastadora: *gracias por venir, gracias por quedarte.*

Azrael contesta despacio, estira suavemente su mano y le roza el hombro con dos dedos, un gesto íntimo, protector, cargado de una promesa muda que no necesita traducción, y lo sé con una certeza absoluta: no es la primera vez que está aquí, y tampoco será la última.

Me quedo allí, inmóvil, observándolos, dejando que esa escena me atraviese sin defensa alguna, porque hay algo devastadoramente hermoso en la forma en que se comunican, en cómo el niño mueve las manos con torpeza infantil y Azrael le responde con paciencia infinita, corrigiendo con suavidad, repitiendo despacio, guiándolo sin una sola sombra de impaciencia, celebrando cada gesto bien hecho con una leve inclinación de cabeza, con una media sonrisa apenas visible que parece reservada únicamente para él.

Tommy me ve entonces, me señala con entusiasmo y mueve las manos con rapidez, mirándome después con una expectación luminosa, y Azrael sigue su gesto, volviendo su atención hacia mí, invitándome a acercarme con un leve movimiento de dedos. Dudo apenas un segundo antes de avanzar, sintiendo de pronto una extraña timidez que no suelo experimentar, como si cruzara un umbral invisible. Tommy empieza a repetir las señas más despacio, exagerando los movimientos para que pueda entenderlas, y Azrael interviene con calma, colocándose a mi lado, levantando las manos para mostrarme cómo hacerlo, guiándome con una paciencia que me desarma.

—Así —dice en voz baja—. Despacio. No importa si te equivocas.

Intento imitar el gesto, torpe, insegura, y el niño ríe, sacudiendo la cabeza, volviendo a hacerlo con más claridad,

animándome sin palabras, mientras Azrael corrige la posición de mis dedos, ajusta el ángulo de mi muñeca, acerca un poco más mis manos a las suyas para que pueda hacerlo mejor. Su contacto es ligero, apenas un roce, pero basta.

—¿Qué estamos diciendo? —pregunto nerviosa. Mientras mis ojos se posan en nuestras manos unidas.

—Quiere saber si eres mi novia—mi corazón da un vuelco. Veo a Tommy.

Basta escuchar aquella frase para que algo se quiebre dentro de mí.

Porque de pronto no estoy en el hospital, ni frente a un niño enfermo, ni aprendiendo un idioma nuevo, sino atrapada en un recuerdo que no pedí, en una sensación antigua que regresa con violencia, en una cercanía que mi cuerpo no interpreta como segura, sino como una amenaza. El aire se vuelve denso, irrespirable. El corazón se me desboca. El pulso retumba en mis oídos con una fuerza ensordecedora. Siento las manos de Azrael sobre las mías y mi mente se llena de imágenes confusas, de fragmentos de miedo, de voces lejanas, de una angustia que no consigo ubicar pero que me atraviesa como un relámpago.

No.

No aquí.

No ahora.

Me aparto de golpe, tan bruscamente que sobresalto a Tommy sin querer por mis movimientos bruscos y tomo distancia de Azrael

—Lo siento, olvidé algo…

Tomo un poco más de distancia y doy un paso atrás, luego otro, llevándome una mano al pecho, incapaz de respirar con normalidad, sintiendo cómo el pánico se apodera de mí con una violencia que me deja sin fuerzas. *Necesito aire. Espacio. Silencio*. Salgo casi corriendo del cubículo, sin mirar atrás, atravesando el pasillo como si huyera de algo invisible, con las luces demasiado brillantes, los sonidos demasiado fuertes, la realidad entera cerrándose a mi alrededor.

El ataque me alcanza antes de llegar al final del corredor.

Las piernas me fallan.

El suelo se eleva para recibirme.

Caigo de rodillas, luego de lado, con la espalda contra la pared fría, intentando aspirar aire que no llega, con los dedos entumecidos, la visión nublada, el corazón descontrolado, latiendo como si quisiera romperme el pecho desde dentro. No puedo pensar. No puedo hablar. *Solo sentir. Miedo. Ansiedad*. Una opresión brutal que me aplasta, que me reduce, que me encierra.

El mundo se rompe en fragmentos blancos y negros. No sé dónde termina mi cuerpo ni dónde empieza el suelo. Las sacudidas me atraviesan sin control, violentas, ajenas, como si alguien hubiera desconectado todos los cables que me mantenían en pie. Oigo voces, pasos apresurados, el sonido metálico de una camilla al abrirse, pero todo llega distorsionado, lejano, como si estuviera bajo el agua.

—*Te tengo, Willow* —dice la doctora Nash, de oncología; su voz distorsionada, anclándome a algo real.

Intento respirar, pero el aire entra a trompicones, los músculos no me obedecen, el pecho se contrae con espasmos que me doblan sobre mí misma. Alguien me sujeta los hombros, otro mis piernas, y entonces siento unas manos fuertes rodeándome con cuidado, levantándome del suelo como si pesara nada.

Azrael.

Lo sé sin verlo.

Me coloca con suavidad sobre la camilla mientras la doctora me revisa con rapidez, levantándome los párpados, observando la reacción de mis pupilas, palpando mi cuello, controlando el pulso con movimientos expertos.

—¿Qué es lo que le pasa? —escucho decir a Azrael, y hay algo en su voz que no logro identificar, una mezcla de tensión y enojo.

Siempre está enojado.

—¿Es usted familiar? —pregunta Nash sin apartar la vista de mí.

—No.

—Entonces será mejor que salga, señor…

Mi mano se mueve antes de que pueda pensarlo. Esta va a parar al brazo de Azrael con la poca fuerza que me queda, aferrándome a su muñeca como a un salvavidas.

—No… —consigo decir, con la voz rota, quebrada.

La doctora me mira un segundo, evalúa la escena, luego suspira con resignación profesional.

—¿Es tu amigo, enfermera Graves?

Asiento como puedo, incapaz de articular palabra.

—Bien. Entonces se queda.

Siento el pinchazo frío de la aguja en el brazo.

—Voy a inyectarte un calmante. Te ayudará a calmar el sistema nervioso, ¿de acuerdo? Respira conmigo.

El efecto empieza a recorrerme despacio, soltando los nudos invisibles que me aprietan por dentro, aflojando la rigidez, devolviéndome poco a poco el control del cuerpo, aunque la cabeza sigue dándome vueltas, pesada, espesa.

Mis pastillas, no tomé mis pastillas y todo esto me sobrepasa. Sé que soy una maldita adicta, sé que tengo problemas con el control, pero no quería que esto pasara, no frente a él.

—¿Qué es lo que le pasa? —insiste Azrael, apretándome la mano.

—Ha tenido una *convulsión psicógena* —explica la doctora, ya más tranquila—. Es una crisis asociada a trauma. Se parece a una reacción epiléptica, pero su origen es emocional. Es como un ataque de pánico, pero mucho más intenso.

Azrael no dice nada pero puedo notar como su mirada se oscurece intentado comprender lo dicho por la Doctora.

—Los dejaré solos —añade Nash, y se marcha cerrando la cortina tras de sí.

El silencio que queda es casi insoportable.

Me quedo tumbada, con la respiración todavía irregular, la mente flotando entre la realidad y el residuo químico del sedante. Azrael permanece de pie a mi lado, inmóvil, como una estatua tensada al límite, y puedo sentir su mirada sobre mí incluso sin levantar los ojos.

—¿Quién? —pregunta al fin.

—¿Qué?

—Solo dime un nombre.

Lo miro entonces, y algo dentro de mí se quiebra definitivamente.

—No sé de qué hablas.

—Nadie tiene ataques así porque sí, Willow. Nadie se rompe de ese modo sin una razón. ¿Quién te hizo daño? Dímelo. Dame un nombre. Me encargaré.

La rabia me atraviesa como un latigazo. Lo hace sonar tan simple, tan pequeño, como si fuera algo muy fácil de resolver.

—¿Es así? —susurro, con una risa amarga—. ¿Me preguntas el nombre de quien me ha llevado al quiebre cuando has sido tú previamente quien me ha olvidado?, ¿Quién mierda te crees que eres, Azrael Hass?

El impacto de su nombre completo es inmediato. Lo veo tensarse, como si hubiera recibido un golpe directo en el pecho.

—¿Qué dijiste?

—Ya me has oído. Estoy cansada. Cansada de fingir este último año. De verte entrar y salir de mi vida como un fantasma. De hablarme una noche y al día siguiente fingir que no existo. De notar cómo irrumpes en mi apartamento y luego cruzarte conmigo en el pasillo como si no supieras quién soy.

Su expresión cambia. Sorpresa. Confusión. Algo más oscuro, más peligroso.

—Sé que eres tú quien me mete en la cama cuando me quedo dormida en el sofá. Sé que eres tú quien me cubre con una manta, quien me deja agua en la mesilla, quien se queda vigilando en la oscuridad como si yo no lo supiera. Así que dime algo, Azrael… ¿también fuiste tú quien me comió el coño anoche, o estoy tan jodida que ahora incluso te imagino?

El silencio estalla entre nosotros.

Puedo ver cómo procesa cada palabra, cómo las piezas empiezan a encajar en su cabeza con una lentitud devastadora.

—Willow…

—No. No digas nada. No intentes negarlo. Estoy demasiado cansada para más mentiras.

Sus ojos se clavan en los míos, oscuros, intensos, cargados de una tormenta que no sé si quiero ver desatarse.

—Entonces dime tú —murmura—. ¿Qué recuerdas?

Y sé, con una certeza que me oprime el pecho, que lo que está a punto de salir a la luz no va a dejarnos ilesos a ninguno de los dos.

CAPÍTULO 15

Azrael

Mataré a mi padre, sé que lo haré. Algún día, no hoy. Hoy solo jugaré su juego. El ser el espía de mi hermano Max.

No debería recordar nada de esto.

Eso es lo primero que pienso cuando la imagen regresa, no como una escena completa, sino como fragmentos mal encajados, destellos que aparecen y desaparecen, como si alguien hubiera pasado una mano sucia sobre un espejo y solo hubiera dejado zonas claras a propósito. Durante mucho tiempo me convencí de que Willow era solo un rostro más, un nombre que escuché de pasada, la nueva amiga de mi cuñada, la vecina del apartamento de enfrente, alguien que existía en mi periferia, pero no en mi centro. Mentí. Me mentí con la misma facilidad con la que he mentido toda mi vida.

La recuerdo entrando por esa puerta.

No sé por qué ese momento se quedó grabado cuando tantos otros se borraron. La puerta se abre, entra primero el ruido de la calle, luego ella, con esa forma suya de ocupar el espacio sin pedir permiso, sin saber todavía que ya me había desarmado. No me mira al principio. Se quita la chaqueta. Dice algo que no escucho. Yo dejo de escuchar muchas cosas cuando estoy cerca de ella. Sé que pensé que era demasiado viva para el lugar en el que estaba, demasiado real para el mundo en el que yo me muevo. Sé que pensé que no debería mirarla así. Sé que no dejé de hacerlo.

Después el recuerdo se rompe.

Hay risas. Una mesa. Vasos. Mi cuñada hablando demasiado.

Willow sentada frente a mí, moviendo las manos cuando explica algo, expresiva, intensa, con esa luz incómoda en los ojos que me provoca una reacción inmediata, visceral, peligrosa. Me

vuelve loco desde ese primer momento, aunque entonces no lo nombro así. No me permito palabras como deseo o interés. Solo sé que algo en ella me llama de una forma que no reconozco y que no quiero entender.

Lo siguiente que recuerdo es ofrecerme a llevarla a casa.

No como un gesto especial. Eso me digo. No como una invitación. Solo cortesía. Solo sentido común. Es tarde. Ella acepta sin pensarlo demasiado, como si confiar en mí fuera lo más natural del mundo, y esa naturalidad me golpea más fuerte que cualquier rechazo. El coche avanza por las calles que no sabría describir ahora. Hay música baja. Hay silencios largos. Hay una conversación que empieza ligera y se vuelve extrañamente íntima sin que ninguno de los dos la empuje en esa dirección.

Recuerdo mirarla de reojo.

Recuerdo pensar que debería frenar mis pensamientos.

Recuerdo no hacerlo.

La dejo frente a su edificio. Ella tarda en bajar. Dice algo que me hace sonreír, y eso es raro, tan raro que el recuerdo se distorsiona ahí mismo, como si mi mente no supiera qué hacer con esa versión de mí. Hay un momento suspendido entre los dos, una pausa que no pertenece a la amistad ni a la cortesía. No la toco. O eso creo. Pero recuerdo el calor. Recuerdo la cercanía. Recuerdo su olor. Recuerdo pensar que si cruzaba ese límite ya no habría marcha atrás.

Y luego… una palabra.

Cita. Iba a invitarla a una cita, aun sabiendo que, no la merecía.

No sé quién la dice. No sé si sale de su boca o de la mía. No sé si es una broma, una promesa o una fantasía mal interpretada. Solo sé que esa palabra existe en algún lugar de mi memoria y que no encaja con la versión que me he contado después. Sé que ella sonríe. Sé que algo queda pendiente entre nosotros, algo queda inconcluso esa noche pero que no desaparece.

Después todo se vuelve más confuso.

Entradas y salidas. Noches que no se fijan del todo. La sensación persistente de estar cerca sin estar realmente presente.

De cuidarla sin tocarla. De observar su puerta sin admitirlo ni siquiera ante mí mismo. De quedarme vigilando desde la sombra porque eso sí sé hacerlo, porque proteger es más fácil que querer, porque mirar desde lejos duele menos que aceptar que ya estoy perdido.

Un secuestro, Willow gritando, ella y…Hunter… el sonido de una campana sonando solo una vez.

Una subasta.

Yo pujé primero…para salvarla.

Ahora, en este pasillo de hospital, con Willow rota sobre una camilla y mi nombre completo aún resonando en el aire, entiendo por qué mi mente se esforzó tanto en borrar esos recuerdos. Porque si los acepto, si los uno, si dejo de fingir que no existen, entonces tendré que admitir que no fue un error, ni una coincidencia, ni un malentendido.

Fue una cita no concretada.

Y fui yo quien decidió no recordarla.

CAPÍTULO 16

Willow

Mi cuerpo reacciona y me incorporo de golpe quedando sentada en la camilla, todavía con el cuerpo pesado, como si me hubieran vaciado por dentro y rellenado con algodón mojado, Azrael está frente a mí, demasiado cerca, demasiado quieto, con esa mirada fija que siempre me pone nerviosa. La doctora Nash acaba de salir, la cortina sigue a medio correr y en el pasillo se pueden escuchar murmullos, pero aquí dentro el silencio es espeso, y sigo hablando porque necesito tomar el control, porque el miedo a quedarme sola con mis pensamientos es peor que cualquier otra cosa.

—No recuerdo mucho y lo sucedido no fue nada —miento, jugando con la sábana—. Solo… pasa a veces. Olvídalo, no quise presionarte, no es tu culpa no poder recordar…lo que pasó…solo… olvídalo…

Azrael no responde. Puedo notar como sus ojos se oscurecen, su mirada se vuelve más intensa, más oscura, y de pronto veo cómo su expresión cambia, cómo algo se tensa dentro de sus pensamientos. Se lleva la mano a la cabeza con un gesto brusco, presionando su sien, justo donde sé que está la cicatriz, y su respiración se vuelve pesada, irregular. El corazón se me acelera porque ya he visto esto antes en otros pacientes, porque sé que no es solo dolor, es otra cosa.

Estado disociativo.

—Azrael… —digo despacio—. ¿Estás bien?

Da un paso atrás primero, luego uno adelante, como si no supiera dónde colocarse, como si el espacio no le perteneciera del todo. Sus ojos recorren la habitación, la puerta, el pasillo visible

entre la cortina, evaluando, midiendo distancias, y cuando vuelven a mí no hay reconocimiento, no hay calidez.

—No te acerques —dice, con una voz que no es la suya—. No es seguro.

El miedo me golpea de lleno. Me encojo sobre la camilla, las manos aferradas a la sábana, porque este Azrael no es el que me mira cuando finjo dormir, no es el que envolvió todos los regalos de esos niños vulnerables. Este Azrael es otro.

—Estás en el hospital —susurro—. Estoy bien. Tú estás bien. Mírame.

No parece oírme. Su respiración es más profunda, más controlada, peligrosa. Se yergue, los hombros tensos, la mandíbula dura, y cuando da un paso hacia mí el pánico me nubla la vista, pero algo más fuerte que el miedo me empuja a moverme.

Está listo para matar.

Bajo despacio de la camilla, puedo sentir las piernas aún débiles. Doy un paso hacia él, luego otro, levantando las manos con cuidado, como si cualquier movimiento brusco pudiera romperlo.

—Soy yo, tu vecina —le digo—. Willow. Respira conmigo, ¿sí?

—Willow… —gruñe—. Aléjate.

No lo hago.

Alargo la mano y toco primero su muñeca, apenas un roce, sintiendo el pulso desbocado bajo su piel, y luego subo la otra a su pecho, justo donde el corazón golpea con fuerza. Apoyo la frente contra él, ignorando el temblor de mi cuerpo, respirando hondo para obligarlo a seguirme.

—Aquí —murmuro—. Estoy aquí. No tienes que hacer nada.

Mis dedos suben a su cuello, a su mandíbula, y en cuanto lo toco siento el cambio, inmediato, como si algo se apagara dentro de él. Su respiración se quiebra, sus hombros descienden un poco, y sus manos se aferran a mis brazos, no para apartarme, sino para sostenerse.

El silencio cae de golpe.

Azrael parpadea.

Una vez.

Dos.

—Willow… —dice, y ahora sí es él, desorientado—. ¿Qué… qué pasó?

Las fuerzas me abandonan y me desplomo suavemente contra él, temblando, con la cara hundida en su pecho.

—Te fuiste —susurro—.Pero volviste.

Sus brazos me rodean con torpeza, con cuidado, como si yo fuera algo frágil, y noto como se inclina para apoyar la frente contra la mía.

—Me duele la cabeza —murmura—. Creo que me tengo que ir.

Cierro los ojos, respirando con él, sabiendo algo que me pesa en el pecho como una verdad peligrosa. Cuando él se pierde, ¿Qué pasa? ¿Qué lo trae de vuelta?…

El no saber respuestas me da curiosidad y eso debería asustarme mucho más de lo que lo hace.

CAPÍTULO 17

Azrael

Conduzco sin saber exactamente cuánto dejé el hospital atrás, solo sé que el cielo ya está oscureciendo y que las luces de la ciudad empiezan a encenderse como si nada hubiera pasado, como si yo no me hubiera perdido otra vez delante de Willow, como si no hubiera dejado que me viera así, roto, peligroso, ausente. El volante cruje bajo mis manos porque lo aprieto demasiado fuerte, el motor ruge cuando acelero sin motivo, y el dolor en la cabeza vuelve a latir, no como una punzada sino como una presión sorda que me empuja desde dentro, recordándome que hay cosas que mi mente se niega a sostener enteras. He conducido durante horas como un loco, cambiando de carril sin señalizar, pasando semáforos en ámbar, buscando algo que no encuentro, porque el bar abre hasta tarde y necesito pelear, necesito sentir el impacto, la descarga, algo físico que me saque de aquí, aunque sé que no será suficiente, nunca lo es.

Marco el número de Max sin pensarlo más y responde casi de inmediato, como si hubiera estado esperando.

—¿Misión? —pregunto sin preámbulos, con la vista fija en la carretera que se estira delante de mí.

—Sabes que Claus y Noel están detrás de algo —responde—, pero nada en concreto por lo cual pueden atenderlo solos. ¿Qué necesitas?

Aprieto la mandíbula, acelero un poco más.

—Matar —digo—. Eso es lo que necesito.

Hay un silencio al otro lado, breve pero cargado, y luego su voz vuelve, más baja, más atenta.

—¿Otra vez te duele la cabeza?

—Sí —respondo, y no miento. Es mi hermano, y sabe toda mi mierda, de hecho, sabe más que yo y eso me molesta un poco.

—Sabes que es momento de que tengamos esa conversación —dice.

—La que no quieres darme —le escupo—. Durante un año, Maximilian, he rogado para que me digas qué pasó y no me has dicho una mierda. Todo es tan confuso…

—¿Qué recordaste, Azrael? —me interrumpe, ignorando lo demás.

Miro la pantalla del coche donde su nombre sigue brillando, la llamada continúa, y tardo unos segundos en responder porque la imagen vuelve de golpe, borrosa pero real, como un golpe seco en la nuca.

—Una subasta.

Lo escucho respirar del otro lado, más hondo, más lento.

—Ven a casa —dice al fin—. Hablaremos.

—¿Esto incluye a Willow? —pregunto, sin poder evitarlo.

—Lo que pasaba entre ustedes, solo tú y ella lo saben —responde—. Creo que ni mi mujer puede ayudar.

Mis dedos se tensan sobre el volante.

—Déjame preguntarle a Hunter—digo—. Por favor.

—Ven a casa —insiste—. Hablaremos aquí. Y conduce con cuidado, por el amor de Dios.

En ese momento un claxon retumba a mi lado, un tipo me pita demasiado cerca, demasiado fuerte, y algo en mí se enciende de golpe. Freno en seco, desenfundo el arma con un movimiento automático y bajo la ventanilla solo lo suficiente para que me vea, para que entienda el mensaje sin palabras. El hombre palidece, me observa y se hunde en su asiento para luego acelerar hasta desaparecer.

Vuelvo a subir la ventanilla. El arma descansa pesada en mi mano un segundo más antes de dejarla en el asiento.

—Hablamos en casa —murmuro.

Cuelgo.

Sigo conduciendo, con la noche cerrándose del todo a mi alrededor, sabiendo que lo que Max va a contarme no va a arreglar

nada, solo va a ponerle nombre al infierno… y que Willow ya está dentro de él conmigo, le guste o no.

…

Llego a casa de Max sin saber exactamente cómo apagué el motor ni en qué momento crucé la puerta; solo sé que el dolor en la cabeza sigue ahí, constante, como un martillo golpeando desde dentro, y que cuando los veo a los dos en la sala algo en mi pecho se tensa todavía más. Hunter está con él. No saludo. No puedo. Camino directo al sofá y me dejo caer, inclinándome hacia delante, llevándome las manos a la cabeza, presionando las sienes como si así pudiera contener lo que está intentando salir.

—¿Cómo estás, Azrael? —pregunta ella con cuidado.

Su voz atraviesa algo en mí y, sin pedir permiso, llega el flash. *Gritos.*

Una mujer gritando. No distingo palabras, solo el tono, el terror, el eco de un lugar cerrado.

Aprieto más fuerte los dedos contra el cráneo y levanto la cabeza de golpe. Hunter es una buena mujer, mi hermano no podría ser más afortunado de tenerla.

—Tú también estabas ahí —digo, mirándola—. En esa subasta.

El aire cambia. Lo siento antes de verlo. Mi hermano se pone tenso al instante y estira la mano para tomar la de su mujer, entrelazando los dedos como si fuera un ancla. Ella palidece apenas, lo justo para que yo sepa que he tocado algo que no debía, algo enterrado.

—Lo siento —añado enseguida, la voz áspera—. No quise decirlo así. Joder… soy un desastre ahora mismo.

—¿Quieres que le hable a Theron para que te revise? —pregunta Max, sin soltarla.

Theron Sterling, el hermano de Hunter, el jefe de la mafia de Londres y también un neurocirujano.

—No —respondo al instante—. Estoy bien.

Mentira. Pero no necesito otro médico mirándome como si yo fuera una bomba defectuosa.

—De acuerdo —dice—. Entonces dime, ¿qué quieres saber?

Lo miro a él, luego a ella, a los dos.

—Todo —respondo—. Qué pasó hace un año. Me has dicho cosas, pero sé que hay más, además de ser un puto traidor.

Max suspira despacio, como si esa frase pesara toneladas.

—Ya te lo dije —empieza—. Nuestro padre, al que todos pensábamos que estaba muerto, estaba conspirando en mi contra y contra Código Negro. Y tú… tú fuiste manipulado por él todos estos años.

Trago saliva.

—Ves, un maldito *traidor.*

—No, Azrael —dice con firmeza—. Antes de que toda esta mierda explotara, viniste a mí. Me dijiste que le dabas información falsa. Me ayudaste a salvar a Hunter… y a Willow.

El mundo se inclina.

—¿Qué…?

—El día que descubrí que estabas trabajando para El Grim —continúa Hunter, tomando la palabra—. Estaba con Willow. Huimos, pero tú nos seguiste. Luego aparecieron otros sujetos en un auto. Nos ayudaste a escapar, pero eran demasiados. Nos llevaron. Estábamos más seguras en casa contigo, pero pensé…pensé que estabas con ellos y por eso intenté huir ese día.

Me quedo quieto, escuchando, porque cada palabra encaja en un lugar dentro de mi cabeza, dándome un recuerdo aunque no pueda verlo entero.

—Cuando desperté… —prosigue— bueno, despertamos, estábamos en ese lugar. En una subasta orquestada por él. Salvaron a una niña. A Willow y a mí.

Aprieta más fuerte la mano de Max antes de intentar seguir.

—Ayudaste a matar a nuestro padre —interrumpe Max, acariciando distraídamente la mano de su mujer—, pero una bala te alcanzó. Sé que fuiste tú quien pujó por Willow. Para salvarla, sabías que yo haría lo mismo por mi mujer. Sabías lo que pasaría y aun así ayudaste a detenerlo a tiempo. Y sufriste las consecuencias.

El nombre me atraviesa como un disparo.

—Willow —murmuro—. Ella no parece estar…

Me quedo buscando las palabras adecuadas.

—¿Afectada? —termina Hunter por mí—. Créeme, lo está. Pero finge estar bien. Es demasiado reservada.

Cierro los ojos un segundo, reuniendo el valor para preguntar lo más importante.

—¿Qué te dijo de mí? —Pregunto, manteniendo mis ojos cerrados y soltando un pequeño suspiro—. ¿Qué pasó entre nosotros?

—Solo sé que estaba enamorada de ti —responde dulcemente—. Como tú de ella supongo, desde que se vieron por primera vez no dejabas de verla, de llevarla a casa. Ella no dejaba de hablar de ti. Pero después del ataque… algo en ella cambió. Como también contigo. No habla sobre ello.

Abro los ojos despacio.

—Lo único que puedo decirte —añade, esbozando una triste sonrisa— es que le gustas. Y mucho. Aunque no te lo diga. Ella sabe que no recuerdas casi nada… y creo que eso la está matando. Ella simplemente lo ha aceptado.

Y una mierda que lo ha aceptado.

Me recuesto hacia atrás, el dolor latiendo, la cabeza llena de recuerdos que ahora tienen *nombres, rostros, sangre, subastas*, Willow. Todo encaja demasiado tarde.

No me perdí solo. Me rompieron.

Y ella… ella se quedó a recoger los pedazos sin decir una sola palabra.

CAPÍTULO 18

Azrael

Un año atrás

La noche en Londres es húmeda y fría, el asfalto reluce bajo las farolas después de una llovizna que no termina nunca. Conduzco por las calles estrechas y los edificios victorianos se alzan como sombras antiguas a ambos lados. Willow está en el asiento del copiloto, en silencio, con las manos entrelazadas sobre su regazo. Puedo notar su mirada perdida en la ventana que parece seguir las luces distantes del Támesis.

El motor ronronea suavemente, y estoy volviéndome loco por querer tocarla. Una parte de su mano, su hombro, algo, sentirla que respira, no me conformo con solo verla sentada a mi lado, me encuentro inquieto. Siento todavía el eco de la persecución, de la presión que flotaba en el hospital. Y noto, también, esa chispa incómoda que aparece cada vez que Willow y yo estamos cerca.

—Deberías descansar en lugar de regresar para tu turno de la noche —digo al fin, mi voz ha salido grave rompiendo el silencio.

Ella no me mira al responder:

—No puedo. No cuando todo está tan… inestable. Y tengo facturas que pagar.

Yo podría pagarlas por ella. Sé que tiene muchas, he estado investigando y he inyectado en su capital sin que ella se dé cuenta.

Muerdo el interior de mi mejilla, luchando contra las palabras que quiero decir y que sé que no debo hacerlo. La lluvia no deja de caer, fina, golpeando el parabrisas en un ritmo hipnótico. La conozco desde hace poco y sé que no debería siquiera de hablarle, pero aquí estoy incómodamente a su lado, ofreciéndome a llevarla y

poniéndola a salvo. No solo porque es amiga de Hunter, sino… porque es ella, *simplemente ella.*

Willow me vuelve loco. Estoy obsesionado desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron. Tengo límites, paredes de hierro fundido que ella se atrevió a derribar con una sola sonrisa.

Pasamos por un callejón oscuro y mis ojos escanean los espejos. Los hombres de Max cubren la zona, puedo notarlos a los alrededores o a mi espalda en sus autos, pero no confío en nadie fuera de nuestro círculo. Ajusto mi agarre en el volante.

—Te dejaré en tu edificio y esperaré a que entres —añado.

Willow finalmente gira la cabeza al escucharme y me mira. En sus ojos hay cansancio, pero también algo más profundo, algo que me quema en el pecho.

—¿Por qué eres siempre así? —pregunta abiertamente, sin miedo alguno.

—¿Así cómo?

—Tan protector. Tan frío, pero… tan presente. —lo último lo susurra, puedo oírlo, pero hago como que no escuché nada.

Trago saliva, desviando la mirada a la carretera.

—Porque en esta ciudad, señorita Graves, las cosas desaparecen cuando bajas la guardia.

Ella asiente en silencio, pero cuando nuestras miradas se cruzan de nuevo, es como si el ruido de la lluvia y del tráfico desapareciera. Algo peligroso y familiar se forma entre nosotros. Algo que ninguno de los dos está listo para admitir.

Al llegar a su edificio, me detengo frente a la entrada iluminada. Willow abre la puerta lentamente, pero antes de bajar, se inclina apenas hacia mí.

—Gracias, Azrael —dice, su voz suave pero cargada de algo que no nombra.

—Ve adentro —respondo—. Y cierra bien.

Asiente y baja del auto. La observo hasta que desaparece detrás de la puerta. Solo entonces dejo escapar el aire que no sabía que estaba conteniendo. Londres, con su lluvia interminable y sus secretos oscuros, parece más silenciosa de lo normal, y yo sé que lo

que está creciendo entre nosotros, o más bien en mí, no debería estar ocurriendo… pero ya es demasiado tarde para detenerlo.

CAPÍTULO 19

Willow

Presente

La luz es baja, calculada. No quiero que me vean entera, solo lo suficiente como para que se imaginen el resto. La cámara recoge mi silueta recortada contra las sombras, la curva lenta de mi cuerpo moviéndose con una seguridad que no siempre siento, pero que aquí finjo como una segunda piel. La lencería es negra, delicada, bastante elegante, y el antifaz oscuro me cubre los ojos como una promesa y una amenaza al mismo tiempo. No me escondo: me transformo.

Este es el precio que tengo que pagar por mi mentira, mi segunda capa de piel, mi secreto, mi infierno.

Leo los comentarios que suben en cascada, rápidos, ansiosos. Observo corazones. Fuegos. Palabras vacías que me desean sin conocerme. Yo los invito a mi acto y les doy lo que han venido a buscar: una sonrisa ladeada, un gesto lento con mis dedos recorriendo el encaje, una inclinación actuada de la cabeza que deja ver mi cuello. No necesito forzar más. El silencio entre movimientos es parte del espectáculo. Siempre lo ha sido.

El dinero comienza a subir, pero no hay cantidad suficiente para pagar todos mis pecados y de los de mi familia.

Mi voz, cuando hablo, es baja. Controlada. Ha comenzado el show.

—Tranquilos… ¿Les gusta lo que ven hoy?

Ellos creen que mandan. Que pagan por decidir.

No saben que aquí, ahora, mando yo.

Una alerta llama mi atención, y me lleva a observar con detenimiento.

No es un comentario público. Es un mensaje privado que atraviesa el ruido como un cuchillo limpio. No usa emojis. No pide. Se hace llamar: El hombre del sótano. Y de nuevo está intentando provocarme.

Te he visto antes. Sin el antifaz.
Sé dónde estás.

El aire cambia. No en la habitación como tal, sino dentro de mí. Mantengo la pose, la respiración lenta, el cuerpo aun balanceándose al ritmo que esperan, pero algo se tensa bajo mi piel. Mis dedos dudan una fracción de segundos antes de seguir jugando con la tira del encaje, como si nada. Como si no acabara de sentir ese golpe seco en el estómago.

Otra vez la alerta, otro mensaje.

No deberías provocarme.

Sonrío para la cámara. Una sonrisa peligrosa, calculada, que ellos interpretan como parte del show. Inclino la cabeza, dejando que la sombra del antifaz haga su trabajo. Por dentro, repaso cada error que pude haber cometido en mis acciones diarias, cada vez que olvidé cerrar una cortina, cada reflejo traicionero en un espejo.

—¿Les gusta el antifaz? —pregunto en voz alta, lenta, sensual, a pesar de mi nerviosismo, el espectáculo debe continuar—. A veces es mejor no ver… ¿no creen?

El chat enloquece. Yo respiro buscando mantenerme serena.

Un nuevo mensaje vuelve a aparecer, insistente, ha notado que lo estoy leyendo.

Algún día vas a mirar a la cámara y no voy a ser un desconocido.

Yergo mi espalda enseñando control. No por miedo, por orgullo. Por rabia. Si alguien cree que puede romper este espacio, este pequeño reino que he construido a base de límites y mentiras bonitas, está muy equivocado.

Me acerco un poco más a la cámara. Lo justo para que el lente capture la tensión en mis labios, el brillo controlado de mi piel

bajo la luz artificial del cuarto y enfoque mi boca respondiendo aquel intento de intimidación que he recibido.

—Esta noche —susurro— solo existen las reglas que yo pongo.

Rápidamente tomo acciones. Bloqueo el usuario, reporto y sigo.

Pero algo ya se ha despertado en mi interior y no es miedo.

Es la certeza incómoda de que, en algún lugar, alguien está mirando de verdad, que conoce mi realidad. Entre las sombras… rara vez miran sin intención. De todas maneras, no dejaré que nadie joda esto, no porque ame lo que haga, sino porque es mi única moneda de supervivencia.

…

Todavía tengo un poco de maquillaje cuando termino de ponerme el uniforme blanco. No todo se va con las toallitas húmedas baratas que suelo comprar, y tampoco me esfuerzo demasiado. El rímel sigue marcando mis pestañas y el brillo tenue en los labios parece fuera de lugar bajo las luces frías del hospital, pero no lo borro del todo. Cierro el casillero con un golpe seco, metálico, como si ese sonido pudiera separar las dos versiones de mí. La de la cámara y la que busca salvar vidas.

El pasillo huele a desinfectante y café recalentado. Es de madrugada. El turno nocturno siempre tiene algo irreal, como si el mundo estuviera suspendido en una respiración larga. Me cuelgo la credencial y camino sin ánimo rogando internamente que nadie me moleste. Aquí también sé fingir control.

—Willow.

La voz me alcanza antes de que lo vea. Aquella voz gruesa, demasiado segura de sí misma. No soy *la* enfermera Graves para él, no, él cree que puede llamarme por mi nombre de pila solo por su lugar en el hospital.

Me detengo despacio y giro la cabeza levente para observar a quien me ha llamado. El doctor Sebastián Calder está apoyado contra la pared, impecable como siempre con su bata cerrada y los

brazos cruzados. Tiene esa sonrisa torcida que nunca le llega a los ojos, como si estuviera ensayada frente a un espejo. Hace semanas que no lo veía. Vacaciones, dijeron. Necesarias, según él.

Es guapo, para algunas compañeras, pero no para mí, no me gusta la forma en cómo mira a las mujeres y eso me incluye.

—Doctor Calder —respondo, educada, neutra.

—Sebastián —corrige, como siempre—. Hace tiempo que no coincidíamos. Se separa de la pared tomando un pequeño rumbo hacia mi dirección.

Lo observo un segundo de más. Hay algo distinto en él. No sé si es la manera en que me mira, demasiado directa, o la sensación incómoda de que evalúa más de lo que debería. Bajo la mirada solo lo justo con un gesto automático.

—He estado en otros turnos.

—Lo sé —dice—. Siempre tan dedicada.

El silencio es incómodo. Denso.

Da un paso más hacia mí, invadiendo ese espacio que en el hospital nadie debería cruzar sin permiso. Yo no retrocedo, pero tampoco avanzo. Aprendí hace tiempo que moverse es dar ventaja. Este tipo es un hijo de puta mujeriego y cree que puede ligar conmigo.

—Pensaba… —empieza, esbozando una sonrisa coqueta, como si fuera algo casual— ahora que he vuelto, podríamos tomar algo. Cenar. Fuera de aquí. Conocernos mejor.

La frase cae entre nosotros como algo que no debería estar ahí.

—No, lo siento, tengo demasiado trabajo. —respondo sin levantar la voz.

Parpadea, sorprendido. No está acostumbrado a negativas limpias, sin excusas.

—Vamos, Willow, solo es una cena.

—No estoy interesada. Se lo he dicho, no es nada personal.

Mi tono es firme, profesional. Final. Él sonríe de nuevo, pero esta vez hay algo tenso en la comisura de sus labios.

—Siempre tan misteriosa… pensé que quizá…

No le permito terminar la frase.

—No —repito sin titubear—. Buen turno, doctor.

Decido retirarme y paso a su lado sin tocarlo. Siento su mirada clavarse en mi espalda durante varios pasos, como una mano que no se atreve a detenerme, pero imagina limitarme. No miro atrás. No le doy eso. En la estación de enfermería, Emma me espera con dos cafés y una ceja arqueada, observadora como un halcón cansado.

—¿Otra vez Calder? —pregunta en cuanto me acerco, notando que estoy algo tensa—. ¿Todavía cree que tiene oportunidad contigo?

Suelto el aire por la nariz, es casi una risa sin humor, mientras cojo el vaso caliente.

—Está loco.

Emma sonríe, cómplice.

—Eso pensé.

Doy un sorbo al café. Esta amargo. Es necesario mientras reviso las fichas y escucho el pitido lejano de un monitor, no puedo evitar pensar que hay miradas que no se apagan cuando termina el show… solo cambian de escenario.

CAPÍTULO 20

Juramento III

No explico órdenes. Se obedecen… o se entierran.

Azrael

No grita cuando entro. Eso ya me dice más de lo que debería.

Observo desde la puerta al tipo. Está atado a la silla, la cabeza caída hacia un lado, respirando mal, como si cada bocanada de aire fuera una negociación. Cierro la puerta detrás de mí y el sonido del pestillo resuena demasiado fuerte en la habitación.

—Levanta la cabeza —digo, usando un tono de voz demandante.

No lo hace.

Suspiro despacio, me acerco y apoyo las manos en la mesa frente a él. Me inclino lo justo para que me sienta cerca, para que sepa que ya no hay distancia de seguridad.

—No me hagas perder tiempo —añado, casi como un gruñido —. No es un recurso infinito.

Levanta la mirada al fin. Tiene los ojos vidriosos, pero aún hay desafío ahí. Siempre lo hay al principio y es lo que más disfruto destrozar.

—Vete al infierno —murmura.

Sonrío apenas.

—Ya estoy aquí.

Rodeo la mesa y me coloco a su espalda. Me quito la camisa sin prisa, mis movimientos causan que mi estuche roce parte de su costado, lo cual no impido que imagine lo que quiera imaginar. El aire frío golpea el tatuaje del escorpión que llevo en mi abdomen bajo y siento ese viejo cosquilleo familiar, como si la tinta despertara.

—¿Sabes por qué ataca un escorpión? —le pregunto con calma.

No responde.

—No ataca por placer. Ataca cuando está acorralado. Cuando entiende que no hay otra salida. Cuando está en peligro.

Me inclino sobre su oído.

—Tú ya estás ahí.

Se estremece. Bien. Vuelvo a ponerme frente a él. Su respiración se acelera.

—Hablemos de ti —digo con ironía, esbozando una pequeña sonrisa—. Fechas. Rutas. Nombres.

Escupe al suelo, con altanería en sus acciones.

—No sé de qué hablas.

Asiento, como si eso fuera una respuesta válida.

—Siempre es lo mismo.

Me aparto unos pasos, dejo que el silencio crezca, que la incertidumbre haga su trabajo. Cuando vuelvo a hablar, mi voz es más baja. Puedo sentir el anhelo punzante de dañarlo a lo lejos, pero lo evado, necesito sacarle la información, no destriparlo antes de tiempo.

—¿Cuántos crees que han dicho eso antes que tú?

Traga saliva.

—Jódete…

No termino de escuchar el insulto completo. Me acerco otra vez, apoyo una mano en su hombro y aprieto lo suficiente para que entienda que no es un gesto amable.

—Escúchame con atención —digo, bastante claro para que note mi seriedad—. Esto no va a parar porque tú seas valiente. Va a parar cuando seas inteligente.

Levanta la voz por primera vez.

—¡No voy a decirte nada!

—Eso ya lo veremos.

Me aparto suavemente y dejo caer un golpe con mi mano, la cual lleva un brillante adorno de mis nudilleras metálicas. Justo por debajo de su ojo. El sonido que provoca no necesita descripción; su reacción lo dice todo. Se retuerce, maldice, intenta negociar con un

Dios que no está mirando, mientras puedo notar como su pómulo comienza a sangrar por el golpe.

—¡Espera! —jadea—. Espera, por favor…

Me detengo, ya le había proporcionado un par de golpes seguidos, y ahora tengo su sangre sobre mi cuerpo.

—Ahora sí sabes hablar —respondo—. Empieza.

—Yo… yo solo hago de intermediario.

Jadea buscando tomar aire por el dolor de los golpes

—Nombres.

—No puedo. Responde entre temblores

—Nombres —repito, sin alzar la voz.

Cierra los ojos y niega con la cabeza, puedo notar desespero en sus movimientos.

—Si hablo, estoy muerto.

Me inclino frente a él, hablando lo más claro posible para que no le queden dudas de mis próximas acciones.

—Si no hablas, también. Pero yo seré rápido.

El silencio se rompe en pedazos. Cuando vuelve a abrir los ojos, algo ha cambiado. Ya no hay desafío. Solo miedo.

—Martes —dice al fin—. La próxima entrega es el martes.

—¿Dónde?

—Puerto seco. Afueras de Milán.

Asiento.

—Sigue. —ordeno, firmemente.

—Tres camiones… rutas alternas… códigos nuevos…

Habla atropelladamente, como si temiera que lo interrumpa, como si las palabras fueran la única barrera entre él y lo inevitable. Yo escucho, memorizo, archivando cada detalle.

Cuando termina, se desploma contra el respaldo de la silla.

—¿Ya está? —susurra, temeroso—. ¿Ya… ya terminó?

Lo observo un segundo más de lo necesario. Luego me vuelvo a poner la camisa que se ha manchado cuando la he dejado caer al piso y me acerco a la puerta. Ya lo he golpeado bastante, ni siquiera me dio tiempo de sacar mis otros juguetes.

—Para ti, sí.

Abro la puerta, pero no salgo.

Me quedo un segundo con la mano apoyada en el marco, escuchando su respiración rota detrás de mí. Cree que ha sobrevivido. Esa esperanza pequeña, miserable, es casi peor que el miedo. Siempre lo es. Y es lo que lo hace más emocionante.

—¿Azrael…? —Dice mi nombre como si fuera una súplica, puedo notar miedo en sus palabras—. Dijiste que…

No me vuelvo todavía. Le dije mi nombre como un cazador a su presa, porque nos encontramos en un bar, donde lo invité a un trago y él accedió. Se desmayó en cuanto acabó de beber e intentó salir por la puerta, fue cuando aproveché para traerlo aquí, a uno de nuestros infiernos para interrogarlo. Fue fácil, una presa fácil.

El tipo trabaja para los malos y eso lo convierte en malo también, aunque yo le haya parecido atractivo, sé que también ha violado mujeres, hombres y niños inocentes, conozco a un depredador cuando lo veo a la cara.

—Yo no dije nada.—respondo, apenas volteando un poco la mirada para que note que lo he escuchado.

Regreso despacio. El sonido de mis pasos hace que sus hombros se tensen, que trate de incorporarse aunque ya no puede. Me planto frente a él y bajo la mirada hasta su cara desencajada.

—Hablaste —comento muy cerca, sin apartar la mirada de su dañado rostro—. Eso te dio tiempo. Pero no inocencia.

—Entonces… ¿ya está? —pregunta con un hilo de voz, casi al borde del colapso.—. ¿Me vas a matar?

Lo observo en silencio. El escorpión bajo la camisa late, pesado, recordándome la regla que nunca se rompe.

—Código Negro no deja testigos —digo al fin, esbozando una pequeña e imperceptible sonrisa.

Niega con la cabeza, entrando en desesperación al notar la realidad.

—No, no… yo no voy a decir nada, lo juro. Desaparezco. Me largo del país. Nadie sabrá—

—Ya lo saben —lo interrumpo—. Siempre lo saben.

Se le llenan los ojos de lágrimas. No grita. Suplica.

—Por favor… tengo familia.

Me inclino un poco más, hasta quedar a su altura.

—Todos tenemos algo —respondo—. Eso no cambia lo que eres para ellos.

Traga saliva.

—¿Por qué tú? —pregunta—. ¿Cómo puedes vivir con esto?

Lo miro fijamente, su pregunta me resulta hasta descarada.

—Porque alguien tiene que hacerlo. Además, tú eres peor que yo, quienes pasan por mis manos siempre lo son.

Hay un silencio espeso, final. Lo entiende. Puedo notarlo en la forma que deja de resistirse, en cómo el cuerpo se le afloja, derrotado.

—¿Va a doler? —susurra.

No le miento, le soy sincero.

—A la mierda que sí. Siempre me gusta hacerlos sufrir. Creo que es la última sensación que se merecen. Dolor y desesperación.

No entro en detalles. No hace falta.

Saco mi cuchillo y lo entierro directamente en su ojo, sigue vivo pero en shock, el dolor es intenso, tan intenso que no le queda energía para gritar o moverse. Retuerzo el arma blanca en su cornea y lo saco para meterlo ahora en su otro ojo, no sin antes dejar que me mire fijamente, que grabe en su mente aquel ultimo recuerdo y entonces giro con más fuerza el cuchillo en su otro ojo, presionando directo a lo más profundo de su jodido cráneo y observo como su vida se apaga. Eso es todo.

Solo queda su último jadeo, el peso muerto del cuerpo cayendo hacia delante y el silencio absoluto después.

Me aparto solo observando.

Así como yo, el escorpión, no mata por rabia. Mata porque sabe cuándo debe hacerlo.

Veo el cuerpo por última vez, recojo la información que pude obtener del tipo y apago la luz antes de salir. Nadie vendrá a limpiar esto hoy. No hace falta. El mensaje ya está enviado.

Otro nombre tachado.

Otra entrega neutralizada.

Otro peso más sobre mí.

Camino por el pasillo vacío sin mirar atrás. Nunca lo hago. Los muertos no reclaman explicaciones… y yo no me concedo

absoluciones, ni mi escorpión tampoco.

CAPÍTULO 21

Azrael, 8 años.

La tarde cae espesa sobre la casa, pegajosa como el olor a cerveza rancia que se mete en las paredes y no se va nunca. Yo estoy sentado en el suelo de mi cuarto, con la espalda apoyada contra el yeso cuarteado que se deshace un poco más cada día, mirando la única manta gris que tengo doblada en un rincón, áspera y húmeda, la que me cubre por las noches cuando el frío se mete por la ventana pequeña y alta que apenas deja entrar luz; no tengo cama, no tengo armario, no tengo nada más que el suelo polvoriento, dos camisetas viejas y el silencio. Aun así, aprendí a leer, aprendí a juntar letras el año pasado cuando me escapaba a la escuela pública cercana mientras él trabajaba y mi madre dormía después de sus borracheras en el sofá, allí nadie sabía que yo no debía estar, nadie preguntó demasiado, solo me senté al fondo de las salas y escuché. Entonces las palabras empezaron a encenderse dentro de mi cabeza como pequeñas luces secretas que aquí, en esta casa, jamás entenderían.

Escucho el motor del coche detenerse afuera y el sonido me atraviesa el pecho porque sé que lo han llamado de la escuela, sé que alguien vio los moretones en mis brazos y mi espalda cuando me cambié para educación física, sé que le hicieron preguntas, y él no sabía que yo iba a clases, él no tenía idea de que su "inútil" salía cada mañana con la excusa de ir a tirar la basura y caminaba tres calles para sentarse en un pupitre y aprender cosas que él nunca sospechó que yo pudiera comprender; la puerta principal se abre de golpe y su voz estruendosa llena la casa antes que sus pasos.

—¡¿AZRAEL?! —grita, y mi nombre suena como una acusación.

Mi madre murmura algo desde el sofá, que apenas se logra entender por su estado.

—Déjalo… es solo… un crío… —dice con la lengua pesada.

—¡Cállate! —ruge él, y algo se estrella contra la pared.

Puedo oír sus pasos en dirección hacia mi cuarto, lentos pero firmes, y cada uno parece contar hacia atrás el tiempo que me queda sin dolor; la puerta se abre a causa de una patada y golpea la pared con un crujido seco, él aparece ocupándolo todo, con los ojos rojos y la mandíbula apretada.

—¿Así que vas a la escuela? —dice en voz baja, y esa voz baja es peor que un grito—. ¿Desde cuándo me ocultas cosas?

No respondo, pero mi silencio lo enciende aún más.

—¡Te estoy hablando! —Se acerca a grandes zancadas, me agarra del cuello de la camiseta, me levanta del suelo con fuerza y mis pies apenas rozan el polvo—. Me llamaron hoy. La directora. Me preguntó por tus golpes. ¿Qué les dijiste?...

—Nada… —susurro, tragando saliva con miedo—. Yo no dije nada.

—¿Nada? —se ríe, pero no hay humor en su risa—. Entonces, ¿por qué creen que soy yo?...

—Yo solo… quería aprender. — Tartamudeo— Les he dicho que me he caído, no les he dicho nada, lo juro.

La palabra "aprender" cae entre nosotros como una chispa en gasolina y el primer golpe llega sin aviso, una bofetada que me lanza contra el suelo, el zumbido me llena la cabeza y antes de que pueda incorporarme siento el impacto de su bota en mis costillas.

—¿Aprender para qué? —escupe, soltando unas cuantas patadas más en mi cuerpo—. ¿Para denunciarme? ¿Para hacerte el listo?

—No… no…

—¡Eres un problema! —me toma del cabello largo y me obliga a mirarlo—. Si vuelven a llamarme, van a venir servicios sociales, ¿entiendes eso? ¡Van a meterse en mi casa por tu culpa!

Mi madre aparece en la puerta, tambaleándose.

—Ya basta… —murmura, apenas puede mantenerse en pie—. Siempre exageras…

Él se gira hacia ella con una mirada que la hace retroceder.

—Métete en tus asuntos.

Ella baja la cabeza y desaparece otra vez, como siempre.

Él vuelve su atención hacia mí y me lanza contra la pared; siento el golpe en la nuca, veo manchas blancas delante de mis ojos, y mientras intento respirar me obliga a repetir lo que quiere oír.

—No vas a volver a esa escuela —dice apretando los dientes —. Dilo.

—No voy a volver… —mi voz es apenas aire.

—¡Más fuerte!

—¡No voy a volver!

Caigo al suelo y él se queda un momento mirándome como si evaluara si aún le queda algo por romper, pero finalmente se aleja, sus pasos retumban en el pasillo y vuelve a la sala, donde abre una botella como si nada hubiera pasado, como si yo fuera solo una interrupción en su tarde.

Me quedo tirado un rato, escuchando el silencio pesado que queda después de la violencia, pensando en las letras que aprendí, en los libros que hojeé a escondidas, en cómo el mundo parecía más grande cuando estaba sentado en ese pupitre al fondo del aula; soy listo, lo sé, lo siento cuando entiendo cosas que otros tardan más en comprender, pero aquí nadie lo sabrá nunca, aquí solo soy el problema, el estorbo, el niño que debe quedarse quieto y callado mientras él y sus amigos meten su polla en mi trasero, y mientras me incorporo despacio lo veo en la esquina del cuarto, cerca de una grieta oscura: un escorpión negro, pequeño, brillante, moviéndose con una calma que no se parece a nada en esta casa.

Por un largo momento me quedo mirándolo, su aguijón curvado sobre el lomo es como un signo de pregunta suspendido en el aire, puedo sentir algo extraño, una idea que primero parece absurda pero luego empieza a tomar forma. Me acerco despacio, tomando un vaso de plástico roto para cubrirlo con cuidado mientras deslizo un cartón por debajo, mis manos aún tiemblan pero no tanto como antes; desde la sala puedo oír su voz riendo, diciendo palabras sueltas, poco coherentes sobre inútiles y fracasados, y entiendo que

si me quedo aquí no habrá más escuela, no habrá más palabras, no habrá más nada.

Y yo ya no seré el chico listo, seré un estúpido como él.

Camino hacia la sala con el corazón golpeándome el pecho, siento una adrenalina recorrer mi cuerpo y me planto frente a él, que me mira con desprecio y fastidio.

—¿Qué quieres ahora? —Dice, dando un trago largo del líquido ámbar que tiene en su vaso—. ¿No aprendiste suficiente por hoy?

—Perdón —murmuro, acercándome a pequeños pasos temerosos pero firmes.

—¿Perdón? —Se inclina hacia adelante, dedicándome aquella mirada de desprecio—. Eres igual que tu madre. Nadie los quiso nunca, por eso están aquí.

Luego de soltar esa frase, solo se recuesta sobre el sofá soltando una risita burlesca.

Siento algo romperse dentro de mí, no con rabia sino con una claridad fría, y entonces me acerco lo suficiente para poder poner el cartón del vaso cerca de él y así dejar caer el escorpión sobre su pecho; al principio no entiende lo que ocurre, pero cuando la criatura se mueve rápido hacia su cuello abre los ojos con terror.

—¿Qué demonios es eso? ¡Quítamelo!

Puedo observar cómo se zarandea con temor sobre el sofá sin comprender que hay en su cuello.

El aguijón de mi nuevo amigo baja y sube en un movimiento preciso. Marion grita, un grito auténtico, crudo, que llena la casa; se levanta de golpe, tira una silla ante el desespero, se golpea el rostro intentando apartarlo, pero el escorpión ya cayó al suelo y desapareció bajo el sofá. Él se lleva la mano al cuello, tambalea, me mira con odio y miedo mezclados.

—Tú… maldito…

Intenta avanzar hacia mí, pero sus piernas fallan y cae pesadamente, el golpe resuena seco en el suelo y su respiración se vuelve irregular, lenta, mientras mi madre sigue dormida en alguna parte de la casa, ajena a todo. He leído que un picor puede ser

mortal para personas alérgicas, él es bastante adulto, estúpido y enfermo. Así que espero que muera con una sola picadura.

Me acerco despacio, veo que aún respira, pero no puede levantarse, y sin decir nada tomo las llaves de la mesa, abro su billetera y me guardo algunos billetes en el bolsillo, regreso a mi cuarto y recojo la manta que pongo en mi cabeza cuando quiero desaparecer de este mundo, mi único objeto en el mundo, y antes de salir miro una vez más la grieta en la pared.

—Gracias —susurro, sin saber si el escorpión aún me escucha.

Me dirijo a la puerta principal, y la abro sin temor alguno y el aire de la noche entra frío y limpio, distinto al aire podrido de adentro. Doy un paso hacia afuera, luego otro, sintiendo el dolor en cada músculo por los últimos golpes, pero también algo nuevo latiendo bajo las heridas, una certeza tranquila que me dice que esta vez no voy a volver. Que el escorpión no solo lo picó a él sino también la jaula en la que yo vivía. Comienzo a avanzar lentamente, la casa queda atrás, oscura y silenciosa, entiendo que el causante de mis miedos no me está persiguiendo, sino quedándose allí, tirado en el suelo.

CAPÍTULO 22

Willow

El edificio huele a madera pulida no como el hospital. Aquí huele a detergente caro a diferencia de los desinfectantes neutros que estoy acostumbrada, y a las flores frescas que alguien cambia cada lunes en el vestíbulo. La luz entra limpia por los ventanales altos, rebotando en el mármol claro del suelo como si aquí no pudiera existir nada sucio ni roto. Vivo aquí desde hace un tiempo y todavía me sorprende lo silencioso que es todo y bonito, lo perfectamente normal y agradable, como si las paredes estuvieran diseñadas para guardar secretos sin que nadie sospeche que existen.

No merezco nada de esto. Me digo a mí misma.

Una silueta llama mi atención, mi pulso se acelera. Lo veo antes de que él me vea.

Azrael está apoyado contra la pared junto a los buzones metálicos, vestido de negro como si el color fuera una extensión de su piel, las manos en los bolsillos, la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, observando algo que no puedo ver. No encaja con el edificio. Es demasiado intenso para este lugar pulcro. Demasiado oscuro para estas paredes claras.

Pero ahí está, después de mi ataque de pánico en el hospital no lo había visto y de eso han pasado un par de días. Es así como es él, aparece y desaparece, pero siempre hace que mi corazón se acelere.

Doy un paso más y mis pasos resuenan en el suelo.

Él levanta la mirada.

Nuestros ojos se encuentran.

La tensión no es inmediata. Es progresiva. Como una cuerda que alguien empieza a tensar muy despacio.

—¿Me estabas siguiendo? —pregunto, mi voz más firme de lo que yo misma me siento.

Él no sonríe. Nunca sonríe del todo.

—Vives aquí, yo también vivo aquí, señorita Graves —responde—. No es difícil coincidir.

Señorita Graves.

Hay algo en la forma en que dice coincidir que no suena casual. Aprieto más fuerte la bolsa que llevo en el pecho con comida rápida que compré en el camino.

—Podrías haber hecho algún ruido, estar ahí de pie es escalofriante.

—No sabía que tenía que pedir permiso para entrar a mi propio edificio.

Su tono es suave. Demasiado bajo. Me obligo a caminar hacia el ascensor cargando mi bolsa. Cada paso que doy, siento su presencia detrás de mí aunque sé que no se mueve. O eso creo.

Pulso el botón, observo los números cambiar indicando la planta. El ascensor tarda en llegar.

Silencio.

—No me mires así … —digo sin girarme. Sé que está mirándome.

—¿Así cómo?

Ahora sí está más cerca. Puedo sentir su voz mucho más cerca de mi hombro, el calor de su cuerpo, la electricidad contenida en la distancia mínima.

—Como si supieras algo que yo no. —acuso sin siquiera voltearme a buscarlo.

Siento finalmente como se inclina apenas, lo suficiente para que su voz me roce el oído.

—Siempre sé algo que tú no, Willow.

Mi nombre en su boca no es suave. Es posesivo. El ascensor llega con un sonido discreto, un simple y único *ping* que resuena en la instancia. Las puertas se abren.

Entramos.

El espacio es pequeño. Demasiado pequeño con nuestros cuerpos casi rozando. ¿Y hace calor?

Las puertas se cierran y quedamos atrapados en un rectángulo de espejos que nos devuelve la imagen de dos personas que parecen tranquilas… pero no lo están.

—¿Qué quieres? —pregunto, bajo casi en un murmuro.

Él me observa en el reflejo, no directamente. Como si analizarme fuera más fácil cuando no lo miro.

—Depende —dice—. ¿Qué estás dispuesta a dar?

Mi pulso se acelera, pero no retrocedo.

—No juegues conmigo.

—No estoy jugando.

Da un paso más hacia mí, obligándome a retroceder por pura inercia hasta que mi espalda choca contra la pared del ascensor y quedo frente a él, atrapada entre el acero y su presencia. No me toca. Aún no. Pero la promesa de ese contacto ya late en el aire, tensa, viva, suspendida entre los dos.

—Me has ocultado cosas Willow, eres buena actriz —continúa, acusando en un peligroso susurro— Pero lo sé todo. Ya es tiempo de dejar de jugar.

¿Qué mierda le pasa? Este no es el Azrael habitual, ni siquiera es él ordinario o el caballeroso que conocí hace un año, es otra de sus personalidades.

—No sé de qué estás hablando y tú no me das órdenes.

Sus ojos bajan a mis labios un segundo y luego vuelven a los míos.

—No, no a ti. Pero te protejo. –sentencia con total seguridad.

Me rio brevemente, totalmente incrédula.

—¿Protección? ¿A eso le llamas vigilarme?

Sus manos se apoyan a ambos lados de mi cabeza, contra la pared, sin tocarme. Me encierra sin contacto. Sé que me vigila, no sé cómo lo hace, pero lo puedo sentir.

—No entiendes el tipo de personas que están mirando —dice —. Este edificio es bonito, sí. Seguro. Limpio. Pero eso no significa que no haya sombras dentro.

¿Mirando? ¿Acaso él sabe de mi otro trabajo? No, es imposible.

—¿Y tú qué eres entonces? —Susurro, manteniendo mi mirada altiva—. ¿La sombra más grande?

Su mandíbula se tensa.

El ascensor se detiene, pero ninguno se mueve cuando las puertas se abren. Permanecen abiertas unos segundos y vuelven a cerrarse automáticamente. Nadie ha salido.

Seguimos subiendo.

—No te conviene provocarme —dice al fin.

—¿Es una amenaza?

—Es una promesa.

El aire se vuelve más denso.

Mi mano, traicionera, se desliza apenas sobre su pecho cuando intento apartarlo, pero él reacciona rápido y atrapa mi muñeca con firmeza dejando mi mano sobre su torso. No duele. Pero no es suave.

—No hagas eso —murmura.

—¿Qué cosa? ¿Tocarte?

Su pulgar presiona el interior de mi muñeca, justo donde me late el pulso.

—Exacto. No me toques, no si no harás nada al respecto.

El ascensor se detiene de nuevo. Esta vez en mi piso.

Las puertas se abren. Él me suelta lentamente.

—Buenas noches, *Mäuschen*—dice dejándome libre de la jaula que me habían dado sus brazos, y ahora sí hay algo parecido a una sonrisa, pero no es amable—. No olvides cerrar con llave.

Salgo del ascensor sin responder, con la sensación de que no gané ni perdí esta batalla, tan solo la pospusimos.

Cuando miro hacia atrás antes de que las puertas se cierren, Azrael sigue dentro del ascensor, mirándome como si el edificio entero fuera solo un tablero… y yo, la pieza que más le interesa mover.

Mäuschen[3]*, resuena en mi mente.*

Él lo recuerda. Malditamente lo recuerda.

CAPÍTULO 23

Willow

Un año antes

Azrael entra en la sala; parece deslizarse dentro de ella con esa discreción casi reverencial que lo caracteriza. Yo estoy de pie junto a la ventana del apartamento de Hunter, mirando la ciudad sin verla realmente, puedo sentir su presencia antes incluso de oír sus pasos. No hace ruido, pero su energía es inconfundible: contenida, cálida, peligrosamente suave.

—Disculpe… —su voz llega primero, causando que, de un pequeño brinco de sorpresa, es baja, ligeramente nerviosa—. No quería asustarla…

Me giro despacio y entra en mi campo de visión. Está a unos metros, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, los hombros rectos pero el gesto un poco inseguro. Sus ojos, sin embargo, no tiemblan. Me miran como si yo fuera algo que merece cuidado. Es un hombre hermoso, esa trenza en su cabello en la parte de atrás lo hace ver intimidante y sé que es peligroso, por algo es el hermano de Max, el novio de Hunter. Si él mata, Azrael no es diferente.

Hasta su nombre es peligroso.

Sé que le gusto, desde que lo conocí no deja de verme. De repente apareció y ahora la tensión ha crecido porque según él, debe protegerme. Si tan solo supiera que yo no necesito protección, que todo lo que pueda pasarme, me lo merezco.

—No me ha asustado —le respondo segura, intentando que mi voz no revele el pequeño vuelco que acaba de darme el corazón.

Él asiente, traga saliva, y da un paso más cerca. No me invade. Nunca invade. Mantiene una distancia que es casi una

pregunta silenciosa. Puedo notar como Hunter aparece en mi campo de visión a la espalda de Azrael y me regala una sonrisa traviesa.

—¿Se encuentra mejor hoy? —pregunta Azrael, y la formalidad en su tono no es fría, es tierna. Casi protectora.

Lo observo un segundo más de lo necesario. El "usted" entre nosotros no es una barrera; es un hilo fino de tensión que vibra cada vez que lo pronuncia.

—Estoy bien —digo—. Un poco cansada, quizá.

Sus labios se curvan apenas, como si le doliera no poder hacer algo más concreto por mí.

—Si necesita descansar, puedo acompañarla a su apartamento, le diré a Hunter que estaba indispuesta —ofrece con una seriedad tan genuina que me arranca una sonrisa.

—No hace falta. Sobreviviré.

Él baja la mirada un instante, como si procesara esa palabra. Luego la levanta de nuevo, y hay algo más profundo en sus ojos, algo que no suele dejar salir.

—No me gusta la idea de que tenga que "sobrevivir" a nada —murmura—. Preferiría que estuviera… tranquila.

El aire entre nosotros cambia. No es brusco. Es sutil, pero se espesa. Siento el latido en mis muñecas, en la base del cuello. Me pregunto qué tanto ha vivido este hombre, tiene el alma rota, lo sé, porque la mía se ve igual cuando me miro al espejo.

—Siempre tan caballeroso —le digo, inclinando apenas la cabeza y dejando escapar una tímida sonrisa.

Él se ruboriza, apenas perceptible, y suelta una pequeña risa que parece sorprenderlo a él mismo.

—No es caballerosidad, es… —duda—. Es sentido común.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Da otro paso, ahora está lo suficientemente cerca como para que pueda notar el calor de su cuerpo sin que me toque —. Cuando algo es valioso, uno lo cuida.

El silencio que sigue tras sus palabras no es incómodo. Es denso. Intencional. Mis ojos buscan detenidamente su mirada.

—¿Y yo soy algo valioso? —pregunto, sin apartar la vista.

Jesús, este hombre me gusta demasiado y quiero lanzarme encima y decirle que me bese.

Azrael respira hondo. Se le nota el esfuerzo por no decir más de lo que cree que debería.

—Para mí… sí, señorita.

La palabra señorita dicha así, con esa suavidad casi devota, me desarma más que cualquier atrevimiento. No hay posesión en su voz. Hay elección y es un *quita bragas*, eso ni lo dudo. Este hombre folla, duro, y no solo con mujeres puedo apostar, tiene una sensualidad única, pero se mantiene…escondido.

—No tiene que llamarme así —susurro.

—Quiero hacerlo —responde de inmediato, casi con timidez —. Me gusta tratarla con el respeto que se merece.

Podría reírme. Podría romper la tensión. Pero no quiero. Quiero quedarme en este filo dulce donde nada ha ocurrido y, sin embargo, todo es una promesa a punto de suceder.

Él alza la mano, dudando un segundo antes de rozar apenas mi muñeca con la punta de los dedos. Es un contacto leve, casi inexistente, pero me atraviesa como una corriente.

—Prométame que se cuidará —dice en voz baja.

—¿Y si no lo hago?

Su sonrisa vuelve, pequeña, divertida.

—Entonces tendré que preocuparme. Y no me gusta preocuparme por usted de ese modo.

—¿Por qué? —mi pregunta sale antes que la medite, solo quiero saciar mi curiosidad.

Azrael inclina un poco la cabeza, sus ojos oscuros brillando con una mezcla de timidez y algo más profundo.

—Porque cuando me preocupo… pienso demasiado.

Querrá decir, *acecha…aniquila…* pienso para mis adentros.

—¿Y eso es malo?

—Con usted —susurra manteniendo su mirada fija en mí, sin titubear en la firmeza de su respuesta—, sí.

La instancia se llena de cosas que ninguno se atreve a pronunciar. Él retira la mano con lentitud, como si temiera que el

simple roce pudiera significar demasiado, pero a su vez, puedo notar las ganas de no dejarme ir.

—Debería irme —dice finalmente, tomando una pequeña distancia—. No quiero… —se interrumpe, buscando la palabra correcta—. No quiero incomodarla.

—No me incomodas, Azrael —respondo, demasiado rápido.

Eso lo hace sonreír de nuevo, más amplio esta vez, más luminoso.

Por un segundo no es el hombre que carga sombras en la espalda; es solo alguien joven, vulnerable, queriendo hacer las cosas bien. Pero hay algo más, siempre hay algo más. Es como si solo tuviéramos este juego, y al mismo tiempo, todo se esfumara tan rápido como llegó.

Se inclina apenas hacia mí, lo suficiente para que su voz me envuelva como un secreto.

—Cuídese. —murmura.

Asiento, tímida e incapaz de decir nada que no delate lo que siento.

Él da nuevamente un paso atrás, recuperando la distancia correcta, la prudente. Pero antes de retirarse hacia la puerta, me mira una última vez. En sus ojos puedo ver suavidad, ternura y adoración.

—Cuídese mucho… *Mäuschen.*

La palabra cae entre nosotros como una caricia. No es posesiva. No es atrevida. Es íntima. Dulce. Debo buscar su significado, es alemán.

Y luego se va.

Presente

Mäushen.

Me limpio la lágrima que siento rodar por mi mejilla ante el impacto que hace esa palabra en mí. En el presente, sigo viendo al Azrael de hace un año.

La puerta se cierra con un clic suave cuando entro a mi apartamento solitario y yo me quedo ahí, con el eco de su voz

todavía vibrando en mi pecho, sin saber que ese recuerdo —ese Azrael tímido, divertido, caballeroso— sería la última imagen intacta antes de que todo cambiara, antes de que el mundo decidiera disparar primero y pensar después.

Si tan solo pudiera regresar a ese momento y salvarlo.

CAPÍTULO 24

Willow

Dove Girl – Cam Girl

11:00 p.m.

Soy como un puto zombi frente a la cámara.

La luz blanca me borra las ojeras, pero no el cansancio. La lencería de encaje blanco apenas cubre lo que se supone que debería proteger; la transparencia deja ver demasiado y, aun así, ya no siento vergüenza. La vergüenza es un lujo que no me permito cuando necesitas pagar el alquiler.

No me importa que se marque mi piel bajo la tela fina. No me importa cómo me miren. Mientras los regalos digitales aparezcan en la esquina de la pantalla y el contador suba, sigo.

Sonrío. Inclino la cabeza. Juego con un mechón de cabello. Todo es un espectáculo calculado.

Necesito cada centavo.

Necesito recordarme lo que soy.

Una farsa.

Una escoria que no debió nacer.

El chat está activo. Demasiado activo. Corazones, dinero virtual, peticiones disfrazadas de halagos. Yo me muevo despacio, casi mecánica, como si alguien estuviera manejando mi cuerpo con hilos invisibles.

Y entonces aparece. Sin saludo. Sin presentación.

El hombre del sótano*. Ha vuelto a entrar.* El nombre me aprieta el estómago.

Blanco no es tu color, palomita.
Te hace ver sucia.

Mis dedos se tensan apenas un segundo antes de deslizarse por mi hombro como si nada pasara. No voy a seguir su juego, no le tengo miedo y ya debería de saberlo.

—¿Te gusta así? —pregunto a la cámara, con voz baja.

El chat responde. Él también.

Te ves cansada.
Anoche lloraste.

Mi respiración falla medio segundo. Nadie puede saber eso. Nadie. Anoche lloré en la ducha del hospital, apoyada contra el azulejo frío, dejando que el agua tapara el sonido. Y luego volví a llorar después de escuchar a Azrael.

Sigo sonriendo.

¿Te crees valiente detrás de esa cámara?
Yo estoy más cerca de lo que piensas.

Mi mirada se va, traicionera, hacia la ventana cerrada. Las cortinas están corridas. Siempre están corridas. Vivo en un edificio. Es absurdo. Y aun así, siento el impulso de levantarme y comprobar la cerradura.

No lo hago.

—Las fantasías cuestan extra —murmuro, intentando que suene provocador.

El contador sube. Los demás creen que es parte del juego.

No eres mi fantasía.
Te odio.
Odio cómo te vendes.
Odio que me obligues a mirarte.

El dinero virtual sigue cayendo desde varios usuarios. Y sé que el hombre del sótano sigue observando, no tiene foto. Entro a su perfil, es público, solo tiene fotos que toma con un teléfono celular viejo por la baja calidad, animales muertos. Sangre, posiblemente de los mismos animales, es todo tan bizarro, sin embargo, no deja de verse falso, solo quiere hacerse notar.

Sin embargo. No puede dejar de verme.

Eso es lo peor. Parpadeo cuando una notificación diferente aparece en la esquina de mi portátil. No es del sitio. Es del correo.

Mi correo personal.

Aquel correo que nadie tiene.

El que no está vinculado a nada.

El que ni siquiera usa mi nombre real.

El asunto dice: **"Para Willow"**.

Se me seca la boca. No lo abro de inmediato. Sigo moviéndome, sonriendo, llevando mis manos a mi cabello rizado, sigo fingiendo. Mi voz sale más grave, sensual.

—Voy a tomarme un descanso de cinco minutos —susurro.

Cierro la transmisión privada. Dejo la pública en pausa. Abro el correo.

No hay título. Solo un poema.

Te escondes en encaje blanco
como si la pureza pudiera fingirse.
Te miras en la pantalla
y no soportas lo que ves.
Te odio porque te consumes,
porque te rompes en silencio,
porque te ofreces al mundo
y me niegas la verdad.
No eres un ángel.
Eres una herida abierta.
Y yo soy el único que la ve sangrar.

-El hombre del sótano. Tu más fiel admirador.

Las manos me tiemblan. No por lo que dice. Sino por lo que sabe. Sabe cómo me siento frente a la cámara. Sabe que no me creo el personaje. Sabe que me desprecio.

Vuelve a aparecer un mensaje en el chat, insistente.

¿Revisaste tu correo?
Te queda mejor el negro.

Por cierto…
mañana sales a las 7 a.m.

El aire desaparece de mis pulmones. Esa información no es pública. Eso no está en ninguna parte. Miro la puerta de mi habitación, siento una oleada de pánico.

Cerrada.

Con doble seguro.

El contador de mi página sigue subiendo. El dinero se sigue acumulando. El espectáculo espera. Mierda. Esta vez ha ganado, no puedo pensar. Con la pantalla iluminándome el rostro, siento que no estoy actuando para desconocidos, rostros que no tienen imagen alguna que pueda reconocer… Sino para alguien que me observa desde demasiado cerca.

Y que no piensa dejar de hacerlo. Joder, tengo un puto acosador.

CAPÍTULO 25

Willow, 14 años.

La puerta principal se abre y las risas masculinas entran primero, jóvenes, despreocupadas, ajenas a lo que significa estar en esta sala con las cortinas cerradas y el aire espeso. Mi tío deja la cámara sobre la mesa con una calma que da más miedo que cualquier grito, se acomoda la camisa como si estuviera a punto de recibir invitados importantes y no a un grupo de chicos que no deberían estar aquí. Nos mira una por una, despacio, evaluando, como si fuéramos objetos alineados en un escaparate que él mismo ha preparado. Siento que el corazón me late tan fuerte que alguien va a oírlo, que se va a delatar solo.

—Compórtense —dice sin elevar la voz, pero sus ojos se clavan en mí—. Nadie quiere dramas. ¿Entendido?

Una de las chicas asiente demasiado rápido. Otra se abraza el estómago como si tuviera frío. Yo intento tragar saliva y no puedo. Me obligo a mirarlo a la cara aunque me tiemblen las piernas.

—Tío… —mi voz sale en un susurro, pequeña, rota— dijiste que solo eran fotos.

Su expresión cambia apenas un milímetro, lo suficiente para que entienda que he cometido un error al hablar. Se acerca despacio, invade mi espacio, huele a alcohol y colonia barata. Me sujeta del brazo con una firmeza que me promete un severo castigo si sigo cuestionándolo.

—Y lo son —responde con una sonrisa tensa que solo es una falsedad—. No empieces a imaginar cosas donde no las hay. No seas desagradecida. Te estoy dando un lugar donde vivir, ¿recuerdas? Tus padres ya no pueden hacerlo.

La mención de mis padres me atraviesa como un golpe seco. No les importó morir y dejarme aquí. No les importó dejarme en las manos de él, ya que es lo único que me quedaba. Me suelta con un pequeño empujón que casi parece cariñoso, si alguien lo mirara desde fuera, pero yo siento la amenaza en la presión de sus dedos. Lo odio.

Los chicos entran al salón y el ruido aumenta. Miradas curiosas, murmullos, una risa nerviosa que me pone la piel de gallina. Ninguno parece mayor que yo, pero eso no hace que la situación sea menos aterradora; al contrario, la hace más absurda, más cruel. Somos niños jugando a algo que no entendemos, dirigidos por un adulto que sí entiende perfectamente lo que hace. Soy lista y sé que está mierda es retorcida, lo he visto ver películas de adultos, porno, no de esas en las que piensas que ya lo has visto todo, he visto cosas en la televisión demasiado jodidas para mi edad. Puedo darme cuenta, pero soy demasiado cobarde para gritar y huir, tampoco puedo decirle que no.

—¿Están listas? —pregunta uno de ellos con una sonrisa torpe que se borra cuando ve nuestras caras.

Ninguna responde. El silencio pesa como una losa.

Mi tío se coloca en medio de la habitación, abre los brazos como si estuviera inaugurando un espectáculo y su voz adquiere un tono festivo que me revuelve el estómago, puedo apreciar una sonrisa en su rostro que me genera nauseas.

—Que comience la fiesta.

Siento que algo dentro de mí se apaga en ese instante, no de golpe, sino como una luz que parpadea antes de rendirse. Miro a las otras chicas y veo el mismo miedo reflejado, la misma pregunta sin respuesta, y entiendo que nadie va a venir a detener esto, que no hay un adulto bueno cruzando la puerta para salvarnos. Solo estamos nosotras.

El sonido de la respiración jadeando de los chicos y su saliva en la boca al vernos en ropa interior me genera demasiada repulsión pero no hay más opción que aceptar la realidad, pase lo que pase esta noche, ninguna volverá a ser exactamente la misma. Y menos yo.

CAPÍTULO 26

Willow

Presente.
Dos días después

El viento golpea las puertas del vestíbulo del edificio cuando salgo. La nieve cae con una ráfaga violenta, como si el invierno hubiera decidido quedarse suspendido en el aire para recordarme que el tiempo también puede sentirse detenido cuando, el corazón está demasiado cansado para seguirle el ritmo.

Me detengo un momento bajo el umbral, cerrándome el abrigo hasta el cuello porque el frío tiene esa manera traicionera de colarse por las costuras de la ropa y deslizarse sobre la piel como si quisiera instalarse dentro de los huesos. Observo la calle blanca, los coches cubiertos por una capa espesa de nieve y las luces amarillentas de los faroles luchando contra la tormenta silenciosa, buscando destacar con su luz titilante.

Es entonces cuando siento su presencia antes de oír su voz.

—¿No pensarás salir con este clima? —pregunta Azrael desde atrás, con ese tono suyo que siempre parece estar entre la burla suave y aquella seriedad que nunca termina de mostrar del todo.

No me giro de inmediato. Puedo apreciar su figura por los vidrios de las puertas del vestíbulo, noto que está apoyado contra la pared, como si hubiera estado esperándome al bajar las escaleras o esperando verme aparecer por la puerta. Como si supiera exactamente a qué hora salgo, aunque nunca me lo diga.

—Bueno, tú estás aquí abajo, podría decir lo mismo —respondo, observando cómo la nieve se acumula lentamente sobre la acera que se divisa más allá de su figura en el vidrio.

—De hecho, pienso llevarte. Te vi bajar.

La frase me provoca una pequeña tensión en el pecho, una molestia que no sé si nace de la intrusión o de algo que no quiero analizar demasiado.

—Me estás espiando.

—Ya quisieras —se burla, y por el tono sé que está sonriendo aunque no lo esté mirando directamente.

Joder, no puedo con sus cambios de humor. No hoy. No en un día que ya se siente pesado antes siquiera de empezar a caminar.

—No es necesario, el hospital queda cerca —le digo mientras cruzo el abrigo sobre mi pecho para protegerme mejor del viento—. Me iré con cuidado. Que tengas un buen día…

Empiezo a caminar hacia la puerta de salida, pero el hielo oculto y delgado, hace que mis botas resbalen apenas. No es una caída, solo siento un desequilibrio traicionero, la sensación de que el mundo gira un segundo de más y el cuerpo no logra encontrar el punto exacto donde sostenerse. Y entonces su mano se cierra alrededor de mi brazo con una firmeza que no lastima, pero que me detiene de golpe.

Demasiado cerca.

—¿Pero qué? —digo, sintiendo el latido de mi corazón acelerarse por la sorpresa.

—Te dije que te acompaño —responde, soltándome solo cuando está seguro de que recuperé el equilibrio—. Deja de ser testaruda.

No digo nada durante unos segundos. Solo lo miro, porque algunos copos de nieve se han quedado atrapados en su cabello oscuro y el viento parece querer reclamarlo también, como si el invierno intentara hacerlo parte de su silencio, al parecer ha salido antes de esperarme, me pregunto.

Hay algo en Azrael que no termino de entender. Algo que se esconde detrás de la frialdad que intenta proyectar y de la forma en que aparece cuando menos lo espero, como si estuviera observando mis movimientos desde algún lugar que no alcanzo a ver del todo.

—No necesito que me escoltes —murmuro al fin, aunque no retiro el brazo de su mano todavía.

—No es escolta —dice—. Es compañía.

Y esa palabra se queda suspendida entre nosotros como un peso extraño, más denso que la nieve que cae sobre la calle.

Caminamos en silencio cuando salimos a la acera y el viento nos recibe con un golpe frío que me hace inclinar la cabeza, como si el invierno quisiera obligarme a mirar el suelo en lugar de la ciudad blanca que se extiende delante de mí.

—¿Has dormido? —pregunta Azrael de repente.

La pregunta llega con la precisión incómoda de alguien que conoce demasiado bien las grietas que intento ocultar.

—Lo suficiente —respondo algo recelosa, porque no voy a decirle que las pesadillas se han vuelto huéspedes permanentes de mis noches, cambiando de rostro y de escenario, pero dejando siempre la misma sensación de vacío pegado al pecho.

—Mientes muy mal —dice.

No respondo. Porque tiene razón.

El edificio queda atrás mientras avanzamos por la acera cubierta de nieve, el sonido de nuestros pasos ahogado por la blancura del día, que parece absorber cualquier ruido como si también quisiera devorar el silencio que llevamos dentro.

—Estoy bien —digo finalmente soltando un pequeño suspiro, deteniéndome un segundo antes de cruzar la siguiente esquina—. Es en serio.

Azrael me observa de esa manera suya, como si estuviera buscando algo que ni yo misma sé nombrar.

—No estás bien —responde después de unos segundos observándome—. Pero hoy no voy a discutir contigo.

—¿Solo hoy?

—Solo hoy —dice, y su voz se vuelve un poco más baja, como si estuviera regalando aquella tregua a algo que ninguno de los dos menciona.

El viento vuelve a levantarse, arrastrando pequeños remolinos de nieve contra nuestras piernas, y el mundo se siente demasiado blanco, demasiado silencioso, demasiado vacío para alguien que carga con todo el ruido que siento dentro. Luego, nos limitamos a caminar sin mayor conversación.

—Gracias por acompañarme —le digo al fin, y no sé por qué lo digo, tal vez porque el frío me hace decir cosas que normalmente solo se quedan en mi mente o porque hay algo en la forma en que está parado frente a mí que lo hace verse dispuesto a quedarse ahí hasta que yo entre al edificio donde trabajo.

Azrael asiente apenas.

—No me agradezcas —responde—. No he terminado de vigilarte.

No sé si es una amenaza o una promesa.

Cuando doy un paso hacia la entrada del hospital, escucho su voz otra vez, más baja, casi perdida entre el sonido del viento.

—Cuídate, Willow.

No respondo.

Porque si respondiera, tal vez le pregunte por qué me mira con esos ojos, como si yo fuera algo que estuviera a punto de romperse.

Y no quiero escuchar la respuesta.

…

Me detengo a observar por la ventana la nieve cayendo con una lentitud casi dolorosa, como si el mundo hubiera decidido detenerse un poco más para obligarme a esperar. Aprieto el teléfono entre los dedos, sintiendo el frío atravesar los guantes delgados que llevo puestos, y niego otra vez cuando el doctor Calder insiste en que me lleva a casa en su coche. No quiero ir con él, no quiero hablar con nadie ni escuchar nada que no sea la voz que terminé por escuchar hace unas horas antes de comenzar mi pequeño turno de ocho horas, esa voz que todavía se me queda vibrando en el pecho como si hubiera estado demasiado tiempo en silencio, opto por guardar el teléfono en mi bolsillo.

—Vamos, hace un clima de mierda —comenta el doctor Calder, mirando la nieve que se empieza a acumular más de la cuenta el estacionamiento del hospital.

—Gracias, pero prefiero caminar —respondo, aunque sé que es una estupidez. Sé que debería aceptar, que el viento sigue

arrastrando la nieve sin piedad alguna y esta golpea mi abrigo como si quisiera empujarme de regreso al edificio.

—¿Acaso tienes novio?

La pregunta me hace cerrar los ojos un segundo y tomar un poco de aire. Pienso en Azrael, en la forma en que dice mi nombre cuando me ve y en el pequeño quiebre de su respiración al escucharme. No puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa al pensarlo. Es un sentimiento cálido y peligroso al mismo tiempo.

—Sí —digo al final convencida, posando mi mirada en el contrario—. Y estoy esperándolo, de hecho.

El doctor suspira, mira su reloj y luego al cielo blanco que continúa cayendo sobre nosotros.

—Bien, esperaré contigo hasta que venga. No quiero que te pase nada.

Hijo de puta.

Aprieto los labios, porque no me apetece explicarle que he mentido y que no necesito su protección, que ya estoy demasiado acostumbrada a esperar bajo tormentas que no se detienen y bajo silencios que pesan más que la nieve acumulándose sobre mis hombros.

—Eso no es necesario…

No termino la frase, no insisto. Porque no sé qué más decir después de eso. En realidad sí quisiera que alguien esperase conmigo, pero no él, no así, no con esa preocupación fingida y doble intencionada que no pertenece a mi mundo.

Saco el teléfono otra vez. Mis dedos se mueven casi solos, buscando el número en la lista de contacto, sé que aún lo tengo, como si mi memoria necesitara comprobar que sigue ahí, que el contacto no ha desaparecido, que no fue un sueño haber guardado su número.

Presiono el botón de llamar sobre el número que he encontrado y ruego en silencio. Ruego que conteste. Ruego que sea el mismo número. Ruego que no se haya perdido en algún lugar oscuro donde no pueda encontrarlo.

Y contesta a la primera.

—Willow —dice.

Azrael.

Solo mi nombre. Bajo y oscuro, como si hubiera estado repitiéndolo dentro de su cabeza antes de hablar. Él también debe tener mi número guardado y esa idea le da un vuelco a mi corazón como una adolescente.

—Hola, *cariño* —respondo, y sonrío sin darme cuenta—. ¿Ya vienes? Te estás tardando mucho.

Hay un silencio muerto del otro lado, un silencio que conozco demasiado bien en él, como si estuviera evaluando algo que no puedo ver.

—¿Estás bien?

La pregunta me envuelve el pecho con una presión suave y peligrosa. Miro al doctor de reojo y bajo un poco la voz, aunque sé que puede oírme si quiere.

—Sí. Estoy esperándote en el hospital. Dijiste que pasarías por mí para ir a cenar.

Escucho un sonido grave, algo que podría ser una maldición susurrada o el roce de su respiración contra el teléfono.

—Mierda… ¿hay alguien contigo?

Suelto una pequeña risa apenas, forzada, porque la preocupación en su voz es algo que no sé cómo afrontar sin que me duela.

—Sí, estás cerca… está bien —murmuro—. *Te amo*.

¿Te Amo? Qué carajos Willow.

No digo nada más. Cuelgo y aprieto el teléfono contra el pecho mientras la nieve sigue cayendo, lenta, obstinada, como si el mundo quisiera enterrarnos en un invierno que no termina nunca. Espero que Azrael aparezca entre lo blanco del estacionamiento, entre los faros de los autos que se difuminan por el frío, con esa forma única suya de caminar como si nada ni nadie pudiera alcanzarlo… excepto yo.

—Es una pena, Willow—dice el doctor Calder detrás de mí. —En verdad quería ser yo quien te llevara a cenar.

Nuevamente no sé qué responder ante eso, me giro para verlo y parece derrotado, pero hay algo más, algo que sabe ocultar

muy bien, *enojo*.

El doctor Calder me regresa la mirada, y ahora está demasiado cerca para mi gusto. Con esa postura profesional que empieza a quebrantarse dejando ver algo que no sé cómo nombrar, hay miradas que se vuelven incómodas, aunque no digan nada. Siento su atención deslizarse por mi perfil como si estuviera intentando leer algo que no tiene permiso de tocar. Me cruzo de brazos, incómoda, porque el frío no es lo único que me hace querer protegerme; también es la forma instintiva en que mi cuerpo se resguarda cuando alguien invade un espacio que no ha sido invitado a ocupar, y puedo ver de reojo que Calder abre la boca como si estuviera buscando la forma de buscar charla cuando no me apetece hablar.

—Willow, yo… —dice, y el silencio se queda suspendido un segundo después de esa media frase porque el viento levanta la nieve entre nosotros como si estuviera interrumpiendo el discurso que planeaba el contrario. Pero el doctor no continúa hablando y yo tampoco pregunto qué iba a mencionar porque hay algo dentro de mí que ya sabe que no me va a gustar lo que venga después.

Entonces me llega el sonido.

Primero es un rugido bajo, metálico, que atraviesa el aire frío del estacionamiento como si alguien hubiera despertado un animal dormido dentro del motor de una máquina oscura que se acerca desde la calle. Un sonido que hace que mi cabeza se gire de golpe antes que pueda pensarlo porque hay algo profundamente familiar en esa vibración del asfalto contra el plástico de los neumáticos, algo que hace que mi corazón reaccione antes que la razón. El doctor también mira hacia la entrada del hospital, siguiendo la dirección del ruido que se vuelve cada vez más cercana hasta que desde entre la nieve que cae sin descanso, aparece la silueta oscura de una moto avanzando con una precisión casi desafiante contra el clima. Como si el conductor conociera exactamente cómo domar la carretera cubierta de hielo y la tormenta silenciosa que se ha instalado sobre la ciudad, no fuera más que un susurro en el aire.

Una Ducati Diavel negra se aprecia en dirección al estacionamiento. La moto se detiene cerca de la entrada con un

movimiento controlado que termina en un freno suave, y el motor permanece vibrando un segundo más en el aire antes de apagarse. El hombre desmonta con lentitud, como si el frío no tuviera ningún poder sobre la forma en que se mueve en su ahora chaqueta de cuero. Se quita el casco y sacude apenas el cabello oscuro que ha quedado húmedo por la nieve derretida sobre las hebras negras que quedaban libres de la cobertura del casco, luego levanta la mirada y esta recorre la instancia buscándome como si yo fuera el único punto del mundo que necesita confirmar antes de decidir cómo respirar.

Azrael no sonríe. Nunca sonríe cuando está midiendo el espacio entre él y el resto del mundo, pero su expresión cambia apenas cuando me encuentra, una tensión que se suaviza en el borde de su mandíbula y en la profundidad oscura de sus ojos porque está comprobando algo que no dice en voz alta pero que sé que está pensando: que estoy de pie, que no tengo sangre en la ropa, que sigo completa, que no me rompí mientras él no estaba conmigo.

El doctor suelta un pequeño sonido ilegible detrás de mí, un intento fallido de comentario que muere antes de convertirse en palabra, y entonces aclarando su voz, comenta de forma legible.

—Parece que tu novio es bastante intimidante —dice Calder con ese tono que intenta ser ligero y termina sonando nervioso, como si también estuviera sintiendo la presión que Azrael arrastra con cada paso que da hacia nosotros.

No respondo porque Azrael se encuentra ya cerca, cada movimiento suyo es silencioso, pesado, pero sé que está evaluando la situación. Repasa con una mirada al hombre cerca de mí, se fija en cómo me muerdo el labio inferior cuando estoy nerviosa, y sabe lo bien que se ve en esa moto. Seguramente fue lo más rápido que consiguió para venir a mi rescate como pudiera, o simplemente hoy es día de moto y tengo que bajarme de mi propia nube. Cuando llega frente a mí no mira al doctor ni una sola vez, solo me mira a mí con esa intensidad oscura que siempre hace que algo dentro de mi pecho se apriete con una mezcla extraña de miedo y seguridad.

—*Nena.*

Mis bragas sintieron esa palabra antes que mi cerebro. El apodo sale de su boca con total naturalidad, como si fuera él la única persona en el mundo con derecho a reclamarme como suya.

Azrael llega frente a mí y se queda con la palma extendida, esperando mi reacción. Es esa forma suya de buscar el control en una instancia que él ocupa y que me ve involucrada de forma forzosa sin haber hecho algún acuerdo previo.

Antes de que pueda moverme, tomo la mano de Azrael, el doctor habla.

—¿No vas a presentarnos, Willow?

No me gusta su voz cuando se dirige a mí de esa manera.

Azrael gira la cabeza apenas hacia él y retira la mano con cuidado, con una lentitud que no es cortesía sino advertencia, como si estuviera decidiendo si ese hombre merece siquiera el esfuerzo de reconocer su existencia.

—Él es el doctor Calder —digo, sintiendo la incomodidad subir por mi columna—. Me estaba acompañando mientras tú llegabas, *cariño*.

Azrael no le ofrece la mano, regresa cuidadosamente su mirada hasta mí para estudiarme. No hay gesto social alguno. Solo pregunta, muy bajo, analizando cada uno de mis gestos por si le llego a mentir.

—¿Te tocó?

Joder. Directo al grano. Estoy segura que mi corazón ha dejado de latir luego de escucharlo. Su tono es como si quisiera arrancarle la cabeza. El doctor Calder al escucharlo, intenta hablar.

—No tiene ningún…

Azrael levanta apenas un dedo, un movimiento mínimo pero brusco que lo interrumpe sin necesidad de decir nada.

Luego repite, buscando mi respuesta y con un tono más oscuro:

—Te pregunté si te tocó.

—No, claro que no —respondo, porque sé que si digo otra cosa, la atmósfera entre nosotros se volverá más pesada—. Solo estuvo esperando conmigo. El doctor Calder solo estaba haciendo amable.

La mandíbula de Azrael se tensa un milímetro, apenas visible.

—Hace frío —dice.

No es una observación.

Es un aviso de que el tipo, el lugar y la situación son variables que él ya ha evaluado como hostiles para mí.

—Lo sé —susurro.

—Sube a la moto, Willow.

La forma en que lo dice no es violenta, pero tampoco es negociable.

Es el tono de alguien que no duda en que voy a obedecer porque entiende algo que el doctor Calder no entiende, este hombre podría destriparlo en un abrir y cerrar de ojos si hace algún movimiento en falso o que llegue a considerar amenazante para mí.

El doctor carraspea y decide intentar intervenir otra vez.

—Tal vez debería llevarla yo… —insiste— El clima no es seguro para que viaje en moto. ¿No cree?

Azrael finalmente lo mira, con desprecio.

Y esa mirada es el tipo de silencio que pesa más que una amenaza.

—¿Qué parte de que Willow no se subirá a un coche contigo no fue lo suficientemente clara, *doc*? —pregunta Azrael, muy despacio.

Calder sonríe apenas. Una sonrisa que no llega a los ojos.

—Soy su médico. Somos amigos.

Azrael inclina la cabeza un poco, analizando. No le cree, ni yo tampoco.

Si fuera el caso, no lo hubiera llamado y no hubiera montado la escena de novia preocupada. Nunca he tenido un jodido novio en mi vida. Suelto un pequeño suspiro y Azrael me ve de reojo, como si acabara de confirmar algo desagradable.

—Los médicos que hacen esperar a sus pacientes bajo la nieve no son en los que Willow debería confiar.

El doctor responde:

—Solo estaba asegurándome de que estuviera acompañada.

Azrael responde, con una calma peligrosa:

—Ella no necesita compañía. —sentencia para luego ignorarlo.

La nieve sigue cayendo entre nosotros. El viento mueve el borde de mi abrigo, lo que me hace estremecer de frío, Azrael lo nota y se acerca hacia mí. Vuelve a hablar, esta vez solo dirigiéndose a mí.

—Ven conmigo. —Y después añade, apegándose un poco a más a mí, un susurro oscuro que tiene algo de advertencia y algo de intimidad brutal: —Si sigues hablando con él como si fuera una persona segura, voy a empezar a pensar que no te enseñé bien qué tipo de hombres no deben acercarse a ti.

Me toma de la mano y me lleva hasta su moto. En el trayecto no dice nada más.

Toma el casco y lo coloca en mi cabeza sin pedir permiso, ajustando la correa bajo mi barbilla con dedos firmes, seguros. El roce de sus nudillos contra mi piel es breve, pero suficiente para que algo se encienda en mí bajo el frío que me cala los huesos. Y como si fuera poco, como si no pesara nada, me toma de la cintura y me sube a la moto, jadeo ante la sorpresa y me aferro a sus brazos sin soltarlo.

—Sujétate bien ahí atrás. —ordena.

Cuando se acomoda frente a mí en el asiento, el motor cobra vida y ruge otra vez, el sonido vibra en mi pecho.

Emprendemos el viaje y el frío me golpea al principio, cortante, duro, pero en cuanto deslizo los brazos alrededor de su cintura y me aferro a él, todo cambia. Mi cuerpo se pega a su espalda y el calor que desprende le atraviesa la ropa, es como si atravesara el viento, como si atravesara la nieve. Apoyo la frente entre sus omóplatos y cierro los ojos un segundo, permitiéndome disfrutar del momento y perderme en mis pensamientos.

Con él, el invierno duraría menos.

La ciudad se transforma en luces borrosas y calles húmedas. No conduce como un loco, pero tampoco despacio. Conduce seguro. Con control. Como si cada curva estuviera calculada antes de tomarla.

CAPÍTULO 27

Willow

No sé cuánto tiempo pasa hasta que se detiene frente a un restaurante que no reconozco. Es discreto por fuera, fachada oscura, pocas luces. No parece llamativo, pero hay algo elegante en su entrada.

Apaga el motor. Me bajo primero esta vez, todavía sintiendo el calor de su cuerpo pegado al mío. Me quito el caso y se lo devuelvo, ahora con la mente más clara noto algo que ni siquiera preguntaré y es cómo es que tiene un caso rosa para mí, o quizás era de una exnovia, no lo sé, pero el gesto de que lo haya conseguido para mí en tan poco tiempo me hace sentir especial.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto y luego poso mi mirada en el restaurante.

Se quita el casco con calma y me mira, atento.

—Dijiste que habíamos quedado para cenar.

Frunzo el ceño.

—Sí, pero eso fue una mentira para zafarme del doctor Calder.

Azrael, con total dominio y control baja de su moto y da un paso hacia mí, quedando demasiado cerca.

—Bueno —dice, bajando la voz—, yo quiero hacer de esa mentira una realidad.

No sé por qué esa frase me pone la piel de gallina, no es rechazo, más bien es un anhelo de promesa. Lo de *novio* también había sido una mentira, pero supongo que es demasiado pronto para aclararla y quiero disfrutar un poco de ello, estoy divagando, soy un maldito bicho raro.

Entramos.

El restaurante es fino, oscuro, con luz tenue que cae en círculos cálidos sobre las mesas. Hay pocas personas. Música baja. Copas brillando bajo lámparas doradas. Huele a vino, madera y algo especiado que no sé identificar.

Nunca he estado en un lugar así.

Me quito el abrigo, todavía húmedo por la nieve, y de pronto me siento fuera de lugar con mi ropa sencilla. Pantalón negro y camiseta de algodón blanca, y el cabello un poco revuelto por el casco.

—No estoy vestida apropiadamente —murmuro.

Azrael toma mi abrigo sin apartar la mirada de mí, puedo notar cómo me da una repasada rápida, sin juzgarme.

—Para mí estás perfecta. No te preocupes. Nadie lo notará.

—Claro que lo notarán.

Se inclina un poco hacia mí. Lo suficiente para que su voz no sea más que un sonido bajo, intimo entre nosotros.

—Te aseguro que no.

Sus ojos bajan un segundo nuevamente, recorriéndome sin prisa esta vez, sin vergüenza, sin esconder que me está mirando como si fuera la única cosa interesante en toda la sala. En cambio, él vestido todo de negro, sí parece encajar aquí.

—Y aunque lo hicieran… —añade, con total seguridad—, seguirías siendo la mujer más atractiva aquí dentro.

Trago saliva.

—Eso no es verdad.

Su boca se curva apenas en una sonrisa. No es una burla. Es algo más oscuro.

—No estoy mintiendo. Y eso tú lo sabes.

El silencio entre nosotros empieza a cambiar. Ya no es incómodo. Es denso. Cargado.

Azrael toma el mando del rumbo y nos guía a una mesa. Aparta la silla para que pueda tomar asiento y se acomoda frente a mí con total seguridad. Un camarero se acerca a darnos la charla de bienvenida y mencionar los platos de la especialidad de la casa, pero, casi no lo escucho. Estoy nerviosa porque Azrael no deja de mirarme. No parpadea mucho, mantiene una mirada de halcón sobre

mí. No sonríe, no muestra mayores expresiones aparte de su seriedad habitual. Sostiene su mirada en mi como si estuviera midiendo algo dentro de mí que ni yo misma sabría identificar...

La luz es baja. Dorada. Casi íntima. Azrael no ha apartado la mirada de mí desde que nos sentamos.

No es una mirada suave.

Es paciente.

Es consciente.

Es calculada.

El camarero se dirige a mi consultando qué es lo que me ha llamado la atención de lo que ha mencionado, me siento un poco cohibida al no haberme enterado de nada.

—¿Desea un platillo de entrada? –consulta el contrario posando su atención en mí.

Azrael ni siquiera mira la carta que le ha entregado el mesero, solo se limita a responder por mí.

—Ella no comerá.

Parpadeo.

¿Qué?, No comprendo lo que sucede.

El camarero duda un segundo al notar que Azrael ha respondido por mí y esta vez dirige su atención en mi acompañante.

—¿Y algo de tomar?

—Ella no beberá.

Mi pulso se dispara.

¿Qué diablos? Siento el calor subiéndome por el cuello. No por vergüenza. No exactamente. Por anticipación.

El camarero pasea su mirada entre nosotros de forma alternada, confundido, como si intentara entender si esto es normal. Azrael no le da tiempo y hace un pequeño gesto con la mano para que se retire, a pesar de todo es bastante cortes al dirigirse a él.

—Que nadie nos moleste.

No lo dice fuerte. No lo dice brusco. Lo dice como alguien acostumbrado a que le obedezcan. El camarero asiente y se retira.

Cuando estamos solos, Azrael se inclina ligeramente hacia delante. Sus ojos bailan sensualmente en un íntimo juego. Puedo ver como estos se posan primero en mis labios, recorren mi rostro y

luego se vuelven a conectar nuevamente con mis ojos. Puedo ver una promesa que no logro identificar del todo.

—No vas a comer …*comida*…aún—repite, más bajo.

Siento el aire espesarse.

—No vas a beber…*alcohol*…aún.

Mi respiración se vuelve más lenta, más consciente.

—No… *aún.*

La forma en que lo dice hace que algo dentro de mí se apriete.

—¿Entonces qué hago aquí? —pregunto, aunque mi voz ya no suena firme.

Él se acomoda un poco más, causando que nuestras rodillas se rocen bajo el mantel.

—Debajo de esta mesa —dice con calma— está todo lo que necesitas dentro de tu boca en los *próximos minutos.*

Mi estómago se contrae.

Siento calor.

Un calor inmediato y traicionero. Sé exactamente lo que está insinuando. Sé lo que significa ese tono. Y yo lo quiero tanto como él.

—Azrael… —mi voz sale más suave de lo que quería.

Él no sonríe. Pero sus ojos se oscurecen.

—Estás sonrojada —murmura—. Y aún no he hecho nada.

Trago saliva. La tela de mi camiseta se siente demasiado ajustada de pronto. El restaurante demasiado cálido. La música demasiado lenta.

—Estamos en público —susurro.

—Eso es lo interesante.

Mi boca se abre levemente para protestar, pero solo acaba delatando mi respiración acelerada.

—No puedes decir cosas así.

—Puedo —responde sin titubear, totalmente seguro—. Y tú puedes decidir si quieres fingir que no entiendes… o admitir que te gusta que te lo diga.

Se hace un silencio en la instancia, entre nosotros, pero este no es incómodo. Es eléctrico. Siento su pie rozar el mío bajo la

mesa, puedo notar su provocación.

Lenta.

Deliberada.

No ha sido un accidente.

—Mírame —demanda suavemente.

Y lo hago.

Error.

Porque la intensidad en su mirada me deja sin aire.

—Dime que no quieres saber qué pasaría si dejo de ser paciente y caballeroso, como el que conociste hace un año. Dime que no quieres hacerlo y todo esto se detendrá. Ante todo lo que me interesa es tu comodidad y no quiero esperar toda la velada por tu respuesta.

El calor se extiende por mi cuerpo como una corriente lenta.

—No…*Sí*… —empiezo, dudando de mi respuesta.

Pero no termino la frase. Porque mentir sería demasiado obvio. Azrael se reclina apenas en la silla, observándome como si ya hubiera ganado algo que todavía no me atrevo a admitir.

—Eso pensaba.

Esta decidido y ahora sé que no vinimos a cenar. Vinimos a algo mucho más peligroso.

—*Come*, Willow. No me hagas repetírtelo de nuevo.

El corazón me late tan rápido y tan fuerte que siento que se me saldrá del pecho. No es miedo. No es solo excitación. Es algo más oscuro, más profundo. Es la certeza de que estoy cruzando una línea invisible y que, al hacerlo, no estoy perdiendo nada… estoy eligiendo.

Es una entrega consciente, una sumisión que nace del deseo y no de la debilidad. Amaba al Azrael de hace un año, cuando lo conocí; al hombre impecable, controlado, casi perfecto. Sabía que era demasiado bueno para ser cierto. Ahora lo miro desde el suelo y comprendo que este Azrael —el que no sonríe para agradar, el que ordena sin alzar la voz, el que me observa como si ya me poseyera sin tocarme— siempre estuvo ahí, escondido bajo la piel del otro. Y me gusta más. Mucho más.

La silla suena cuando la arrastro hacia atrás. El roce de las patas contra el suelo resuena como un anuncio indecente en medio del murmullo del restaurante. Sé que hay miradas. Las siento. Algunas curiosas, otras escandalizadas, otras demasiado conscientes de lo que están presenciando sin entenderlo del todo. Pero me importa poco. Estoy segura de que ellos tampoco han venido solo por la comida. Este lugar vive de los secretos, de los acuerdos silenciosos, de las manos que se rozan bajo la mesa mientras arriba se mantiene la compostura. Eso lo hace aún más interesante.

Una rodilla toca el suelo cuando me dejo caer lentamente desde la silla y luego la otra. El frío del mármol atraviesa la tela fina de mi pantalón y me eriza la piel. No aparto la mirada de Azrael mientras desciendo; quiero que vea que no titubeo, que no hay vergüenza en mi gesto. La mesa está cubierta con un mantel de seda, caro, pesado, con un bordado delicado que casi parece una burla ante lo que está a punto de ocultar. Desde fuera, nadie podrá verme. Desde dentro, el mundo se reduce a nuestro y a la silueta firme de sus piernas frente a mí.

Gateo despacio, consciente de cada movimiento, de cómo mi respiración se vuelve más densa, más cargada. El espacio bajo la mesa es estrecho, íntimo, casi claustrofóbico, pero en lugar de asfixiarme me envuelve. El sonido del restaurante se amortigua; las conversaciones se transforman en un murmullo lejano. Lo único real es él. El leve movimiento de su mano al dejar la copa que le han entregado por cortesía. La pausa calculada antes de acomodarse apenas unos centímetros hacia adelante.

—Buena chica —murmura, lo suficientemente bajo para que solo yo lo escuche.

Esas dos palabras me atraviesan como una descarga. No hay caricia, no hay contacto todavía, y sin embargo siento su dominio como si fuera físico, como si me rodeara el cuello con una mano invisible. No me siento pequeña. Me siento elegida. Hay poder en mi posición, en el hecho de que soy yo quien decide permanecer aquí, quien decide obedecer.

Apoyo las manos en sus muslos, despacio, sin brusquedad, y alzo el rostro. Desde esta perspectiva, Azrael parece aún más

imponente. Sus dedos apartan el mantel y descienden hasta mi barbilla, la sostienen con firmeza, obligándome a mantenerle la mirada. Sus ojos no arden; son hielo negro, control absoluto.

—*Sírvete*, *Mäuschen* —ordena con suavidad.

Y lo hago. No sin antes tocar la gruesa polla marcada por encima de su pantalón, debe estar doliendo como un demonio por estar ahí dentro. Acaricio desde el centro, toda su longitud hasta llegar a la cabeza que se marca perfectamente como una obra de arte.

Lo escucho gruñir, y yo sonrío, es la sensación más caliente que me puede entregar, incluso puedo llevar mis dedos a mi coño que debe estar goteando, pero no hay tiempo para eso ahora mismo.

No es lo que cualquiera imaginaría. Con mis manos ansiosas suelto su cinturón y el botón de su pantalón para sacar su polla quien me recibe, no hay desorden. Tengo frente a mí su largo y grueso miembro, el olor a su jabón de tocador. ¿Melocotón? es lo que llega primero, varonil y almizclado, y brillante, perfecto en su color, una polla perfecta. Y en la punta, una gota cristalizada.

El aroma familiar ataca de nuevo. No me sorprendería saber que, fue él quien hizo desaparecer una perfecta pastilla recién sacada de su empaque en mi tocador.

—*Cómetela* —dice, sin dureza, pero sin opción.

El contraste me golpea. Estoy arrodillada bajo una mesa cubierta con seda, en uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad… y él me ofrece su polla. El gesto es tan inesperado que mi respiración se entrecorta.

La acaricio despacio, con adoración.

Su polla está caliente y yo ligeramente humedezco mis labios, pareciera que estuviera hambrienta. Llevo su miembro a mi boca sin apartar mis ojos de los suyos, sé que él me observa desde arriba, su mirada oscura, atenta, midiendo cada reacción. No hay vulgaridad en esto, es precioso. Hay posesión. Hay control.

Mi lengua roza la superficie brillante y el sabor dulce explota en mi boca, intenso, casi inocente… y precisamente por eso se vuelve perverso en este contexto. Mis dedos se cierran alrededor del tronco mientras lo sostengo con firmeza. No aparto la mirada de sus

ojos pero algo me llama la atención en su estómago, su camiseta se ha levantado un poco y veo la cola de un escorpión asomándose en su vientre.

No dejo de chupar de arriba y abajo, como si se tratara de un caramelo.

Lo hago despacio. Consciente. Deliberada.

Azrael exhala apenas, un sonido mínimo que solo yo percibo.

—Eso es, Willow.

Sus manos en algún momento acabaron agarradas a la mesa, o es lo que pensaba ya que había perdido su mirada. Hasta que veo una mano aparecer nuevamente bajo la manta y tocar mi rostro, en el dorso lleva un tatuaje, una cruz con puntas, lo he visto antes y pensé que era el único tatuaje que tenía, que equivocada estaba. Me sigo moviendo, relajando mi mandíbula para darle cavidad en mi boca. Cuando lo saco, llevo mi lengua hasta su glande y paso mis dientes, solo un poco para hacerlo enloquecer, se derrite lentamente.

El sabor salado del líquido preseminal se pega a mi lengua y siento el contraste entre la dulzura exagerada y la electricidad que recorre mi piel. No estoy aquí por comida. Él tampoco. Esto es lo que somos, lo que queremos. Va de la obediencia elegida.

Yo elijo chupar su polla. Nadie me obliga.

De nuestra intimidad que nadie sospecha mientras arriba tintinean las copas de vino y alguien ríe sin saber que bajo esta mesa se está tejiendo algo mucho más peligroso, que podría hasta ser un escándalo.

Ante mi degustación de su miembro, acelero mis lamidas y mis chupadas causando que Azrael se vacíe al interior de mi garganta, me toma por sorpresa, pero lo trago gustosa. Cuando quito su pene de mi boca, puedo notar que ha apartado un poco más el mantel y puedo observar su mirada aun encendida en placer.

—Mírame mientras disfrutas de tu *festín* —ordena en voz baja, cuidando dentro de su nube de placer que pueda mantener mi mirada en sus ojos.

Y lo hago.

Siento el corazón golpeando contra mis costillas, pero ahora entiendo lo que es: no es miedo, no es excitación pura. Es rendición. Es saber que él podría pedirme que me levante… y lo haría. Que podría pedirme que me quede… y también lo haría.

Su polla en mi boca se convierte en un caramelo. Dulce. Y peligroso.

Se siente como yo antes de conocer al verdadero Azrael.

Y todo a acabado.

Vuelvo a meter su polla ya limpia dentro de su pantalón, me queda apenas un recuerdo dulce que todavía persiste en mi lengua. Siento un último gruñido antes de que desaparezca por completo su imagen de mi vista y, durante un segundo, me quedo quieta bajo la mesa, respirando despacio, como si necesitara recomponerme antes de regresar al mundo. El mantel de seda roza mi cabello cuando me inclino hacia atrás y, entonces, salgo de allí sin prisa, sin torpeza, con la misma calma con la que entré.

Azrael ya está de pie.

No sé en qué momento se levantó, pero su presencia me envuelve antes incluso de incorporarme del todo. Su mano aparece frente a mí, firme, elegante, sin temblor alguno. La tomo. Sus dedos se cierran alrededor de los míos con una seguridad que no deja espacio para dudas y tira suavemente de mí hacia arriba para ponerme de pie. El contacto es eléctrico, pero controlado; no hay urgencia en él, solo dominio.

Cuando quedo frente a su pecho, siento su otra mano elevarse hasta mi rostro. Su pulgar roza la comisura de mis labios con una lentitud casi ceremonial. El gesto es íntimo, posesivo. Observa la yema de su dedo como si comprobara el rastro invisible de su excitación, como si quisiera asegurarse de que nada quedara fuera de su control.

—Te has manchado —murmura, pero no suena a reproche. Suena a algo más oscuro.

Su pulgar vuelve a deslizarse por mi labio inferior, limpiando lo que ya no está. Mi respiración se descompone apenas. No aparto la mirada. No bajo la cabeza.

Entonces me besa.

No es un beso fugaz ni discreto. Es largo. Profundo. De esos que reclaman territorio sin necesidad de violencia. Su boca se mueve sobre la mía con una paciencia devastadora, como si quisiera saborear cada resto de dulzura que aún me queda.

Siento cómo su mano se afirma en mi cintura, cómo me acerca un centímetro más, lo suficiente para que el mundo desaparezca otra vez. No es un beso para exhibirse. Es un beso para marcar.

Besa tan bien como habla.

Cuando se aparta, lo hace despacio, como si el aire entre nosotros fuera espeso.

Me ayuda a regresar a mi silla como todo un caballero y luego se sienta frente a mí, sin apartar la mirada. La naturalidad del gesto me desarma más que el beso. Ajusta su chaqueta, toma la copa de vino nueva que dejaron mientras yo…joder… y la lleva a sus labios.

Bebe como si nada extraordinario hubiera ocurrido. Como si yo no acabara de arrodillarme bajo la mesa, haberme comido su polla y haber tragado hasta la última gota.

Como si no me hubiera besado de esa forma frente a todos. Mis piernas aún tiemblan ligeramente por la excitación acumulada en mi centro, pero mi voz, cuando sale, es firme.

—¿Eso era una prueba?

Azrael inclina la cabeza apenas, estudiándome. Hay una sombra de satisfacción en sus ojos.

—No.

—Entonces, ¿qué era?

Apoya la copa sobre la mesa con un sonido suave, sin llegar a apartar la mirada de mí.

—La *comida* que te he ofrecido y que solo yo puedo darte. Era una elección.

La palabra cae entre nosotros con peso.

—¿Mía o tuya? —pregunto, aunque creo conocer la respuesta.

Su mirada se oscurece.

—Siempre es tuya, Willow. Yo doy la orden. Tú decides obedecerla.

Su serenidad es más peligrosa que cualquier amenaza. Porque tiene razón. Nadie me obligó. Nadie me empujó bajo esa mesa. Fui yo quien arrastró la silla. Fui yo quien se arrodilló.

—¿Y si un día decido no hacerlo? —lo desafío, inclinándome hacia adelante.

Azrael sonríe apenas. No es una sonrisa amable. Es la de un hombre que no teme la respuesta.

—Entonces me aseguraré de darte una razón para que quieras hacerlo.

El silencio que sigue no es incómodo. Es tenso. Cargado. Oscuro.

—Te gustó —añade al final, en voz baja. Puedo apreciar un matiz en su voz de tranquilidad. No ha sido una pregunta.

No es una pregunta, es una afirmación. Le sostengo la mirada sin pestañear.

—Sí.

Sus dedos generan un pequeño golpeteo en la mesa, pensando, pero satisfecho.

—Bien. Porque esto —dice, señalando el espacio entre nosotros, invisible pero tangible— no va de humillación, Willow. Va de confianza. Y la confianza es más peligrosa que el deseo. No lo pensaste dos veces. ¿Qué voy a hacer contigo?

Mi pulso vuelve a acelerarse ante la pregunta. El Azrael de hace un año me habría protegido del mundo. El Azrael de la actualidad me enseña a arder dentro de él. Y, lo peor de todo, es que no quiero que me salve.

…

Ahora la mesa es…Demasiado pequeña o quizás solo me siento cohibida.

Nuestras rodillas casi se rozan cuando intento acomodarme.

—¿Por qué ese médico estaba tan cerca de ti? —pregunta de pronto.

No lo dice enfadado. Lo dice controlado.

—Estaba esperando conmigo. Insistió.

—¿Y qué querías tú?

—No quería que esperara conmigo… él, insiste en invitarme a salir, tuve que buscar una salida.

Azrael asiente despacio. Me sirve más agua en mi copa y me la llevo a los labios y lo bebo de golpe, vuelvo a servirme otra copa y hago lo mismo, joder, estoy sedienta.

—No me gusta cómo te mira. —Sentencia con un duro tono de voz.

La forma en que lo dice me eriza la piel.

—¿Celoso?

Levanta la mirada hacia mí, puedo notar su total determinación en la respuesta.

—Sí.

Me quedo en silencio, no lo esperaba. ¿Por qué eso es jodidamente sexy viniendo de él?

—Considera que he sido educado, pero si vuelve a acercarse a ti sin que tú lo quieras, no voy a considerarlo nuevamente.

Mi corazón late más rápido.

—¿Eso es una amenaza?

Se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa.

—Lo es.

La música sigue sonando suave alrededor, pero en nuestra mesa el aire está distinto. Más caliente. Más tenso.

—No necesito que me protejas de todo el mundo —le digo.

Sus ojos no se apartan, solo me estudia.

—No te protejo porque crea que no puedes sola.

Su voz baja medio tono.

—Te protejo porque quiero hacerlo.

Eso me deja sin respuesta.

El camarero trae una botella de vino y comida, *real* esta vez. Azrael ni siquiera miró la carta mucho. Ya sabía lo iba a que pedir.

—¿Siempre haces lo que quieres? —pregunto.

—Solo cuando vale la pena.

—¿Y yo valgo la pena?

Su mirada se clava en la mía de una forma que me obliga a quedarme quieta.

—No tienes idea.

El silencio vuelve a llenarse de algo eléctrico. Mis dedos rozan la base de la copa. Los suyos descansan sobre la mesa cerca de los míos. No me toca. Pero podría.

Así como me invitó a que le comiera la polla, así como me besó como si le perteneciera, siento que puede hacer conmigo lo que él quisiera y yo se lo permitiría.

Y eso es peor.

—Willow —dice mi nombre otra vez, más bajo.

—¿Qué?

—No vuelvas a mentir diciendo que vamos a cenar si no piensas hacerlo.

—¿Por qué?

Su mirada desciende a mis labios un segundo antes de volver a mis ojos.

—Porque ahora voy a querer que cada vez que lo digas, sea verdad.

Y no sé si lo que me inquieta es la intensidad en su tono de voz o el hecho de que una parte de mí quiere que así sea siempre. Sé que no se refiere solo al hecho de cenar y comer, ya sea comida o no. Es el hecho, de que no solo lo de cenar era mentira… pero todo lo demás queda en el aire, mientras comemos en silencio.

CAPÍTULO 28

Azrael

Cierro la puerta de su apartamento y camino apenas unos pasos hasta el mío. A pocos centímetros. Bendita coincidencia. O bendita obsesión premeditada.

El pasillo aún huele a su perfume.

Entro en mi piso sin encender las luces. No lo necesito. Conozco cada rincón, cada sombra.

Me quito la chaqueta con movimientos lentos, pero mi cuerpo está lejos de la calma que aparento. Me duele la polla. La tengo dura desde que la vi arrodillarse bajo la mesa, desde que sentí su boca rodear mi pene con esa obediencia consciente que me perforó la paciencia. Y quiero más. Fue su mirada. Siempre su mirada. La quise follar sobre la mesa en cuanto salió de ahí, pero mi juego no es que me vean follar su cuerpo en público, ella se merece algo mejor que eso y yo estoy dispuesto a dárselo.

Me muevo por el apartamento y cruzo el salón hasta la pared de monitores.

Las cámaras se activan con un simple toque. Silenciosas. Invisibles. Estratégicamente colocadas hace meses, cuando todavía fingía que solo quería asegurarme de que estaba a salvo. Protección. Ese fue el nombre que le di a mi necesidad de verla. De tenerla. De saber cada movimiento.

La pantalla principal muestra la puerta de su apartamento cerrándose. Segundos después, veo su figura entrar en el dormitorio. Se suelta aquellos rizos que me vuelven loco. Se quita los tacones. Camina descalza por su propia casa sin saber que no está sola.

Aprieto la mandíbula ante el pensamiento, no estoy haciendo nada mal.

Desaparece hacia el baño y el vapor comienza a empañar el lente durante unos segundos antes de que el sistema ajuste la imagen. El agua cae sobre su cuerpo y yo me obligo a respirar despacio. Y por la imagen que me entrega, llega mi deseo de tocarme, pero no debo. No todavía. Lo que me excita no es solo su piel mojada. Es el hecho de que confía. De que cree que está a salvo.

Y lo está, siempre lo estará.

Porque nadie más la mira. Solo yo.

Cuando sale de la ducha, envuelta en una toalla blanca, el vapor todavía abrazando su silueta, siento cómo el control que mantuve durante toda la cena se tensa hasta el límite. Se seca el cabello con movimientos distraídos, se pone una camiseta amplia para dormir y ropa interior sencilla. Nada provocativo. Nada planeado.

Y, sin embargo, me enloquece.

Se acerca al espejo y se toca los labios. Los mismos labios que limpié con el pulgar. Los mismos que besé hasta que dejó de respirar con normalidad y los que estuvieron alrededor de mi polla. Hay algo distinto en su expresión. No es culpa. No es vergüenza.

Es pensamiento, algo está en su mente.

Se mete en la cama y apaga la luz.

La visión nocturna toma el relevo. La habitación se tiñe de grises suaves. Se acomoda de lado, abraza la almohada y cierra los ojos. Tarda unos minutos en quedarse quieta del todo. Yo no aparto la mirada.

—Duerme, Willow —murmuro para mí mismo, acariciando levemente la imagen de tranquilidad que proyecta la pantalla.

Pero todo cambia cuando se da la vuelta boca abajo y comienza a retorcerse, su mano va directo al interior de sus bragas y comienza a follarse a sí misma. Está dolorida, lo sé. Pero todo tendrá su recompensa. Quisiera estar cerca viéndola, romperle las bragas y comerle el coño desde abajo hacia arriba para acabar follándola contra el cabecero.

Puede que un día.

Mi mano va a parar sobre el escritorio, los nudillos tensos. No soy un adolescente incapaz de controlarse. No soy un animal sin disciplina. Si quisiera aliviar el dolor en mis bolas, lo haría en segundos.

Pero no. Ahora mismo no se quién soy, así que libero mi polla y comienzo a follarme a mí mismo también, viéndola, escuchándola gemir, imaginando que soy yo quien la penetra desde atrás.

Eso es. Estoy cerca, puedo imaginar cómo me apretaría por dentro a causa de su placer, como su coño se humedecería cada vez que me enterrara en ella.

Su grito llega primero y luego los hilos de semen caen en mi escritorio. Eso es, me aprieto las bolas hasta sacar la última gota. Y joder, necesito más pero el deseo contenido me pertenece. Es mío. Es parte del juego.

Lo que me consume no es la necesidad física. Es algo más retorcido. Es saber que está a unos centímetros de mí, separada solo por una pared. Que podría cruzar el pasillo, llamar a su puerta, besarla otra vez y follarla, ya me obedeció una vez, podría hacerle una nueva invitación… pero no lo hago.

Porque esto es lo mejor.

Observarla. Aprender sus rutinas. Memorizar la forma en que respira cuando duerme. La hora exacta en que se mueve. La manera en que su mano busca algo en la oscuridad antes de relajarse.

Ella cree que la dejo elegir.

Y es cierto. Pero lo que no sabe es que yo elijo el terreno donde se juega. Apago el sonido de las otras cámaras y dejo solo la de su dormitorio. Me quito el reloj. Aflojo el cuello de la camisa. Sin dejar de mirarla.

—*Eres mía* —susurro, no como amenaza… sino como una verdad inevitable.

No porque la encierre.

No porque la obligue.

Sino porque, tarde o temprano, entenderá que siempre he estado aquí.

Vigilando.

Protegiendo.

Esperando.

CAPÍTULO 29

Azrael

El cristal blindado que rodea el piso superior me muestra la ciudad extendiéndose bajo nosotros, impecable, ordenada, ignorante de lo que se decide aquí adentro. Me apoyo en la mesa manteniendo me en la cabecera, las manos firmes sobre la superficie pulida, mientras la pantalla de en frente proyecta el mapa de las afueras de Milán.

Una zona industrial abandonada.

Un punto rojo.

Un error que vamos a corregir.

Max está sentado a mi derecha, con los dedos entrelazados cubriendo su boca, la mirada fría analizando cada coordenada. Noel, gira lentamente un anillo de dragón entre sus dedos, pensativo, pero sé que ya ha calculado rutas de entrada y salida tres veces en su cabeza. Claus permanece en silencio, observando, evaluando el equilibrio entre Londres y lo que estamos a punto de hacer.

—Las aguas están calmadas en Londres —dice Claus finalmente—. Demasiado calmadas.

—Deberían permanecer así —responde Max sin apartar la vista del mapa—. Esto no toca territorio británico.

Max inclina la cabeza apenas hacia mí. Estamos evaluando la información que saqué del último sujeto.

—La información que trajiste de Milán… ¿Es segura ?

Lo miro.

—Completamente.

No es un rumor, tampoco es una sospecha. Aquello es un almacén convertido en centro de distribución humana. Chicas retenidas. Subastadas. Movidas como mercancía entre fronteras. El

nombre detrás de la operación aun es pequeño, pero está intentando crecer.

Y eso es el problema. No porque nos afecte directamente. Sino porque nadie crece en esa mierda mientras respiremos.

—¿Cuántos hombres son? —pregunta Noel.

—Quince confirmados dentro. Posiblemente cinco más en rotación exterior. Seguridad básica, pero armados. Creen que están demasiado lejos del radar.

Max se recuesta en la silla, mantiene su mirada en mí.

—¿Y qué propones?

Mis dedos se deslizan por una pequeña pantalla táctil, hasta ampliar el perímetro que se refleja a la vista de todos en la sala.

—Misión de una noche. Ida y vuelta. Entramos a las 02:10. Neutralizamos a todos los activos. Liberamos a las chicas. Quemamos el lugar hasta los cimientos y regresan sus pollas a casa.

Claus alza una ceja.

—¿Eso es todo?

Lo miro sin parpadear, no supone algo difícil a mi parecer.

—Eso es todo.

El silencio que sigue es la confirmación del proceder. Max está de acuerdo conmigo, es lo que código negro hace. Deshace la trata, liberamos y nos llevamos todo. No hacemos rescates a medias. No dejamos estructuras en pie que puedan reconstruirse. Cuando intervenimos, el mensaje es claro.

Max rompe el silencio.

—¿Tenemos un objetivo principal?

—Vivo no nos sirve —respondo con calma—. Pero si respira cuando lo encontremos, quiero que entienda exactamente por qué está a punto de dejar de hacerlo.

Noel suelta una exhalación breve, casi una risa sin humor.

—Milán va a oler a humo mañana.

—Quiero que huela a advertencia —sentencia Max.

Max se inclina hacia adelante, los ojos clavados en mí.

—¿Quién lidera entrada?

—Yo.

Claus niega levemente con la cabeza, puedo notar una pisca de risa en su voz.

—Eres demasiado visible. Y haces mucho ruido.

—Precisamente.

No es por imprudencia. Es cálculo. Si alguien llega a sobrevivir el tiempo suficiente para contar lo que vio, quiero que mi nombre viaje con su miedo. Además, ese es el problema, ahora no me puedo controlar.

—Londres queda bajo tu control esta noche —Max le dice a Claus—. Si algo se mueve, lo aplastas.

Claus asiente. Max se levanta despacio y me mantiene la mirada.

—Solo una noche. Sin ruido innecesario. Sin errores.

Le sostengo la mirada.

—Sin supervivientes. Es una sentencia.

La pantalla vuelve al plano general del almacén. El punto rojo permanece fijo.

Pienso en Willow un segundo. En cómo dormía anoche. En cómo ella cree que el mundo que habita es limpio, estable. Y en cómo yo me aseguro de que lo sea para su bienestar.

Me enderezo y tomo mi chaqueta, dirigiéndome a la salida.

—Salimos en seis horas. Equipo ligero. Incendio controlado. Las chicas van primero. Nadie las toca. No las quiero más asustadas de lo que ya están. —mi orden es clara, precisa.

Porque nosotros no somos ellos. Somos peores. Pero elegimos dónde aplicar el fuego y el poder, y no es en las víctimas. Esta noche, a las afueras de Milán, arderá todo.

…

El helicóptero no lleva distintivos.

Negro. Silencioso. Eficiente.

El aire nocturno golpea mi rostro cuando descendemos en un claro a tres kilómetros del objetivo. No hay luna visible; las nubes cubren el cielo como si también quisieran participar de lo de esta noche ocultando lo que va a ocurrir. Me ajusto los guantes con

movimientos precisos mientras el equipo verifica armas y comunicaciones. Nadie habla más de lo necesario. No hace falta.

Max camina a mi lado.

—Quince confirmados —menciona en el intercomunicador interno—. Dos patrullas exteriores en movimiento. Los exteriores son tuyos. Sin disparos si puedes evitarlo.

Asiento.

Nos movemos entre la vegetación baja hasta que el perfil del almacén aparece frente a nosotros: cemento agrietado, ventanas selladas, una estructura que pretende pasar desapercibida. Las luces interiores están encendidas. Confianza. Error.

Levanto el puño, es una señal de alto.

El primer guardia cae sin ruido. El segundo apenas tiene tiempo de girarse antes de que Noel lo silencie. Nuevamente en marcha. La puerta trasera cede con un corte limpio. Dentro huele a metal, humedad… y miedo. Ese olor inconfundible que se queda pegado a las paredes cuando demasiadas personas han llorado en silencio.

Dividimos posiciones. Los primeros disparos se escuchan apenas como golpes secos. Rápidos. Precisos. No es una balacera descontrolada. Es una acción rápida. Cada hombre que cae sabía perfectamente en qué negocio estaba.

Un negocio malo, muy malo.

En el centro del almacén encuentro al responsable. Intenta correr.

Error.

Me acerco sin dudar y lo estrello contra una mesa metálica antes de que alcance la puerta lateral. Su respiración se vuelve errática cuando me reconoce.

—No… no sabía que era territorio de ustedes.

Lo golpeo una vez. Suficientemente fuerte para que entienda que hablar no le salvará.

—Código negro es todo el maldito globo terráqueo —respondo con calma—. ¿Acaso les pediste permiso a esas chicas para llevártelas?

Tiembla bajo mi agarre luego de escucharme.

Miro a mi alrededor. Nuestros hombres ya han asegurado el perímetro interior. Las puertas donde retienen a las chicas están al fondo, cerradas con candados gruesos.

—Ábranlas —ordeno por el comunicador.

El sonido del metal cediendo resuena como una liberación contenida. Vuelvo mi atención al hombre frente a mí.

—Mira bien —le digo mientras lo obligo a alzar la cabeza hacia el caos controlado que lo rodea—. Esto es lo que pasa cuando intentas llevarte algo que no te pertenece.

No grito. No necesito hacerlo.

Saco el arma y acabo con todo dejando solo un disparo limpio que atraviesa el cráneo del individuo.

Silencio.

El olor a pólvora se mezcla con el olor a miedo viejo del lugar. Camino hacia las habitaciones liberadas, he optado por dejar el cuerpo en el centro para que todo quien pase observe nuestra sentencia. Me dirijo a las celdas con paso firme y me encuentro con aquella imagen que solo reafirma que no me equivoco en mí actuar. Las chicas están acurrucadas, confundidas, algunas demasiado asustadas para reaccionar. Levanto las manos despacio, buscando darles algo de confianza y tranquilidad.

—Irán a casa —digo con voz firme—. Esto termina aquí.

Max aparece detrás de mí.

—Perímetro limpio.

Asiento.

—Sáquenlas a todas. Primero que salgan ellas. Después quemamos todo.

El combustible se esparce por el suelo con eficiencia fría. Cuando la última furgoneta arranca con las chicas a salvo dentro, me quedo unos segundos observando la estructura.

Prendo la mecha y la acerco al combustible. El fuego asciende con rapidez, devorando madera, plástico, mentiras. Las llamas iluminan la noche como una señal. No es rabia. Es un mensaje alto y claro.

Claus recibirá la noticia antes del amanecer. Londres seguirá en calma. Me giro cuando el calor empieza a volverse insoportable y

mi cerebro a punto de volverse loco. Entonces pienso en ella, no en lo que me rodea, en ella, antes de perder la calma, hoy no lo voy a permitir. Esto fue demasiado fácil para dejar que mi mierda se descontrole, necesito regresar bien.

—Ida y vuelta —dice Noel mientras caminamos hacia el punto de extracción.

Asiento. Misión cumplida. Código negro se encargará de llevar a esas chicas a salvo, a un lugar seguro, la mayoría de las chicas que salvamos nunca tienen hogar, entonces nos encargamos de eso también, una nueva identidad, un nuevo hogar, un nuevo comienzo.

Mientras el helicóptero se eleva y las llamas se reducen a un punto ardiente en la distancia, saco el teléfono. Tengo una notificación de la cámara del pasillo.

Willow ha salido de su apartamento hace veinte minutos. Vuelvo a guardar el dispositivo. El mundo puede arder en las afueras de Milán. Pero mi verdadero control… está a unos centímetros de mi puerta.

CAPÍTULO 30

Willow

El salón de Hunter está cubierto de catálogos, muestras de telas, listas escritas a mano y una botella de vino abierta que apenas hemos tocado. La luz de la tarde entra por los ventanales y hace que todo alrededor parezca más ligero de lo que en realidad es. Estamos planeando el cumpleaños de Max como si fuera un evento diplomático, más no una celebración íntima, pero tratándose de un Hass… nada puede ser sencillo.

Hunter está sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, el ceño fruncido mientras revisa una lista interminable de invitados.

—Vendrás, ¿verdad? —me pregunta sin levantar la vista.

—Claro que sí —respondo, acomodando unas tarjetas doradas sobre la mesa baja.

Hace una pausa y apenas levanta la mirada hacia mi persona. Sé que la pregunta real aún no ha salido.

—¿Qué pasa entre tú y Azrael?

Mi mano se detiene apenas un segundo.

—¿Por qué lo preguntas?

Hunter suspira y deja la lista a un lado.

—El otro día tuvo uno de sus episodios… y logró recordar cosas. Cosas que a nosotras nos gustaría olvidar.

La miro.

—La subasta.

—Sí —asiente con gravedad—. Recordó que estabas ahí. Y yo también.

El aire cambia. Siempre cambia cuando ese recuerdo entra en la habitación.

—¿Qué le dijeron? —pregunto en voz baja.

—Le dije la verdad. Que nos ayudó. Que él también estuvo allí. Que no nos dejó solas.

Trago saliva.

—Pero eso no es todo lo que recordó al parecer—continúa—. Preguntó qué había entre ustedes.

Siento mi pulso acelerarse, aunque intento que no se note.

—¿Y qué le dijiste?

Hunter me observa con esa mezcla de ternura y complicidad que solo ella me sabe tener.

—Hasta donde sé, solo sabía que se gustaban… y bueno, se podría decir que le dije que a ti te gustaba y mucho.

—Oh, Dios mío… —cierro los ojos un segundo y cubro mi rostro apenas un momento para darle una tregua a mis pensamientos—. Es por eso que actúa extraño cuando me ve.

—¿Hice mal?

Niego levemente con la cabeza antes incluso de que yo le responda. Extiendo las manos y tomo las suyas.

—No —aprieto sus dedos—. No hiciste mal. Es verdad. He estado enamorada de Azrael desde el primer momento en que lo vi.

Decirlo en voz alta duele, quema y libera al mismo tiempo.

—Pero es complicado —añado.

No le voy a contar lo que pasó en el restaurante. Aún no lo proceso del todo. La forma en que Azrael me llevó al límite de ser yo misma, de reconocer mi necesidad de sentirlo, de mirarlo sin máscaras y sucumbir a esa pasión oscura que siempre ha existido entre nosotros… es algo que no olvidaré jamás. Y sé que no fue un final. Fue solo el principio.

—Entonces… ¿Ustedes están bien? —pregunta Hunter con suavidad, entrelazando sus dedos con los míos y brindándome aquella ternura que solo a ella le caracteriza—. ¿Ya no lo evitarás?

Suelto una pequeña risa sin humor.

—Es mi vecino, Hunter. No puedo evitarlo si quisiera hacerlo. Aparte, es el hermano de tu marido… ya sabes cómo funciona lo de querer evitar a un Hass.

Ella sonríe, totalmente enamorada solo por recordar a Max.

—Eso es cierto.

Pero algo en su expresión cambia. Hay nerviosismo. Un brillo distinto en sus ojos.

La observo con atención, manteniendo mis manos entrelazadas con las de ella.

—¿Estás bien?

Duda un segundo, la noto algo inquieta y suavemente libera una de sus manos de mi agarre.

—Hay algo más…

Se lleva la mano al bolsillo del suéter y saca algo pequeño, blanco. Tardo medio segundo en entender lo que estoy viendo.

Una prueba de embarazo, es positiva.

Dos líneas, hay dos líneas.

Ahogo un grito, llevándome la mano libre a la boca mientras ella sonríe con los ojos brillantes, llenos de felicidad.

—¿Qué? Oh, Dios mío… estás…

—Sí —asiente, riendo nerviosa—. Las siete pruebas que escondí en el baño lo comprueban. Esta es la última. ¿Crees que estará feliz?

La miro, todavía procesándolo, pero sin duda estoy feliz por mi amiga.

—¿Tú lo estás?

Sus ojos se llenan de algo tan puro que me aprieta el pecho.

—Nunca había sido tan feliz en mi vida.

Sonrío ampliamente, no puedo evitar acunar la mano que aún le sujeto y darle suaves caricias para tranquilizarla.

—Entonces no hay nada de qué preocuparse. Max se volverá loco.

—Ni que lo digas.

Me levanto del sofá y la abrazo con fuerza.

—Ven aquí.

La aprieto contra mí, sintiendo su risa vibrar entre las dos.

—Estoy tan feliz por ti —susurro levemente y llevo una de mis manos a su cabello para acariciarla.

Y lo estoy. De verdad.

El abrazo con más intensidad, sin llegar a lastimarla y pienso en cómo la vida puede cambiar en un segundo. En cómo ella está a

punto de darle una noticia a su marido que transformará su mundo para siempre. Y en cómo yo… estoy al borde de algo igual de irreversible.

Porque sentir cosas por Azrael nunca fue una decisión sencilla. Pero dejar de hacerlo y saber que no lo merezco… puede que al final sea mi única opción.

CAPÍTULO 31

Azrael

La mansión de mi hermano está iluminada como si celebráramos algo más que un cumpleaños. Hay seguridad en el perímetro. La música es suficiente para cubrir conversaciones incómodas entre los invitados y los círculos cercanos. El alcohol caro está fluyendo como si el mundo fuera sencillo. Odio estas fiestas, pero le prometí a Hunter que estaría aquí, además, Willow también estará aquí.

Entro con Claus a mi izquierda y Noel detrás, intercambiando comentarios triviales sobre Londres, sobre negocios, sobre la aparente calma que siempre se antepone a algo desagradable. Theron, el hermano de Hunter ya está dentro; lo veo reírse de algo que Max acaba de decir mientras un camarero se pasea con una bandeja de copas.

Pero yo no estoy aquí por ellos. La busco con la mirada, siempre al asecho. Y la encuentro casi de inmediato.

Me aliso la camiseta blanca y mi chaqueta negra, no visto una jodida corbata como mis amigos o mi hermano. Yo prefiero lo simple.

Willow está cerca de la mesa principal, hablando con uno de los meseros. Él inclina demasiado la cabeza, lo noto muy cerca de ella para mi gusto. Sonríe falsamente. Ella también sonríe, y algo dentro de mí se tensa hasta el punto de volverse casi físico.

Veo rojo.

No pienso. Solo tomo mi camino.

Cada paso es medido, pero mi mandíbula ya está rígida cuando me acerco lo suficiente para escuchar.

—No, las flores no van ahí —dice Willow con suavidad firme —. Mueve los centros de mesa veinte centímetros a la derecha o

bloquearán la vista del pastel cuando Max sople las velas. Y asegúrate de que el champán esté frío antes de las once, ¿sí? Por favor, la señora Hass quiere todo perfecto.

El mesero asiente, algo nervioso.

—Claro, señorita.

Ella sonríe agradecida. No estaba coqueteando. Estaba organizando. Estoy jodido, no puedo comportarme así con ella o la perderé con mi mierda.

Me detengo a su lado. Ella se gira y me ve. Su expresión cambia apenas, un destello que solo yo reconozco.

—Azrael —dice con naturalidad y me regala una sonrisa única —. Has llegado.

—Eso parece —respondo, demasiado seco.

El mesero se retira casi de inmediato. Bien.

—Estás preciosa —añado después de un segundo, bajando la voz y acercándome un poco a ella para respirar aquel aroma que me encanta.

Lleva un vestido oscuro que abraza su cintura y cae con elegancia sobre sus caderas. No es provocativo. Eso es lo peor. Es sutil, en ella luce maravilloso. Y su cabello, sus rizos, demasiado perfectos, demasiado sedosos y huele increíble. Quisiera, lamerla de pies a cabeza.

—Gracias —dice, estudiándome—. ¿Te molesta algo?

—No.

Mentira.

—Pareciera que sí —susurra.

Me inclino apenas hacia ella, con la intención de poder oler aquel punto de unión entre su oído y su cuello.

—No me gusta que nadie te mire como si no entendieran que ya tienes dueño.

Sus ojos se oscurecen, puedo notar una pequeña molestia, pero a su vez es esa promesa de deseo.

—Vaya. No soy un objeto, Azrael.

—No —murmuro suavemente, casi sobre su piel —. Eres una elección. Y yo ya hice la mía.

Puedo notar cómo traga suavemente y antes de que pueda responder, la música cambia. Hunter aparece de la nada y la toma del brazo, apartándola de mi lado.

—La necesito en la pista —declara, riendo mientras se la lleva.

Miro alrededor, visualizando toda la instancia y noto que hay otra chica, la hermana de Noel y mujer del cuñado de mi hermano, Josephine, es quien se une al final a bailar con ellas, desde el centro del salón, le lanza un beso exagerado a su marido, todo un espectáculo acaramelado. Theron se lleva la mano al corazón en un gesto dramático que arranca carcajadas de los demás.

Willow me sostiene la mirada un segundo más antes de dejarse arrastrar nuevamente.

Y entonces la veo bailar.

No es un baile provocativo. Es algo libre. Ligero. Se ríe con Hunter, gira, levanta los brazos, la veo disfrutar. La luz rebota en su piel. Puedo notar como varios hombres la miran. No descaradamente, pero lo suficiente para que no me agrade.

No digo nada. No me muevo. Pero mi cuerpo está rígido.

—Relájate —murmura Noel a mi lado, con una copa en la mano—. Solo está bailando.

—Lo sé.

—No parece.

Claus se acerca y observa la escena con una media sonrisa.

—Si sigues apretando la mandíbula así, vas a romperte los dientes.

Max se acerca a observar todo, divertido.

—¿Problemas territoriales, hermano?

—No.

Theron también se une e interviene, mirando hacia la pista donde su mujer vuelve a lanzarle otro beso.

—Créeme, si empiezas a prohibirles bailar, pierdes la guerra antes de empezarla.

Max suelta una risa.

—Además, Willow sabe cómo defenderse sola.

No respondo porque, no se trata de que no pueda defenderse. Se trata de que no quiero que nadie la mire como yo la miro. La canción termina y ella desaparece entre la gente. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente.

—Vuelvo enseguida —digo, ya retirándome en búsqueda de su silueta.

Subo las escaleras sin preguntar. Conozco la casa. Recorro el pasillo hasta una de las habitaciones de invitados y la puerta está entreabierta. La encuentro sentada en el borde de la cama, mirando su teléfono. La luz de la pantalla le ilumina el rostro.

—¿Te escondes? —pregunto desde la puerta.

Levanta la vista, sorprendida.

—Solo necesitaba un respiro.

Entro y cierro la puerta con suavidad. Demasiada suavidad, quedando apoyado sobre esta.

El dolor comienza detrás de mis ojos, una presión familiar que anuncia mi cambio de ánimo. Me llevo la mano a la sien, realmente siento dolor.

—Bailas bien—le digo mientras masajeo mis ojos buscando alivio.

—¿Estás bien? —pregunta, levantándose y acercándose a mi sin temor alguno.

—No me gusta que bailes así delante de todos.

Silencio, puedo notar como se ha quedado de pie cerca mío cuando he apartado mi mano de mi vista.

—¿Así cómo?

Doy un paso hacia ella.

—Libre.

Sus labios se entreabren, puedo notar su sorpresa y su reproche en su cuerpo.

—No puedes hablar en serio.

El dolor pulsa más fuerte. Mi voz baja un tono.

No, no, joder, no aquí, no con ella, viéndose así y tan cerca de mí, no puedo…joderlo todo.

—Podemos irnos ahora.

—¿Qué?

—Que nos vamos. O bajo ahí y me invento una pelea con cualquiera. No me importa con quién.

Ella me mira consternada, como si intentara descifrar si lo que digo es en serio o si solo estoy bromeando.

No lo estoy.

—Azrael…

—No me gusta cómo te miran —digo, más áspero, casi en un gruñido—. No me gusta que sonrías para otros.

—No estaba sonriendo para otros. Sonrío porque estoy feliz.

Esa palabra me golpea. Esta feliz. Me acerco suavemente hasta quedar a centímetros de ella.

—Ven conmigo —murmuro, la voz cargada de algo más oscuro—. Antes de que haga algo que arruine la fiesta de mi hermano.

—¿Me estás amenazando? ¿Estás bien? ¿Quieres que llame a tu hermano?

—No, solo me estoy conteniendo.

El silencio entre nosotros es denso. Ella no retrocede.

—No voy a irme por una rabieta tuya, Azrael.

La palabra rabieta enciende algo peligroso en mí. Avanzo con ella, casi oprimiendo su espacio, arrinconándola hasta una esquina y mi mano se apoya en la pared junto a su cabeza, sin tocarla, cuando logro encerrarla entre mi cuerpo.

—No es una rabieta —susurro acercando mis labios a su oído para que pueda oírme claramente—. Es que cuando te veo bailar y noto como todos creen que pueden imaginarte en otras cosas… quiero recordarles que no pueden desear lo que no les pertenece.

Su respiración se acelera.

—No soy tuya para que les "recuerdes" nada.

La miro fijamente, sin duda ella no quiere ceder esta vez.

—Dime que no quieres irte conmigo ahora mismo —digo, bajando aún más la voz, apegando más mi cuerpo al suyo—. Mírame y dímelo.

El dolor de cabeza late. Mi control pende de un hilo fino. Ella me sostiene la mirada y la tensión entre nosotros no es fiesta. Es

guerra contenida. Sé que, si da un paso hacia mí… no volveremos abajo.

Dentro de toda nuestra tensión puedo notar como ella ve algo, ve más allá de lo que sea que la puta bala haga en mi cabeza y lo apaga. Su mano llega a mi rostro sin miedo alguno y cierro los ojos, puedo sentir su calidez acunando mi rostro ya apagando todas esas alarmas de emergencia que ya sonaban en mi interior anunciando el descontrol.

—No vayas ahí—susurra con un leve temblor en su voz—donde sea que vayas, no lo hagas. Quédate aquí conmigo.

CAPÍTULO 32

Willow

Su mano llega a mi cuello sin previo aviso, firme, caliente, posesiva. No aprieta para hacer daño; aprieta para sentirme, para asegurarse de que sigo ahí, de que no soy una alucinación producto del dolor que sé que lo estaba desgarrando por dentro. El beso que me brinda no tiene nada de medido ni de elegante. Es crudo. Su boca reclama la mía con una urgencia que me incendia la piel, y yo respondo sin pensarlo, sin recordar que hace apenas minutos estábamos en la fiesta de su hermano abajo, rodeados de gente, fingiendo normalidad. Mis dedos se aferran a su camiseta, a sus hombros, a lo que encuentro, porque necesito sostenerme de algo que no sea este vértigo que me arrastra.

Siento su pulso desbocado bajo mis manos. Siento su respiración irregular. Y también siento un gruñido bajo, casi animal, que vibra en su pecho antes de que, de repente, se apartara como si le quemara.

—Azrael… —mi voz sale en un susurro, confundida.

Sus ojos están perdidos, puedo notar confusión. Hay algo salvaje en ellos, algo que no es solo deseo. Es dolor. Es tormenta.

Y entonces se aparta rápidamente y se va.

No dice nada. No me explica. Sale de la habitación como si necesitara huir de mí o de sí mismo, no lo sé. Tardo dos segundos en reaccionar antes de seguirlo escaleras abajo, atravesando el jardín, viendo cómo se sube a su moto con movimientos bruscos. El motor ruge y desaparece por la carretera, es como un alma escapando del diablo.

No soy tonta, me necesita, pero huye.

Regreso al interior de la casa casi corriendo y me cruzo con Hunter en el vestíbulo. Me mira preocupada, sabe que algo pasa.

—¿Puedo usar uno de tus autos?

Frunce el ceño.

—Sí… ¿adónde vas?

—Te explico luego.

No espera más. Me lanza las llaves. Confía en mí.

…

Conduzco con el corazón golpeándome el pecho, siguiendo las luces traseras de su moto que logré encontrar a lo lejos. Va demasiado rápido. Yo también. No pienso en el peligro; pienso en él. En su mirada perdida. En ese gruñido herido. Finalmente observo cómo se detiene frente a un edificio donde las luces de neón parpadean en rojo y azul, gastadas, decadentes. Poco después me estaciono junto a su moto y me pongo el abrigo antes de salir del coche.

Black Veil.

El lugar no es elegante. Es oscuro. Ruidoso. Huele a alcohol y adrenalina.

Sin mayores miramientos entro. Y lo primero que veo es a un tipo rubio con una camiseta negra y brazos musculosos llenos de tatuajes en el bar. Este me mira, demasiado serio y no puedo evitar pensar que es lo único atractivo, además de Azrael, en este lugar.

Logro notar a Azrael caminar a lo lejos. Sin pensarlo lo sigo entre la multitud hasta que el sonido cambia. No es música. Son gritos. Reconozco las apuestas. Golpes secos. Doblo el pasillo y lo veo. Un ring improvisado en el centro, rodeado de gente que corea un nombre.

—¡Escorpión! ¡Escorpión!

Azrael se quita la camisa con un movimiento lento, dejando a la vista el tatuaje que ya conocía en su vientre. Sin pudor alguno me detengo más de lo debido observando y mis ojos suben recorriendo su torso esculpido. Ante el momento de mi deleite me encuentro con algo que no había visto antes en alguien: en su hombro, en letras oscuras, claras, directas, se lee:

"Tus piernas aquí".

El aire se me queda atrapado en los pulmones. Un pinchazo me atraviesa el estómago, pero no son celos. No. Es algo más peligroso. Es deseo mezclado con posesión. Puedo notar como su contrincante sube al ring. Azrael se coloca unas nudilleras de hierro con una calma que asusta.

Cuando suena la campana improvisada, no hay estrategia larga. Hay violencia y mucha sangre.

El primer golpe derriba al hombre como si fuera de papel.

La multitud enloquece.

El otro se levanta tambaleándose y lanza un puñetazo directo al rostro de Azrael. Él lo esquiva con una precisión brutal y responde con un golpe en las costillas que suena incluso por encima de los gritos. Es implacable. No escucha a nadie. No escucha su nombre. No escucha nada. Parece un monstruo.

Azrael golpea una y otra vez hasta que el hombre deja de moverse en el suelo. No celebra. No alza los brazos.

Dios mío.

Luego de unos segundos que ha detenido los golpes, simplemente baja del ring y desaparece por un pasillo lateral. Yo lo sigo. Las luces cambian, son más tenues. El ruido queda atrás. El pasillo conduce a una zona más limpia, más discreta. Puertas cerradas. Habitaciones privadas.

Lo veo entrar en una y algo dentro de mí se rompe al imaginar que podría no estar solo. Abro la puerta sin tocar y sin esperar que me depara del otro lado.

Está sentado en un sofá de cuero, el torso aún desnudo, la piel ligeramente enrojecida por el esfuerzo. Tiene un vaso en la mano; el líquido ámbar refleja la luz tenue. Whisky, probablemente.

No se sorprende al verme.

—Ven aquí —es lo primero que dice.

¿Me estaba esperando?

No me importa.

Entro al cuarto y camino hacia él sintiendo que la tensión entre nosotros es tan densa que podría cortarse con un cuchillo. Deja el vaso en la mesa baja sin apartar los ojos de mí. Cuando quedo frente a él, sus manos llegan a mis caderas, acaricia mis

nalgas, y me levanta con facilidad, sentándome a horcajadas sobre él como si fuera el lugar más natural del mundo, como si solo perteneciera ahí.

El calor entre nuestros cuerpos es inmediato.

Me mira, y esta vez sí puedo notar con claridad que no está del todo presente.

Su mirada está ligeramente desenfocada, más oscura, más profunda. Sé que salió de la casa de su hermano sintiéndose mal. Hunter me lo ha advertido en instancias. A veces los dolores de cabeza lo hacen… no ser él.

—¿Por qué me seguiste? —pregunta en voz baja, pero hay cierta amenaza en ella. —Eres una mala conductora. Imprudente, te mereces unos cuantos azotes en ese lindo culo que tienes por ponerte en peligro.

—Porque huiste de mí —respondo sin apartar la mirada, llevando mis manos a sus hombros para establecer un equilibrio en su cuerpo—. Y no me gusta que huyas.

Sus dedos se clavan apenas en mi cintura.

—No estaba huyendo de ti.

—¿Entonces de qué?

Su mandíbula se tensa.

—De lo que me haces querer hacer.

El silencio entre nosotros arde.

Paso mis dedos por su hombro, rozando el tatuaje que parece nuevo, algunos bordes aún están cicatrizando.

—*Tus piernas aquí* —susurro leyendo aquella frase tan seductora—. ¿Siempre fue para mí?

Sus labios se curvan apenas, pero no es una sonrisa amable, es algo engreída.

—Es nuevo, intentaba ser creativo para ti.

Oh, Azrael. Mi corazón golpea fuerte. Suelto un pequeño suspiro negando mientras no dejo de observarlo

—No soy una pelea que puedas ganar a golpes, Azrael.

—No quiero ganarte —responde acomodándose para que su frente quede pegada a la mía.— Quiero consumirte.

La frase cae pesada entre los dos. Siento su respiración en mis labios por la cercanía, el calor de su piel, la tensión vibrando en cada músculo de su cuerpo bajo el mío.

—Mírame —le digo suavemente, llevando una de mis manos a su mejilla para acariciarlo— Estoy aquí. No me asusta tu oscuridad.

Sus ojos parpadean, observándome, como si luchara contra algo interno.

—A mí sí —murmura.

¿Quién lo diría? Siempre las chicas buenas, huyen del monstruo. Yo prefiero correr hacia él.

Bueno, yo no soy una chica buena y él lo sabrá tarde o temprano. Además, el monstruo no parece peligroso.

Parece más bien herido. Su confesión queda suspendida entre nosotros, vibrando en el aire denso de la habitación.

"A mí sí."

No me aparto. No bajo la mirada. Mis manos bajan por su pecho desnudo, recorriendo su piel caliente, marcada por el combate, por la vida que lleva, por la violencia que descarga en otros para no descargarla en sí mismo. Siento su respiración entrecortada frente a mi boca, el temblor apenas perceptible bajo su control férreo.

—No voy a romperme —susurro con firmeza—. No soy de cristal.

Algo cambia en sus ojos, no desaparece la oscuridad, pero se enfoca. Su mirada se aferra en mí como si necesitara anclarse a algo real.

Lo beso.

No es el beso brusco de antes ni aquel beso desesperado del pasillo. Es profundo. Lento. Intencional. Su boca reclama la mía como si necesitara comprobar que sigo aquí, que no soy una visión nacida del dolor que le atraviesa el cráneo. Sus manos suben desde mi cintura hasta mi espalda, extendiéndose firmes, abarcándome por completo.

Respondo sin reservas.

Mis dedos suben sin temor alguno y se enredan en su cabello mientras me acerco más a él, sintiendo cómo el calor de nuestros

cuerpos se intensifica, cómo el aire se vuelve insuficiente. Su lengua roza la mía con una paciencia peligrosa, como si cada movimiento fuera una decisión consciente y no un impulso.

Cuando se separa apenas, su frente descansa contra la mía.

—No deberías haber venido —murmura, pero no suena a reproche. Suena a una advertencia rota.

—Claro que debía.

Sus manos descienden por mi espalda hasta mi cintura otra vez, apretando con firmeza.

—Esto… —su voz es grave, más áspera—. Esto no es bonito, Willow. No es una historia limpia. No estoy limpio.

—No quiero a alguien limpio —respondo sin dudar posando mi mirada en él para que pueda notar la seguridad en mis palabras —. Te quiero a ti.

El silencio que sigue es más fuerte que cualquier golpe que haya dado en el ring.

Sus labios vuelven a los míos, esta vez con más intensidad, explosivos, como si mis palabras hubieran roto la última barrera que intentaba mantener. Me sostiene con fuerza, pero no hay violencia en su agarre; hay necesidad. Hay algo casi desesperado en la forma en que me atrae más contra su cuerpo, como si temiera que me desvaneciera si no me sujeta.

Siento el latido acelerado bajo mi palma cuando apoyo la mano en su pecho.

—Mírame —le pido suavemente cuando el beso se vuelve demasiado y se detiene, cuando el mundo empieza a inclinarse.

Se aparta lo suficiente para sostener mi rostro entre sus manos. Sus pulgares rozan mis mejillas. Su respiración aún es pesada, pero su mirada… su mirada ya no está perdida.

Está aquí. Conmigo.

—Si cruzamos esta línea —dice en voz baja—, no hay vuelta atrás.

—Nunca quise una salida de emergencia.

Sus labios se curvan apenas, una sombra de sonrisa que no llega a suavizarlo del todo.

—Eres peligrosa —murmura.

—Aprendí del mejor.

Vuelve a besarme.

Nadie está huyendo esta vez. No hay moto rugiendo en la noche. No hay ring, ni público, ni dolor de cabeza alguno que lo arranque de mí. Estamos solo nosotros, en esa habitación cerrada, con la tensión ardiendo entre los dos como una promesa que está a punto de cumplirse.

Una voz irrumpe en la habitación como una piedra lanzada contra un cristal.

—¿Has traído juguete nuevo? — El tono que usa es burlón, cargado de esa falsa confianza que tienen los hombres que creen que todo es un espectáculo.

Me tenso al instante, giro levente la cabeza hasta encontrar el fruto de la voz y lo noto, es el chico rubio del bar. Tiene un piercing en la lengua, el cual veo cuando se la pasa por el labio inferior y sonríe.

Tiene una sonrisa muy bonita, pero no dejo de pensar en qué hace él aquí, también recuerdo que él estaba a mi lado gritando *Escorpión* como el resto, demasiado cerca, demasiado pendiente.

Recuerdo que me pareció atractivo de forma superficial, pero estaba tan enfocada en Azrael que apenas le presté atención. Pero ahora, al verlo apoyado en el marco de la puerta, entiendo que no fue todo casualidad.

Nos siguió. Me siguió.

Siento el cambio en el cuerpo de Azrael antes de verlo, no se levanta.

No gruñe, no pierde el control. Eso sería demasiado fácil.

En lugar de eso, sus manos suben despacio hasta mi rostro atrayendo mi atención hacia él y sostiene mi rostro con una firmeza que me obliga a mirarlo a los ojos.

—Él es Troy, un amigo —dice con voz baja, estable, aunque sus ojos se han oscurecido peligrosamente—. Y no hará nada que tú no quieras.

La frase no es para el hombre en la puerta, es para mí y vuelve a besarme. Pero este beso es distinto. Es de pura hambre y posesión.

Su boca reclama la mía con una lentitud calculada, como si el otro no existiera, como si el mundo entero pudiera desintegrarse y él seguiría aquí, concentrado únicamente en la forma en que mis labios le responden. Sus manos bajan de mi rostro hasta mi cintura, afirmándome contra su cuerpo con una seguridad que no deja espacio para dudas. Escucho una risa baja desde la puerta.

—Uff… puedo notar cómo ella te desea… —dice Troy—. Y mucho.

Azrael se separa apenas, lo suficiente para hablar sin soltarme.

—Voy a comprobarlo.

En cuanto dice eso siento su mano hurgar por debajo de mi vestido, lo sube hasta mi cintura y hace mis bragas pequeñas a un lado, comprobando ya mi humedad. Chillo con una leve sorpresa cuando pasa dos dedos en mi clítoris y lo acaricia, su polla debajo de mí palpita después de eso.

—Azrael—gimo—por favor.

Escucho como la puerta se cierra, pero Troy no se va. No invade. No interrumpe. Se queda a observar y eso me excita todavía más, algo que no sabía que me gustaba hasta ahora.

Sigo sentada sobre Azrael, sintiendo su respiración profunda bajo mi cuerpo, sus dedos están ahora dentro de mi coño, cuando Troy se acerca despacio por mi espalda, como si estuviera entrando en un espacio sagrado y supiera que un movimiento brusco podría romperlo todo.

—Estás muy guapa así—dice Troy con voz baja, muy distinta a la del bar—. Vine por lo que vi… y porque él también lo sintió.

Azrael no lo mira, solo mantiene su mirada posada en mí, pendiente.

—Si te incomoda, termina aquí —Menciona, pero ahora su tono no es defensivo, Es protector.

No me siento incómoda, me siento observada.

Deseada, pero no presionada.

Troy se detiene a mi lado, lo suficientemente cerca para que pueda sentir su calor, pero sin llegar a tocarme.

—Mira qué bien lo haces, *ratoncita* —me dice suavemente Azrael, moviendo sus dedos en mi interior muy suavemente—. Tan sonrojada y necesitada.

No dejo de mirar a Azrael y puedo notar que hay algo vulnerable en su expresión, algo que no muestra en el ring ni en las reuniones ni tampoco en las fiestas familiares.

No es el *monstruo*, no es *Escorpión*. Es un hombre que ha aprendido a dividirse para sobrevivir. Deslizo mis manos desde su pecho hasta su cuello, aferrándome a él con total seguridad.

—No me asusta que te gusten los hombres —le digo despacio, buscando su mirada con la mía para brindarle confianza—. Me asustaría que me mintieras.

Sus ojos se cierran un segundo, como si esa frase le hubiera aflojado una presión interna.

Troy se arrodilla a mi espalda, quedando a nuestra altura, sin tocar todavía.

—Mírame, *ratoncita*—me pide con suavidad.

Ante esa petición, puedo notar como Azrael se acomoda en el asiento y me sujeta las piernas de tal manera que hace que me sienta como una pluma cuando me levanta de su regazo y me voltea. Mi espalda queda contra su pecho y mis piernas quedan

separadas frente a Troy, lo veo acomodado entre las piernas de Azrael y mis piernas separadas por las manos fuertes de mi hombre.

Bajo la vista para notar los ojos del intruso. Su mirada no es dominante, es cálida. Curiosa talvez. Sus ojos son de un todo azul profundo, como el cielo y el mar. Y hay, fuego en ellos.

Debe ser mi curiosidad a punto de estallar, pero este chico no me causa miedo, tampoco lo que Azrael hace en mí, lo nuestro es más fuerte. Troy es un nuevo complemento, es adrenalina pura y eso me gusta porque me atrae de una manera diferente.

En mi postura, puedo sentir el pecho de Azrael vibrar cuando pronuncia:

—No la toques sin que lo pida o lo consienta.

No es una amenaza, es regla. Troy asiente.

—Así será.

El aire en la habitación cambia. Cierro mis piernas suavemente y me bajo del regazo de Azrael, pero no me alejo, no me aparto. Me quedo entre los dos de pie.

Entrelazo mis manos, algo nerviosa por la pequeña confesión que planeo soltar para que ambos sepan mi realidad y miro de reojo a Troy que se encuentra de rodillas casi a la altura de mi entrepierna.

—No sé cómo se hace esto —admito en voz baja.

Troy sonríe, una pequeña sonrisa dulce, coqueta y responde.

—No se hace. Solo se siente. Tú déjate llevar.

Azrael se pone de pie detrás de mí. Sus manos vuelven a mi cintura, sólidas, envolventes. Apoya la barbilla en mi hombro.

—Tú marcarás el ritmo —me dice al oído, sujetándome con posesión—. Siempre.

Siento el calor de Troy frente a mí, el de Azrael desde atrás.

Levanto una mano y, esta vez, soy yo quien acorta la distancia.

Mis dedos rozan el cabello de Troy con delicadeza, explorando, aprendiendo. Él no se mueve de más. Solo respira más hondo.

Azrael desliza sus manos por mis brazos, lento, deliberado, recordándome que está ahí.

—¿Sigues cómoda? —murmura contra mi piel.

—Sí —respondo sin dudar.

La instancia es cálida y me siento pequeña entre ambos cuerpos fornidos, pero sigo sintiendo la seguridad y la confianza que me brinda a mi espalda Azrael.

—Si en algún momento quieres parar, paramos —dice.

Asiento.

Azrael sube una de sus manos por mis costillas hasta sujetar mi mentón y gira levemente mi rostro hacia él y me besa primero.

Es un beso profundo, reclamando, pero no posesivo de manera asfixiante. Cuando se aparta, su mano permanece en mi mandíbula.

Troy se mantiene a la espera, solo observa, pero no invade y cuando finalmente se acerca y sus labios rozan los míos, es distinto. Él es más suave. Él me explora. No compite, complementa.

—Me gusta. —murmura en mi boca.

Azrael no se aleja. Permanece detrás de mí, sosteniéndome, sus manos firmes se posan en mis caderas mientras observa, mientras respira más pesado.

No hay prisa, no hay mayor espectáculo. Solo somos tres respiraciones sincronizándose en una habitación cerrada, donde la tensión ya no es violencia… sino posibilidad.

Siento que yo estoy eligiendo.

Azrael no se aparta cuando Troy se apega un poco más, sus manos se sienten posesivas en mi piel, reclamante.

Yo estoy entre los dos, respirando más rápido de lo que quiero admitir, sintiendo el calor que me rodea por delante y por detrás. Las manos de Azrael siguen dominantes en mi cintura, firmes y estables.

Troy está frente a mí, lo bastante cerca como para que su pecho casi roce el mío.

Y entonces Azrael, de un movimiento rápido, me quita el vestido por encima de la cabeza, dejándome solo en ropa interior

negra a juego de encaje. Los escucho gruñir a ambos, aquello es aprobación, lo que hace que me excite y quiera más.

El silencio se vuelve eléctrico.

Troy baja la mirada apenas para observar mi figura y luego la levanta hacia Azrael.

—Ella te desea, *Escorpión*. Mucho.

Azrael no responde de inmediato. Sus dedos se deslizan lentamente por mis caderas, explorando, bajando apenas por mi cintura, como si quisiera confirmar algo que él ya sabe. Vuelve a meter las manos dentro de mis bragas. Me pego más al pecho de Azrael por la intromisión dentro de mi ropa interior y siento mis rodillas debilitarse cuando introduce fácilmente dos dedos en mi interior, mientras acaricia mi clítoris hinchado con el pulgar.

—Lo sé —dice con una calma peligrosa.

Troy inclina la cabeza, observándome con lujuria.

—¿Está mojada?

El calor me sube al rostro, pero no le aparto la mirada.

Azrael desliza su mano retirándola de mi ropa interior de forma, lenta, deliberada, empapándose los dedos de mi excitación, no puedo evitar estremecerme por las sensaciones que me brindan y mi respiración que se entrecorta.

—¿Quieres probarla? —le pregunta Azrael a Troy, su voz es grave, densa.

—Sí —responde Troy sin vacilar, pero sus ojos siguen en mí, no en él.

Azrael acerca levemente su boca a mi oído para susurrar una pregunta que puede abrir más la diversión de esta noche.

—¿Quieres que te pruebe, *Mäuschen*?

Mi pulso se dispara al escuchar el apodo en alemán, tan íntimo, tan suyo.

Y es eso: *ratoncita*, como me acaba de llamar Troy.

—Yo… —mi voz sale más suave de lo que esperaba, incluso tímida— solo si tú quieres.

Azrael sube una de sus manos, sujeta mi barbilla para que gire levemente el rostro y nuestros ojos se puedan encontrar.

—No —dice firme—. Es tu decisión. Siempre será tu decisión Willow.

Su mirada no es dominante ahora. Es clara. Presente.

Troy espera, solo espera sin ningún movimiento no consensuado.

El aire pesa en nuestro entorno, está cargado de pasión y promesas, siento mi cuerpo arder.

—Sí quiero —susurro finalmente.

Azrael sonríe. Me regala esa sonrisa oscura que me desarma.

—Buena chica.

Sus manos se deslizan nuevamente por mis caderas con una aprobación lenta, casi orgullosa. Troy da un paso más cerca, pero aun así me mira antes de cualquier movimiento.

—Dime si quieres que me detenga —murmura.

Azrael no me suelta. Permanece detrás de mí, su respiración caliente contra mi cuello mientras observa cada gesto, cada reacción.

Luego de un momento noto algo de frío cuando Azrael ha tomado algo de distancia, pero escucho el sonido de su cinturón y la tela al caer. Se está desnudando detrás de mí. Escucho como aparta de un golpe sus zapatos y nuevamente sus manos vuelven a mi piel. Me aprieta a su cuerpo por atrás y ante eso siento su dureza, caliente entre mis nalgas. Recuerdo cuando lo tuve en mi garganta, es grande, es un chico grande y jugoso.

Azrael me arrastra con él y se deja caer al sillón nuevamente, me toma de la cintura y me monta en su regazo. Me acomoda de tal forma, abriendo mis piernas, que su polla queda frente a mi coño sin ser penetrado, y gimo cuando veo a Troy ponerse de rodillas frente a los dos.

Mi coño y la polla de Azrael quedan a la altura del rostro de Troy y puedo observar sus ojos llenos de deseo.

—Ábrela más para mí—Pide Troy.

Mi corazón palpita tan fuerte en estos momentos que siento que se va a salir por mi boca.

Llevo mis brazos en alto a mi espalda buscando sujetarme del cuello de Azrael, pero lo que consigo es enredar mis manos en su cabello mientras él se apega a mí y acomoda su rostro en mi cuello para susurrarme al oído.

—Relájate.

Eso intento, pero todo es demasiado irreal, demasiado bueno. Dios, nunca me había sentido tan excitada en toda mi maldita vida, estoy en el paraíso.

Siento como Azrael me toma de la barbilla y me moldea para que le bese mientras abre más mis piernas, su polla palpita rozando mi coño. Llevo una de mis manos hacia su miembro, mientras con la otra me sujeto a su cabello, para masturbarlo, pero solo dura un momento mi mano solitaria, cuando siento otra mano grande posarse sobre la mía y comenzar a bombear juntos al mismo tiempo el miembro de Azrael, arrancando pequeños gruñidos que puedo sentir muy cerca de mi cuello.

—Oh, mierda…

Gimo cuando noto que Troy se acomoda de tal forma que su mano sigue bombeando a Azrael, pero sus labios han acabado posados en mi coño húmedo, siento cómo su lengua se desliza con celeridad y sin piedad rozando su trozo de metal por mi caliente y palpitante clítoris.

Troy me come el coño con mucha hambre mientras masturba a Azrael sin piedad alguna.

Acomodo nuevamente mis manos, esta vez en el cuello de Azrael, sujetándome firmemente al sentir como mi cordura se va pendiendo cada vez que me acerco al orgasmo porque Troy no deja de lamer mi coño con su aro y da suaves jalones mientras su lengua juega en mi hendidura. Azrael busca mis labios dignos al placer y comienza a besarme con pasión, desespero y hambre.

No deja de besarme y yo no dejo de responderle. Cuando los dedos de Troy entran en mí y muerde mi clítoris, estoy tan cerca del orgasmo que podría llorar y gritar al mismo tiempo.

—Sabes tan bien, *ratoncita*—Troy murmura, al mismo tiempo en que lame y succiona todo lo que puede de mí.

No hay dolor, solo entrega y una dominación que nunca había sentido jamás.

Yo tengo el control, eso es lo que lo hace perfecto.

Cuando estoy a punto de correrme, Troy se detiene, apartando su boca y yo me quejo.

—Azrael, por favor. —Le susurro sobre los labios al detener el beso y bajo la mirada para contemplar a Troy.

Este tiene los labios hinchados, la polla de Azrael en la mano. Sin duda alguna, comienza a comerle el pene a Azrael con maestría y sin pausa, engullendo la totalidad de su longitud.

Lo mejor de dos mundos. Diablos, sí.

Azrael gruñe.

—¿Has probado su polla ya? —pregunta Troy, sacando la lengua y pasando el piercing por su glande.

Yo asiento. Nunca había visto algo tan caliente en mi vida. Lo diré una y mil veces, joder.

—Es una buena polla. —dice.

Las manos de Azrael me levantan un poco y veo cuando Troy guía la polla de Azrael a mi coño, Azrael poco a poco me deja caer sobre su miembro comenzando a llenarme por completo. Yo grito, como una maldita perra en celo.

—Mira qué bien lo tomas, *Ratoncita*. — musita Troy observando como el pene de Azrael se va deslizando dentro de mi mojado interior.

—Respira, *Mäuschen*— murmura Azrael en mi oído mientras me va penetrando poco a poco.—Eso es, buena chica.

Cuando su polla está por completo dentro de mí, necesito un momento para comenzar a acostumbrarme, veo borroso, y estoy extasiada.

Azrael mantiene el dominio de mi peso y comienza a moverse debajo de mí. Su polla se desliza con facilidad, Troy me sonríe y sube hasta mis tetas, liberándolas del encaje y mordiéndome los pezones.

Una mano de Azrael atrapa uno de los pezones y lo aprieta, al mismo tiempo en que yo comienzo a saltar en su polla, moviendo mis caderas. Azrael gruñe detrás de mí y yo grito cuando estoy cerca

de correrme, pero sé que no lo haré tan pronto, quiero disfrutar de esto, solo un instante más.

Veo a Troy desnudarse, su piel es blanca como la porcelana, lleva el pecho lleno de tatuajes y su cuerpo está en forma. Pero no es Azrael. No me hace suspirar como Azrael, me hace suspirar de deseo, de esto nuevo que está pasando entre los tres, que me roba el aliento. Troy es pecado, Azrael es tanto peligro como seguridad.

Troy comienza a masturbarse mientras me come el coño y la polla de Azrael sigue bombeándome. Todo es un frenesí de sensaciones y placer hasta que veo hilos de semen de Troy por el suelo. Yo grito cuando mi liberación llega y Azrael gruñe cuando se corre dentro de mí.

Los tres acabamos jadeando, y yo, como una jodida de la cabeza, comienzo a reírme por la locura más grande, pero reveladora que he hecho en mi vida.

CAPÍTULO 33

Willow

—No hay nada más que hacer —dice el doctor sentenciando, para todos los que estamos todavía allí sin movernos—. La paciente está muerta. Ataque al corazón, mujer de treinta años. Tenía una hija.

Asiento porque ya lo sé. Porque estuve allí durante el intento de reanimación, sosteniendo la vía intravenosa mientras el equipo trabajaba con esa urgencia que nunca logra vencer la muerte cuando decide quedarse. Las compresiones, los medicamentos, el sonido del monitor intentando desesperadamente encontrar un latido que ya no existía… todo termina convirtiéndose en un ritual de acompañamiento más que de rescate, y esa es una de las verdades más crueles de la medicina: que muchas veces no salvamos vidas, solo evitamos que alguien muera solo.

—¿Hora del fallecimiento? —pregunta el doctor firmemente mientras sostiene la tabla clínica.

Miro el reloj de pared antes de responder.

—Diecinueve cuarenta y tres.

Anoto la hora con letra firme y me mantengo alerta porque soy enfermera y porque el hospital no permite que el corazón se rompa en medio de un pasillo donde todavía hay pacientes esperando ser salvados. El doctor suspira apenas, un sonido que intenta ser profesional pero que carga el peso silencioso de otra vida que se apagó bajo las luces frías de la sala de emergencias.

—Avisaré a su esposo —dice después de un momento.

—Bien —respondo.

No hay nada más que decir porque la muerte en un hospital no necesita discursos. Solo necesita orden, respeto y el

procedimiento correcto para que los que se quedan puedan empezar a entender lo que acaba de ocurrir.

Cuando salgo de la habitación, apoyo la espalda contra la pared del pasillo durante un segundo. Inhalo el olor a desinfectante que se mezcla con el sonido lejano de un monitor cardíaco en otra sala, porque el hospital nunca se detiene, aunque alguien haya muerto en uno de sus cuartos, y pienso en la mujer que ya no respira y en la niña que tal vez ahora está esperando a su madre en casa.

—¿Estás bien? —pregunta Emma que pasa a mi lado.

—Sí —respondo automáticamente—. Solo necesito un minuto.

Ella asiente y se retira dándome el espacio, porque entiende. Porque todos aquí entienden que hay muertes que no se pueden evitar y que ya están escritas. Es lo que es.

Y eso apesta.

…

No he respondido a las llamadas ni mensajes de Azrael. Hace muchos meses no presenciaba una muerte, no de esa magnitud, he sostenido la mano de ancianos antes de morir. Pero esto se sintió diferente. La mujer me dijo que era un chequeo rutinario y que su corazón estaba bien. Pero a la media hora tuvo un ataque al corazón, repentino, de la nada.

Solamente sucedió.

Como sucede todo lo demás y eso, aunque no quiera aceptarlo, me jode. Me jode tanto para querer desconectarme de todo y es lo que hago. Me he drogado al llegar a casa, he hecho lo que he hecho y lo odio, pero es lo único que lo puede silenciar las voces, el dolor.

No soy perfecta.

El ataque de pánico llega sin avisar, como siempre ocurre con estas cosas. Estoy en casa, en la cocina, con el silencio cayendo sobre las paredes como una presión invisible que comienza en el pecho y se expande hasta hacerme sentir que el aire se vuelve

espeso, pesado, insuficiente. No recuerdo el momento exacto en que todo empezó a desmoronarse; solo sé que de pronto el hospital, la muerte de la paciente, el recuerdo de su hija y el rostro de la mujer que ya no respiraba volvieron a mí como un golpe silencioso que no produce ruido, pero que rompe algo por dentro. El calor se me escapa del cuerpo y lo reemplaza un frío extraño, interno, como si alguien hubiera apagado un interruptor que controla la estabilidad de mis pensamientos, y antes de poder detenerme ya estoy abriendo la puerta de entrada y saliendo a la calle sin abrigo, porque en este momento no me importa el frío ni la nieve que comienza a caer sobre mis hombros desnudos.

Es la droga, lo sé.

El móvil suena en mi mano y ni siquiera recuerdo haberlo tomado de la mesa, pero el brillo de la pantalla parpadea en la oscuridad mientras sigo caminando sin un rumbo claro, con el corazón golpeando demasiado rápido contra mis costillas y una sensación de hambre que no es realmente hambre, sino el vacío que deja el miedo cuando se instala en el pecho y me susurra que todo está demasiado roto para intentar arreglarlo esta noche. Las calles están oscuras y silenciosas, la nieve amortigua el sonido de mis pasos, pero yo sigo caminando porque la necesidad de moverme es más fuerte que el deseo de detenerme y pensar, porque cuando el pánico se vuelve demasiado grande, la mente solo sabe hacer una cosa: huir, aunque el cuerpo no tenga claro de qué está huyendo exactamente.

El frío ayudará esta vez a que el ataque de pánico se vaya, la última vez fue cuando Azrael estaba ahí conmigo y odié cada segundo de ello. Así que la nieve, el frío me mantendrán alerta y me concentraré en eso.

Sigo caminando sin rumbo alguno y termino llegando a la arboleda cercana, un lugar que conozco porque alguna vez caminé aquí con la calma que ahora parece imposible de recuperar. Mis dientes castañean suavemente por el frío mientras envuelvo mis propios brazos, intentando que el calor no se escape del todo, aunque sé que no servirá de mucho.

Entonces escucho pasos detrás de mí y el miedo se dispara como un animal que despierta de golpe dentro del pecho. Sigo caminando un poco más rápido porque no puede ser él, no puede haberme encontrado, debe ser el efecto de la ansiedad mezclada con el agotamiento, nadie está detrás de mí, nadie debería estar siguiéndome en la nieve oscura de esta noche que parece demasiado silenciosa para ser real.

Pero los pasos se acercan cada vez más, esta vez firmes y al acecho.

Y entonces corro.

El aire frío golpea mi rostro mientras mis botas se hunden ligeramente en la nieve acumulada en el suelo, y aunque sé que correr en este estado es irracional, el cuerpo no escucha a la razón cuando el pánico habla demasiado fuerte. Finalmente me giro de golpe, porque no puedo seguir huyendo de algo que no sé si existe, y me encuentro con su figura firme y nítida casi pisando mis talones.

Un pasamontaña negro cubre su rostro, pero reconocería ese color de ojos y ese aroma incluso en el infierno. Está vestido completamente de negro, como si hubiera salido de una guerra que nadie vio, con la postura firme de alguien que sabe que no necesita hablar para dominar el espacio que ocupa. El viento mueve ligeramente su ropa oscura y por un segundo siento que la nieve a nuestro alrededor se vuelve más silenciosa, como si el mundo supiera que estamos en un momento donde nada más debería existir.

—¿Por qué llevas eso puesto? —pregunto, intentando que mi voz no tiemble, aunque el frío y el miedo hacen que salga más débil de lo que quisiera—. ¿Intentas asustarme? Tengo noticias, no funciona, Azrael.

Inclino la cabeza ligeramente, desafiante, porque el miedo y la rabia y el deseo de que el ataque de pánico se detenga se mezclan dentro de mí como un torbellino desordenado que no sé cómo controlar. Quiero que diga algo, cualquier cosa que me devuelva al suelo, a la realidad, a la estabilidad que perdí hace unos minutos cuando la ansiedad decidió tomar el control de mis pulmones y de mis pensamientos.

Pero Azrael ladea la cabeza y cuando abro la boca para decir otra cosa, su voz me corta con una calma peligrosa que hace que el frío de la nieve parezca insignificante comparado con la forma en que su tono se instala dentro de mi pecho.

—Será mejor que corras, *Mäuschen* —dice despacio, con esa pronunciación alemana que siempre vuelve sus palabras más íntimas, más oscuras, más personales—. Y cuando te atrape haré preguntas, y si te atreves a mentirme te arrepentirás.

El silencio cae entre nosotros como una sentencia.

—Hazlo —añade finalmente, su voz apenas más baja, más grave, más peligrosa—. Corre.

Y hay algo en la forma en que lo dice, algo que no es amenaza abierta ni violencia, sino una promesa oscura envuelta en control, que hace que mi corazón, todavía atrapado en el ataque de pánico, cambie su ritmo por un segundo entre el miedo y una necesidad absurda de seguir viviendo dentro de la tormenta que él representa.

Me giro para echar a correr, pero apenas alcanzo a dar unos cuantos pasos cuando su mano me alcanza desde atrás con una precisión silenciosa que siempre tiene cuando decide que ya he huido lo suficiente. Me levanta del suelo como si mi peso no fuera más que una extensión de su propio cuerpo, sujetándome con firmeza contra su pecho mientras el viento y la nieve siguen cayendo alrededor de nosotros. Ya no lleva el pasamontaña; no sé si realmente lo tenía o si fue una alucinación por el efecto de la droga mezclada con algo más oscuro que se mueve dentro de mi cabeza cuando el pánico se apodera de mí, porque en este momento su rostro se siente demasiado real y demasiado cercano para pensar en alucinaciones.

Estoy demasiado drogada, por el miedo, por la desorientación de la crisis que todavía late dentro de mí, así que comienzo a reír suavemente sobre su hombro porque la sensación de que me carga en medio de la nieve como si fuera un objeto inerte, como algo que debe ser transportado con cuidado, pero sin solemnidad, me parece absurdamente irreal y al mismo tiempo reconfortante de una forma retorcida que no sé explicar.

Llegamos hasta su auto esta vez y no a la moto, y me mete con cuidado dentro del asiento del acompañante como si supiera que cualquier movimiento brusco podría romper algo que no está físicamente visible pero que existe dentro de mí en este momento. Cierra la puerta detrás de él y durante unos segundos estamos en silencio, solo yo jadeando suavemente mientras intento recuperar el control de mi respiración y él sentado frente a mí, observándome con esa quietud peligrosa que siempre tiene cuando está analizando algo que no termina de comprender.

Azrael mejora la calefacción y la pone más alta, me coloca su abrigo sobre los hombros y siento que una tranquilidad me invade. Huele a él.

Puedo observar que su rostro está cada vez más bello bajo la luz tenue del interior del vehículo, como si la oscuridad hubiera decidido moldear sus rasgos con una paciencia casi artística, y sus labios llaman mi atención de una forma obsesiva, como si fueran la única superficie del mundo que pudiera ofrecerme algo parecido a la calma en este instante. Me inclino hacia él antes de pensarlo demasiado y lo beso, porque el deseo de contacto vence por un momento al ruido caótico que todavía golpea mi mente.

Él solo se deja besar.

Luego de unos segundos, siento como responde suavemente al beso y su lengua entra lentamente dentro de mi boca, con una intimidad que hace que gima. Perdida entre sus labios, siento cómo su mano se aferra a mi nuca con mucho cuidado y se aparta apenas unos milímetros para expresar sobre mis labios una simple palabra, que me hace volver a la realidad luego de ese beso.

—Explícame —pide Azrael, y su voz ya no es la del hombre que me siguió en la nieve; es la voz del hombre que sabe que algo no está bien y que necesita entenderlo antes de dejarse llevar por cualquier otra emoción.

Él nunca llevaba un pasamontañas.

Sus ojos recorren mi rostro como si estuviera buscando el punto exacto donde la realidad se está rompiendo, intentando comprender mis acciones, sin tener aun las respuestas que me ha pedido.

—¿Qué tomaste? —pregunta después de un segundo, y no hay juicio en su tono, solo una tensión controlada que intenta no convertirse en rabia.

Trago saliva porque la pregunta golpea justo donde no quería que golpeara.

—Nada… solo… —mi voz se rompe un poco— solo fue un ataque de pánico. No podía respirar. Salí a caminar para… para *apagarlo.*

Sus dedos rozan mi nuca con una suavidad casi contradictoria con la rigidez de su postura.

—¿Cuánto tomaste para intentar detenerlo?

—Lo suficiente para que el ruido se callara —admito, y odio lo pequeña que suena mi voz cuando digo eso.

Azrael cierra los ojos un segundo, como si el aire dentro del auto se hubiera vuelto demasiado denso para sus propios pensamientos, y cuando vuelve a abrirlos hay algo oscuro y protector al mismo tiempo en su mirada.

—Willow —dice finalmente, con una gravedad que me hace saber que está eligiendo cada palabra—. No voy a salvarte de sentir. No voy a ser el hombre que te droga para mantenerte tranquila dentro de una jaula invisible. Pero tampoco voy a permitir que te destruyas para intentar apagar algo que solo necesita ser atravesado, no asesinado.

Su mano se mantiene en mi mejilla, caliente, firme.

—Cuando el pánico vuelva —continúa—, no huyas de mí. Llama. Golpea la puerta. Maldice. Haz lo que necesites, pero no camines sola en la nieve con algo en la sangre que no puedas controlar.

—Estoy…joder, estoy enfadado contigo en estos momentos.

El silencio cae entre nosotros, pesado, íntimo, cargado de algo que no es amenaza ni romance superficial, sino una preocupación que duele porque existe dentro de un hombre que no sabe expresarla de otra manera.

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo? —pregunta en voz baja.

Asiento lentamente.

Él se inclina suavemente y besa mi frente, un gesto que es demasiado protector para ser dominante, demasiado tierno para ser el monstruo que pelea en ring clandestino, demasiado humano para el hombre que intenta mantenerse al borde del control mientras me sostiene dentro de su coche en medio de la nieve que sigue cayendo afuera.

CAPÍTULO 34

Azrael

Ella aún duerme.

Han pasado tres horas desde que la encontré caminando bajo la nieve, perdida, con esa mirada que ya he visto antes en personas que regresan del combate fingiendo que todo está bajo control cuando por dentro algo se les está pudriendo en silencio. Willow es jodidamente buena fingiendo que todo se debe a sus ataques de pánico, que lo que la sacude por dentro es solo ansiedad mal gestionada y turnos demasiado largos en el hospital, pero yo reconozco a una víctima cuando la veo, y también reconozco a alguien que aprendió a sobrevivir ocultando partes enteras de sí misma.

Mi chica tiene un pasado, lo sé. Y voy a averiguarlo.

Rebobino el vídeo en la tableta que tengo entre las manos. Estoy sentado en el pequeño sofá de su habitación, observándola dormir mientras en la pantalla desfilan fragmentos de otra versión de ella. Ha llorado dormida. Se ha quejado como si los fantasmas en algún lugar estuvieran inclinándose sobre su cuerpo para susurrarle palabras sucias al oído, y aunque no entiendo todavía *quién* o *qué* la persigue realmente, sé que no es solo el pánico. Hay memoria en esas lágrimas. Hay historia.

Y luego está eso.

La habitación detrás del closet.

Sonrío sin humor al recordarlo. Fue casi decepcionantemente fácil encontrar el mecanismo oculto. Una ligera diferencia en la pared, un sonido hueco donde no debería haberlo. Empujé, cedió. Neón rosa y azul iluminando una estancia que no encaja con la enfermera que sale agotada del hospital cada mañana. Una

habitación diseñada para ser vista. Una cámara de alta gama. Iluminación profesional. Un ordenador potente. Todo organizado con una precisión que no deja lugar a la improvisación.

Hackearlo fue sencillo. Ridículamente sencillo.

Lo que no fue sencillo fue lo que encontré dentro. *Cinco millones* de suscriptores en una página para adultos. *Cinco millones* observándola mientras hace lo que ellos piden a cambio de dinero. *Cinco millones* pagando por verla ser algo que yo no sabía que era.

No es que la creyera santa. Nunca fue inocente en el club de Troy, y jamás la quise así. Pero verla responder a comentarios, leer peticiones, cumplir fantasías ajenas con esa seguridad calculada… hace que vea rojo. Porque ella es mía, joder.

Hay muchas explicaciones posibles. De las cuales no sé si tengo derecho, pero me importa una mierda, porque de igual forma me las tendrá que dar.

Es su vida privada. Una que no me ha importado irrumpir con mi acoso cibernético. Pero ¿cómo no me di cuenta antes?

Miro alrededor del apartamento. Es lujoso. Caro. Demasiado caro para el salario de una enfermera, incluso haciendo turnos dobles. He visto sus horarios. He visto sus nóminas. No cuadran con esto. No cuadran con el mobiliario, con la ubicación, con la calidad de todo lo que la rodea.

¿Cómo no pude detenerme en los detalles antes?, ¿Es por esto que lo hace?, ¿Para pagar su vida de lujos?

No.

No tiene sentido. Abro otra ventana en la tableta y entro en su cuenta bancaria. Tardo menos de lo que debería.

Me quedo mirando la pantalla con asombro luego de dar con la información y leo su contenido: Saldo disponible.

—Mil dólares en ahorros… —murmuro en voz baja, incrédulo.

Algo no cuadra. Eso no es nada. Nada para alguien que recibe miles en regalos virtuales y suscripciones. Nada para alguien con cinco millones de hombres y mujeres enviándole dinero por cumplir sus deseos frente a una cámara.

Entonces, ¿dónde está?

El dinero no está en su cuenta. Y ella camina sola bajo la nieve drogándose lo suficiente para callar el ruido en su cabeza.

Vuelvo a mirarla.

Está de lado, el cabello desordenado sobre la almohada, el rostro limpio ahora, vulnerable de una forma que no le gusta mostrar cuando está despierta. Parece más joven así. Más pequeña. Pero sé que no lo es.

Sé que hay acero bajo esa piel.

—¿Quién eres, *Mäuschen*? —pregunto en voz baja, sin esperar respuesta.

La observo respirar.

Hay algo que no encaja. Y no es solo la habitación secreta ni la página ni los suscriptores. Es la contradicción entre el dinero que entra y el vacío que queda. Entre la mujer que domina una pantalla y la que se desmorona en la nieve.

Voy a averiguarlo. Y cuando lo haga, no habrá vuelta atrás. Porque si alguien la está usando, lo destruiré. Y si ella me ha mentido…

Entonces tendremos una guerra muy distinta dentro de estas paredes.

CAPÍTULO 35

Willow

El olor a tocino me despierta antes que la luz que se filtra por la ventana. Tardo unos segundos en entender dónde estoy, en recordar la nieve, el coche, sus ojos mirándome como si quisiera arrancarme la verdad a pulso. Mi cabeza ya no late con la violencia de anoche, pero hay un peso distinto en el aire, algo denso que se mete bajo la piel incluso antes de abrir los ojos por completo.

Me incorporo despacio, la cama es suave y puedo reconocer mi aroma en las almohadas, estoy en casa. Llevo puesta una camisa *oversize* que reconozco como suya, y nada más que mis bragas debajo. La tela todavía conserva su olor, ese aroma oscuro y limpio que siempre me desarma más de lo que debería. Salgo de la cama cuidadosamente y camino hacia la cocina con el suelo frío bajo los pies y ahí lo veo.

Azrael está de espaldas frente la estufa.

Lleva el cabello recogido en un moño desordenado en la parte alta de la cabeza, algo que casi me arranca una sonrisa porque es absurdamente doméstico en un hombre que parece haber salido de una zona de guerra. Su espalda ancha y fuerte se marca bajo la camiseta negra ajustada, los músculos moviéndose con precisión mientras gira el tocino en la sartén. No hay música. No hay ruido innecesario. Solo el chisporroteo del aceite y su silencio.

Ese silencio.

Me apoyo en el marco de la puerta unos segundos, observándolo, intentando medir el clima antes de entrar del todo.

—Huele bien —murmuro al final, entrando a la cocina

No responde de inmediato. Solo apaga el fuego y empieza a servir los huevos y el tocino en un plato con movimientos tranquilos,

casi metódicos.

Me siento en la pequeña mesa de mi cocina, esa que casi nunca uso porque la mayor parte del tiempo sobrevivo a base de sopas instantáneas, huevos revueltos hechos con prisa y pan tostado comiendo de pie. Nunca me permito disfrutar este espacio. Nunca me permito quedarme.

Él deja el plato frente a mí.

—¿Estás enfadado? —pregunto, porque la tensión se puede cortar con un cuchillo y prefiero enfrentarla que fingir que no existe.

—Debes estar hambrienta —responde sin mirarme, ignorando la pregunta como si no la hubiera formulado.

Sus manos descansan un segundo sobre la mesa antes de apartarse.

—Come.

Empiezo a comer porque, maldita sea, tiene razón. Tengo hambre. El primer bocado sabe demasiado bien, demasiado real, como si anoche hubiera estado a punto de desaparecer y este fuera el ancla que me devuelve al suelo. Él no se sienta. Se apoya contra la encimera con los brazos cruzados, observándome en silencio.

No aparta la mirada. Termino el plato bajo esa vigilancia muda. Cuando dejo el tenedor, el silencio pesa aún más.

—¿Tú no vas a comer? —pregunto, limpiándome los dedos con la servilleta, intentando que mi voz no suene tan pequeña.

Esta vez sí se mueve. Se separa de la encimera y camina hacia mí despacio, cada paso medido y seguro.

—Claro que sí —dice, y ahora sí me mira directamente a los ojos—. Pero no comida.

Mi pulso se acelera, no por deseo inmediato, sino por la intensidad con la que me sostiene la mirada. Se detiene frente a mí, demasiado cerca para que pueda fingir indiferencia. Apoya una mano en el respaldo de mi silla, la otra en la mesa, atrapándome sin tocarme realmente.

—¿Sigues pensando que estoy enfadado? —pregunta en voz baja.

Trago saliva.

—No lo sé.

Puedo observar sus dedos cuando abandonan la mesa y luego se dirigen hasta mi mentón, inclinándolo apenas para atraer mi mirada hasta sus ojos y su voz solo hace que me quede sin respuesta antes de tiempo.

—Estoy intentando no estarlo.

Y entonces se inclina y me come los labios sin pedir permiso.

Es un beso exigente, cargado de todo lo que no ha dicho desde anoche. Abre mi boca con la suya, su lengua reclamando espacio, y el sonido que se me escapa es mitad suspiro, mitad rendición. Sus manos finalmente me tocan, una en mi cintura, la otra subiendo por mi cuello hasta perderse en mi cabello.

Cuando se aparta, no lo hace del todo. Su frente queda apoyada contra la mía.

—Vamos a hablar —murmura—. Pero primero necesitaba asegurarme de que sigues aquí.

Su pulgar roza mi mejilla, donde quizá anoche hubo lágrimas que no recuerdo.

—Y de que todavía te gusto lo suficiente como para decirme la verdad.

El silencio que queda entre nosotros después del beso no es cómodo.

Sigo sentada en la silla y él de pie frente a mí, demasiado cerca para fingir normalidad, demasiado callado para que esto sea solo desayuno. No me mira como si estuviera enfadado. Me mira como si estuviera calculando.

Eso es peor.

—¿Dormiste algo? —pregunto, porque necesito romper el silencio antes de que me rompa a mí.

—Lo suficiente.

No especifica. No aparta la mirada.

Apenas se mueve un poco pero no me deja espacio, no me da libertad. Se pasa una mano por el cabello recogido, su moño está ligeramente deshecho, y vuelve a mirarme con esa expresión que no grita, no acusa, pero tampoco perdona.

—Anoche no fue solo un ataque de pánico —dice finalmente.

No es pregunta. Aprieto los dedos sobre la tela de su camisa.

—Lo fue.

Da un paso hacia mí. Solo uno. Suficiente.

—No me trates como si fuera idiota, *Ratoncita*: No te gustarán las consecuencias de eso.

Su voz no sube. Se vuelve más baja.

—Saliste sola, sin abrigo, con algo en el cuerpo que no era solo ansiedad. Caminaste hasta perder el sentido de orientación. Eso no es "solo" *pánico*.

Trago saliva.

—Estoy cansada.

—No.

Esa palabra cae firme.

—Estás cargando algo, y ese *algo* me lo estas ocultando Willow.

No dice qué. No dice cómo lo sabe. Pero lo sabe. Me levanto despacio. Quedarme sentada me hace sentir pequeña. Necesito huir de esta conversación que esperé no tener nunca.

—Trabajo en un hospital, Azrael. Veo morir gente. ¿Qué esperas? ¿Que vuelva a casa sonriendo?

Su mandíbula se tensa.

—No espero que sonrías.

Se acerca nuevamente, a pesar de la pequeña distancia que había logrado obtener. Ahora su cuerpo casi roza el mío.

—Espero que no te destruyas en silencio mientras finges que puedes con todo.

Mi respiración se acelera. Pero no por miedo. Por la intensidad que desprende. Él cree saber cosas, pero no sabe una mierda.

—No me estoy destruyendo.

Sus dedos se mueven, pero no me tocan de nuevo. Se quedan suspendidos en el aire, como si estuviera decidiendo si cruzar esa línea otra vez.

—No me mientas.

Lo dice suave. Eso duele más.

—No te estoy mintiendo.

Soy una perra mentirosa.

Sus ojos bajan un segundo por mi cuerpo, por la camisa grande que apenas me cubre, por mis piernas desnudas, y vuelven a subir a mi rostro.

—Sé que hay cosas que no me estás diciendo.

No menciona nada concreto. *No hay nombres. No hay pruebas*. Solo intuición. Y eso me desarma más que cualquier acusación directa.

—Todos tenemos cosas —respondo.

—Sí.

Silencio.

—La diferencia es que yo no te cierro la puerta cuando intento entenderlas.

Ahí está el golpe. No levanta la voz. No me señala. Pero me acorrala con calma.

—No tienes derecho a decirme eso. ¿Crees que porque hemos follado ya tienes un derecho sobre mí? —susurro.

—Cuidado con lo que dices.

Puedo notar cuando se apega a mí y su mano finalmente se posa en mi cintura. Firme. Cálida.

—Estoy intentando ser bueno, bueno para ti.

El aire cambia. Eso no lo esperaba. *¿Acaso antes no lo era? Ser bueno, me refiero*. Me sacó de esa jaula, claro que es bueno, pero quizás es cómo yo, ambos nos castigamos por nuestros errores del pasado.

—No necesito que me rescates —repito.

Él se inclina apenas, su rostro muy cerca del mío.

—Ya lo hice.

Su pulgar se desliza lentamente por mi cadera, subiendo un poco bajo la tela de la camisa.

— Willow, solo intento entender por qué una mujer que puede mirar a la muerte a los ojos cada día… se pierde *así* por la noche.

Mi garganta se cierra cuando su mano va a dar directamente ahí, sin apretar, solo sosteniéndola, como si él decidiera cada pulso que doy.

—No todo gira a tu alrededor —digo, pero ya no sueno fuerte ni desafiante.

—Nunca lo hizo.

Se acerca a tal punto que sus labios rozan los míos, pero no se queda lo suficiente para besarme de nuevo, y yo, ya estoy demasiado necesitada de él.

—Pero cuando te veo temblar así, debo encargarme y lo sabes.

Su frente toca la mía.

—No voy a presionarte hoy. Pero no voy a dejarlo pasar.

Su mano aprieta un poco mi garganta, eso manda señales equivocadas en medio de mis piernas y quiero que lo haga más fuerte. Porque lo merezco, merezco todo lo malo que este hombre pueda darme.

—Y cuando decidas hablar… —murmura cerca de mis labios— asegúrate de que sea verdad.

Vuelve a besarme y su otra mano va a mi cuello, solo se cierra otro poco y sin poder evitarlo mis muslos se aprietan para poder evitar el hormigueo que ha llegado hasta mi entrepierna por la presión tan fuerte —pero no dañina— que hace en mi cuello.

Esto está mal, esta no debería ser mi reacción, pero no puedo evitar excitarme al sentir el dolor que este hombre ejerce en mi cuerpo.

Merezco esto, merezco esto y más porque yo también le he fallado.

Y puedo apostar, lo que sea, que si él se enterara de lo que he hecho solo lo haría sufrir.

Azrael no detiene su beso y sin llegar a notar en qué momento su mano libre se ha deslizado por mi piel, siento un fuerte jalón y un leve ardor que deja la tela de mi ropa interior rasgada.

Ante esa sorpresiva acción, mis manos sin pudor alguno, se sujetan a sus brazos fornidos.

He de admitir que antes de su ataque solo podría fantasear con sus manos sobre mi cuerpo, sé que le he fallado al ocultarle la

verdad, pero eso no me ha impedido sentirme cautivada cuando lo he visto en mi cocina con aquella soltura y sensualidad dispuesto a alimentarme.

Su cabello en cola desordenada se ve llamativo, la costumbre de siempre verlo con aquella trenza que entrega esa sensación de dominio completo, se ve desmoronada con el moño limpio que carga esta vez. Su camisa lleva tres botones sueltos lo que me permite dejar a la vista un pequeño rastro de tinta que marca su pecho, no obstante, puedo apreciar aún más detalles de su hermosura cuando se ha puesto en movimiento, como si se tratara de una apasionante danza, al momento que ha comenzado a mover las ollas de la encimera para evitar lo que fuera lo que estuviese cocinando para mí no se quemara.

En estos momentos solo puedo frotar mis piernas intentando apaciguar el calor que comienza a crecer solo por sentir sus labios sobre los míos nuevamente.

No sé en qué momento su lengua ha pasado a buscar la mía, pero solo puedo responder con desespero a la necesidad de él que crece y crece en mi interior.

—Que bien sabes, *Ratoncita*— susurra apenas separándose de mis labios y brindándome una pequeña lamida en el labio inferior. —pero en estos momentos lo que menos quiero es saborearte así que tomaré por mi cuenta lo que deseo.

Siento su mano apretar un poco más fuerte mi cuello, pero la aparta sin darme tiempo de prevenirlo, solo me quedo unos segundos con la sensación aun de sus manos en mi piel. Él toma distancia de mí, y me genera un poco de frío, ante ello mis pezones protestan como respuesta.

—¿Me harás daño? — no puedo evitar preguntar cuando noto que se ha comenzado a quitar el cinturón.

—Solo el que estás dispuesta a disfrutar, pero ya que te reúsas a decirme la verdad, creo que es justo que yo también ponga a prueba tu confianza en mí.

Ante sus palabras solo siento cómo mi cuerpo se estremece y mis piernas tiemblan, son unas traidoras ante la expectativa y sensualidad que desprende este hombre.

Sin previo aviso, Azrael sujeta mis manos, las cuales han caído libres sobre mis piernas cuando se ha apartado. Me siento expuesta, vulnerable, pero no tengo miedo, podría confiarle la vida a este hombre y miedo sería lo último que llegase a tener.

—Voltéate para mi Willow. Quiero que separes tus piernas y te recuestes sobre la encimera.

Su petición me saca de mis pensamientos y solo puedo levantar unos segundos la mirada para buscar en sus ojos alguna señal que me haga desconfiar, algo, pero lo que encuentro en sus ojos no es más que puro deseo.

Doy un paso al costado para no golpearme con el taburete y me acerco a la encimera para recostar mi cuerpo levemente de la misma forma en la cual él me lo ha demandado.

Al apoyar ya mis pechos sobre la superficie fría. Suelto un pequeño resoplido, provocado por el golpe inesperado en mi trasero. Lo que hace que me voltee de golpe y me encuentre con su sonrisa triunfante en sus labios.

—¿Se puede saber qué diablos haces?— gruño, no puedo evitar sonar alterada ya que el golpe me ha tomado por sorpresa.

—Te he dado una orden y considerando que me has hecho esperar, también estabas soltando gemidos que me han impacientado.

La voz de Azrael es profunda, dominante y puedo notar un pequeño tono de enojo, cosa que no puedo reprochar luego de todo lo sucedido, por lo cual, sin más quejas me vuelvo a girar y me tiendo en la encimera de la misma forma que antes me ha pedido.

Al encontrarme sobre la superficie, siento cómo sus manos sujetan mis muñecas y a su vez, algo duro las deja a estas inmovilizadas a mi espalda.

—Te vez perfecta ahora mismo, simplemente eres un deleite para mi vista.— murmura Azrael, mientras puedo escuchar el tintineo de la hebilla de su cinturón debido al movimiento que ejerce para marrar mis manos a mi espalda.

Luego de unos pequeños momentos, ahí, tumbada y de manos atadas, siento sin aviso alguno las manos de Azrael acariciar

mi trasero y separar este con sus grandes manos.

—Definitivamente eres una de mis vistas favoritas.

Su voz me hace estremecer, no sé en qué momento ha sucedido pero el susurro lo he sentido por completo sobre mi vagina. Sin poder evitarlo apenas giro un poco la cabeza para poder apreciar las vistas que me puede entregar y me sorprendo al encontrarlo arrodillado, separando mi culo con sus grandes manos y muy cerca de mi cuerpo, tan peligrosamente cerca que puedo sentir su respiración en mis partes sensibles.

Sin siquiera esperarlo, me brinda un agarre aún más firme y me estremezco por completo cuando siento una lamida completa por mi raja. Sin poder evitarlo solo me retuerzo mientras sus lamidas se vuelven lentas y tortuosas, pero mantienen sus inicios. Comienza en mi centro y acaba en mi culo.

—Sabes maravilloso*, Ratoncita*, no tienes idea del festín que me daré.

Ante sus palabras siento cómo las manos grandes de Azrael solo separan mi piel con la finalidad de exponer más y más mis partes sensibles, aunque en estos momentos mi alma podría ser expuesta a manos de él y yo solo sentiría tranquilidad.

Los movimientos se vuelven más certeros, algo más invasivos porque con cada lamida, mi centro se va mojando y también siento una pequeña presión alrededor de mi culo cada vez que su lengua llega a aquella zona inexplorada de mi cuerpo lo cual genera que, de forma inconsciente me tense.

—Confía en mi Willow, me encargaré que no dudes del placer que le puedo entregar a tu cuerpo.

Cuando escucho sus palabras tan sensuales y cargadas de significado, no puedo evitar soltar un gemido, pero también es porque uno de los dedos de Azrael ha presionado mi entrada trasera, empujando suavemente, con la intención de invadir lo inexplorado.

No puedo evitar estremecerme, mi cuerpo arde y ante cada lamida, mi orgasmo va creciendo más y más desde mi interior exigiendo salir, pero no puedo evitar distraerme cuando un segundo

dedo se encarga de acariciar nuevamente mi entrada, exigiendo entrar.

Ni siquiera he notado cuando el primer dedo se ha introducido porque la lengua de Azrael sobre mi clítoris definitivamente me ha hecho desconectar cada uno de mis sentidos a la coherencia, pero esta vez con dos dedos, se vuelve un poco más notorio. Me siento más llena.

Los movimientos siguen un mismo ritmo, algo pausado y delicado pero morboso porque la lengua de Azrael no deja de jugar en mi coño mientras sus dedos abren mi trasero.

—Az...rael.— No he llegado a notar cuando he pasado a disfrutar la invasión de sus dedos en mi culo y me encuentro a medio gemir su nombre por el placer.

La habitación está llena de los sonidos de sus lamidas, las cuales se mezclan con mis gemidos causando una sensual melodía, no puedo evitar sentir que me derrito de placer pegada a la encimera de la cocina que casi nunca uso.

—Vas a correrte para mi ratoncita, vas a darme ese orgasmo y luego usaré tu cuerpo para el placer del mío.

El ritmo de sus movimientos se vuelve más castigador, abrazador y sin piedad cuando las envestidas de sus dedos se vuelven más rápidas y su lengua no deja de atender y torturar mi palpitante clítoris.

Los minutos pasan y mi cuerpo no deja de arder, los movimientos de Azrael se han vuelto de alguna forma aún más placenteros y sin poder aguantar mucho más, mi cuerpo se deja ir en un explosivo orgasmo que me hace estremecer contra el mármol de la encimera y a su vez, llego a morder mi labio para callar el grito que amenaza en escapar de mis labios cuando noto la penetración invasiva en mi culo.

Si bien estaba preparada, en cierto modo, el tamaño de Azrael no deja de ser menor, por lo que me siento totalmente llena hasta mis entrañas y ante ello mi cuerpo no deja de temblar porque el orgasmo que sigue vibrando en mi interior. Me tenso alrededor de su polla y eso parece gustarle cuando lo escucho gruñir.

—Eres perfecta. —me dice, sus palabras son susurradas sobre mi nuca mientas siento su cuerpo apoyarse al mío.

No sé en qué momento se ha puesto de pie, no sé en qué momento se ha acomodado, pero si he podido saber qué se siente tocar el cielo a manos de un ser oscuro que solo rebosa sensualidad ante cada movimiento que da.

Acerco la mejilla al mármol frío y me abandono a la sensación, dejando que el placer tome el control porque ya no me queda nada más. Mi cuerpo responde por sí solo, aferrándose a cada embestida, a ese roce cada vez más profundo. Siento sus caderas chocar contra mí, firmes, implacables, mientras él crece dentro de mí, llenándome poco a poco, arrancándome el aliento y cualquier intento de resistencia.

Mi alma se desnuda ante la intensidad que me entregan sus caricias y puedo notar que el momento de otro orgasmo se acerca cuando lo siento palpitar dentro y su agarre se vuelve más fuerte.

Somos dos almas entregadas al placer en estos momentos y no puedo evitar sentirme culpable por lo que nos depara el futuro, pero decido borrar esos pensamientos de mi mente mientras siento como Azrael se libera en mi interior con un gruñido grave que me sacude por completo, arrastrándome con él al abismo. Lo sigo sin resistencia, alcanzando un segundo clímax bajo el peso de su cuerpo, mientras cada parte de él parece reclamar mi nombre como si le perteneciera.

CAPÍTULO 36

Azrael

La iglesia parece abandonada desde fuera, piedra vieja, vitrales rotos y una cruz torcida que da la impresión de que hasta Dios decidió marcharse hace tiempo, pero nosotros sabemos que dentro no hay plegarias sino negocio sucio; Claus rastreó movimientos extraños desde que limpiamos varias zonas de Londres y otros imbéciles pensaron que el territorio libre era una invitación, así que aquí estoy, con el arma en la mano y la mandíbula tensa, esperando a que la puerta lateral ceda bajo la patada de Max.

En cuanto entramos, el olor me golpea primero: encierro, humedad, miedo; después llegan los sonidos, no son cánticos sino sollozos, respiraciones temblorosas, cadenas arrastrándose sobre mármol.

Avanzo por el pasillo central mientras Claus cubre mi espalda y Noel bloquea la salida trasera; un hombre aparece desde una sala lateral, lleva una pistola mal agarrada y la sotana abierta como una burla grotesca, no le doy tiempo a nada, disparo y cae, el segundo intenta correr hacia el altar y le rompo la nariz con la culata antes de que logre apuntar, siento el crujido bajo el impacto y no me detengo.

Max ordena algo por el comunicador, pero mi atención ya está en las puertas cerradas con candados nuevos; disparo a la cerradura y la madera salta en astillas, dentro hay tres chicas, adolescentes, abrazadas entre ellas como si sus cuerpos fueran murallas frágiles, una de ellas no puede tener más de quince años y me mira como si yo fuera otro monstruo más. Bajo el arma apenas un centímetro.

—Está bien, todo ha terminado—la chica llora y corre hacia mí, estrellándose en mi pecho.

—Gra…gracias. —solloza y la guío por la salida, para que nuestros hombres las lleven a un lugar seguro, mientras la sangre sigue derramándose aquí dentro.

Regreso al pasillo principal y ahí los veo, cuatro hombres armados, uno grita algo sobre territorio, sobre dinero perdido, y entonces el disparo resuena demasiado cerca de mi cabeza; no es una bala nueva, es el eco de la que ya vive dentro de mi cráneo, la siento vibrar como si alguien hubiera encendido un interruptor defectuoso y el mundo cambia de color, todo se vuelve rojo, más lento, más denso.

Disparo una vez, dos, tres, y cuando uno cae todavía me parece insuficiente; el siguiente intenta arrastrarse y lo agarro del cuello, lo levanto y lo estrello contra el suelo con una fuerza que no calculo, lo vuelvo a hacer porque el zumbido dentro de mi cabeza no se apaga, porque necesito silencio y solo encuentro sangre.

—¡No los mates a todos, Azrael!

Escucho a Max gritar mi nombre, pero su voz me llega lejana, distorsionada, como si estuviera bajo el agua; debo nombrar cinco cosas por orden alfabético, eso me enseñaron para anclarme, A, B, C, no funciona, las letras se disuelven, el rojo no se va, la bala dentro de mi cabeza palpita y siento que si no termino con todo lo que respira en este edificio voy a estallar. Entonces cambio la estrategia, no pienso en letras, pienso en ella.

—¡Azrael! Joder.

Pienso en Willow. En su coño, su sabor. Su cabello oscuro deslizándose entre mis dedos cuando la acerco a mí, la manera en que se arquea cuando la beso sin suavidad; pienso en sus tetas llenando mis manos, en el peso perfecto que me recuerda que sigo siendo un hombre y no solo un arma; pienso en su sonrisa, esa que aparece justo antes de desafiarme, como si no le asustaran mis sombras; pienso en su valentía, en cómo me sostuvo la mirada cuando le conté lo de la bala, sin retroceder ni un paso; y por último pienso en lo que se siente estar dentro de ella, el calor, la presión, la

vida latiendo alrededor de mí como una promesa de que todavía hay algo limpio en este mundo.

Eso es nuevo.

El rojo baja de intensidad, el zumbido se convierte en un murmullo soportable y mi respiración vuelve a marcar un ritmo humano; suelto el cuerpo que tenía agarrado y parpadeo hasta que la iglesia vuelve a ser iglesia y no un matadero infinito. Max está frente a mí, su mirada es dura, evaluadora, y sé exactamente lo que ve: un hombre al borde de convertirse en un problema.

—¿Qué demonios pasa contigo? Teníamos que interrogarlos.

Su voz ya no suena lejana, está aquí, firme, exigiendo una respuesta que no puedo darle del todo.

—Mierda —digo, y me obligo a sostenerle la mirada—. No volverá a ocurrir.

Lo dudo, pero ahora mismo eso es irrelevante; las chicas están siendo escoltadas fuera, escucho a Claus hablar con ellas con una paciencia que yo no tengo, y veo a mi hermano entre esas sombras, pero no solo a él, a mí cuando pequeño, sucio, con los ojos demasiado grandes para su cara delgada.

La imagen me golpea sin aviso y recuerdo el frío de la calle, el hambre constante, el miedo a no despertar si cerrábamos los ojos; recuerdo a nuestro padre apareciendo como una figura imposible entre la niebla, extendiendo la mano sin hacer preguntas, diciendo simplemente que fuera con él. Lo veo tan claro que casi puedo oler aquella noche, y lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer, y ojalá ese recuerdo se quedara en lo más profundo de mi memoria, enterrado donde no pueda alcanzarme en medio de la sangre, pero nunca lo hace.

CAPÍTULO 37

Azrael, 8 años

Hace un año que vivo en la calle. Aprendí rápido que si no corres, mueres; que si no miras primero, te clavan después; que el frío no es lo peor, lo peor es el hambre, porque el hambre te obliga a hacer cosas que luego se quedan contigo incluso cuando cierras los ojos.

He dormido bajo puentes, en portales que huelen a orina, detrás de contenedores donde las ratas no se asustan de mí porque ya me reconocen como uno más. He matado. No lo pienso demasiado, pero lo he hecho. La primera vez fue torpe, desesperada; la segunda fue más limpia. Después de eso dejé de ser un niño, aunque mi cuerpo siga siendo más grande que mi edad real y mis manos aún parezcan demasiado delgadas para sostener todo lo que sostienen.

Una noche me roban. Es casi irónico. Tres hombres mayores que yo, riéndose, oliendo a alcohol barato. Me quitan el poco dinero que había conseguido limpiando parabrisas y el cuchillo que guardo en la bota.

—Por favor, señor. —le ruego a uno de ellos.

—¿Señor? —se ríe a carcajadas y sus amigos hacen lo mismo —La pequeña mierdecilla tiene modales. Bueno, eso no te ha servido para una mierda. ¿no es así? ¿Cuántos años tienes? ¿Doce?

Siempre dicen eso, pero la verdad es que mi altura no es el problema, el problema es que solo soy un niño.

Intento pelear, claro que intento, pero uno me sujeta por detrás mientras otro me golpea en el estómago y el tercero en la cara. El mundo se vuelve un destello blanco, luego gris. Siento el sabor metálico en la boca, la sangre bajando por mi barbilla, el

asfalto frío pegándose a mi mejilla. Me siguen golpeando incluso cuando dejo de responder, como si necesitaran asegurarse de que no volveré a levantarme. Cuando por fin se van, no puedo moverme. Solo escucho el latido lento dentro de mis oídos y pienso que tal vez esta vez sí me voy a quedar aquí, convertido en otro cuerpo que nadie reclamará.

Sería tan lindo morir ahora. Es todo, me rindo. No puedo más.

Escucho el sonido de llantas acercarse. No es un coche cualquiera. No suena viejo ni forzado. Es suave, caro. Se detiene justo donde estoy tirado. Intento abrir los ojos y la luz me molesta, pero veo unos zapatos impecables frente a mi cara, cuero negro sin una sola mancha, absurdamente limpios para esta calle. La puerta se cierra con un sonido seco y elegante. El hombre que se inclina hacia mí no encaja con este lugar; lleva un abrigo oscuro perfectamente cortado, el cabello peinado hacia atrás, la mirada firme, como si todo a su alrededor le perteneciera.

Y lo veo. Ese rostro.

Lo he visto antes.

En una fotografía vieja que mi madre escondía en el fondo de un cajón, envuelta en una tela como si fuera un secreto. Yo la encontré una vez, cuando tenía seis años. Ella me la quitó de las manos y me gritó, pero antes de eso memoricé la cara del hombre que aparecía allí, joven, elegante, distante.

Es él.

—Levántate de ahí, Azrael.

Su voz no es alta, pero no admite discusión. La rabia me da fuerza suficiente para escupir sangre y murmurar:

—¿Sabes mi nombre?

Sus ojos no cambian. No hay sorpresa, ni duda.

—Yo sé todo. Te he vigilado casi desde que naciste.

Me rio, o al menos lo intento, pero me duele el pecho.

—¿Por qué?

Se toma un segundo antes de responder, como si la palabra no tuviera peso.

—Porque soy tu padre.

Lo miro desde el suelo, con la cara hinchada, un ojo casi cerrado, y lo único que siento es una mezcla de odio y algo peor que el odio. *Mi padre*, esa palabra pensé que le quedaría bien cuando vi esa fotografía la primera vez. Pero ahora que lo tengo delante, es como ver un monstruo más.

—No lo parece. Un padre está para proteger.

O eso es lo que he leído en algunos libros que encuentro en la basura, o las charlas que he escuchado desde afuera de las iglesias. Este hombre, no levanta la voz. No se agacha más. Simplemente me observa.

—¿Proteger? Lo hice. Cuando huiste hace un año por haber matado a tu padrastro, hice algo mejor. Le prendí fuego a esa pocilga donde creciste. Así que, en teoría, yo los maté, eres un inocente niño y papá está aquí ahora.

Los maté.

Mamá también está muerta.

El aire se me queda atrapado en los pulmones, tengo ganas de llorar, pero, sobre todo, tengo rabia, pero no creo nada de lo que dice. Recuerdo el fuego. Las sirenas a lo lejos. Pensé que había sido un accidente, una fuga de gas, cualquier cosa menos esto.

Mi madre está muerta y lo único que siempre quise fue ver una fotografía mía pegada en algún lugar, diciendo que era un niño buscado por su madre, extrañado y que alguien me esperaba en casa, pero no fue así. Y nunca lo será.

—¿Qué quieres? —pregunto al final, porque nadie aparece así por caridad.

Sus labios se curvan apenas, no en una sonrisa cálida, sino en algo calculado.

—Quiero que vengas conmigo.

—¿Por qué?

—Porque te voy a entrenar. Te daré lo que te mereces y lo que te han quitado todos estos años. Te daré un lugar en el mundo. No más oscuridad, Azrael.

La palabra oscuridad no suena como amenaza en su boca. Aunque no lo crea, cualquier lugar es mejor que estas calles. No voy a soportar ser violado una vez más por desconocidos.

—¿Y a cambio de qué?

Sus ojos se endurecen apenas.

—Dentro de seis años, vas a pagarme.

Siento un escalofrío que no tiene que ver con el frío del asfalto.

—¿Cómo?

Inclina ligeramente la cabeza.

—Ya lo verás. Todo a su tiempo. Ahora levántate. No lo diré de nuevo.

Podría negarme. Podría intentar arrastrarme lejos, desaparecer entre callejones como he hecho otras veces. Pero estoy cansado. Cansado de tener hambre. Cansado de pelear solo. Cansado de no ser nada más que un animal que sobrevive un día más.

Me obligo a incorporarme. Las costillas protestan, la cabeza me da vueltas, pero me pongo de pie frente a él, pequeño, sucio, ensangrentado. Otro hombre sale del asiento del conductor y me abre la puerta trasera del coche como si yo fuera alguien importante y no un niño medio muerto.

Miro una última vez la calle.

Nadie me está mirando.

Nadie me va a extrañar.

Entro y la puerta se cierra con un sonido firme que corta el aire de la noche, y el coche se aleja, entiendo que lo poco que quedaba de mi infancia acaba de quedarse tirado en ese asfalto, junto a la sangre que nadie se molestará en limpiar.

Aunque, nunca tuve una infancia, nunca tuve una vida, y quizás esto…será lo mejor.

CAPÍTULO 38

Juramento IV (A mi obsesión)
Caminaré delante para protegerte y detrás para eliminar lo que te amenace.

Willow

Entro en mi apartamento arrastrando los pies, con la cabeza todavía llena del ambiente del hospital, y lo primero que noto es el silencio. No el silencio normal de un piso vacío, sino uno más denso, más pesado, como si el aire estuviera esperando algo. Busco el interruptor junto a la puerta y lo pulso. Nada. Lo intento otra vez. Nada. Miro por la ventana y la ciudad brilla como siempre, luces encendidas en todos los edificios, farolas firmes en la calle, coches pasando con normalidad. Solo mi apartamento está a oscuras.

El pulso se me acelera. Qué mierda.

—Genial… —murmuro, avanzando un par de pasos con el móvil en la mano para alumbrar el pasillo.

La puerta se cierra sola detrás de mí con un clic suave.

Y entonces su voz rompe la oscuridad.

—Ven aquí, Mäuschen.

Se me corta la respiración.

—Mierda, Azrael… me asustaste.

Su silueta se despega de la pared como si hubiera nacido de las sombras. No sé cuánto tiempo lleva ahí. No sé cómo ha entrado. Solo sé que el control de la situación ya no me pertenece.

—¿Ansiosa por verme? —pregunta con una calma que no encaja con la tensión que siento recorriéndome la espalda.

Trago saliva y levanto el mentón, intentando no parecer lo que soy ahora mismo: vulnerable.

—Podrías haber avisado.

Da un paso hacia mí. Luego otro. No responde a mi queja. Nunca lo hace cuando no le interesa, solo busca lo que quiere, y a juzgar por sus ojos, me quiere a mí.

Antes de que pueda retroceder, su mano se cierra alrededor de mi muñeca. Es firme, lo suficiente para saber que este no es un juego previo. El móvil cae al suelo y la luz gira por el techo antes de apagarse.

—Azrael…

No termino la frase. Me gira contra la pared con un movimiento rápido, su cuerpo bloqueando el mío, su aliento rozándome la sien.

—Hoy no quiero excusas —murmura cerca de mi oído—. Hoy quiero verdad.

Intento zafarme, pero él ya tiene la cinta en la mano. No sé de dónde la ha sacado. Solo escucho el sonido rasgado al despegarla. Me inmoviliza las muñecas con precisión, pegándolas frente a mí, luego pasa otra vuelta por mis brazos y me sujeta contra su pecho mientras trabajo para mantener la respiración estable.

—Estás cruzando una línea —le advierto, aunque mi voz tiembla más de lo que me gustaría.

—Las líneas existen para que alguien decida borrarlas.

Me levanta como si no pesara nada, echándome sobre su hombro. El mundo se invierte y solo veo su espalda ancha bajo la camisa oscura, siento el músculo firme bajo mi abdomen mientras me transporta fuera de mi propio apartamento. Apenas registro el trayecto por el pasillo del edificio. Solo escucho el eco de sus pasos y mi propio corazón golpeando contra las costillas.

Abre la puerta de su apartamento sin esfuerzo y la cierra tras nosotros con un golpe seco. Este lugar era diferente a cuando Hunter vivía aquí. No había entrado, ahora todo es frío, más varonil y huele a él y a mí gracias al hurto de mi jabón. Me lleva por todo el pasillo hasta su habitación y me deposita sobre la cama, no con suavidad.

La habitación está apenas iluminada por una lámpara lateral. Su rostro queda medio en sombra, medio en luz. Sus ojos brillan de

una forma que no sé interpretar del todo.

Saca unas tijeras filosas del cajón de la mesilla. El sonido metálico al abrirlas me recorre la columna vertebral.

—Azrael… —repito, esta vez más bajo.

No responde.

Se inclina sobre mí y engancha la tela de mi camiseta. El primer corte es limpio, preciso. La tela cede con facilidad. El sonido rasgándose en el silencio es casi obsceno. Baja despacio, cortando sin tocar piel, pero lo suficientemente cerca para que cada movimiento me haga contener el aire. No hay prisa en él. Solo una rabia está jodiendo con mi mente.

—¿Sabes lo fácil que es romper algo que parece fuerte? —dice mientras termina con la camiseta y deja los pedazos caer al suelo.

La hoja fría roza mi vientre cuando empieza con el pantalón. Otro corte. Otro desgarro. La tela cae abierta. Me quedo en ropa interior, expuesta bajo su mirada que no parpadea.

No me toca todavía. Y eso es lo que más pesa.

Se incorpora un poco, observándome como si intentara descifrarme, como si buscara algo más allá de la piel.

—No vuelvas a dejarme fuera —murmura al final, su voz más baja, más oscura que antes—. No vuelvas a hacerme sentir que no sé quién eres.

La tensión no se rompe. No hay gritos. No hay caricias. Solo el silencio espeso entre nosotros, la amenaza en su cuerpo inclinado sobre el mío, y la certeza de que esta noche no se trata de deseo… sino de control.

Y yo estoy excitada.

Me doy cuenta que no estamos solos, cuando veo a alguien fumando en un rincón.

—Hola, *Ratoncita*—me saluda Troy. Se ve muy guapo vestido con pantalón negro y una camisa rojo sangre, hace que sus ojos azules resalten, tiene las mangas recogidas hasta los codos y sus tatuajes se asoman por sus antebrazos.

Me doy cuenta de que estoy jadeando como una puta loca, lo que hace a Azrael ladear su cabeza.

—¿Quieres que se quede a observar? —pregunta.

Asiento con la cabeza. No solo quiero que se quede, quiero que volvamos a hacer lo que hicimos antes, los tres, se sintió tan bien, la conexión que tuvimos los tres, es algo que no había experimentado jamás, no solo era sexo, era deseo y algo más. La forma de Troy de verme, no lo hace como si solo quisiera devorarme, le gusto.

—Ojalá pudiera, *Ratoncita*. Pero quizás otro día. Me voy.

—Espera, ¿Qué? —casi grito.

Troy se acerca a la cama, el colchón se hunde suavemente a mí lado cuando él coloca una rodilla y su mano caliente va a dar a mi abdomen mientras Azrael observa.

—Hueles bien. ¿Melocotón, verdad?

—S…Sí…

—Me gusta—sonríe en aprobación. Su mirada baja más de mi vientre y lleva su mano hasta el dobladillo de mis bragas y mete su mano. Jadeo por la intrusión exquisita de sentir cómo sus dedos se deslizan por mi raja recién depilada y mojada.

—Estás muy mojada*, Ratoncita.*

Juega con mis jugos y saca su mano, se lleva un dedo a la boca y me prueba, luego mete otro dedo en la boca de Azrael y este gruñe.

—Toda tuya, *escorpión.*

Mierda.

Su mirada no se aparta de mí ni un segundo y, aunque mis muñecas están inmovilizadas y mi ropa yace hecha jirones en el suelo, lo que más me desarma no es la vulnerabilidad del cuerpo sino la intensidad con la que me observa, como si estuviera intentando atravesar mi piel y encontrar algo que le pertenece. La habitación está en penumbra, apenas iluminada por la lámpara lateral que dibuja sombras duras sobre su rostro, marcando la línea de su mandíbula y el gesto tenso de sus labios. No hay prisa en él, no hay descontrol; lo que hay es una tormenta contenida que late bajo la superficie.

—Eres una pequeña mentirosa —dice, más bajo, inclinándose hasta que su respiración roza mi clavícula.

Siento un escalofrío que no tiene nada que ver con el miedo y todo que ver con la manera en que mi cuerpo responde a su cercanía, incluso cuando debería estar enfadada, incluso cuando debería gritarle que esto no está bien. Pero Azrael nunca hace nada sin motivo, y eso es lo que me inquieta: no está jugando, no está improvisando, está marcando territorio.

—No sé de qué mierdas hablas —le digo, sosteniéndole la mirada, aunque mi pulso esté desbocado.

Sus ojos se oscurecen apenas, no por rabia, sino por algo más profundo.

—Oh, sí que lo sabes, es interesante todo lo que se puede encontrar en una persona en internet. No has cubierto bien tu rastro, Willow. —responde con una calma que me atraviesa—. Dime, ¿Qué te asustó tanto en Manchester para que huyeras?

Mierda. Lo odio, lo odio mucho. Tuve cuidado, tuve mucho cuidado cuando dejé todo atrás, lo que sea que haya encontrado quizás sea robos menores o allanamientos, cualquier cosa pequeña que tuve que hacer para sobrevivir, pero no el verdadero monstruo que dejé atrás.

—Vete a la mierda, no te diré nada.

Sus dedos se deslizan desde mi hombro hasta mi brazo atado, no para apretar, sino para sentir el latido acelerado bajo mi piel. La cinta sigue firme, pero ya no es amenaza; es símbolo. Control. Dominio. Y, en su retorcida forma de amar, protección.

Se inclina más y apoya la frente contra la mía. Por un segundo, el Azrael que entra en mis pesadillas desaparece y queda el hombre que carga con una bala en la cabeza y demasiados fantasmas en la espalda.

—Sé que no lo dirás, aún. Pero lo harás. Sigue guardándome secretos, sigue mintiéndote a ti misma de que estás bien y no me necesitas.

—Estás loco.

—No. Tú me *apagas* cosas —murmura—. Y cuando siento que me escondes partes de ti… mis pesadillas vuelven.

Sé a qué se refiere. A la oscuridad. A la violencia que intenta arrastrarlo cuando pierde el equilibrio.

Respiro hondo, intentando ordenar mis pensamientos.

—No te escondo… —empiezo, pero se aparta apenas, lo suficiente para que entienda que no quiere excusas fáciles.

Sus manos bajan hasta mis caderas, no con urgencia sino con firmeza, como si necesitara comprobar que sigo ahí, que soy real, que no soy otra ilusión que pueda desaparecer. Su pulgar roza el borde de mi ropa interior empapada, manteniéndose en ese límite tenso donde todo podría explotar.

—Dime la verdad —dice—. Sin máscaras. Sin la enfermera fuerte. Sin la mujer que finge que puede sola.

Trago saliva. Porque eso duele más que la cinta.

El silencio se estira entre nosotros, pesado, cargado, eléctrico. Mi piel arde donde sus dedos me sostienen, y aun así lo que domina la habitación no es el deseo, sino la lucha por el control, por el poder, por quién cede primero.

—Desátame —susurro al final, no como súplica, sino como reto.

Su mandíbula se tensa. Durante un segundo pienso que se negará, que esto escalará a algo más oscuro todavía, pero entonces se incorpora lo justo para arrancar la cinta con un movimiento firme. Mis muñecas quedan libres, la piel enrojecida, sensible.

No me aparto.

No me cubro.

Azrael desliza las tijeras lejos de la cama y vuelve a inclinarse sobre mí, esta vez sin la barrera del control físico, solo con el peso de su cuerpo y la intensidad de su mirada.

—Ya deja de mentir, más mentiras crecen y se convierten en monstruos feos —dice, más humano que hace unos minutos—. Y puede que uno de esos monstruos sea yo… no sé qué versión de mí va a venir a buscarte.

Y lo peor es que sé que no es una amenaza vacía. Lo rodeo con mis brazos lentamente, sintiendo el músculo tenso bajo mis manos, el corazón golpeando fuerte contra mi pecho. No está tranquilo. Solo está conteniéndose.

La oscuridad sigue ahí. Pero ahora estamos los dos dentro de ella.

—No te tengo miedo.

Lo digo sin apartar la mirada, con la voz baja pero firme, y el efecto es inmediato. Algo en su expresión cambia, no porque dude de mí, sino porque sabe que estoy diciendo la verdad. Azrael no me asusta. Me descoloca. Me enfurece. Me provoca. Pero miedo… no.

Su pulgar sube desde mi cintura hasta mi costado, lento, como si estuviera midiendo mi pulso a través de la piel.

—Deberías —murmura, sin dureza, casi pensativo.

—No —insisto—. No eres el monstruo que crees que soy incapaz de mirar.

Su respiración se vuelve más profunda. Está encima de mí, su cuerpo sosteniéndose con los brazos a cada lado de mi cabeza, sin aplastarme, pero marcando cada centímetro de distancia. Sus ojos recorren mi rostro como si estuviera intentando encontrar una grieta, una señal de que miento.

No la encuentra.

—No me tienes miedo.

—No. Entonces dime qué es lo que sientes cuando estoy así.

Su mano desciende por mi espalda, despacio; es una provocación controlada, una forma de hacerme consciente de mi propio cuerpo bajo el suyo.

Respiro hondo.

—Siento que estás a punto de romper algo —respondo, honesta—. Y que no sabes si quieres que sea yo… o tú.

Sus pupilas se dilatan apenas. El silencio se vuelve espeso, cargado.

—No quiero romperte —dice al final—. Pero cuando siento que te escapas… pierdo el equilibrio.

Deslizo una mano por su pecho hasta su cuello, no para apartarlo, sino para anclarlo. Su piel está caliente, tensa. Late fuerte.

—No me estoy escapando —susurro—. Solo no sé cómo estar contigo sin que todo sea una guerra. Mi pasado no es asunto tuyo, Azrael.

Su mandíbula se tensa, pero no se aparta. Al contrario, baja la frente hasta rozar la mía otra vez. El aire entre nosotros es cálido, íntimo, peligroso.

—Yo no sé amar sin guerra —confiesa en voz baja—. Me enseñaron que el amor es posesión o es pérdida.

Mis dedos se enredan en su cabello, tirando de su trenza apenas lo suficiente para que me mire.

—Pues aprende otra cosa.

Sus labios rozan los míos, apenas un contacto que no llega a beso, como si estuviera probando mi desafío. No hay suavidad todavía, pero tampoco violencia. Es una tensión que vibra entre los dos, contenida, a punto de desbordarse.

—Eres demasiado valiente para tu propio bien, *Mäuschen* — susurra contra mi boca.

—Y tú demasiado oscuro para asustarme.

Durante un segundo eterno, parece debatirse entre empujar más fuerte o retroceder. Entre dominar o confiar. Finalmente, su boca captura la mía, firme, intensa, pero sin castigo.

Poco a poco puedo sentir como el beso se vuelve desenfrenado, exigente. Mi respiración se va acelerando y mi agarre se hace firme entre los cabellos de Azrael solo para apegarlo aún más a mí buscando su calor, cuando sin previo aviso me sujeta con firmeza de la cintura y se gira sobre sí dejándome a horcajadas.

El beso continúa, ambos estamos luchando invisiblemente con esta pasión contenida y esta rabia que no nos deja escapar entre tantos secretos que mantenemos. Su lengua reclama mi atención y respondo a su beso necesitado cuando apenas se separa unos momentos para susurrar sobre mis labios.

—Móntame, Willow. Cabalga mi polla como la buena chica que eres. Eres mi chica. Desde el primer día en que te vi. Y quiero tu coño tomando cada centímetro mío.

Sus palabras son una súplica, pero a su vez una orden por lo cual no pongo en duda su petición cuando llevo mis manos al borde de mi sostén y lo retiro, buscando su mirada luego de lanzar lejos la prenda.

Puedo notar como Azrael se relame los labios y posa su penetrante mirada en mi cuerpo, se deleita con mi figura y detalla

cada milímetro de mi cuerpo con esa necesidad de anhelo, y su urgencia de posesión.

Su respiración se acelera y a su vez lo siento bajo mis piernas

—¿Sabes que siempre serás mi vista favorita?

Sus palabras llenan mis oídos como dulces susurros y yo solo quiero deleitarme con su esencia por lo que coloco mis manos sobre su torso y abro su camisa de un solo tirón dejando su belleza descubierta.

—No eres el único que se deleita con las vistas.

No puedo evitar sonreír ante el gesto que realiza, sus labios son perfilados por su lengua, saboreando los míos y yo no puedo aguantar más el deseo.

Me inclino sobre el comenzando a besarlo con desespero y sus manos se mueven sin miedo alguno acariciando mi culo y jugando con los bordes de mi ropa interior mojada por nuestro intenso beso.

Mis movimientos son eufóricos, necesitados y comienzo a mover mis caderas para frotarme sobre su polla.

—Azrael, te necesito dentro por favor.

Mis susurros son suplicas sobre sus labios, cuando sin tiempo alguno puedo sentir que me levanta apenas y maniobrando con maestría, deja al descubierto su miembro sin apartar del todo su pantalón. Su pene palpita libre entre nosotros y esta vez solo mis bragas mojadas están generando una barrera en medio de nuestra unión.

—Tendrás que tomarme por completo, *Ratoncita*. No voy a disculparme si soy rudo.

Sin nada más qué decir, siento como Azrael —desde atrás y sujetando mi culo—, aparta apenas mi ropa interior y acomoda su miembro en mi entrada dejándome caer casi de golpe sobre su polla. La invasión es recibida junto con mis gemidos, pero aun así su tamaño sigue siendo algo a lo que no estoy acostumbrada del todo por lo cual cuando me llena por completo, no puedo evitar soltar otro sonoro gemido que le hace detenerse sin dejar de penetrarme.

—Dime que estás bien, cariño. Dime que puedo seguir llenando este sabroso coño que tienes.

A pesar de que él es quien está llevando el control, me sigue cediendo el dominio que dijo que no me daría. Mi viejo Azrael caballeroso sigue ahí después de todo.

Los segundos pasan y yo siento como mi cuerpo va aceptando su tamaño y se va acomodando a él y comienzo a moverme suavemente para que mi humedad le dé también el placer necesario.

—Estoy bien…

Mis gemidos comienzan a llenar el aire mientras mis caderas van tomando un ritmo desenfrenado sobre él. Comienzo con un pequeño baile de adelante hacia atrás, pero a medida que van avanzando los segundos, mis movimientos se vuelven más atrevidos y desenfrenados comenzando a dar pequeños brincos sobre su miembro, los cuales son controlados por sus manos firmes que no han soltado mi culo en ningún momento.

Este hombre realmente ama mi culo.

Mis labios siguen buscando los suyos con una necesidad casi desesperada, besándolo y recorriendo su boca como si no hubiera nada más capaz de calmarme en ese instante. Me pierdo en él, en la forma en que me sostiene y en cómo marca el ritmo de lo que siento, mientras el pulso del deseo va creciendo dentro de mí, acelerándose cada vez más hasta hacerme perder por completo la noción de todo lo demás.

Este hombre es fuego, es pasión y cada vez que puede me lo demuestra con su cuerpo.

Sus manos se aferran aún más a mi piel y las embestidas se van volviendo cada vez más desenfrenadas, me cuesta un poco llevar el ritmo, pero es también a causa del orgasmo que se está generando al interior de mi cuerpo. Conoce cada movimiento de forma precisa para hacerme rozar el cielo cada vez que estoy en sus manos.

Puedo sentir cómo se tensa aún más dentro de mí, cómo su agarre sobre mi piel se vuelve más profundo, mientras los movimientos pierden cualquier rastro de control y se vuelven completamente frenéticos. El placer me arrastra sin piedad y no me toma demasiado tiempo alcanzar el clímax; mi cuerpo se abandona por completo a la sensación, arqueándose contra él mientras un gemido se me escapa de la garganta y se pierde en la habitación. Me aferro con fuerza a su torso desnudo, buscando sostenerme en algo real, mientras mis caderas siguen moviéndose contra él, respondiendo a cada impulso, a cada oleada que me atraviesa hasta que el orgasmo termina de romperme en pequeños espasmos que me dejan temblando entre sus brazos.

Sinceramente, me siento un poco perdida… pero no puedo negar lo mucho que me gusta cuando Azrael se libera y me llena de su semen por completo y me hace sentir suya, como si en ese momento no existiera nada más que nosotros dos.

Quedamos ambos rendidos, sudorosos y jadeantes, tratando de recuperar el aire perdido. Yo, aún temblorosa por lo que acabo de sentir, me dejo caer sobre él y sus brazos me rodean con una suavidad inesperada, ofreciéndome un refugio perfecto. No entiendo cómo un hombre con la fuerza para destruirlo todo puede transmitirme tanta paz, pero tampoco lo cuestiono; simplemente me dejo llevar y permanezco ahí, disfrutando de ese silencio compartido que lo dice todo sin necesidad de palabras.

Luego de unos momentos, sus manos me sostienen las caderas, no para inmovilizarme, sino para asegurarse de que sigo ahí, de que no desaparezco cuando la oscuridad aprieta.

Y cuando se separa apenas, su mirada ya no es de amenaza.

—No me tengas miedo —dice esta vez él—. Pero no me provoques.

La habitación sigue en penumbra. Mi ropa sigue hecha jirones en el suelo. La tensión sigue viva. Y mi corazón hecho pedazos.

CAPÍTULO 39

Willow

El turno me pesa en los hombros cuando salgo de una habitación y casi choco con él en el pasillo; el doctor Calder está apoyado en el mostrador como si el hospital fuera un escenario montado para su lucimiento personal, bata impecable, cabello en su sitio, sonrisa estudiada. Sus ojos bajan por mi uniforme con descaro y luego vuelven a mi cara con una seguridad que me crispa.

—No estás con tu novio —dice, ladeando la cabeza—. Te queda bien.

Aprieto la carpeta contra mi pecho para no cruzarme de brazos como si necesitara protegerme.

—¿Cómo podría? Es un hospital. Además, él también trabaja.

Una media sonrisa le cruza el rostro.

—¿En qué? ¿Matando gente…?

No sabe lo cerca que está de acertar y el pensamiento me atraviesa como una descarga eléctrica. Sí, seguramente eso hace; seguramente mata cuando es necesario, o golpea a alguien en un ring clandestino hasta dejarlo sin aire, o negocia con hombres que desaparecerían sin dejar rastro si él lo ordenara. O Troy de rodillas comiéndole la polla en algún lugar, ¿qué le importa a este imbécil? No tiene derecho a mencionar su nombre con ese tono cargado de insinuaciones baratas.

—No es asunto tuyo —respondo, fría.

Él no se inmuta, como si mi rechazo fuera parte del juego que disfruta.

—Quiero que me acompañes a ver a un paciente.

—Hay más enfermeras para eso —replico sin moverme.

Da un paso hacia mí, invadiendo mi espacio con esa confianza que detesto.

—Te necesito a ti y es una orden, enfermera Graves.

Es la primera vez que me llama por mi apellido y algo me dice que debo obedecer o perderé mi puto trabajo, el único que realmente me importa.

Busco a Emma con la mirada. Está organizando unas historias clínicas, pero alza la vista y nos observa; cuando nuestras miradas se cruzan, asiente apenas y dibuja una sonrisa pequeña que dice claramente *"sé que lo odias".* Y sí, lo odio por lo intenso que es, por cómo siempre encuentra la manera de arrinconarme con excusas profesionales.

Respiro hondo y asiento con la cabeza.

—Vamos.

Lo sigo por el pasillo hacia otro pabellón menos transitado. El trayecto es silencioso, demasiado silencioso; el sonido de nuestros pasos se amplifica contra las paredes blancas y cada metro que avanzo me confirma que nada de esto apunta a ser buena idea. Podría detenerme, podría decir que tengo otra tarea urgente, pero ya estamos frente a una habitación y retroceder ahora sería admitir que me intimida.

Calder abre la puerta para mí con un gesto exageradamente cortés.

—Después de usted.

Entro. Y me quedo helada.

La cama está vacía. Las sábanas lisas, sin arrugas. No hay monitor encendido, no hay suero colgando, no hay historia clínica en la mesilla. No hay nada que indique que aquí haya habido un paciente.

—Pero qué…

La puerta se cierra a mi espalda con un golpe seco que me hace girar. Su expresión ya no es la del médico seguro de sí mismo. Hay algo más oscuro en sus ojos, algo que no había querido ver antes.

—¿Dónde está el paciente? —pregunto, aunque ya sé que la pregunta es inútil.

No responde. En lugar de eso, me empuja con fuerza contra la cama del hospital; mi espalda golpea el colchón y el aire se me

escapa en un jadeo involuntario.

—¿Qué haces? ¡Estás loco!

Se inclina sobre mí e intenta besarme, su boca chocando contra mi mejilla cuando giro la cara con asco. Sus manos buscan mis muñecas, presionándolas contra el colchón y todo se sale de control.

—Siempre tan distante —murmura, su aliento caliente y desagradable rozándome la piel—. Siempre actuando como si fueras mejor que yo y eres solo un coño más. Te veo, Willow. Yo sí te veo. *No eres un ángel. Eres una herida abierta. Y yo soy el único que la ve sangrar.*

El correo. El poema

—Eres el hombre del sótano—murmuro para mí misma, y me siento perdida llena de miedo —¡Suéltame! —grito, forcejeando, dándole un golpe con el antebrazo en la clavícula.

Pataleo, intento girarme, pero su peso me mantiene atrapada. Siento la rabia y el miedo mezclándose en el estómago.

Este hijo de puta va a violarme aquí mismo.

—¡Eres un enfermo!

Le doy un rodillazo donde puedo, pero solo logro que gruñe y me apriete más fuerte. La frustración me hace actuar sin pensar; echo la cabeza hacia atrás y luego hacia delante, golpeándolo con la frente en la nariz. Siento el impacto, el dolor vibrando en mi cráneo.

Por un segundo se aparta.

Y luego su mano impacta contra mi rostro. El golpe es seco, directo. Un destello blanco explota detrás de mis párpados y el mundo se llena de luces que no existen. El sabor metálico de la sangre me inunda la boca. Mi oído zumba. Intento enfocar, pero todo parece inclinarse.

—Cállate —gruñe, acercándose otra vez. —Mírate, te dije que eras una herida abierta… tu sangre, es hermosa. Como tú.

No.

No me voy a quedar quieta. A tientas, mi mano encuentra la bandeja metálica junto a la cama; la agarro y la lanzo hacia él con toda la fuerza que me queda. El estruendo rebota contra las paredes.

—¡Ayuda! —grito, forzando el aire a salir, aunque me duela la mandíbula—. ¡AYUDA!

Mis uñas se clavan en su piel, mis piernas golpean, mi cuerpo se retuerce bajo el suyo en pura desesperación. El pasillo sigue demasiado silencioso, y eso me asusta más que su peso encima de mí.

Consigo darle otro golpe, esta vez más certero, porque la bandeja lo distrae el segundo suficiente para que mi rodilla impacte donde debe, en sus bolas; su cuerpo se inclina hacia un lado y aprovecho ese desequilibrio como si mi vida dependiera de ello, porque depende. Me giro, me escurro por debajo de su brazo y caigo al suelo con torpeza, pero no me detengo a sentir el dolor en la cadera ni el ardor en la mejilla. Me levanto como puedo y corro hacia la puerta, escuchando su maldición detrás de mí.

El pasillo está vacío.

Demasiado largo.

Mis zapatillas resbalan un poco sobre el suelo pulido, pero no freno; escucho la puerta abrirse de golpe y sus pasos persiguiéndome, más pesados, más rápidos de lo que quisiera. Mi corazón golpea contra las costillas como si fuera a romperlas. Giro la esquina hacia la zona de enfermería, intentando gritar otra vez, pero mi voz sale rota, temblorosa.

—¡Ayuda! ¡Emma!

Lo veo aparecer al fondo del corredor y por un segundo temo que nadie vaya a salir de ninguna habitación, que todo el hospital haya decidido volverse sordo justo ahora. Él me alcanza por detrás y su mano roza mi brazo, pero me zafó con un tirón brusco que me quema la piel. No miro atrás; si lo hago, me paralizo.

Doblo otra esquina y casi choco con un carrito de medicación; lo empujo con fuerza hacia atrás justo cuando él llega, el metal rueda descontrolado y se interpone entre nosotros. Eso me da dos segundos más. Dos segundos que uso para llegar al control de enfermería.

Emma levanta la vista.

Ve mi cara. Ve la sangre. Y su expresión cambia.

—¿Willow?, Dios mío. ¿Qué ha pasado?

No puedo responder de inmediato, apenas puedo respirar, pero señalo hacia el pasillo por donde él viene. Calder aparece unos metros atrás, pero ya no corre; camina rápido, intentando recomponerse, intentando parecer el médico impecable otra vez, disimulando que acaba de atacarme.

—Se ha… se ha vuelto loco y me ha atacado. —logro decir, la voz quebrada.

Varias miradas se levantan. Un residente sale de una habitación. Una auxiliar se acerca. El ruido empieza a llenar el espacio y eso juega a mi favor.

Calder se detiene cuando nota que ya no estoy sola.

—Ha habido un malentendido —dice, levantando las manos ligeramente, como si todo fuera una confusión absurda.

Lo miro y siento algo más fuerte que el miedo: rabia pura.

—¡Me encerraste en una habitación vacía! —digo, más alto esta vez, obligándome a vocalizar, aunque me duela la mandíbula—. ¡Intentaste violarme! ¡Me golpeaste!

El silencio cae como una losa. Emma se coloca a mi lado sin dudarlo y toma mi mano temblorosa, antes de señalarlo:

—Será mejor que te apartes, bastardo. —le dice a él, y su tono ya no tiene nada de amable.

Veo cómo calcula sus opciones, cómo mide las caras alrededor, cómo entiende que esta vez no puede taparlo con una sonrisa. Retrocede un paso.

Yo sigo temblando, pero me mantengo de pie.

No lloro.

No me derrumbo. No todavía. Solo siento el latido salvaje en el pecho y una certeza fría instalándose en mi estómago: esto no ha terminado. Y cuando salga del hospital y tenga que decidir si le cuento a Azrael lo que ha pasado, el verdadero temblor no será el mío.

CAPÍTULO 40

Azrael

Nunca dejo de vigilarla cuando trabaja. Nunca. No porque dude de su capacidad, sino porque el mundo está lleno de hombres que confunden una sonrisa profesional con una invitación y la amabilidad con debilidad. Desde que noté la forma en que el doctor Calder la miraba —demasiado fijo, demasiado seguro de sí mismo— puse ojos donde nadie sospecha, hackear las cámaras donde solo hay ángulos muertos para quien no sabe buscar. No necesitaba pruebas para desconfiar, me bastaba el instinto, y mi instinto rara vez se equivoca. Así que lo vi todo. La vi caminar por el pasillo junto a él, rígida pero firme. Vi cómo abría la puerta de esa habitación. Vi la cama vacía antes incluso de que ella se diera cuenta. Vi cómo la puerta se cerraba a su espalda. Vi el momento exacto en que él perdió la máscara y la empujó contra la cama. La vi defenderse.

Willow no es frágil; lo golpeó, lo empujó, luchó con uñas y dientes, pero él la tocó. La golpeó. Y eso… eso nadie puede quedarse a vivir con ello. Hay cosas que no se archivan en un expediente interno, que no se resuelven con una suspensión temporal. Hay líneas que, cuando se cruzan, solo se borran con sangre.

El sonido del forcejeo retumba incluso sin volumen, porque no necesito escucharlo para saber cómo respira ella cuando está conteniendo la rabia; la veo empujarlo, lo veo perder la sonrisa, lo veo agarrarla del brazo.

—¡Suéltame!

Pero él sigue y el movimiento es claro, violento, innecesario, y aunque ella se defiende, aunque lo araña, aunque lo golpea de

nuevo, él la toca, la golpea, y eso… eso nadie puede quedarse a vivir con ello.

Marco el número de Theron Sterling, —el dueño del maldito hospital que quiero ahora quemar —sin apartar la mirada de la pantalla. Estoy demasiado lejos, no llegaré a tiempo, y antes de que pierda la locura, necesito hacer esta llamada e ir por mi chica.

Ya me estoy moviendo. Willow ha salido de la habitación a pedir ayuda y eso, aunque me tranquiliza un poco, odio no estar ahí.

Theron responde.

—¿El doctor Calder es importante para tu nómina? —pregunto cuando atiende.

—¿Qué pasó?

—Te hice una pregunta.

Silencio.

—Claro que no. ¿Qué hizo?

—Atacó a Willow.

La pausa al otro lado es densa.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy viendo.

—Mierda. Haz lo que tengas que hacer… y que sufra.

Se me escapa una risa baja.

—No era permiso lo que te estaba pidiendo, Theron. Te estoy avisando que el doctor Calder se va a ausentar de *por vida* de tu hospital.

—¿Quién es el doctor Calder? —dice y sonrío. Porque lo malditamente entiende.

Cuelgo.

…

Lo espero a la salida apoyado en su Tesla gris, impecable, discreto, mediocre. Cuando aparece, se detiene en seco al verme.

—¿Eres…? —trata de identificarme.

—Doctor Calder —le digo con calma, abriéndole la puerta del coche como si fuera un chofer—. Vamos a dar un paseo.

—No sé qué quieres, pero si esto es por algún malentendido…

—Sube al maldito coche, pedazo de mierda.

—Prefiero que hablemos aquí.

Lo agarro del abrigo y lo estrello contra la puerta.

—He dicho que subas al puto coche.

Sus ojos cambian. Ya no hay arrogancia, solo cálculo.

—Esto es ilegal.

—Atacar a una enfermera también.

Traga saliva.

—No sabe de qué habla.

Esta mierda se atreve a mentirme en la cara.

—La empujaste contra una cama. La golpeaste. La tocaste sin su consentimiento. —arrastro lo último con un susurro— Sube al coche.

Esta vez obedece. Y eso, viniendo de alguien como él, no es obediencia… es pura conveniencia. Conduzco sin música, sin dignarme a mirarlo. El silencio se extiende entre nosotros, espeso, incómodo, como si incluso el aire rechazara compartir espacio con él.

Llevo a mi lado a un hombre que muchos seguramente admiran. Yo no. Yo solo veo lo que es: escoria.

El coche se detiene con un chirrido seco, violento, y durante un segundo todo queda en silencio. Mis manos aprietan el volante con tanta fuerza que los nudillos se me tensan, y tengo que contenerme para no girarme y romperle la cara ahí mismo.

El aire se vuelve denso, cargado de algo oscuro.

—Vuelve a decir eso. Atrévete y Explícame —le digo, girándome hacia él con absoluta calma— cómo se malinterpreta un puñetazo en la cara.

—Me golpeó primero.

—Eres un hijo de puta.

Mi paciencia terminará pronto… error. No tengo paciencia.

—Yo solo…

—Baja.

Lo saco del coche y lo llevo al almacén vacío.

—Esto es un secuestro —dice, la voz quebrándose.

—No. Esto será otro *mal entendido*.

Lo siento en la silla y ato sus muñecas con precisión, sin prisas, asegurándome de que cada nudo quede firme. No hay

titubeo en mis movimientos, solo una calma fría que contrasta con la tensión que llena el ambiente.

Tiro de la cuerda una última vez, comprobando que no tenga margen, que entienda exactamente en qué posición está.

Entonces me aparto un paso, lo observo.

Y sonrío apenas.

—Ahora sí… hablamos. Escúchame bien, *doc*—me agacho frente a él—. Te atreviste a acosarla, a ponerla incómoda y la atacaste por decir no. Todo esto en su lugar de trabajo. Le hiciste sentir miedo donde debería sentirse segura.

—No pasó nada grave.

Me coloco la nudillera de hierro con calma, ajustándola a los nudillos como si fuera parte de mí. No hay prisa, él sufrirá. El primer golpe llega seco, directo al estómago, y le arranca el aire de los pulmones al instante, doblándolo sobre sí mismo.

Ni siquiera parpadeo.

—Para ti no.

El segundo le abre el labio.

—¡Estás loco!

—No. Estoy siendo muy claro.

Se inclina hacia adelante, escupiendo sangre.

—Podemos arreglar esto.

—Ya lo estoy arreglando. Es un mal entendido, como dijiste.

Lo tomo del mentón para que me mire.

—Hay hombres que pueden convencerse de que fue un error, que fue un impulso, que no fue para tanto —le digo despacio, sin alzar la voz—. Tú no va a ser uno de esos hombres. Porque a todos los que me han dado esa misma excusa de mierda, han terminado muertos.

—Por favor…

—Cuando alguien toca lo único que logra mantenerme humano —continúo, ignorando su súplica y lo golpeo directo en el ojo— deja de pertenecer al mundo de los que siguen respirando sin miedo.

Sus ojos se llenan de verdadero terror por primera vez. Bueno, el único ojo bueno abierto.

—No sabía quién era ella para ti.

—Ese fue tu último error.

Lo golpeo debajo de la mandíbula hasta que sus dientes salen disparados al suelo. Un saco de boxeo es más cómodo que su rostro o torso, pero la sangre salpicándome la ropa lo hace mejor.

Lo desato de la silla y cae al suelo. Sigue respirando, pero no por mucho tiempo.

—P…por favor.

Lo alzo del suelo sin el menor cuidado y lo engancho a los ganchos incrustados en la pared, dejándolo colgar como un animal en una carnicería, expuesto, indefenso, reducido a pura carne. Me quito la *nudillera* con lentitud, dejándola a un lado, como si ya no la necesitara. Mis dedos se tensan, se flexionan despacio, hasta que aprieto los puños.

Ahora sí.

Grita al sentir el metal atravesándole la carne y no me importa. Lo miro un segundo más, respirando con la calma exacta de quien ya decidió.

—Espera… —intenta—. Para...

El primer golpe en su nueva posición no es elegante ni calculado; es directo, seco, brutal. Su cabeza se va hacia atrás y el sonido del impacto rebota contra las paredes vacías. No grita al principio.

El segundo golpe sí lo hace gritar cuando lo ensarto más a la pared.

—Ella dijo que no.

Cada palabra acompaña un impacto.

—Dijo. Que. No.

Intenta hablar, el hijo de puta es fuerte, pero no hay defensa real cuando alguien decide no parar. Sus puños son débiles, desordenados, desesperados. Los míos no.

—¿No fue para tanto?… —escupo.

La risa que se me escapa no tiene humor. Lo agarro del cabello y lo obligo a mirarme.

—Para ella lo fue, la traumatizaste y ahora tendré que curarla de eso también.

El siguiente golpe lo tumba por completo. No intento hacerlo rápido. No intento hacerlo limpio. Cada vez que intenta hablar lo vuelvo a golpear. Costillas. Mandíbula. Estómago. Sin frenesí descontrolado. Con constancia.

El almacén se llena del sonido de respiraciones rotas y carne contra carne.

Ya no escucho.

Me quedo de pie sobre él, el pecho subiendo y bajando con fuerza, esperando. Hay un punto exacto en el que el cuerpo deja de luchar incluso cuando la mente quiere seguir suplicando. Ese punto llega.

Silencio.

Me acerco, compruebo lo necesario. No hay reacción. No hay nada que regrese. No siento alivio. No siento triunfo. Solo la certeza de que no volverá a tocar a nadie. Me limpio las manos en su propia camisa y me voy. La noche sigue intacta. Y él ya no forma parte de ella.

Cuando todo termina, no hay catarsis. No hay sensación de victoria. Solo un cuerpo inmóvil y el eco de su última súplica aún suspendido en el aire frío del almacén. No me quedo contemplando lo que hice porque no necesito contemplarlo; las decisiones no se admiran, se ejecutan. Subo al coche que dejé escondido varias calles atrás y conduzco de regreso con la mente clara. No repaso lo ocurrido. No necesito justificarlo. Él cruzó una línea que no admitía advertencias, y yo simplemente me aseguré de que entendiera el precio.

Cuando la vea, nadie más que yo sabrá que su agresor ya no respira. Ella no tendrá que cargar con esa información. Solo notará que el hospital está un poco más tranquilo.

Eso es suficiente.

CAPÍTULO 41

Willow

El Black Veil luce abarrotado esta noche. Recuerdo la primera vez estuve aquí y mi pecho se aprieta, fue la primera vez que me sentí viva, libre y sin ataduras, fue así como ellos me hicieron sentir y es lo mismo que espero encontrar esta noche. Exactamente el tipo de lugar donde nadie hace preguntas que no quiere escuchar respondidas.

Entro con la chaqueta bien cerrada hasta el cuello, el olor a alcohol, cuero y metal oxidado golpeándome antes de que la puerta termine de cerrarse detrás de mí. Las luces son bajas, rojizas, y el ruido del público vibrando por la pelea en el fondo hace que todo se sienta vivo, sudoroso, eléctrico. Camino directo a la barra, intentando ignorar el dolor sordo en mi pómulo cada vez que sonrío aunque sea apenas, y ahí está Troy, apoyado con los antebrazos sobre la madera, camisa arremangada, sonrisa torcida como si siempre supiera exactamente como hacerse ver para parecer caliente.

Sonríe más cuando nuestras miradas se cruzan.

—*Ratoncita*… ¿ya me extrañas? —dice, sin sorpresa, como si me hubiera estado esperando.

Me apoyo en la barra y lo miro de arriba abajo con descaro medido, porque sé que le gusta que lo observe así. Y a mí me gusta todo de este chico, incluso la forma en cómo él come la polla a Azrael.

—Claro que sí… si me sirves un trago.

Sus labios se curvan más.

—Todo lo que quieras, *nena*.

Se mueve con esa seguridad relajada que lo hace peligroso y encantador a partes iguales, sirve el whisky sin apartar los ojos de mí, como si el vaso fuera solo una excusa para sostener la conversación. *Lo mejor de los dos mundos*, pienso inevitablemente, porque Troy tiene la calidez que Azrael no muestra y Azrael tiene la oscuridad que Troy disfruta provocar, y yo he estado entre los dos, bajo los dos, con los dos, sintiendo cómo sus manos distintas se complementaban como si llevaran años compartiéndolo todo… incluso a mí.

Troy desliza el vaso hacia mí y entonces su expresión cambia apenas, lo suficiente cuando me ve bien el rostro.

—¿Qué te sucedió en la cara, Willow?

Me encojo de hombros y tomo el vaso antes de responder.

—No es nada.

Él resopla.

—Y una mierda.

Sale de detrás de la barra sin pedir permiso, rodea el mostrador y se planta frente a mí, demasiado cerca, demasiado atento, y antes de que pueda apartarme coloca un dedo bajo mi barbilla para inclinar mi rostro hacia la luz. El gesto es suave, casi delicado, pero firme. Sabe que no me gusta que me traten como frágil.

El moretón debe verse peor de lo que pensé, porque su mandíbula se tensa. Mis ojos se llenan de lágrimas traicioneras, pero me niego a que caigan. No voy a llorar aquí. No delante de nadie.

—Habla —dice, más bajo ahora—. ¿Quién fue?

Aprieto el vaso con fuerza.

—Un idiota.

Sus ojos me estudian. No me cree cuando intentó minimizar algo.

—¿Lo sabe Azrael? Porque cuando lo sepa, el hombre que te hizo eso será hombre muerto.

No puedo evitar reírme, aunque el movimiento me duela. No me importa que personas como el doctor Cardel mueran, se lo merecen por tomar lo que no es de ellos.

—Podrías no decirle…

—Responde —insiste—. ¿Lo sabe Azrael?

Lo miro un segundo antes de negar con la cabeza.

—No. No lo sabe. Y no le dirás.

Troy inclina la cabeza, evaluándome.

—¿Y dónde está, por cierto? —pregunto, vaciando el vaso de un solo trago, aunque el alcohol me queme más de lo normal.

Él sostiene mi mirada un instante más y luego sonríe apenas.

—Detrás de ti.

Me giro.

Azrael viene hacia mí entre la multitud como si el espacio se abriera solo para dejarlo pasar. Camina sin prisa, pero cada paso tiene un suspenso que hace que mis tripas se muevan más de lo normal. Lleva las manos vendadas, la camiseta ajustada al torso todavía húmeda de sudor, la expresión cerrada, impenetrable. Lo observo acercarse mientras Troy hace algún tipo de gesto con la mano, un lenguaje que no entiendo, algo rápido entre ellos. ¿Qué demonios están diciendo? ¿Desde cuándo se hablan así sin palabras? Frunzo el ceño, pero los ignoro porque no quiero parecer paranoica ni necesitada de su atención.

Bajo la mirada a mis uñas negras y cortas. El esmalte empieza a caerse en las puntas. Raspo una esquina con el pulgar, distraída, intentando controlar el temblor leve que todavía me recorre por dentro.

—Vamos arriba —escucho su voz a mi lado antes de sentirlo del todo.

Su aliento roza mi mejilla y luego sus labios se posan justo sobre el moretón, un beso lento, deliberado, como si estuviera marcando el territorio que ya es suyo.

Me estremezco.

—Bien… si me gritarás arriba, mejor hazlo acá. Quiero beber.

Troy gruñe. Su boca se curva apenas contra mi piel ahora, cuando es el él que se acerca para susurrarme:

—*Ratoncit*a, aquí la única que grita eres tú.

Las mejillas me arden. Troy suelta una risa baja detrás de la barra.

—Y fuerte —añade, disfrutando del espectáculo.

Les lanzo una mirada asesina, pero el calor ya me ha subido por el cuello.

Azrael desliza los dedos por mi cintura, posesivo y firme, como si necesitara comprobar que estoy entera. Sus ojos bajan a mi pómulo otra vez y algo cambia ahí, algo oscuro, sincero.

—¿Quién fue? —dice finalmente, sin humor.

—Nadie.

—Willow.

La forma en que pronuncia mi nombre no es suave ni cariñosa. Es advertencia. Troy se apoya en la barra con los brazos cruzados, observándonos como si estuviera viendo una pelea más interesante que la del ring.

—Le pregunté lo mismo —comenta—. Dice que fue un idiota.

Azrael no aparta la mirada de mí.

—¿Quieres que deje de preguntar?

Su pulgar roza el borde del moretón. No duele. Lo hace con cuidado, casi con reverencia. Niego con la cabeza despacio.

—Sabes quién fue y sé lo que harás, así que no quiero saberlo.

Una pausa. Su mandíbula se tensa apenas.

—Eso depende.

Trago saliva.

—No necesito que me salves, Azrael. Ya te lo dije.

—Demasiado tarde, *Mäuschen* —responde—. Te protejo y cuido lo que nos pertenece.

Y no lo dice como una promesa romántica. Lo dice como un hecho mirando a Troy. No sabía que ya le pertenecía y ese hecho hace que me sonroje más.

Troy carraspea.

—Si vamos a ponernos intensos, hagámoslo arriba. El público paga por sangre y alcohol, no por *ratoncitas* asustadas.

Le lanzo el vaso vacío y lo atrapa sin esfuerzo, riendo. Azrael desliza su mano hasta entrelazar sus dedos con los míos, gesto inesperadamente humano, cálido pese a la rudeza que lo rodea.

—Vamos —repite, más bajo esta vez.

Lo sigo, consciente de la mirada de Troy clavada en mi espalda cuando nos sigue, consciente de que confía en él lo suficiente como para compartirlo todo, incluso mis silencios, y siento su mano tomar la otra.

—Te cuidamos, *Ratoncita.*

¿En qué momento me enamoré tan rápido de Troy como lo estoy de Azrael?

Debe ser por el buen sexo. El nudo en mi pecho se afloja apenas, porque le creo, entre golpes y miradas peligrosas, no me siento débil. Me siento vista y adorada por ellos dos.

…

Troy Cierra la puerta detrás de nosotros y el ruido del bar se convierte en un murmullo lejano, como si el mundo quedara suspendido afuera. Troy se deja caer en el sofá con una sonrisa ladeada, observándonos como si esto fuera un ritual que conoce de memoria. Azrael no sonríe. Nunca sonríe cuando me mira así.

—Ven aquí —dice Azrael, sin alzar la voz.

No es una orden gritaba y eso lo hace peor. Es Directa. Camino hacia él y siento a Troy levantarse detrás de mí. No me tocan todavía. Me rodean.

—¿Sigues queriendo beber? —murmura Troy cerca de mi oído.

—Depende de lo que me vayas a dar —respondo, girando apenas la cabeza.

Él ríe suave.

—Siempre tan hambrienta, *Ratoncita.*

Azrael desliza sus dedos por mi mandíbula, evitando el moretón con cuidado que no quiere admitir.

—¿Te duele?

—No.

—Mientes mal.

—No vine aquí para hablar de eso.

Su mirada oscurece.

—Entonces dime para qué viniste.

Sostengo su mirada sin bajar la mía.

—Para que me *distraigan.*

Troy silba bajo.

—Eso sí que sé hacerlo bien.

Azrael me toma de la cintura y me acerca a su pecho con firmeza, pero sin brusquedad. Su voz baja apenas un tono cuando me habla, es un susurro que me hace erizar la piel:

—No somos distracción, Willow.

—No —añade Troy, colocándose detrás de mí, sus manos deslizándose por mis brazos—. Somos tu *vicio*.

Mi respiración cambia, aunque intento mantener el control.

—Presumidos.

—No es un tema de presunción si es verdad —dice Troy, sus labios rozando mi cuello sin tocar del todo—. La última vez no estabas tan sarcástica.

Azrael inclina la cabeza y se acerca para susurra cerca de mi boca:

—La última vez rogabas.

El calor me sube al rostro otra vez.

—No recuerdo eso.

Ahora es Troy se inclina para que lo mire.

—Yo sí. Bastante claro, de hecho.

Azrael desliza una mano por mi espalda, lenta y firme, como si ya supiera exactamente dónde detenerse y cómo hacerme reaccionar sin necesidad de apurarse. El contacto es seguro, controlado, y aun así me recorre un escalofrío que me deja sin aire por un segundo.

—Dime qué quieres esta vez.

No es una pregunta ligera. Los miro a los dos. La intensidad en la habitación es casi tangible.

—Quiero dejar de pensar.

Troy me gira hacia él y sus dedos se hunden en mi cintura.

—Entonces deja que pensemos por ti. ¿Quieres que seamos suaves? —pregunta Troy, pero su sonrisa dice que ya sabe la respuesta.

—No.

Azrael finalmente habla, más bajo que antes.

—Mírame.

Lo hago.

—Si en algún momento no lo quieres, lo dices. Recuérdalo, tú tienes el control.

Asiento.

—Pero si lo quieres… no te vamos a dejar escapar.

Mi pulso se acelera, traicionándome, mientras intento mantener la calma. Siento cómo el aire se me queda corto y cómo todo lo demás deja de importar en un instante.

—Hablas demasiado.

—Y tú demasiado poco —responde él.

Azrael me toma del mentón con firmeza.

—Dilo.

—¿Qué?

—Que nos quieres.

Ruedo los ojos, pero mi voz sale más suave de lo que pretendía.

—Los quiero... a ambos.

Troy sonríe satisfecho. Azrael no sonríe, pero sus dedos se tensan apenas.

—Entonces deja de fingir que esto es solo para distraerte.

Me carga y me lleva hasta la habitación, una gran cama *king* nos saluda, con sábanas negras y un cabecero negro terciopelo. Me coloca con cuidado hasta que mis pies tocan el suelo y me empuja. Troy nos ha seguido riendo como un adolescente travieso, al entrar no duda en arrodillarse frente a mí, apoyando los brazos en mis muslos, mirándome como si yo fuera el centro exacto de su entretenimiento.

—Siempre te pones roja cuando él habla así —dice, divertido.

—Cállate.

Azrael se inclina a mi lado y el colchón se hunde y murmura contra mi oído:

—No lo mandes a callar. Me gusta cuando se pone creativo.

Troy alza la vista hacia Azrael con una sonrisa cargada de complicidad.

—¿Quieres que sea creativo?

—Quiere que la hagamos olvidar ya la escuchaste. —le dice Azrael.

Mi respiración se quiebra apenas. Troy vuelve a mirarme.

—Eso puedo hacerlo. Despacio… o como te gusta de verdad.

—Lo quiero todo—susurro, pero mi rostro se esconde cuando bajo hacia mis manos.

Azrael desliza los dedos por mi cuello hasta mi clavícula.

—Míranos cuando hables —dice—. No bajes la vista.

Y no lo hago. En esa habitación no soy la enfermera golpeada, ni la mujer que intenta no llorar en un bar. Soy la que eligen. La que desean. La que controlan solo porque yo lo permito.

—*Mäuschen*… hoy vas a gritar otra vez. —me da un beso suave en los labios—levanta los brazos.

Sus manos se apartan de mi cuello y me quita la chaqueta primero y luego la camisa, en ella se va también mi sostén y los pezones se endurecen más con el cambio de temperatura.

Azrael no aparta la mirada de mí cuando Troy lleva una mano a uno de mis pechos y los acaricia; no hay celos ahí, no hay competencia, hay algo más oscuro y más íntimo: confianza y entrega. Entre ellos no existe la duda, solo un lenguaje propio en el que yo soy el centro, pero no el motivo de conflicto. Soy el punto de unión.

Troy desliza los dedos lentamente por mis muslos, observando cada cambio en mi respiración como si estuviera afinando un instrumento, y Azrael se inclina más cerca, su pecho rozando mi espalda, su calor envolviéndome hasta que la habitación parece más pequeña, más densa.

Me quita mi pantalón de cuero cuando los saca por mis tobillos junto con mi tanga.

—Mírate —murmura Troy, inclinando apenas subiendo por mi cuerpo para buscar mis ojos—. Hace cinco minutos querías ahogar algo con whisky… ahora ni siquiera recuerdas por qué estabas temblando.

—No estaba temblando —susurro, aunque mi voz no tiene la firmeza que intento fingir.

Azrael desliza su mano por mi otro pecho y la aprieta un pezón lo suficiente como para hacerme consciente de cada centímetro de contacto.

—Sí.

Su boca roza mi oído.

—Y ahora estás caliente.

Las mejillas vuelven a arderme, pero no aparto la mirada.

Azrael no lo contradice. Sus dedos se deslizan por mi clavícula, lentos, deliberados, como si estuviera reclamando territorio sin necesidad de marcarlo con palabras. Hasta que llega a mi pelvis, luego Troy me abre las piernas y Azrael desliza su mano por mi raja y me encuentra húmeda y lista.

—Dime que lo quieres —susurra contra mi piel.

No puedo. Troy se inclina un poco más cerca, su voz baja, cargada.

—Dilo y paramos.

Esa es la parte que siempre me desarma: la elección. Nunca me toman. Nunca me arrastran. Siempre me dejan decidir.

—No quiero que paren —respondo al fin, sosteniendo la mirada de Troy y luego la de Azrael.

El ambiente se vuelve más intenso, casi desafiante, mientras sigo disfrutando del dulce sin importarme ensuciarme un poco.

—Qué golosa eres —murmura uno de ellos, con una media sonrisa.

Troy se coloca a mi lado, rozando mi hombro mientras me observa con calma. Azrael no tarda en acercarse también, atento a cada gesto, como si le divirtiera verme así.

—Pídelo —dice Azrael.

Mi pulso se acelera.

—Lo quiero todo —respondo al fin, sin apartar la mirada.

—En la cocina, el otro día… te preparé para algo como esto.

Sus palabras me atraviesan y trago saliva. El recuerdo me golpea de lleno, demasiado vívido: la presión, la cercanía, la forma en la que supo exactamente hasta dónde llevarme sin romperme y sus dedos dentro de mi culo y coño.

Pero cuando veo el juguete anal en forma de diamante que tiene Troy en la mano me tenso. No porque sienta miedo, mi culo ya lo está deseando.

—¿Quieres esto, *Ratoncita*?

Troy se acomoda nuevamente entre mis piernas moviendo suavemente el juguete para que lo observe. Azrael se mantiene firme a mi espalda haciéndome saber que está de acuerdo con todo y a su vez, que detendrá cualquier cosa si me siente dudar.

Troy desliza el juguete por mi abdomen suavemente y me estremezco por el metal, sus manos dejan suaves caricias en mis muslos mientras yo me recuesto entre agradables temblores en el pecho de Azrael. Ambos me llevan a un frenesí que me aturde y me llena de deseo. Troy sigue bajando con el juguete, acariciando con este suavemente entre mis piernas y dejando el metal lleno de mis fluidos. El frío del metal no dura mucho ya que los labios de Troy llegan rápidamente hasta mi centro y comienza a lamer sin piedad alguna.

Siento las lamidas sin frenesí y luego siento que se concentra en mi clítoris. Estoy por correrme de nuevo, no sé si por la necesidad, por la calentura, por el deseo de olvidar o porque Troy es un experto comiendo coños, pero estoy tan cerca que no me importa correrme una y otra vez.

Mi espalda se arquea y pequeñas gotas de sudor bajan sobre mi frente cuando me corro con un grito y Azrael aprieta con fuerza mis pezones. Mis mejillas se ruborizan y suaves gemidos que no puedo contener inundan toda la habitación. Yo sigo a un lado de la cama con las piernas colgando y Troy me desliza de manera que, mi vagina quede convenientemente en el borde de la cama y siento la joya en mi culo.

Completamente lleno.

¿En qué momento lo metió ahí? Joder, eso se siente muy bien.

—Ahora dime, Willow —dice Azrael, su voz baja, firme—. ¿A quién quieres en tu culo?

El silencio pesa. Troy no se aparta, su presencia es constante, casi envolvente. Siento su respiración rozando mi cuello, sus dedos

deslizándose apenas por mi brazo, provocando sin apurar.

Mi pulso se dispara.

—A ti —respondo, apenas en un susurro.

Algo cambia.

Sus movimientos son demandantes pero pausados, delicados incluso, sus labios dejan suaves caricias en mi cuello y se van acercando hasta mi mejilla. Suaves caricias, pequeñas promesas me dejan sus labios en la piel y no puedo evitarlo, mis labios acaban buscando su boca con desespero y anhelo y el regresa el beso.

Con mucho control.

Troy no se aparta. Al contrario, se acerca más. Mis labios siguen en una sabrosa guerra de deseo sobre la boca de Azrael, pero Troy demanda mi atención jalándome suavemente. Azrael solo observa, pero no me detiene, yo me acerco a Troy pero el movimiento hace que el juguete se mueva en mi culo y eso genera un nuevo estímulo que hace escapar un gemido de mis labios.

Troy me arrastra por la cama suavemente apegado a él y me hace poner de pie, mi cuerpo se tensa ante la invasión en mi culo, pero mantengo el control probando este nuevo placer. Azrael se mantiene en la cama observando mi cuerpo, pero puedo notar cómo sus ojos me devoran con deseo.

—Mierda—gimo, y me agarro de ambos. Necesito correrme de nuevo, como los necesito sentir a ellos dentro de mí.

Me quedo sin aire.

Azrael inclina la cabeza, observándome como si estuviera midiendo cada reacción, cada pequeño gesto que me traiciona.

—Mírame —ordena en voz baja.

Lo hago.

Y cuando sus labios finalmente rozan los míos, un beso profundo, como una declaración. Como si marcara territorio sin necesidad de decirlo en voz alta. Troy se mueve a mi lado ahora sin ropa y Azrael comienza a desvestirse con su ayuda, estoy demasiado mareada, demasiado embelesada con sus bellezas que solo puedo verlos jugar entre sí.

Estoy atrapada entre los dos.

Y no quiero escapar.

Lo observo sin querer hacerlo de manera evidente, pero es imposible no fijarse. Tiene una belleza que no es delicada ni frágil, sino firme, marcada por una seguridad que se siente en cada gesto mientras me sonríe con picardía, es su manera en que respira, en cómo sus movimientos son siempre precisos, como si nos conociéramos de toda la vida, o como si dos almas que han sufrido por fin se conozcan.

Su mirada vuelve a mí, intensa, directa, como si supiera exactamente lo que pienso incluso sin que lo diga.

—Dame ese coñito apretado*, Ratoncita* y ponme esas lindas tetas en mi cara.

Las paredes de mi vagina aún se están contrayendo por el anterior orgasmo, así que me preparo también para su tamaño, una polla muy hermosa, gruesa y rosada que ya está llorando de excitación.

Me acerco hasta la cama suavemente y me subo a gatas, esto me arranca un pequeño gemido porque mis movimientos generan fricción en mis paredes y hacen que mi ano se tense alrededor de la joya. Ya sobre la cama, me acomodo entre sus piernas y le doy una lamida desde la base, le paso la lengua hasta la punta, saboreando la parte salada que reclama mi coño.

—Eso es jodidamente sexy, *Mäuschen*—dice Azrael, pellizcando el juguete de mi culo y sacando más humedad de mi vagina para chuparse los dedos.

Saco el pene de Troy de mi boca y lo monto, no sin antes Azrael tomarme fuerte del cuello y hacer que lo bese, su lengua reclama la mía y me pierdo de pronto en la droga que me dan siempre sus besos.

—Quiero verte montarlo, Willow. Quiero ver cómo te deshaces por su polla como lo haces por la mía.

Me coloco sobre Troy y llevo su polla a mi entrada resbaladiza. Me masturbo primero con ella antes de meterla y puedo ver cómo se contiene, tiene los labios entre abiertos y su mirada me quema. Me deslizo poco a poco. Ambos tienen una polla grande, así que lo tomo con calma, pero Troy tiene otros planes, me mira por un

momento y me dedica una mirada traviesa cuando levanta de pronto sus caderas y me penetra hasta el fondo.

—Oh, mierda—gimo de puro placer. El ardor, la llenura, todo me supera en estos momentos cuando Azrael vuelve a reclamar mi boca y hace que me mueva mientras me besa. Troy me agarra de las caderas y empuja rítmicamente de abajo hacia arriba.

Azrael deja de besarme y lo siento cuando se coloca detrás de mí. Su mano caliente va a dar a mi espalda, primero me acaricia al mismo tiempo en que hace que me agache hasta que mis tetas rozan la cara de Troy, y él no toma de una a una mis pezones para rozar el metal de su lengua en ellos.

Azrael saca con cuidado el juguete de mi ano y me quejo del vacío que siento.

—No te preocupes, pronto lo llenaré—dice, depositando un beso en mi cabeza.

Y siento que acaricia mis pliegues, llevando mis fluidos hasta mi ano. Me preparo para sentir la cabeza haciendo presión para entrar.

—Respira—gruñe, penetrando suavemente mi ano y llenándome de a poco. Sé que se está conteniendo mientras gimo no solo de dolor, sino de que ese mismo dolor me llena de placer.

Troy besa mis pezones y lleva una de sus manos hasta mi clítoris y comienza a acariciarlo.

—Eso es, *Ratoncita.* —lo acaricia sin frenesí y al mismo tiempo me muevo sintiendo más dentro de mí a Azrael.

Es la mejor sensación.

—Oh, Dios…yo…no puedo…joder—chillo y comienzo a moverme, sintiendo la polla de Troy en mi coño y la de Azrael en mi culo. No me muevo más cuando ellos toman el control y comienzan a penetrarme a un ritmo perfecto.

Troy no deja de besar mis labios y morder fuerte mis pezones. Azrael acaricia mi espalda y lleva también uno de sus dedos a mi clítoris cuando Troy se lo permite.

Ahora los dos están acariciando mi clítoris al mismo tiempo, manteniendo la presión perfecta mientras bombean mis orificios al mismo tiempo.

—Mierda, voy a correrme—les aviso a ambos.

Sus embestidas siguen firmes y sonoras, la combinación de sus gruñidos y mis gemidos lo acompañan. Cuando no puedo más grito de placer llegando al orgasmo más duro que he vivido nunca. Siento primero palpitar el pene de Troy cuando llega al clímax y me inunda con su semen caliente que puedo sentir que gotea fuera. No por eso deja de embestirme ni de apretar mis caderas. Como tampoco Azrael se detiene ni deja de gruñir en mi espalda cuando de pronto toma mi cabello y me hala hacia atrás para embestirme más fuerte. Mis paredes lo aprietan y otro orgasmo me ataca.

—Qué bien lo haces, Willow—ese es Troy, recuperándose de su orgasmo mientras deposita besos por todos lados de mi rostro y pecho.

Azrael ataca mi culo como un animal y no me quejo, me gusta. Como también me gusta la forma en cómo Troy ahora me ve, con deseo, con lujuria y con algo más, es esa mirada de que sabes que, estás atrapado.

Bueno, el sentimiento es mutuo.

Azrael se corre con un gutural gruñido y Troy lo ve por un segundo sonriente. Me dejo caer en el pecho de Troy solamente cuando Azrael suelta mi cabello, y luego Azrael deja caer parte de su cuerpo sobre mí. Los tres estamos jadeando, el olor a sexo se siente en el aire.

Y mi corazón como mi coño y culo, están llenos.

CAPÍTULO 42

Troy

Días después

No hay suficiente tiempo para explorar a la pequeña *Ratoncita* que tengo sobre a mí jadeando, y eso es lo único que me irrita de este momento. Desde la primera vez que la vi caminar detrás de Azrael, con ese paso que intenta ser firme, aunque el mundo le quede grande, supe que ambos estábamos jodidos. Nosotros siempre compartimos mujeres; nunca fue un problema, nunca hubo celos ni grietas, solo hambre bien entendida y cuerpos que entraban y salían sin dejar marca. Pero ella no entró, ella se quedó. Se metió debajo de la piel sin pedir permiso. Su calidez no es de este mundo, su pequeña actitud atrevida no es pose, su sonrisa no es estrategia; es natural, peligrosa en su naturalidad.

Ese cabello rizado que parece hecho para enredar los dedos y esa piel color caramelo que provoca morder sin pensar, y luego están sus ojos… esos malditos ojos verdes que no solo miran, me desarman. Esconden secretos, lo sé. Azrael me tiene investigando cada rincón de su pasado, cada sombra, como si fuera tan bueno como código negro para investigar cosas. Pero ahora mismo no quiero pensar en secretos. Ahora mismo solo quiero pensar en cómo se siente cuando nos mira a los dos como si estuviera cayendo voluntariamente en algo que sabe que no es seguro.

Nuestra historia es rara como perfecta, fue *amor a primera vista*, es como me gusta llamarlo. Conocí a Azrael hace algunos años, cuando todavía obedecía a su maldito padre con esa rabia silenciosa que siempre llevó dentro. El boxeo fue su vía de escape, y mi club se convirtió en su territorio, en su templo. Se enamoró del ring, del olor a sangre y sudor, y de mí también, aunque ninguno de los dos lo diga en voz alta. *Después lo amé más cuando se rompió*

por completo. Lo nuestro no tiene título ni necesita uno; somos dos almas torcidas que encontraron en el otro un reflejo soportable. Nos fundimos en el placer como quien comparte un cigarro después de una pelea, y siempre compartimos también a la mujer que esté en medio. Pero esta mujer… esta no es solo un cuerpo que disfrutamos. Es diferente. Es dulce, sí, pero también es fuego lento. Puedo ver lo que le hace a él cuando la mira, cómo se le endurece la mandíbula, cómo baja la voz sin darse cuenta. Y puedo sentir lo que me hace a mí, cómo me obliga a querer quedarme un poco más, a no tratar esto como un simple juego.

Eso nunca había pasado. Nunca.

Con las otras todo era simple: deseo, descarga, despedida. Con ella hay algo que se enreda. Hay conversación, hay silencios que son distintos, hay una forma en que se acomoda entre nosotros como si siempre hubiera pertenecido ahí. Ya habrá tiempo para que se abra del todo, para que entienda que no se trata solo de deseo sino de territorio, que cuando decimos que es nuestra no es una frase sucia susurrada en la cama, es una promesa. Y que nosotros también somos suyos, aunque nos cueste admitirlo con palabras y caricias.

No he estado tanto tiempo con ella como Azrael, pero escucharlo hablar de ella es casi como tenerla sentada frente a mí; describe su risa, su manera de desafiarlo, la forma en que lo mira cuando cree que él no la ve. Y desde aquella noche en que dejó que la probáramos al mismo tiempo, la dinámica cambió. No hubo incomodidad ni duda, solo una entrega que no quiero que se detenga nunca.

Y quiero más. No solo su cuerpo. Quiero esa chispa insolente cuando responde, esa mezcla de valentía y miedo que la hace apretar los puños, aunque esté rodeada de dos hombres que podrían devorarla. Azrael no fue el único que quedó cautivado por su belleza; yo también sentí el golpe, directo al pecho. Es como una pequeña bola de peligro envuelta en piel suave, una criatura que parece frágil hasta que te das cuenta de que es ella quien te está arrastrando más adentro. Te consume sin hacer ruido, y cuando intentas dar un paso atrás ya estás demasiado implicado.

Y lo peor es que no quiero retroceder.

—Dime algo, *Ratoncita* ¿A quién perteneces? —está tan cerca, que puedo sentir su pequeño botón palpitar en mis dedos.

—Azrael.

Me detengo apenas, reduciendo la intensidad solo para obligarla a repetirlo.

—Dímelo otra vez—repito.

—Ustedes—responde, con la voz quebrada por la emoción. —Solo a ustedes.

Azrael suelta una risa baja antes de volver a besarla. Nos apartamos lo justo para deshacernos de la ropa, sin dejar de tocarla, sin dejar de mirarnos entre nosotros. La levantamos y la llevamos hasta la cama. Willow deja escapar un sonido suave mientras nos ayuda a terminar de desvestirnos, impaciente.

—Tan impaciente—la hago girar hacia la orilla, yo detrás de ella y mostrándome ese lindo culito y firme. Mi palma la masajea, pero termino dándole una cachetada en la nalga y gime. Mi mano recorre su espalda con lentitud, marcando el territorio, provocando una reacción que no intenta ocultar.

Le gusta el dolor. Azrael me lo dijo, pero era algo más que obvio.

Me pongo el preservativo, y acaricio su espalda arqueada, Azrael ya está frente a ella bombeando su propia polla. Hay fuego en sus ojos, en los míos. A ella le gusta estar en medio, lo noto en cómo respira, en cómo tiembla sin retroceder. Le gusta lo que ve, tenernos así y ambos nos quemamos con la mirada.

—¿Quieres que te tome Troy mientras yo tomo esa linda boca que tienes, *Mäuschen*?

Ella responde con un grito, cuando llevo mi lengua desde su raja hasta su coño jugoso y asiente con la cabeza. Ella asiente sin dudar, con otro gemido que no intenta reprimir.

La guiamos rodeándola. No es solo deseo; lujuria pura la que se respira en el aire. Azrael y yo nos observamos por encima de su cuerpo, *mi jodido hombre.* Somos dos fuerzas empujando en la misma dirección, y ella es el centro donde todo converge.

—No te escucho, *Ratoncita*. ¿Quieres que folle este lindo coñito que pide a gritos ser estirado con mi polla?

—Oh, sí… por favor. —sus gritos son tan condenadamente hermosos.

Guío mi polla hasta su entrada y sin previo aviso la penetro fuerte, echando su cuerpo hacia adelante, ella grita del placer mientras Azrael le llena la boca con la polla. Mientras la follo por atrás, Azrael y yo nos miramos, somos fuego y Willow es el combustible, sus gritos son tragados por la boca de mi *Escorpión* y el gruñido de este amortigua sus gemidos.

—Joder—gime Willow, moviendo más sus caderas de adelante hacia atrás.

—Recuerda a quién perteneces, *Ratoncita*—le recuerdo, llevando mi palma otra vez hacia su culo y dando otro azote.

Empujo dentro de ella más fuerte, mientras clavos mis dedos en sus caderas perfectas. La vista *corazón* que me ofrece mi culo hace que mi polla se sacuda cada vez más dentro.

—A ustedes—gime—joder, voy a correrme.

—Dánoslo, *nena*—acelero las embestidas, sintiendo mis huevos tensarse, su coño está hecho a la medida, y sus gemidos son la perfecta combinación.

—Joder—sus paredes apretadas y resbaladizas se aprietan alrededor de mi polla, sus pechos rebotan con cada arremetida profunda y cuando escucho que grita nuestro nombre, yo también exploto con ella con dos cargas más.

Azrael gruñe y me ve antes de echar la cabeza hacia atrás, estallando en la lengua expectante de Willow.

—No lo tragues aún, *Ratoncita*. Quiero que lo compartas conmigo.

Ella se incorpora y la tomo del cabello suavemente para que gire su boca hacia la mía y me bese, el sabor salado de Azrael explota en mi boca, mientras me fundo en un beso con Willow. Puedo sentir a Azrael acercarse a mi lado y acaricia mis huevos.

Explosivo, los tres somos explosivos. Solamente espero que se quede para siempre a nuestro lado.

…

Me quedo despierto un momento más, con ella acurrucada contra mi costado después de la ducha, el calor de su cuerpo todavía mezclado con el agotamiento. Se durmió rápido, como si el sueño la reclamara con la misma naturalidad con la que respira, admiro su cabello castaño rizado extendido sobre las sábanas como un abanico oscuro, su respiración profunda y lenta, y esas pestañas espesas que proyectan sombras suaves sobre sus mejillas.

Esta chica es jodidamente hermosa. Y *mía. Nuestra.*

Azrael tuvo que ir al despacho que compartimos en la otra habitación y el silencio de la habitación se volvió extraño cuando se marchó. Vuelvo la mirada hacia Willow y es la primera vez que me descubro observando a una mujer con tanta atención después de haber tenido sexo con ella. Antes, el deseo era simple, físico, algo que se apagaba cuando el cuerpo se calmaba. Con ella no. Hay una satisfacción distinta, una especie de calma peligrosa que se mezcla con el recuerdo de cómo se sintió tenerla entre nosotros.

Ni siquiera había sentido eso por otro hombre más que por Azrael.

Las otras mujeres fueron siempre encuentros sin raíces, cuerpos que servían para descargar tensión y continuar la noche sin mirar atrás, coños vacíos, como solía decir en silencio para mí mismo, espacios que se llenaban y se olvidaban con la misma facilidad con la que se bebe un trago de whisky después de una pelea en el ring. Pero ella no es así. Ella se mueve dentro de la cabeza incluso cuando ya no está hablando, incluso cuando respira despacio y se abandona al sueño.

Se inquieta un poco mientras duerme, un pequeño movimiento que hace que mi mano caiga lentamente hacia ella, acercándola un poco más, como si algo dentro de mí se resistiera a dejar que la distancia creciera entre su cuerpo y el mío. No la despierto. Solo la sostengo con cuidado, sintiendo el peso de su presencia y la extraña satisfacción que me produce saber que este ha sido el tiempo más largo que he pasado con ella sin la urgencia constante de movernos, de buscar algo más, de llenar un vacío que normalmente nos persigue.

Azrael tiene razón en una cosa que no me gusta admitir en voz alta: hay algo en Willow que despierta un instinto distinto al simple deseo. No es solo la necesidad de poseerla o de tocarla. Es la urgencia de protegerla, de asegurarse de que el mundo no la rompa de una manera que no pueda recomponerse después.

Y lo más loco es que no sé nada de ella. Y al mismo tiempo quiero saberlo todo.

No conocemos su pasado, su historia completa, y eso no parece molestarme tanto como debería. Hay zonas de ella que permanecen cerradas, y aunque la curiosidad existe, no es una curiosidad invasiva. Es más bien la duda de que algunas heridas se cuentan cuando la persona está lista para hacerlo.

Sé que quiere creer que no necesita nada ni a nadie. Es una mujer que se viste de cuero como si fuera una armadura, fascinante en su forma de caminar sola, de sostener la mirada del mundo sin pedir permiso y salvar vidas, joder. Y es cierto: no necesita un hombre para existir, ni para respirar, ni para mantenerse de pie.

Pero hay algo que ella sí necesita, y que nosotros también hemos empezado a necesitar sin decirlo con todas las letras: *Un lugar que no se sienta como un campo de batalla.*

Un hogar que no tengamos que huir. Porque Willow es ese lugar para nosotros, igual que nosotros estamos empezando a serlo para ella.

CAPÍTULO 43

Azrael

Le dije a Troy que iría al despacho, pero estoy de nuevo aquí en el bar de su club. Mientras Willow duerme en sus brazos. Me gusta así. Me gusta verlos, son las únicas dos personas que no llevan mi sangre que me han importado lo suficiente. Cuando conocí a Troy fue algo magnético, en sus palabras cursis diría que fue *amor a primera vista*. Me sorprendió que se quedara cuando ya no era el Azrael Hass correcto con muchos secretos. Me dijo que cada parte de mi alma, incluso la nueva que había descubierto le gustaba, así que me quedé. Y ahora con Willow, lo hace aún mejor, es nuestra *perdición*, es nuestro *premio* a la vida de mierda que hemos tenido.

Así como yo, Troy creció en las calles. Hasta que fue adoptado por el viejo dueño del bar, primero comenzó limpiando algunas mesas, se ganó su confianza, le dio un apellido y heredó el negocio. Yo solo heredé dolor, sangre y enemigos.

Y ahora soy *Escorpión.* Me apegué a eso, al animal que me ayudó a encontrar una salida del infierno y esta es mi manera de ser fiel a quien soy. Me gusta cuando el ruido es lo bastante alto como para que nadie escuche lo que pienso. Las luces golpean la jaula en destellos blancos y rojos, como si estuvieran avisando de que alguien va a caer. Siempre cae alguien.

Estoy calentando los nudillos cuando lo veo apoyado en la barra, traje impecable, y esa expresión aburrida.

Claus Radkle. Siempre me ha intrigado algo de él. Nadie sabe por qué se unió a código negro en primer lugar. Pero mi hermano no lo dudó en aceptarlo y hacerlo parte. Siempre me pareció que, el jefe de la mafia de Londres, Theron Sterling; lo envió para vigilar a Max. Pero el tipo es bueno, es un *sabelotodo*, y si antes yo era aburrido, él lo es más, es letal. Es un intelectual con sangre en sus

manos y otras mierdas que no he preguntado, pero que seguramente lo sabe. De todas formas, ha demostrado ser leal a todos, incluso conmigo, Atractivo como el demonio, pero no es mi tipo. Aun usando esas gafas aburridas, lo hacen ver…diferente, casi que te engaña, pero si confías demasiado así como una llama apagada, todavía te puede quemar.

Camina como si no perteneciera a este lugar, pero lo hace. Todos pertenecemos a algo, aunque fingimos lo contrario.

—¿Te mandó Max? —le pregunto sin dejar de vendarme las manos.

—No. Vine a verte en acción.

Sonrío.

—Entonces no apartes la mirada.

Entro en la jaula con ganas de romper algo que no sea yo. Mi contrincante es grande, lento, lleno de músculo inútil. Me estudia como si creyera que esto es un combate. No lo es. Es una ejecución que todavía no lo sabe.

El primer golpe me lo llevo yo. Directo a la mandíbula. Siento el crujido, el sabor metálico en la boca. Me río. Vuelve a golpearme. Costillas. Hígado. La cabeza me zumba y el público ruge. Me dejo. Lo dejo creer que tiene ventaja. Que puede conmigo.

Me limpio la sangre con el dorso de la mano y escupo al suelo.

—¿Qué mierda, Azrael? —escucho la voz de Claus desde fuera.

No lo miro.

—Déjalo. Lo mataré igual.

El tipo se lanza de nuevo y entonces se acabó el juego. Lo agarro del cuello, lo estrello contra la reja y saco mi juguete favorito. El acero pesa bien en mi mano y me gusta, pero más me gusta cuando está lleno de sangre.

Mi oponente se acerca, así que la clavo en la garganta. Lento. Suficiente para que entienda que pudo haber salido caminando si yo hubiera querido. Cae de rodillas ahogándose en su propio aire mientras la multitud enloquece. Yo no siento nada. Ni triunfo. Ni rabia. Solo silencio.

En cuestión de minutos, morirá. *Qué mierda más aburrida.*

Salgo de la jaula y voy directo a la barra. Claus ya tiene dos bebidas servidas.

—Estás buscando que te maten —dice sin mirarme.

—Estoy buscando sentir algo.

Me llevo el líquido a la boca y lo trago. El whisky arde menos que los golpes. Hay un silencio largo mientras Claus me ve, pero aún no dice nada. Observa cómo sacan al hombre desmayado o muerto del ring y yo me encojo de hombros añadiéndolo a la lista.

—Es Willow, ¿cierto? —pregunta al fin con ese acento inglés único—. ¿O hay algo más que no quieres decirnos?

Aprieto el vaso hasta que casi cruje.

—Vaya, cualquiera diría que estás celoso, Claus. —le guiño un ojo—me dijiste que no te gustaban los hombres. ¿Ya cambiaste de opinión?

—Joder no. Los coños son lo mío. Es solamente que, no estoy listo para volverme loco como ustedes.

Claro. Si él supiera. Cuando le toque, me lo agradecerá, estar enamorado es como el paraíso, pero en el infierno mismo. Entonces pienso en Willow y la pregunta que aún no he respondido. Todavía me pregunto si estar enamorado de ella haya sido la mejor elección, para ella, no para mí. No se me permite sentir demasiado, o eso pensaba hasta que conocí a Troy y a ella.

—No lo sé. A veces simplemente todo se apaga… ruido, órdenes, caras. Y *ella.* —Trago saliva—. Recordar su coño me trae de vuelta a la realidad.

Claus arquea una ceja, pero no juzga.

—Debe ser buena contigo.

Suelto una risa seca.

—No lo es.

—¿Por qué lo dices?

Miro el fondo del vaso como si pudiera leer algo ahí.

—Oculta mierdas.

—Todos ocultamos algo.

Lo veo por un momento. Sé que él oculta algo, pero no me importa lo suficiente para preguntar. Tiene derecho a tener su propia

mierda, al igual que yo.

Niego con la cabeza.

—Ella oculta algo turbio. He tardado en averiguarlo, no porque no pueda encontrar nada, sino que, sé que lo que encuentre, va a joderlo todo. Me estoy demorando para darle la oportunidad de hablar.

Claus guarda silencio un segundo. Evaluando como siempre lo hace.

—¿Quieres que lo averigüe por ti?

Alzo la mirada y la mantengo firme, sin apartarla ni un segundo. Lo entiende, joder… claro que lo entiende. Sabe leer a las personas como si las desnudara por dentro. O quizá ni siquiera necesita tanto… quizá mi desesperación ya es un olor en el aire, algo que se pega a la piel y no se puede ocultar.

—Sí.

—¿Aunque no te guste lo que encuentre?

—Aunque no me guste.

Otra pausa.

—Y no le digas a mi hermano.

Claus asiente despacio.

—De acuerdo.

Chocamos los vasos sin brindar. Afuera la música sigue retumbando. En el ring hay otra pelea más; alguien grita, alguien apuesta, alguien pierde dinero.

Yo ya aposté algo más peligroso. Y si Willow está mintiendo… no sé si quiero descubrir si la protegeré de la verdad…o si la protegeré de mí.

CAPÍTULO 44

Willow

La luz del aro me atraviesa la piel como si supiera exactamente dónde arder y donde me duele. Llevo dos días diciéndome que no voy a volver a hacerlo, que esta vez aguantaré, que esta vez no necesitaré nada para sostener la sonrisa… y, sin embargo, aquí estoy otra vez, con el encaje blanco abrazándome el cuerpo como una mentira bonita, con el maquillaje impecable ocultando las ojeras y el pulso ligeramente acelerado por algo que no es precisamente nervios. La música suena baja, insinuante, y yo me muevo al ritmo que esperan, modulando la voz, inclinándome lo justo, regalando miradas que no significan nada y que al mismo tiempo lo significan todo para los que pagan por ellas.

El chat corre rápido, nombres que no importan, deseos escritos sin pudor, y yo actúo porque sé hacerlo, porque mi cuerpo aprendió a sobrevivir convirtiéndose en espectáculo. Me duele la cabeza, me escuece la garganta, hay una presión detrás de los ojos que me recuerda que estoy forzando más de la cuenta… pero sigo. Sigo porque el contador sube, porque el dinero entra, porque no tengo margen para flaquear.

Y porque debo pagar cada maldito centavo a mi captor. El dueño de mi maldita y miserable vida.

El sonido conocido en la pantalla llama mi atención. Nuevo suscriptor.

Regalo de $1.000 dólares.

El número se queda flotando en la pantalla como una daga en el corazón.

Scorpio28. No es el hombre del sótano, el que misteriosamente desapareció junto al doctor Calder.

Mi estómago se contrae con una mezcla imposible de miedo y anticipación. No debería sorprenderme, pero lo hace. Trago saliva, me acerco más a la cámara, dejo que el tirante del sujetador resbale apenas por mi hombro y sonrío con esa lentitud provocando a los que están detrás.

—Hola, Scorpio28… ¿quieres jugar? —le hablo a la cámara, provocándolo.

No responde en el chat, pero el silencio duele. Se siente distinto. Como si no estuviera mirando una pantalla, sino midiéndome desde algún lugar mucho más cercano. Termino la transmisión sosteniendo la mirada hasta el último segundo, pero la cámara ahora sigue en vivo cuando alguien irrumpe en mi habitación secreta.

No necesito preguntar quién es. Lo sé.

Me ha encontrado y va a descubrirlo todo.

Un Azrael con el torso desnudo—e increíblemente atractivo—entra como si este apartamento también le perteneciera, como si cada rincón hubiera sido marcado por él mucho antes de que yo firmara el contrato. Cierra despacio, sin apartar los ojos de mí, y en esa mirada no hay deseo ni furia; hay algo más peligroso, algo frío que me recorre la espalda.

Decepción.

—¿Te divertías? —pregunta con una calma que es peor que cualquier grito.

—Es trabajo, Azrael —respondo, cruzándome de brazos, sosteniendo la máscara.

No me cree. Nunca me cree. Se acerca lo suficiente para que mi perfume se mezcle con el suyo y el aire se vuelva denso. Intento rodearlo, pero su mano se cierra en mi brazo y me detiene con una firmeza que me duele. El choque es inmediato, eléctrico, como si lleváramos días conteniendo algo que necesita estallar. Lo empujo, él me sujeta por la cintura y mi espalda golpea la pared; su boca encuentra la mía en un beso arrebatador, que no es tierno ni cuidadoso, sino una declaración de dominio que me roba el aire y me obliga a decidir si lo rechazo o me hundo en él.

La cámara sigue encendida sobre el escritorio. La luz roja parpadea. No me doy cuenta hasta que me gira sin esfuerzo y su brazo rodea mi cuello desde atrás, firme, posesivo, sintiendo mi espalda desnuda a su piel caliente; obligándome a mirar el objetivo como un enemigo. Su aliento roza mi oído cuando habla:

—¿Quieres jugar, *Mäuschen*? No creo que puedas soportarlo.



Mi reflejo en la pantalla me devuelve a alguien que apenas reconozco: encaje blanco adherido a la piel, pupilas dilatadas, labios entreabiertos como si me faltara el aire… y su mano, firme en mi garganta, reclamando un territorio que le he cedido.

Detrás de mí, él es otra cosa. La luz de neón se desliza sobre su piel como si lo eligiera a propósito, marcando cada exquisito músculo casi obsceno, delineando los tatuajes que marcan su cuerpo, que aunque no son muchos, son suficientes, con significado. Su cabello, recogido en una trenza que cae desde la coleta con una descuidada perfección, le da un aire salvaje, siempre lo he pensado.

Es hermoso de una forma que no tranquiliza, de esas que no se admiran sin pagar un precio. Afilado, tenso, real. Y yo… yo soy la cuerda estirada entre lo que soy y lo que finjo ser, vibrando justo en el punto en el que sé que voy a romperme.

Me empuja contra el escritorio y comienza a tocarme la espalda.

—Quieta, Willow. —me inmoviliza con una mano, tomándome del cabello con tanta fuerza que no puedo mover y eso manda señales en medio de mis piernas.

Necesito que me toque.

Su otra mano llega a mi ropa interior y hace de lado mi tanga blanca de encaje. Acariciando con la punta de sus dos dedos medios mi coño.

—Tan mojada y tan mía—gruñe en mi oído, no suelta mi cabello, más bien, me muevo más hacia adelante para sentir cómo el cuero cabelludo comienza a arderme.

Necesito esto.

—Azrael…

—¿Qué agujero quieres que llene?

No sé en qué momento lo hizo, pero ya siento la punta de su polla jugar con ambos agujeros, mezclando mi humedad de arriba hacia abajo

—¿Este? —desliza hacia arriba—¿o este?

—No me importa—gimo, al sentirlo empujar en cada entrada, eso solo hará que me corra más rápido—no me importa donde me folles, solo hazlo.

Su mano en mi cabello no se suelta, agarra un par de mechones más y me hala hacia atrás.

—Eres una *putita* muy codiciosa. Diles de quién eres—apenas y puedo ver la pantalla, pero la luz roja no deja de parpadear.

Azrael suelta su polla y libera mis pechos, bajando bruscamente las copas de mi sostén y liberando mis pechos con un limpio movimiento. De inmediato me veo de nuevo en la pantalla. Labios entreabiertos, pezones erectos que comienzan a doler y él detrás de mí con los pantalones bajados bombeando su polla en mi entrada.

—Tuya….soy tuya…

Me embiste con ferocidad el coño y mi cuerpo se proyecta hacia adelante, golpeando el escritorio, arrastrando todo a su paso en un estruendo de objetos que caen al suelo. La cámara sigue ahí, inclinada, todavía apuntando, capturando ángulos torcidos, luces blancas y sombras que se mueven demasiado rápido. Su mano se hunde en mi cadera con fuerza, marcando el ritmo, imponiéndolo, y cada movimiento suyo es una declaración que no necesita palabras.

El impacto me sacude, y los sonidos que provoca el golpe de sus caderas en mis nalgas se une a la música que aun suena de fondo, me obliga a apoyarme con ambas manos para no caer, y aun así siento que todo dentro de mí pierde equilibrio cuando lo siento penetrarme de lleno. No es solo físico. Es la manera en que respira contra mi cuello, en que su pecho roza mi espalda, en que su control es feroz.

La cámara registra el vaivén de nuestros cuerpos, la luz arrancando destellos al encaje blanco, mi cabello cayendo hacia delante mientras intento sostenerme entre el deseo y el orgullo. Podría apartarlo. Podría decir que no. Pero la verdad es que, es esto lo único que necesito en estos momentos.

—Mírate —murmura cerca de mi oído, su voz grave vibrando contra mi piel—. Siempre tan perfecta tomando cada centímetro… un día de estos follaré el culo de Troy mientras te tocas frente a nosotros.

Su mano baja por mi vientre, lenta esta vez, posesiva, y el contraste entre la brusquedad de hace un segundo y esta caricia feroz me descoloca más que cualquier empujón. Llega a mi clítoris y lo acaricia.

Yo grito.

—Respóndeme. ¿Crees que puedas soportarlo? No sentirnos al mismo tiempo, que solo te quedes observando.

Oh, diablos no.

—No—grito—no lo soportaré…pero quiero verlos, quiero correrme mientras me masturbo frente a ustedes.

Me agarra de la barbilla y toma mis labios, mordiéndolos y chupándolos para volverme a arrojar contra el escritorio y volver a embestirme como un animal.

—Esa es mi chica. No eres de ellos. —se refiere a los que seguramente están masturbándose viéndome follar.

Su agarre en mi cadera se intensifica, marcando un ritmo que no me deja espacio para fingir indiferencia. El escritorio cruje bajo nosotros, el sonido acompasado llenando la habitación junto con mi respiración que ya no consigo regular. La cámara sigue grabando, testigo mudo de algo que nunca debería haber ocurrido delante de un objetivo.

Así que dejo de ver y cierro mis ojos. Pero Azrael gira mi rostro hacia un lado con los dedos en mi mentón para que vea la pantalla.

—Abre los ojos —susurra—. Mírate cómo tiemblas con mi polla dentro.

No tiemblo solo por él. Tiemblo porque, a pesar de todo, mi mente sigue haciendo cuentas. Porque el dinero sigue ahí. Porque el motivo por el que acepté ese dinero no desaparece con su cuerpo pegado al mío.

Él lo nota.

Siempre lo nota.

Su ritmo se vuelve más duro, más exigente, como si intentara arrancarme la verdad con cada embestida, como si quisiera romper la coraza que me empeño en mantener.

—¿Para quién es el dinero, Willow? —repite entre dientes, mientras entra y sale de mí como un animal.

Cierro los ojos un segundo, aprieto las manos contra la madera y niego con la cabeza.

—No voy a decírtelo.

Su respiración se vuelve más pesada. Se detiene de golpe, me obliga a girarme hacia él y me sostiene la cara entre ambas manos, obligándome a enfrentarlo. Sus pupilas son un abismo oscuro, pero detrás hay algo más que rabia. Y el vacío que ha dejado me frustra, así que agarro su polla y la aprieto.

Veo mucho miedo.

—Fóllame—le ordeno.

—Me estás empujando a hacer algo que no te va a gustar —dice con voz baja, peligrosa—. Y sabes que no me detendré.

Y lo sé. Lo sé porque Azrael no amenaza porque sí. Amenaza cuando ya ha decidido actuar. Mi pecho sube y baja con dificultad mientras lo miro sin parpadear. No puedo ceder. No todavía. Porque si le digo la verdad, no solo destruiré lo poco que queda entre nosotros.

Lo convertiré en un arma contra la única persona que todavía intento proteger.

Su advertencia todavía vibra en el aire cuando algo cambia en su mirada. No es solo rabia. Es la sensación de estar perdiendo el control sobre algo que considera suyo, y Azrael no sabe perder. Me sostiene la cara un segundo más, estudiándome, como si buscara en mis pupilas la confesión que me niego a darle. Cuando no la encuentra, su mandíbula se endurece y el silencio entre los dos se vuelve peligroso.

—Bien —murmura.

Me sienta en el escritorio, esta vez de frente y me abre las piernas. Su polla está dura como el acero cuando la acerca a mi raja y entonces vuelve a tomarme.

Ferozmente.

—Joder, sí—grito.

No hay transición suave. Mueve el escritorio con una fuerza que me arranca el aire y su cuerpo se impone contra el mío con una ferocidad distinta a la de antes, menos calculada, más instintiva. Como si hubiera decidido dejar de contenerse, como si la bestia que siempre mantiene encadenada hubiera roto el candado. La cámara sigue apuntando, torcida, capturando sombras, el movimiento abrupto, mi respiración quebrándose cuando me empuja hacia

adelante otra vez. Mis manos se aferran al borde del escritorio, los nudillos blancos, mientras él marca un ritmo más crudo, más profundo, como si cada embestida fuera un castigo mientras clava sus dedos en mis muslos para ayudarse a entrar.

Su mano se enreda en mi cabello y tira lo suficiente para obligarme a arquear la espalda hacia atrás y lame mi cuello. Siento su boca en mi cuello hambrienta, dejando marcas que arden casi tanto como su silencio. No habla ahora. No necesita hacerlo. Todo en él grita territorio.

Es animal.

Es territorial.

Es peligroso.

Y me corro con un grito. Mi cuerpo responde, aunque mi mente intente resistirse, aunque una parte de mí quiera recordarle que no puede controlarlo todo, que no puede comprar cada verdad con fuerza. Pero el calor, la presión, el modo en que me sostiene como si fuera lo único real en la habitación… todo eso desarma mis defensas una por una.

—Míranos —gruñe contra mi piel.

Gira mi rostro hacia la pantalla otra vez, obligándome a ver el reflejo de lo que somos en ese instante: caos, deseo, rabia y algo demasiado cercano a la *dependencia.* Sus dedos se clavan en mi cintura mientras su ritmo no cede, mientras su respiración se vuelve áspera, casi salvaje.

Cada movimiento suyo dice *eres mía*.

Cada latido mío responde *no del todo*.

Y eso es lo que lo vuelve más brutal.

Viéndome, solo viéndome, sin penetrarme, sin besarme se corre. Hay una intensidad desmedida que me desarma. Apoya su frente en la mía y sus ojos, oscuros y ardientes, me atraviesan mientras jadea acariciando su orgasmo, y yo me quedo helada.

Eso no me lo esperaba. ¿Tan dentro suyo estoy? Para que se pueda correr solo con una mirada.

—Estás jugando con fuego, Willow —dice en voz baja, aun áspera—. Y yo soy el incendio.

Mi respiración sigue desordenada. Mi corazón también. Me suelta despacio y se coloca frente a mí. Sus dedos toman mi mentón y alzan mi rostro con una suavidad engañosa mientras examina cada detalle, cada micro gesto que intento controlar.

—He desconectado todo —dice sin apartar la vista—. Nadie miró. Nadie vio lo que me pertenece.

Esa palabra se clava más hondo que cualquier otra cosa que haya dicho. *Pertenece*. Como si yo fuera un territorio en disputa y él hubiera decidido plantar su bandera. Sus ojos bajan apenas un segundo y vuelven a subir, más oscuros. Dándose cuenta que no estuve presente, no del todo. No la chica que le gusta, sino la que ha empezado a odiar.

Que yo también odio.

—Sigues consumiendo.

—No —miento, y mi voz no suena tan firme como quisiera—. No es verdad.

La expresión se endurece.

—No te atrevas a mentirme a la puta cara, Willow. Solo necesito ver tus pupilas. Lo haces cada vez que te grabas. —asiente rápido con la cabeza—sí, te he descubierto, joder.

Intento apartar la mirada, pero su pulgar presiona mi barbilla y me obliga a sostenerla. Hay rabia en él, sí, pero también algo más cercano al miedo, como si lo que realmente le aterrara no fuera que mienta, sino lo que eso significa.

—¿Para quién es el dinero, Willow?

El silencio se estira entre los dos como un hilo a punto de romperse. Podría decirlo. Podría acabar con esto ahora mismo. Pero las consecuencias serían peores que su furia. Puedo estar drogada, pero no soy idiota.

—No es asunto tuyo.

Su mandíbula se tensa, el músculo marcándose bajo la piel. Se inclina hasta que su frente casi roza la mía y su voz desciende a un murmullo que vibra directo en mi pecho.

—Dímelo ahora, porque si lo averiguo por mi cuenta… estarás jodida.

Lo peor es que sé que no es una simple amenaza. Lo averiguará, creo que es más fácil de esta manera porque no tengo el valor de decírselo. Le va a doler, me va a odiar.

Y lo que peor que sabiendo todo eso… no abro la boca.

CAPÍTULO 45

Willow

Despierto con la sensación de haber pasado la noche peleando contra algo invisible. Todo mi cuerpo está rígido, los músculos tensos hasta el punto de doler, como si hubiera corrido kilómetros o si cada fibra estuviera protestando por algo que todavía no recuerdo. La lengua me sabe amarga, la cabeza pesada, y cuando intento moverme un poco descubro que incluso respirar exige un esfuerzo extraño, como si el aire fuera más denso dentro de esta habitación. Parpadeo despacio, intentando enfocar la vista mientras la luz gris de la mañana se cuela entre las cortinas, y cuando finalmente logro abrir los ojos del todo, lo primero que veo es a Troy sentado frente a la cama. Está tranquilo, demasiado tranquilo, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, observándome con una paciencia incómoda, como si hubiera estado esperando este momento desde hace rato.

Mi mirada se desliza por la habitación todavía confundida hasta que encuentro la otra presencia que hace que el ambiente se sienta aún más pesado. Azrael está apoyado contra la pared, al otro extremo del cuarto, los brazos cruzados sobre el pecho y esa expresión suya que nunca revela demasiado pero que siempre parece saber exactamente lo que está pasando antes que nadie. Los dos me miran. No hablan. Y esa quietud extraña me hace sonreír por reflejo, una de esas sonrisas automáticas que uso cuando algo no encaja, pero todavía no sé qué es.

—Buenos días… —murmuro con la voz todavía espesa por el sueño.

Intento incorporarme un poco, bajar las manos para apartarme el cabello de la cara, hacer cualquier movimiento normal que rompa esa sensación incómoda que empieza a instalarse en mi

pecho… pero algo tira de mis brazos. La resistencia es inmediata, dura, imposible de ignorar, y mi cuerpo entero se tensa de golpe mientras miro hacia abajo. La cuerda rodea mis muñecas, firme, anudada a los barrotes del cabecero. Durante un segundo mi mente se queda completamente en blanco, incapaz de procesar lo que estoy viendo, y luego el corazón me golpea con tanta fuerza que siento el pulso en la garganta.

—¿Pero qué…?

Intento incorporarme y las cuerdas tiran de mis muñecas con una fuerza brutal. El pánico llega primero, rápido y eléctrico, seguido de una oleada de rabia que me sube por el pecho mientras miro a los hombres que tengo delante buscando una explicación que no sea esta locura.

Azrael se separa de la pared con una calma que me enfurece todavía más y habla como si estuviéramos teniendo una conversación perfectamente normal.

—Envié un correo al hospital esta mañana —dice, metiendo las manos en los bolsillos mientras me observa—. Les expliqué que no has tomado vacaciones en los últimos dos años. Revisaron tu expediente, así que está todo cubierto.

Mi corazón empieza a latir con fuerza contra las costillas.

—¿Cubierto para qué? —le gruño.

No parpadea cuando responde.

—Para limpiarte, Willow.

Un silencio pesado cae sobre la habitación antes de que añada, con esa misma voz controlada que usa cuando ya ha decidido algo y no piensa retroceder.

—Esto es una intervención. —termina de decir.

La adrenalina me golpea como un puñetazo. Tiro de las cuerdas con fuerza, intentando sentarme, ignorando el dolor que se clava en mis muñecas mientras la furia termina de despertarme.

—Y una mierda —escupo—. Azrael, suéltame ahora mismo o voy a gritar.

Troy suelta una risa desde la silla, relajado, como si estuviera viendo una película que ya conoce de memoria.

—Eso también está cubierto, *Ratoncita*.

Lo miro con odio.

—¿Ah, sí?

Él inclina la cabeza, divertido.

—¿Sabías que no hay más vecinos en este edificio además de tú y Azrael?

Mi estómago se contrae lentamente. Giro la cabeza hacia el verdadero culpable. Azrael no parece remotamente arrepentido.

—Me encargué de comprar todo el maldito edificio, *Mäuschen* —dice con total tranquilidad—. Yo elijo quién se queda y quién se va.

Da un paso hacia la cama.

—Así que, de momento, eres mi única inquilina.

—Tu prisionera dirás. No puedes hacerme esto.

Se acerca lo suficiente para inclinarse sobre mí. Sus dedos apartan un mechón de cabello de mi frente y deposita un beso breve justo ahí, suave, casi tierno, lo que solo hace que todo resulte más inquietante.

—Puedo —murmura contra mi piel—. Y lo haré.

Sus ojos se clavan en los míos.

—A menos que me digas para quién es el dinero.

El silencio se espesa. No digo nada.

Los segundos pasan.

Azrael exhala despacio.

—Es lo que pensé.

Se endereza y se dirige hacia la puerta.

—Descansa, *Mäuschen* —dice sin volverse—. Las próximas horas serán duras.

Azrael

No amanece en el edificio. No realmente. La luz gris que entra por las ventanas es débil, sucia, incapaz de limpiar el ambiente pesado que se ha instalado en el apartamento desde que empezó todo. Llevo horas sentado en la silla frente a la cama sin moverme demasiado, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas mientras la observo. Willow duerme a ratos, o cae en

algo que se parece al sueño durante unos minutos antes de que su cuerpo vuelva a traicionarla y la sacuda otra vez. El primer día siempre es así. El cuerpo reclama lo que cree necesitar como si fuera oxígeno, como si sin esa mierda el corazón fuera a detenerse.

No aparto la mirada.

Al principio pensaba que lo haría más fácil si no la miraba tanto. Si dejaba que Troy se encargara de todo mientras yo me mantenía al margen. Pero la realidad es que no puedo. Cada sonido que hace su respiración, cada pequeño movimiento de sus dedos tensándose contra las cuerdas, cada vez que sus piernas se contraen intentando escapar de algo que no está ahí… todo me arrastra de vuelta.

Su cuerpo empieza a temblar otra vez.

Primero es algo pequeño, un temblor en los brazos, casi imperceptible. Luego se extiende, como una ola que recorre sus músculos, y de pronto está luchando contra sí misma. Los dedos se cierran con fuerza, las muñecas tiran de las cuerdas hasta que la piel empieza a enrojecer.

—Willow —digo en voz baja.

No me escucha.

Sus ojos están cerrados, pero su cara se arruga como si estuviera sufriendo un dolor que no tiene forma. Su respiración se vuelve irregular, corta, y entonces llega lo peor: ese sonido ahogado que intenta contener y no puede.

Un sollozo.

Troy se mueve, pero levanto una mano sin apartar los ojos de ella.

No.

Esto tengo que verlo.

Porque fui yo quien empezó esto.

Willow intenta girarse sobre el colchón, buscando una posición donde el dolor sea menor, pero no existe. El sudor le pega el cabello a la frente, su piel está demasiado pálida y sus labios tiemblan mientras intenta recuperar el control de su respiración.

—Por favor… —susurra.

La palabra me golpea más fuerte que cualquier grito. No está dirigida a mí. Ni siquiera sabe que estoy aquí ahora mismo. Su mente está en otro lugar, atrapada en ese espacio oscuro donde el cuerpo empieza a suplicar por algo que ya no tiene.

Me levanto de la silla sin darme cuenta. Cuando llego al borde de la cama, ella finalmente abre los ojos. Están vidriosos, perdidos, incapaces de enfocarme durante un segundo largo. Luego me reconoce.

Y el odio aparece primero.

—Vete… —murmura con la voz rota—. Vete a la mierda, Azrael.

Sus palabras salen débiles, pero la intención sigue ahí. Me siento en el borde del colchón sin responderle. La habitación huele a ella, a ansiedad, a miedo. A la batalla que está librando contra su propio cuerpo.

—Duele —dice de repente, como si la confesión se le escapara antes de poder detenerla.

Lo sé.

He visto a hombres más fuertes que ella romperse durante la abstinencia. He visto a soldados entrenados rogar por una sola dosis para que el dolor pare.

Pero verla a ella así…

Eso es distinto.

Willow vuelve a temblar, más fuerte esta vez, su espalda arqueándose mientras intenta controlar la oleada que la atraviesa. Sus ojos se llenan de lágrimas que no parece querer derramar.

—¡No puedo!… —susurra—. No puedo, joder…

Una lágrima finalmente escapa y recorre su sien hasta perderse en la almohada. Algo en mi pecho se aprieta con una fuerza incómoda. Podría terminar esto ahora mismo. Solo necesitaría soltar las cuerdas, abrir la puerta, dejar que vuelva a ese mundo donde el dolor desaparece durante unas horas.

Pero también sé lo que viene después.

Más dinero.

Más noches frente a una cámara.

Más mentiras.

Más de esa mierda que está destruyéndola por dentro.

Apoyo una mano sobre el colchón cerca de su hombro, sin tocarla todavía.

—Sí puedes —le digo con calma.

Ella niega con la cabeza inmediatamente, desesperada.

—No… no sabes lo que se siente…

La observo durante un segundo largo.

—Sí lo sé.

No es una mentira. He visto este infierno demasiadas veces. Willow vuelve a cerrar los ojos, apretando los dientes mientras su cuerpo tiembla otra vez. Cuando el espasmo pasa, se queda quieta unos segundos, respirando como si hubiera sobrevivido a algo que casi la mata.

Luego gira la cabeza hacia mí. Sus ojos están rojos.

—Te odio —susurra.

No aparto la mirada.

—Lo sé.

El silencio se instala entre nosotros, pesado y doloroso, roto solo por su respiración irregular. Después de un rato, su voz vuelve a salir, más débil.

—Azrael…

—¿Qué?

Tarda unos segundos en decirlo.

—Haz que pare.

Mi mandíbula se tensa. Porque esa es la parte que nadie explica cuando hablan de salvar a alguien. Que a veces salvarlos significa sentarte frente a ellos… mientras se rompen.

CAPÍTULO 46

Troy

Siempre hay un momento, durante una abstinencia, en el que la habitación deja de ser una habitación y se convierte en un campo de batalla. No es algo que la gente entienda cuando oye la palabra *intervención*. Imaginan conversaciones serias, lágrimas, abrazos, promesas de cambio. Lo que nunca imaginan es esto: el sudor pegado a las sábanas, el olor agrio del cuerpo expulsando veneno, los músculos temblando como si cada fibra estuviera peleando por sobrevivir a una guerra que nadie más puede ver.

Estoy apoyado contra la pared cuando Willow vuelve a convulsionar sobre el colchón. No es una convulsión completa, no todavía, pero está cerca. Sus piernas se tensan, su espalda se arquea, y el sonido que sale de su garganta no es exactamente un llanto ni un grito. Es algo más bajo, más animal. El tipo de sonido que se escapa cuando el cuerpo deja de fingir dignidad.

Azrael sigue sentado junto a la cama.

No se mueve.

No habla.

Solo la mira como si cada segundo que pasa estuviera clavándosele en el pecho.

Llevo suficiente tiempo con él para reconocer esa expresión. Desde fuera parece frío, controlado, incluso indiferente. Pero no lo es. Ese cabrón siente cada cosa que pasa en esta habitación como si le estuvieran raspando los nervios con un cuchillo. La diferencia entre él y el resto del mundo es que no aparta la mirada.

La mayoría de la gente lo haría.

Willow vuelve a tirar de las cuerdas. Esta vez con más fuerza. Sus muñecas están enrojecidas y la piel empieza a irritarse donde la cuerda roza una y otra vez. No está intentando escapar de nosotros

realmente; está intentando escapar de lo que está pasando dentro de su propio cuerpo.

—Quema… —jadea—. Joder… quema…

Azrael no responde.

Solo la observa.

Yo me separo de la pared finalmente y me acerco un par de pasos, lo suficiente para evaluar la situación. Su pulso está acelerado, la respiración irregular, la piel fría y húmeda. Todo dentro de lo esperado para las primeras horas. Lo duro todavía no ha llegado.

—Es normal —le digo, aunque sé que apenas me está escuchando—. Tu cuerpo está entrando en abstinencia.

Ella gira la cabeza hacia mí con una mirada llena de odio.

—Vete… al infierno…

Sonrío un poco.

—Créeme, *Ratoncita*, he estado allí. Esto todavía es el vestíbulo.

Azrael me lanza una mirada breve que significa *cállate*. No porque lo que digo sea mentira, sino porque no quiere que ella lo escuche así. A él todavía le queda una parte de ilusión estúpida donde cree que puede suavizar esto.

No puede.

Nadie puede.

Willow vuelve a temblar, esta vez de forma más violenta. Sus dedos se cierran en puños, las piernas se tensan y el colchón cruje bajo su peso cuando su cuerpo intenta encogerse sobre sí mismo.

—Necesito… —susurra—. Solo un poco…

Ahí está.

La súplica.

Siempre llega. Azrael baja la mirada durante un segundo. Apenas un segundo, pero lo noto. Lo conozco demasiado bien para no verlo.

—No —dice finalmente, con voz baja pero firme.

Willow deja escapar un sollozo que rompe algo en la habitación. No es un sonido fuerte, pero tiene ese filo que corta más que un grito.

—Por favor…

Sus ojos buscan a Azrael como si él fuera el único capaz de apagar el incendio que le está quemando los nervios. Y durante un momento peligroso, uno muy corto pero muy real, veo cómo la posibilidad pasa por su cabeza.

Soltarla.

Acabar con esto. Le bastaría abrir la puerta y dejar que vuelva a su rutina de siempre. Dinero fácil. Drogas. La ilusión de que todo está bajo control.

Yo intervengo antes de que ese pensamiento tenga tiempo de crecer.

—Si cedes ahora —le digo sin levantar mucho la voz—, mañana estaremos exactamente en el mismo sitio.

Azrael no responde. Pero tampoco se levanta. Willow cierra los ojos con fuerza, como si intentara aplastar el dolor dentro de su cráneo.

—No puedo… —murmura.

Y lo curioso es que la mayoría de los adictos dicen exactamente lo mismo en este punto. No es dramatismo. Su cerebro realmente cree que va a morir si no obtiene lo que pide. Me acerco un poco más a la cama y reviso rápidamente las ataduras, asegurándome de que no están cortando la circulación.

—Vas a poder —le digo, con un tono mucho menos cínico del que suelo usar—. Solo que va a doler como el infierno durante un rato.

Ella abre los ojos otra vez, llenos de lágrimas.

—Te odio a ti también.

Me encojo de hombros.

—Haz fila, cariño.

Pero no es a mí a quien está mirando. Sus ojos vuelven a Azrael. Y ahí está la parte que siempre me jode ver en estas historias: no importa cuánto odie lo que está pasando, no importa cuánto dolor esté atravesando su cuerpo… cuando busca a alguien en la habitación, siempre es a él.

Azrael se inclina hacia delante entonces, apoyando los codos sobre las rodillas, acercándose lo suficiente para que su voz no

tenga que elevarse.

—Mírame, *Mäuschen*.

Willow tarda un segundo, pero finalmente obedece.

Él sostiene su mirada.

—No vas a morir hoy —dice con una calma que roza lo brutal —. Pero esa mierda sí.

La habitación vuelve a quedarse en silencio. Excepto por el sonido de Willow intentando sobrevivir al infierno que ella misma construyó.

CAPÍTULO 47

Azrael

El tercer día es peor que el primero.

La gente que nunca ha visto una abstinencia cree que el infierno empieza al principio, cuando el cuerpo descubre que ya no tiene lo que necesita. Pero no. El primer día es confusión y rabia. El segundo es desgaste. El tercero es cuando el cuerpo entiende que nadie va a venir a salvarlo, cuando el cerebro deja de esperar la dosis y entra en pánico porque ya no sabe funcionar sin ella. Ese es el día en que la pelea se vuelve más brutal.

Estoy sentado frente a la cama desde hace horas, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas frente a la boca mientras observo cómo Willow atraviesa esa guerra que nadie puede pelear por ella. La luz gris de la mañana entra por la ventana y cae sobre las sábanas desordenadas, sobre su cabello pegado a la frente por el sudor, sobre la forma en que su pecho sube y baja demasiado rápido para alguien que apenas se ha movido del colchón en horas. Lleva casi tres días sin dormir de verdad, y se nota en cada pequeño gesto: en la forma en que abre los ojos y tarda unos segundos en recordar dónde está, en cómo su cuerpo parece demasiado pesado incluso para cambiar de postura.

Ya no está atada.

Le quité las cuerdas esta mañana.

No porque haya decidido confiar en ella, ni porque esto haya terminado. Se las quité porque ya no tenía sentido mantenerlas. Durante las primeras horas tiró de ellas con desesperación, intentando escapar de algo que ni siquiera estaba en la habitación, y terminó lastimándose las muñecas contra la cuerda hasta dejar la piel irritada. Ahora apenas tiene fuerza para levantarse del colchón, mucho menos para correr.

El tercer día hace eso con la gente.

Los vacía.

De repente su cuerpo se estremece otra vez. Empieza con un temblor leve en los brazos, pero crece rápido, recorriéndole la espalda como una descarga. Sus dedos se crispan contra las sábanas mientras aprieta los dientes intentando contener el sonido que quiere salir de su garganta.

—¡Joder!… —jadea—. ¡Joder!…

No me muevo.

He visto esto antes. He visto a hombres mucho más grandes que ella suplicar, gritar, romper cosas, arrastrarse por el suelo buscando una dosis que no existe. Pero verla a ella atravesar ese mismo infierno tiene un peso distinto.

Willow intenta incorporarse un poco, como si cambiar de posición pudiera ayudar, pero el mareo la obliga a dejarse caer otra vez contra la almohada. Su respiración se vuelve irregular y sus manos se cierran sobre las sábanas como si necesitara agarrarse a algo sólido para no perder el control.

—Azrael…

Mi nombre sale apenas como un susurro raspado. Levanto la cabeza inmediatamente.

Sus ojos están abiertos, rojos por el cansancio y las lágrimas que lleva horas intentando contener. Durante un segundo parece que quiere decir algo más fuerte, más claro, pero cuando habla otra vez lo hace en ese hilo de voz frágil que apenas llena la habitación.

—Solo… un poco…

La palabra pesa en el aire. Un poco. Como si no supiera que esa palabra es exactamente lo que destruye a la gente como ella.

Aprieto la mandíbula.

—Lo siento, Willow.

La respuesta sale baja, firme. Willow deja escapar una risa rota que no tiene nada de humor.

—Te sigo odiando…

—Lo sé.

Su cuerpo vuelve a tensarse de repente y un gemido bajo se le escapa antes de que pueda detenerlo. Gira la cabeza hacia la

almohada como si quisiera esconderse de lo que le está pasando, como si no quisiera que nadie vea cómo se rompe.

—Por favor… —murmura—. No puedo más…

Me levanto finalmente y me acerco a la cama. No digo nada. Solo estoy allí cuando otra sacudida le atraviesa el cuerpo y sus dedos vuelven a aferrarse a las sábanas. Willow abre los ojos otra vez y me mira como si yo fuera lo único estable en toda la habitación.

—Por favor… —susurra.

No intento negarlo.

Porque sería una mentira.

—Me estoy muriendo… —dice con la voz quebrada.

Niego lentamente.

—No.

Las lágrimas finalmente empiezan a caer por sus sienes mientras me observa con una mezcla de rabia, agotamiento y desesperación.

—Entonces… ¿por qué se siente así?

La pregunta se queda flotando entre nosotros. Me inclino un poco hacia ella.

—Porque tu cuerpo está mintiendo.

Willow niega con la cabeza inmediatamente.

—No… esto es real…

—El dolor sí —le digo con calma—. La necesidad no.

Su intento de risa se rompe antes de salir.

—Eres… cruel…

Quizá.

Pero sigo aquí.

Willow vuelve a cerrar los ojos cuando otra oleada de temblores le recorre el cuerpo. Está agotada, drenada, como si cada minuto le arrancara un poco más de fuerza. Durante un rato no dice nada, solo respira con dificultad mientras el silencio llena la habitación.

La observo en silencio, y siento cómo se me aprieta algo dentro del pecho. Cada pequeño movimiento suyo parece un terremoto recorriéndole los músculos. Sus ojos se abren de vez en

cuando, vidriosos, perdidos, tratando de reconocerme en el espacio que ya no entiende, en la habitación que se ha convertido en su campo de batalla. No tiene fuerza para levantar la cabeza por mucho tiempo; cada respiración parece costarle un esfuerzo que me duele incluso mirarlo.

—Azrael… —su voz sale como un hilo quebrado, casi arrancado por la desesperación—. Ayúdame…

No puedo. No ahora. No hasta que esto pase. Si la toco, si intento consolarla, podría interpretarlo como alivio, y todo esto habría sido en vano. Me inclino un poco hacia ella, apoyando los codos en las rodillas, y la observo como si mi atención pudiera sostenerla de alguna manera. Pero no puedo tocarla todavía. Su cuerpo se sacude otra vez, temblores que recorren los brazos, la espalda, las piernas, y un pequeño gemido se escapa de sus labios antes de que pueda contenerlo.

—Me duele… —susurra, y no hay reproche ni súplica, solo la verdad de lo que siente—. Duele tanto…

—Lo sé —respondo en voz baja, con un hilo de control que apenas consigo mantener—. Sé que duele.

—No… no puedo… —jadea, arqueando la espalda y hundiéndose un poco más en la cama—. No puedo más, joder…

Sus manos se aprietan contra las sábanas, temblorosas, y sus uñas se clavan en la tela como si pudiera arrancar el dolor de su cuerpo con la fuerza de los dedos. Cada respiración es irregular, corta, entrecortada. Los ojos le brillan por el cansancio y por las lágrimas que intenta contener, pero finalmente alguna cae, recorriendo su sien y perdiéndose en la almohada.

—Azrael… —vuelve a susurrar, con la voz rota, apenas audible—. Por favor…

—No puedo aliviarlo ahora —respondo, manteniendo la calma, aunque por dentro todo en mí quiera gritar—. Tienes que atravesarlo. Solo así podrás salir del infierno.

—¡No quiero! —grita, y suena más a un grito desesperado que a una rabieta—. ¡No quiero sentir esto!

Y me rompe por dentro. Su cuerpo se sacude otra vez y un gemido más largo se le escapa mientras aprieta los dientes. Sus ojos

buscan algo, alguien, un refugio que no existe.

—Por favor… —susurra finalmente, y no necesita decir nada más. Lo escucho en cada estremecimiento, en cada jadeo, en cada lágrima que cae.

—No —le digo, firme—.Solo aguanta un poco más.

—¡Duele tanto! —grita ahora, más fuerte, rompiéndose del todo—. ¡No quiero…!

Se encoge contra sí misma, arqueando la espalda, temblando como un cuerpo vacío de fuerza. Me acerco un poco, manteniendo la distancia justa para no interrumpir el proceso, solo para verla, para sostenerla con la mirada mientras su cuerpo pelea contra lo que su mente le pide.

—Azrael… —susurra otra vez, más débil, rota—. ¿Por qué me haces esto?

—Porque tienes que salir de esto viva, Willow. —Mi voz apenas tiembla, pero intento mantenerla firme—. Si cedo ahora, todo habrá sido en vano. Todo volverá. Y tú lo sabes.

Ella cierra los ojos con fuerza, sollozando contra el colchón, y por primera vez la veo completamente rendida, entregada al dolor que no puede controlar, al cuerpo que la traiciona, al cerebro que grita por algo que no existe.

—No sé si puedo… —murmura, y su voz se quiebra en un hilo que me hace apretar los puños—. No sé si voy a sobrevivir…

Y ahí es cuando siento que me quiebro yo también, porque nunca había visto a nadie tan al límite, y porque sé que el dolor que atraviesa su cuerpo no es solo físico. Es hambre, es obsesión, es dependencia. Es todo lo que la droga le dio y le quitó.

—Vas a sobrevivir —le digo, apenas un susurro, aunque todo dentro de mí grita que esto puede rompernos a los dos—. Pero tienes que soportarlo. Solo tienes que aguantar un día más, yo estaré aquí.

Sus ojos se abren de nuevo, vidriosos y llenos de miedo, y me buscan. No hay odio, no hay rabia. Solo vulnerabilidad, absoluta y brutal.

—Azrael… —susurra, y yo me quedo allí, en silencio—. Haz que pare…

No puedo. No todavía. Y eso es lo que duele más que cualquier otro dolor que haya visto.

El tercer día no perdona. El tercer día destroza. Y todo lo que puedo hacer es quedarme ahí, mirándola mientras llora, mientras su cuerpo se rompe, mientras cada músculo y cada célula de su ser grita por algo que ya no tiene, consciente de que el próximo día no será más fácil.

Cada pequeño gemido, cada sollozo, cada estremecimiento me atraviesa como una daga. Siento la impotencia calando en mí, el peso de cada segundo que pasa mientras su cuerpo lucha contra lo que su cerebro exige y que ya no existe.

—Azrael… —susurra otra vez—. Me estoy rompiendo…

—Lo sé. —Le respondo, y juro que mi voz tiembla, aunque intento no demostrarlo—. Pero vas a sobrevivir. Vas a atravesarlo, y esto va a terminar. Solo tienes que aguantar un poco más, cariño.

Ella arquea la espalda de nuevo, gime, y me mira con ojos llenos de miedo, desesperación y una tristeza tan pura que siento que se me quiebra el pecho.

—No quiero… —murmura otra vez, casi sin voz—. No quiero más…

—Lo sé… —susurro de nuevo—. Pero no hay otra manera. Tienes que pelear contra esto, incluso si todo en ti grita que no puedes.

Cada estremecimiento de su cuerpo, cada lágrima, cada jadeo es un recordatorio brutal de que sobrevivir no es una opción simple. Me quedo observándola, sintiendo cada gemido como si fuera mío, entiendo algo terrible: lo más cruel de todo esto no es el dolor de Willow. Lo más cruel es que sé que esto podría rompernos a los dos si no logramos salir del otro lado.

CAPÍTULO 48

Willow

Me despierto y lo primero que siento es el calor de Troy a mi lado. Ha preparado algo, el aroma de la sopa flota por la habitación y, de alguna manera, es lo más humano que he olido en días. Mis manos tiemblan mientras intento incorporarme, y lo primero que escucho es su voz:

—Hola… *Ratoncita.*

Su sonrisa es suave, y me hace sentir frágil, demasiado frágil, como si cualquier movimiento pudiera romperme del todo.

—Debo ser la persona más patética del mundo —me quejo, la voz temblando y el nudo en la garganta apretando más fuerte.

Troy se inclina hacia mí, con esa calma que tiene solo él, y me mira directo a los ojos:

—No, no lo eres. Creo que eres adorable… y hermosa.

Mi pecho se contrae con incredulidad.

—No me he duchado en días —le digo, la voz rota—. No creo que sea hermosa o que huela bien.

Él niega con la cabeza, serio pero gentil:

—Te hemos cuidado, te hemos limpiado… incluso. No hueles mal, sigues siendo hermosa y deliciosa.

Mi garganta se cierra. Intento respirar, pero las lágrimas comienzan a brotar.

—No tenían que verlo… —susurro, avergonzada.

—Tienes razón —dice él, y sonríe débilmente—, pero queríamos estar aquí. Necesitabas de nuestra ayuda, Willow.

La presión en mi pecho se hace insoportable. Comienzo a llorar, temblando, y siento cada parte de mí rendirse ante el cansancio, el dolor, la vergüenza. Troy me rodea con sus brazos y

me abraza con fuerza, y en ese instante siento que todo lo que soy está completamente a la deriva.

—Eres hermosa, incluso cuando lloras —susurra, y su voz es un hilo que intenta sostenerme.

Pero llorar no basta. La rabia comienza a hervir dentro de mí, caliente y brutal, y siento que necesito romper algo, golpearlo todo. Empiezo a sacudirme, a intentar separarme de su abrazo, y el impulso de irme me consume:

—Quiero irme —digo con voz quebrada, temblando de desesperación.

—No puedo dejar que hagas eso —responde, firme.

—¿Por qué? —pregunto, jadeando—. Ya estoy bien.

—No, no lo estás, Willow… —susurra Troy, y la verdad en sus palabras me quema.

El dolor, la frustración, la impotencia, todo se combina y de repente mi rabia explota. Lo golpeo. Una cachetada. Se queda helado un segundo, y yo también me congelo al ver el pequeño rasguño que deja en su rostro. La culpa me golpea más fuerte que cualquier rabia.

—Lo siento… lo siento —balbuceo, intentando acercarme, pero mi cuerpo no escucha mi mente.

Me paro de la cama e intento correr, huir de lo que siento, de lo que hice, de lo que soy. Pero Azrael está allí, detrás de mí en un instante, atrapándome con una facilidad que me hace sentir pequeña de nuevo.

—¿Quieres que vuelva a atarte a la cama? —pregunta, la voz baja, firme.

—No… déjame salir, déjame salir —grito, la rabia y el miedo mezclados en cada palabra.

—No. No irás a ningún lado —responde, y yo no escucho más que el deseo de romper algo, de gritar, de lastimar.

Mi furia encuentra un objetivo: lo golpeo a él también. Una cachetada, otra, otra… hasta que Troy, con urgencia, me toma por detrás, envolviéndome con fuerza, y siento que todo el aire se me escapa, que la rabia se me clava en el pecho y que ya no puedo sostenerme más.

Lloro, grito, me retuerzo, y finalmente me desplomo entre sus brazos. La oscuridad me envuelve cuando pierdo la conciencia, y antes de caer, siento que el abrazo de Troy y la presencia de Azrael son lo único que me mantiene a flote, aunque todo dentro de mí esté destrozado.

CAPÍTULO 49

Willow

Despierto con el agua tibia cubriendo mi cuerpo, los músculos todavía doloridos y rígidos, y la sensación de vulnerabilidad me aplasta. El aroma del jabón flota en la habitación, melocotón. Mezclado con el olor metálico de mi propia piel adolorida, y apenas puedo girar la cabeza para ver a Azrael frente a mí, inclinado, con las manos firmes pero cuidadosas, lavando cada centímetro de mi piel como si estuviera limpiando algo más que el barro y la suciedad de los últimos días. Cada contacto suyo me hace estremecer, y no es solo por el tacto: es la mezcla de cercanía, control y peligro que me mantiene alerta, como si cada fibra de mi cuerpo supiera que está allí no para consolarme, sino para sostenerme mientras atravieso mi propio infierno.

Cierro los ojos, intentando dejar que el agua y sus manos me sostengan, pero cada vez que su palma se posa sobre mi espalda siento que el pasado me quema por dentro, que los días anteriores me persiguen incluso en este momento de aparente calma.

Cada movimiento de sus manos, cada roce del agua sobre mi piel, me recuerda que estoy atrapada entre la fragilidad y la fuerza, y que, aunque quiera gritar, llorar y romperme, hay alguien que no me permitirá desaparecer del todo, aunque el miedo todavía me quema por dentro, siento un hilo de alivio que me conecta con el mundo real, con la posibilidad de sobrevivir.

—Quédate quieta—dice, la voz baja, firme, casi un mandato mientras su palma recorre mi espalda—. No voy a lastimarte… todavía.

—No puedo… —susurro, quebrada, sintiendo cómo cada centímetro de mi cuerpo grita dolor y miedo—. Todo me duele.

—Lo sé —responde, y hay un filo en sus palabras que me atraviesa—. Por eso no puedes irte. No hoy. No hasta que esto termine.

—No quiero… —murmuro, la voz rota—. Me siento como un muñeco roto que nadie debería tocar.

—Eres nuestra, Willow —dice, y el tono no deja espacio para discutir—. Incluso rota, incluso temblando, incluso deseando desaparecer. No dejaré que te rompas sola.

Cierro los ojos mientras masajea mi cuero cabelludo, y la humillación me quema más que el agua tibia.

—Azrael… —susurro de nuevo, temblando—. No tienes que hacer esto.

—Tú no decides —responde con dureza, y siento que la afirmación me atraviesa como un golpe—. Yo decido que sobrevivas. Yo decido que sigas respirando. Y te aseguro que lo harás, quieras o no.

—No quiero sentir nada más —susurro, quebrándome—. Quiero desaparecer.

—Yo también decido eso —dice, la voz grave y firme—. Yo no lo permitiré. Cada temblor, cada lágrima, cada gemido… lo sostengo yo, y mientras yo esté aquí, nadie te tocará, nadie te destruirá más que tu propio miedo.

Siento cómo sus palabras me atan de otra manera, más oscura, más profunda que cualquier abrazo. No es consuelo. Es posesión. Es control. Es lo único que me mantiene viva mientras me deshago en el agua tibia que recorre mi cuerpo y lava mis lágrimas sin piedad.

—Esta es la forma de castigarme por no decirte la verdad —susurro, la voz apenas audible, temblando mientras siento cómo sus dedos recorren mi cuello y mi espalda, dejando un rastro de agua y frío que me estremece hasta los huesos.

Azrael se inclina un poco más, la mandíbula tensa, los ojos fijos en los míos como si pudiera leer cada pensamiento que intento ocultar.

—Créeme, Willow —dice, grave, oscuro, casi como un juramento—. No es un castigo. Conoceré todos tus pecados tarde o

temprano. Y cuando lo haga… —su mirada se vuelve más intensa, más peligrosa—… cada uno de ellos será mío para sostenerlo, para moldearlo, para recordarte que no hay lugar donde puedas esconderte.

Siento que un escalofrío recorre mi columna. La bañera deja de ser solo agua tibia; se convierte en un campo de tensión donde cada roce de su mano, cada movimiento suyo sobre mi piel, es un recordatorio de que estoy completamente a su merced. Mi respiración se acelera y mis piernas se tensan, pero no por frío, sino por miedo, deseo y una mezcla que no puedo nombrar.

—Azrael… —susurro otra vez, temblando—. No sé si quiero… si quiero soportar esto.

—No tienes elección —responde, y su voz es una orden que hace que mis músculos se aprieten, que mi mente se rinda—. Pero confía en mí. Cada verdad que escondes, cada miedo que callas… lo sostendré yo. No para castigarte, sino para mantenerte viva, para mantenerte aquí, conmigo.

Cierro los ojos, y por un instante quiero retroceder, desaparecer bajo el agua. Pero su mano se desliza por mi hombro y luego baja lentamente por mi brazo, firme, posesiva, y siento un temblor que no puedo controlar. No es consuelo; no es cariño. Es algo más oscuro: es propiedad, es advertencia, es deseo y peligros entrelazados, y sé que si me dejo arrastrar, no habrá vuelta atrás.

—Entonces… —susurro, apenas audible, con la voz quebrada —… ¿cada uno de mis pecados será tuyo?

—Sí —responde, grave, como un mantra—. Y yo decidiré qué haces con ellos, Willow. No es un juego. No es un castigo. Es control. Es lo que necesitas. Y lo que mereces.

Siento que mis ojos se humedecen otra vez, pero esta vez no son solo lágrimas de miedo o dolor; hay algo más. Algo oscuro, intenso, prohibido. Y mientras él sigue moviendo el jabón por mi espalda, siento que estoy atrapada entre el terror y un deseo que no quiero admitir, entre la culpa y la necesidad de que él me sostenga, aunque sea con fuerza y posesión.

Me quedo un momento en silencio mientras termina de lavarme, observando cada gesto suyo como si estuviera descifrando

un enigma imposible. Su mandíbula tensa, los pómulos marcados, el cabello peinado hacia atrás y la coleta firme le dan un aire de control absoluto. Lleva la camiseta blanca remangada hasta los codos y los pantalones negros ajustados que delinean cada línea de su cuerpo. Su aroma me golpea desde aquí, fuerte, perfume masculino, imposible de ignorar, y sin embargo lo acepto. No tiene que hacerlo, no tiene que sostenerme así mientras mi cuerpo y mi alma están expuestos, y aun así lo hace. Entre más lo observo, más me doy cuenta de que lo necesito, más me doy cuenta de que estoy enamorada de él.

Siempre lo estuve.

—Estás castigándome —susurro, la voz temblando mientras siento sus dedos recorrer mi cuello y mi espalda, frío y firme.

Se detiene un instante y me mira, oscuro y grave, y entiendo que cada palabra suya tiene un peso que no puedo ignorar.

—Es la única manera de hacer que las voces se callen —susurro, dejando salir la verdad aunque no quiera admitirla.

Asiente apenas y continúa lavando mi pierna por segunda vez, firme, controlando mi cuerpo con la seguridad de quien sabe que no hay opción de escapar.

—Siempre hay otra manera —murmura, y hay filo en su voz —. No tienes que destruirte así.

—Yo no puedo pelear en un ring como tú —respondo, la voz quebrada—. Lo único que hago es salvar vidas.

—¿Y acabar con la tuya? —pregunta, sin dejar espacio para evasión—. No te creo, Willow. No es excusa. Consumir no lleva a nada. Solo a morir lentamente. Y tú no quieres morir… quieres vivir.

—¿Cómo lo sabes? —susurro, incapaz de creerlo del todo.

—Porque lo siento —responde, firme, penetrante—. La forma en que miras el mundo, cómo sonríes a tus amigas, cómo amas tu trabajo… pero tu pasado te devora. Te has dejado devorar.

—No es tan fácil, Azrael —digo, tragando un nudo—. Siempre has tenido a tu hermano…

Esta vez me mira de verdad, y sus ojos me perforan como cuchillas. Su voz baja un tono, cargada de memoria y dolor:

—No. No siempre. No estuvo cuando mi padrastro y sus mierdas de amigos me violaban de niño y mi madre estaba demasiado borracha para defenderme, incluso lo permitía. Estaba solo. Era un niño de siete años. Viví en la calle, comí entre ratas, lloré hasta dormir exhausto, llegué incluso a desear mi muerte, pero… me di cuenta de que rendirse no servía de nada, así que peleé. Peleé por vivir.

Siento que algo se quiebra dentro de mí, y sin pensar, me abalanzo hacia él, enterrando la cabeza en su pecho mientras mi cuerpo tiembla y las lágrimas se escapan sin control.

—Lo siento tanto… eras solo un niño… lo siento mucho, Azrael —susurro entre sollozos, golpeando su pecho, tratando de liberar toda mi culpa y rabia.

—No te disculpes, *Mäuschen* —susurra, acariciándome con firmeza—. No es tu culpa. Lo superé. Soy un adulto ahora, y acabo con la escoria que camina por las calles de noche.

Me aparto un poco, temblando, y dejo que mi voz salga con dificultad:

—Yo necesitaba las drogas para… actuar frente a la cámara, para darles lo que querían ver.

—No necesitas hacerlo —responde, y su tono es un filo—. ¿Es por dinero?

Asiento, sintiendo la culpa quemar mi garganta.

—Mi tío. —llamarlo así me provoca asco— Era él o el sistema. Pero el estado eligió por mí y me mandó con él.

Siento la tensión de Azrael cuando me ve porque lo sabe, porque también lo vivió.

—¿Te tocó?

—No solo eso—trago y siento asco al recordarlo—nos grabó a mí y a otros niños de mi edad, nos obligó a hacer cosas que…ningún niño debería de hacer. No podía elegir… me obligaban, me empujaban a cosas que ninguna niña debería vivir… —susurro, intentando encontrar palabras que no sean demasiado suaves pero que transmitan mi horror.

Su mandíbula se tensa, sus ojos se oscurecen, y el silencio que sigue es casi doloroso. Sus manos continúan recorriendo mi piel

con propiedad, controlando cada movimiento mío, y siento que me rindo por completo ante él.

—Ahora entiendo por qué te dejaste consumir y no te culpo ni te juzgo —dice finalmente, grave, penetrante—. Pero no más, *Mäuschen*. No mientras yo esté aquí. Esto termina hoy.

Siento que algo dentro de mí se quiebra y se reconstruye al mismo tiempo. Su intensidad me aplasta, me confunde, y al mismo tiempo me sostiene. Estoy perdida, rota, vulnerable… y completamente enamorada y salvada por él.

CAPÍTULO 50

Willow

Días después, respiro un poco más tranquila. No tengo la necesidad de consumir, al menos no como antes, y eso me da una sensación extraña de control que no sentía en semanas. Me he duchado, y el agua tibia aún gotea de mi cabello mientras salgo del baño, el cuerpo todavía tembloroso por la abstinencia reciente, pero más fuerte que hace un par de días. Me envuelvo en una toalla y camino lentamente por el apartamento de Azrael, cada paso temblando apenas, y aún así me siento un poco más viva, un poco más capaz de mirar el mundo sin que me duela demasiado.

Desde la cocina llega la voz de Azrael, grave, firme, imposible de ignorar. Estoy en el umbral, escuchando sin querer ser vista, y mi corazón se acelera por la mezcla de miedo, curiosidad y esa atracción que todavía me consume.

—Te lo dije, esa escoria no es de por aquí. Sus hombres han cometido errores —dice, la voz cortante, afilada como cuchilla.

—¿Por qué lo dices? —responde Azrael, pero no puedo verlo, solo escucho el tono curioso, preocupado, cauteloso.

—Han llegado al club y han hablado de más, dijeron que su jefe está obsesionado con las enfermeras o una mierda así —continúa Troy, y siento un escalofrío que me recorre la espalda—. Pero anda en busca de una. Los tiene limpiando cada jodido hospital de Londres.

—¿Qué mierda dices? —pregunto.

—Lo llaman: El Productor —termina Troy, y hay un peso en esa frase que me hace enmudecer.

Me apoyo contra el marco de la puerta, el corazón golpeando en mi pecho, y siento que un frío me recorre la columna. El Productor.

—Recuerden, sé lo que hago porque soy El Productor, pequeños idiotas…hagan lo que les digo. ¡Quítense la ropa ya!

Esa voz, y esos gritos… incluso su risa, está latente en mi cerebro. Mi respiración se hace más lenta, intentando mantenerme invisible, mientras cada palabra que sale de la boca de Azrael me hace comprender que estoy entrando de nuevo en un mundo donde la línea entre la protección y el peligro absoluto es casi inexistente, y que yo, estoy demasiado involucrada, demasiado cerca, demasiado… atrapada.

Doy un paso hacia la puerta, intentando escuchar mejor, intentando comprender lo que Azrael y Troy dicen, pero el miedo me paraliza más de lo que quiero admitir. Mis manos tiemblan, apoyadas apenas en el marco, y siento que todo mi cuerpo se sacude como si estuviera a punto de romperse en pedazos. Quiero retroceder, pero mi pierna golpea el borde de la alfombra, un movimiento torpe, y de repente el mundo gira demasiado rápido.

—No… —susurro, tratando de mantenerme firme, pero mis rodillas me traicionan.

Antes de que pueda reaccionar, Azrael y Troy giran justo a tiempo y me ven. La mirada de ambos se clava en mí, un instante congelado donde sé que he sido descubierta. Palidezco, el corazón me late tan fuerte que siento que va a estallar en mi pecho, y una oleada de pánico me atraviesa de inmediato. Quiero retroceder, quiero huir, pero mis piernas no responden, y siento que caigo de golpe al suelo.

—¡Willow! —grita Azrael mientras se lanza hacia mí, cada paso firme, cada músculo tenso—. ¿Qué pasa? ¿Te duele algo?

—Ese hombre… ese… —mi voz se rompe, un hilo tembloroso mientras intento incorporarme, pero mis manos tiemblan demasiado, y siento que no puedo sostenerme.

Las manos de Azrael rodean mi cintura, evitando que el impacto me haga lastimarme más. Troy está a mi lado en segundos, sosteniéndome los brazos, buscando entender lo que me ocurre. Mis ojos buscan los de Azrael, suplicando, y él me mira como si pudiera leer cada pensamiento que no me atrevo a pronunciar.

—¿Lo conoces? —pregunta Troy, apenas audible, con la garganta ardiendo y el miedo consumiéndome.

Azrael aprieta la mandíbula, sus ojos oscuros clavados en los míos, y por un segundo siento que el mundo se detiene:

—El Productor… hijo de puta —dice entendiendo la verdad en mis ojos, y sus palabras son como una daga que corta la habitación.

—¿Quién es? —pregunta Troy, tratando de mantener la calma mientras me sostiene, pero no puede ocultar la alarma en su voz.

—La busca a ella —responde Azrael, la voz grave, firme, cargada de advertencia y amenaza—. Es su tío.

El aire se me corta. Siento que la gravedad me tira hacia abajo, que mi cuerpo se hace pequeño y frágil frente a ellos, y aunque están aquí, sosteniéndome, el terror me consume de inmediato. No puedo apartar la mirada de Azrael; necesito verlo, necesito que él me sostenga, que me diga que nada va a tocarme.

—No… no puedo… —susurro, el cuerpo temblando, la voz rota—… él está aquí…

Azrael me prieta hacia él con fuerza, firme, dominante, y su cercanía me hace estremecer de miedo y de una sensación extraña que mezcla deseo y necesidad:

—Shh… *Mäuschen* —susurra—. Lo sé. Lo sé y no permitiré que te toque. No mientras yo esté respirando.

Troy me mantiene erguida mientras Azrael me rodea con su brazo. Estoy aterrada, vulnerable, y completamente atrapada… pero segura, al menos mientras Azrael y Troy estén cerca.

Mis piernas flaquean otra vez. Troy me sujeta aún más fuerte junto a Azrael, pero mi cuerpo quiere soltarse, desplomarse, rendirse al miedo que me consume.

—Yo… —mi voz se rompe—… no puedo… no puedo enfrentar esto…

—Mira, Willow —dice—. No voy a permitir que nada te toque. Ni él, ni nadie. Nadie entra en tu vida mientras yo esté respirando. Lo que sea que venga, lo enfrentaré. Nada ni nadie nos separará de ti.

Su proximidad me hace temblar de otra manera, diferente al miedo. Es peligroso, imposible, intoxicante. Quiero apartarme, pero

cada movimiento mío es contenido por su control absoluto, y en su abrazo hay un mensaje silencioso: "*Eres mía. Mientras yo esté aquí, nada te destruye.*"

Troy me mira, intentando procesar, mirándome con la misma intensidad. Mi mirada se mueve de Azrael a Troy y de nuevo a Azrael, intentando entender, intentando encontrar un refugio, y me doy cuenta de que mi seguridad absoluta depende de ellos. Porque en estos momentos, no me siento fuerte.

—Ese tipo… ese hijo de puta —susurra Troy—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué…?

—Porque siempre encuentra lo que quiere —respondo. —Le dejé de enviar dinero, la amenaza siempre estuvo ahí.

—¿Por qué te pide dinero? —las preguntas no acaban. Si ellos supieran que, esa no es la única verdad.

—Porque es la manera de mantenerlo lejos. Sin contacto. Sin…abusos. Ese fue el trato.

Siento que me abrazo a Azrael casi sin darme cuenta, temblando, y él no me aleja. Sus manos me sostienen, me mantienen erguida, y aunque el miedo me consume, hay algo en su presencia que me ancla, algo oscuro, posesivo y absoluto que me hace sentir que todavía hay una oportunidad de sobrevivir, de luchar, de no ceder al terror que me ha perseguido desde que recuerdo.

—Debemos estar preparados —dice Azrael, mirando hacia la puerta, los músculos tensos, los ojos negros como la noche—. No sabemos cuándo dará el siguiente paso. Pero mientras yo respire, nadie tocará a lo que es mío.

—Y mío—termina Troy. —seguiré sirviendo bebidas a esos hijos de puta para que hablen.

CAPÍTULO 51

Willow

Camino por el pasillo del apartamento con el corazón golpeándome fuerte en el pecho. Cada paso me pesa, pero no me detengo. No puedo seguir escondiéndome detrás de Azrael, detrás de Troy, detrás del miedo. Si él está en la ciudad por mí, entonces esto también es mi problema.

La puerta del despacho está entreabierta. La empujo con cuidado y entro.

Azrael está detrás de su escritorio, revisando algo en su portátil, con el ceño fruncido y esa concentración peligrosa que siempre tiene cuando planea algo. Troy está apoyado contra la pared, con los brazos cruzados y una cerveza en la mano. Los dos levantan la vista al mismo tiempo cuando me ven.

Azrael frunce el ceño de inmediato.

—¿Qué haces fuera de la habitación?

Cierro la puerta detrás de mí y camino hasta el centro del despacho. Mis manos están frías, pero mi voz sale firme.

—Quiero ayudar.

El silencio que sigue es pesado.

Azrael deja el portátil a un lado lentamente, como si necesitara un segundo para procesar lo que acaba de escuchar.

—No serás un cebo, Willow.

—Quieres atraparlo —digo, manteniendo la mirada en él—. Y quién sabe a qué más ha venido. No había salido de Manchester desde hace años. Si está aquí, no es solo por mí.

Troy se mueve un poco, pero no habla todavía.

—Ustedes se encargan de ellos —continúo—. Déjame hacerlo más fácil si lo atraigo hacia mí.

La mandíbula de Azrael se tensa. Puedo verlo incluso desde aquí. Ese pequeño movimiento que significa que su paciencia se está agotando.

—No te pondré en peligro, Willow.

Doy un paso más hacia su escritorio.

—No estaré en peligro, te lo prometo. Puede ser en el bar. Troy estará ahí. Puedes darme un arma.

—Basta.

La palabra cae como un golpe seco. Azrael se levanta de la silla y cuando rodea el escritorio para acercarse a mí, siento cómo el aire en la habitación cambia. Su presencia llena todo el espacio.

Se detiene justo frente a mí.

—No vuelvas a decir eso.

Trago saliva, pero no aparto la mirada.

—Es mi problema. —le digo.

—Ahora también es el mío.

—Azrael…

—No.

Su voz es baja, pero peligrosa. Antes de que pueda responder, Troy interviene desde la pared.

—Estoy de acuerdo con él, Willow.

Giro la cabeza hacia él.

—¿Y si vino a matarte?

La pregunta los deja en silencio por un momento.

—No lo hará —respondo después de un segundo—. Le doy mucho dinero cada mes.

Troy levanta una ceja.

—¿Y si no es suficiente?

Siento cómo mi estómago se encoge, pero mantengo la postura. Tiene razón, el dinero para alguien como mi tío no es suficiente, siempre quieren más.

—Eso no lo sabes.

Troy niega lentamente con la cabeza.

—Tú tampoco, Willow.

Azrael da un paso más hacia mí. Ahora está tan cerca que puedo sentir su calor, su olor limpio mezclado con algo más oscuro,

más peligroso.

—Deja que nos encarguemos —dice con voz baja.

—No quiero esconderme.

Sus ojos se clavan en los míos. Oscuros. Intensos. Inquebrantables.

—Esto no es esconderse.

—Entonces ¿qué es?

Azrael se inclina un poco hacia mí, lo suficiente para que su voz solo sea para mí.

—Mantenerte viva, joder.

—No puedes protegerme todo el tiempo.

—Mira cómo lo intento.

Aprieta la mandíbula.

—Si ese hombre se acerca a ti, no lo atraparé. —dice, haciendo una pausa.—Lo mataré.

Troy deja escapar un suspiro.

—Genial —murmura—. Ahora estamos planeando un asesinato delante de la víctima.

Azrael no aparta la mirada de mí.

—No eres un cebo, Willow.

Su mano se posa en el borde del escritorio, justo al lado de mi cadera.

—Eres la razón por la que esto se termina.

Mi corazón late más rápido.

Suelto el aire lentamente cuando veo que ninguno de los dos va a ceder. Azrael sigue frente a mí, inmóvil, como una pared imposible de mover. Troy vuelve a apoyarse contra la pared, observándonos con fuego en la mirada.

Entiendo que esta batalla está perdida… al menos por ahora.

—Entonces, ¿Puedo ir a mi apartamento? —digo finalmente.

Azrael no reacciona de inmediato. Solo me observa, evaluando algo que no logro descifrar. Sus ojos recorren mi rostro como si estuviera buscando señales de que voy a hacer alguna estupidez.

—Puedes ir —responde al final—. No tienes que pedir permiso.

Me encojo de hombros.

—No estaba pidiendo permiso.

Troy deja escapar una pequeña risa por la nariz.

—Claro que no.

Camino hacia la puerta, pero antes de abrirla me detengo. Hay algo más. Algo que necesito. Vuelvo a mirarlo.

—Necesito algo.

Azrael cruza los brazos.

—¿Qué necesitas?

Inclino la cabeza ligeramente, con una sonrisa que no llega del todo a mis ojos.

—Algo para *entretenerme* y *liberarme*.

Troy ya sabe por dónde voy. Lo veo enderezarse un poco, divertido.

—Ya que no quieren follarme —añado con total naturalidad— y me miran como si fuera un cachorro herido… entonces voy a necesitar algunos juguetes.

Azrael no se mueve ni un centímetro, pero su mandíbula se tensa de inmediato.

—Willow.

Levanto las manos en gesto inocente.

—¿Qué? Estoy siendo honesta.

Me acerco un poco al escritorio.

—Quiero pasar por mi apartamento. Necesito mis cosas. Ropa… algunas cosas personales… ya sabes.

Troy se pasa una mano por la cara, claramente intentando no reírse.

—Esto se está poniendo entretenido.

Azrael sigue mirándome. Sus ojos son oscuros, intensos, peligrosos.

—¿Juguetes? —repite despacio. *¿Acaso fue todo lo que escuchó?*

—Sí.

Me apoyo con la cadera en el borde del escritorio.

—Ya sabes… vibradores, esposas, ese tipo de cosas. Cosas que una mujer usa cuando los hombres de su vida deciden volverse

caballeros de repente.

Troy suelta una carcajada abierta.

—Joder…

Azrael no se ríe. Da un paso hacia mí.

—No te estamos mirando con lástima.

—Ah, ¿no?

—Te estamos dando tiempo para recuperarte.

—Me siento perfectamente bien.

—Llevas dos semanas limpia.

Sus palabras caen como un recordatorio frío.

Me encojo de hombros.

—Entonces más razón para celebrar.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros. Azrael toca mi barbilla con un dedo y hace que lo vea. Joder, es tan alto. Veo hacia abajo y no llevo zapatos, así que me paro en sus pies solo para alzarme un poco y le doy un beso casto.

—¿Quieres ir a tu apartamento?

—Sí.

—Bien.

Hace una pausa.

—No vas sola.

Troy levanta la mano.

—Por favor dime que no soy yo el que va a recoger los vibradores.

Lo miro con una sonrisa inocente.

—Podrías aprender algo.

—Ya quisieras, *Ratoncita.*

Azrael ya está caminando hacia la puerta.

—Vamos.

Frunzo el ceño.

—¿Vienes tú?

Se detiene y me mira por encima del hombro.

—Si ese hombre está en Londres —dice con calma peligrosa — no me fío ni de este edificio.

Mi estómago se aprieta un poco. Porque por un segundo había olvidado eso.

Mi tío.

Azrael abre la puerta.

—Mueve ese culo, *Mäuschen.*

Paso a su lado y salgo al pasillo. Troy viene detrás de nosotros, todavía murmurando algo para sí mismo.

—Nunca pensé que mi trabajo incluiría escoltar juguetes sexuales…

Azrael ni siquiera gira la cabeza.

—Cállate, Troy.

Pero cuando bajamos las escaleras, siento su mano posarse brevemente en mi espalda. Firme como protector. Y completamente posesiva.

—Recoge lo que necesites —dice en voz baja—. Después volvemos.

Lo miro de reojo.

—¿A tu apartamento?

—Sí.

—¿Y si quiero quedarme en el mío?

Sus ojos se deslizan hacia mí. Sabiendo muy bien lo que quiero y lo que necesito.

A ellos.

—No quieres.

Y por la forma en que lo dice…

casi suena como una orden.

…

Han pasado demasiadas cosas en pocos días y todavía siento el cuerpo extraño, como si mi mente intentara ponerse al día con todo lo que está ocurriendo. Camino entre ellos dos, con Azrael un poco delante y Troy a mi lado, y aunque ninguno dice nada durante unos segundos, sé que ambos están atentos a mí.

—Estaba pensando en lo que dijiste arriba.

Lo miro con una ceja levantada.

—Eso nunca termina bien cuando empieza así.

Él se encoge de hombros.

—Lo de los juguetes.

Azrael se detiene junto a la puerta, pero no se gira todavía. Sé que está escuchando igual. Troy se acerca un poco más a mí, lo suficiente para que su hombro casi roce el mío.

—No necesitas juguetes si nos tienes a los dos, *Ratoncita*.

La forma en que lo dice es provocadora, pero también familiar, como si fuera algo que ya sabemos los tres. No puedo evitar soltar una pequeña risa. Porque tiene razón, además, no tengo juguetes, no los que puedas satisfacerme de verdad como ellos lo hacen.

—¿Ah, sí?

—Claro —continúa con total naturalidad—. Tienes dos novios perfectamente funcionales y aun así quieres ir a buscar baterías.

—Eso suena a pereza por tu parte.

—Eso suena a eficiencia por la mía.

Azrael finalmente gira la cabeza hacia nosotros. Su mirada pasa primero por Troy y luego por mí, oscura, evaluadora.

—Troy.

—¿Qué? —responde él, divertido—. Solo estoy señalando lo obvio.

Yo cruzo los brazos y los miro a los dos.

—Lo obvio es que los dos me han estado mirando como si fuera de cristal desde que salí de esa bañera.

—Te estabas recuperando —dice Azrael.

—Me sigo recuperando.

—Exacto.

—Y eso no significa que de repente me haya vuelto una monja.

Troy suelta una risa baja.

—Definitivamente no.

Azrael abre la puerta de mi apartamento con un movimiento tranquilo, pero su atención sigue sobre mí.

—Entra.

—Todavía no he decidido si quiero volver contigo.

—No es una invitación.

Inclino la cabeza.

—¿Es una orden?

Él se acerca un paso. Su presencia es inmediata, sólida, como una pared cálida y peligrosa al mismo tiempo, me toma de la barbilla y me da un beso en los labios.

—Es sentido común.

Troy se apoya contra el marco de mi puerta, observándonos con los brazos cruzados.

—Personalmente creo que podríamos resolver lo del aburrimiento de Willow de maneras mucho más interesantes que ir de compras.

Le lanzo una mirada.

—Tú siempre crees eso.

—Porque normalmente tengo razón.

me observa unos segundos más, y en su mirada hay algo más profundo que simple control. Hay preocupación, sí, pero también esa intensidad que siempre me hace sentir como si me estuviera sujetando incluso cuando no me toca.

—Recoge lo que necesites —dice finalmente—. Después volvemos.

—¿A tu apartamento?

—A casa, Willow Graves, con nosotros.

La palabra me hace sentir algo extraño en el pecho. Troy toca mi cabello y agrega:

—Además, Willow… si lo que necesitas es entretenimiento, estoy bastante seguro de que entre los tres podemos arreglar eso sin necesidad de enchufes ni cargadores.

Le lanzo una mirada larga.

—Eres incorregible.

—No —responde con una sonrisa y luego me besa en los labios—. Solo soy honesto.

Cuando paso a su lado, su mano se posa un segundo en mi espalda. Es un gesto breve, pero firme, protector… y completamente posesivo.

—Primero tus cosas —dice en voz baja cerca de mi oído.— Luego ya veremos cómo quieres entretenerte.

Y por la forma en que lo dice, sé perfectamente que no es solo una broma.

El silencio de mi apartamento me golpea de inmediato. No había vuelto desde hacía días, pero todo está exactamente igual que cuando me fui: el sofá desordenado, una taza olvidada sobre la mesa baja, una chaqueta tirada sobre el respaldo de una silla. Por un momento me quedo en medio del salón, observando ese pequeño caos que es mío, preguntándome si de verdad sigo perteneciendo a este lugar o si ya he empezado a acostumbrarme demasiado al de Azrael.

El culpable cierra la puerta detrás de nosotros y deja caer las llaves en la mesa de la entrada.

—Bienvenidos a mi humilde desastre.

Troy se adentra primero, mirando alrededor con curiosidad.

—Lindo.

—Eso no me tranquiliza.

Cuando me giro hacia ellos, siento inmediatamente la forma en que el aire cambia. No es peligro, no exactamente… pero sí algo denso, cargado de electricidad, como si los tres supiéramos que hemos cruzado una línea invisible.

Camino hacia el salón con la intención de recoger algunas cosas, pero apenas doy unos pasos cuando siento la mano de Troy rodear mi muñeca con suavidad.

—¿De verdad vinimos solo por tus juguetes? —murmura cerca de mí.

Lo miro por encima del hombro y levanto una ceja.

—¿Te preocupa que la competencia sea muy fuerte?

Troy sonríe, pero antes de que pueda responder siento la presencia de Azrael acercándose por detrás. Su mano se posa en mi cadera, firme, cálida, deteniéndome por completo entre los dos.

Mi respiración cambia al instante. Durante un segundo nadie habla.

—Decías que estabas aburrida —dice Troy en voz baja.

Azrael no dice nada, pero siento cómo su pulgar se mueve lentamente sobre mi cadera, un gesto mínimo que envía un escalofrío por mi espalda.

—Tal vez exageré —murmuro.

—No lo creo —responde Troy.

Se inclina hacia mí primero. Su mano se desliza hasta mi barbilla, levantándola apenas lo suficiente para que tenga que mirarlo. El beso llega despacio, cálido, con una familiaridad que hace que mis hombros se relajen casi de inmediato. Sus labios son suaves pero seguros, y cuando se separa apenas unos centímetros puedo ver esa sonrisa suya, más tenue ahora.

—Definitivamente no estabas exagerando.

Pero antes de que pueda responder, Azrael me gira ligeramente hacia él. Su mano sigue en mi cadera, fuerte, firme, como si me reclamara sin decir una sola palabra.

Su beso es distinto.

Más profundo.

Más lento.

Como si no tuviera ninguna prisa.

Una de sus manos sube a mi nuca, sosteniéndome mientras me besa, y siento cómo el calor se extiende por todo mi cuerpo. Cuando finalmente se aparta, su frente queda apoyada contra la mía un segundo.

—Dos semanas limpia —murmura cerca de mis labios—. Eso sí que merece celebrarse.

Troy se acerca por detrás y su brazo rodea mi cintura.

—Estoy empezando a pensar que deberíamos haber venido antes.

No puedo evitar reír suavemente entre los dos, atrapada entre sus cuerpos, entre su calor, entre esa sensación de pertenecerles que siempre me desarma un poco.

—Vinimos a recoger mis cosas —recuerdo.

—Todavía puedes hacerlo —dice Troy.

—Más tarde —añade Azrael.

Sus manos se deslizan lentamente por mi espalda, atrayéndome contra él otra vez, mientras Troy deja un beso en mi sien con una calma casi peligrosa.

CAPÍTULO 52

Willow

Azrael es el primero en quitarme la ropa. Lo hace despacio, casi con ceremonia, como si estuviera descubriendo algo nuevo. Sus dedos rozan mi cabello cuando lo levanta y lo deja a un lado. Troy, con esa sonrisa suya que siempre parece saber exactamente lo que está pasando por mi cabeza, se acerca para ayudarlo, y entre los dos terminan de liberarme de mi ropa. De pronto estoy ahí, frente a ellos, sin esa pequeña barrera que me escondía un poco del mundo.

Retrocedo un paso.

Luego otro.

Hasta que mis rodillas chocan con el borde del sofá y caigo sentada sobre los cojines, soltando una pequeña risa nerviosa que se pierde en el aire del apartamento.

Azrael no aparta la mirada de mí.

Lento, deliberado, se quita su propia ropa. La deja al lado de la mía, sin prisas y me deleito viendo cada línea de sus músculos, el calor que desprende su piel desde aquí, el tatuaje en su pelvis del animal venenoso y todo comienza a doler por sentirlo. Después mira a Troy y, con un gesto breve de la cabeza, lo empuja suavemente hacia su lado, tomándolo del cuello y besándolo con un hambre voraz que no hace más que crecer mi excitación.

—Quítate la ropa—le dice.

Troy resopla divertido.

—Lo que quieras, cariño. —gruñe con deseo.

—Eso suena mejor.

Entre los dos terminan desnudos en pocos segundos, moviéndose por el salón sin pudor, sin prisa. Azrael se deja caer a mi lado en el sofá, relajado, pero con esa presencia suya que llena el espacio.

Tiene la polla en la mano.

La mueve lentamente entre sus dedos, observándome con una calma peligrosa mientras me mira los labios. La humedad brillante en la punta refleja la luz tenue del salón y, sin querer, siento que mi boca se llena de saliva.

No puedo evitar inclinarme un poco hacia él.

Solo un poco. Lo suficiente para pasar la punta de la lengua por la punta de la cabeza y Azrael gruñe. El sabor salado me recorre de inmediato, y justo cuando estoy a punto de apartarme, Azrael se mueve con rapidez.

—¡Ah! —grito cuando me levanta con facilidad y me coloca a horcajadas frente a él.

Su calidez me hace estremecer cuando me siento. La tensión se acumula en mi cuerpo mientras su polla resbalosa se acomoda dentro mí. Me quedo mirándolo de frente cuando se inclina para besarme con ansias, profundo, como si hubiera estado esperando ese momento desde que entramos al apartamento. Y levanta sus caderas para penetrarme de nuevo, esta vez más profundo y grito.

Mis caderas empiezan a moverse casi solas, balanceándose sobre su polla al ritmo que mi cuerpo encuentra. Detrás de nosotros, la música empieza a sonar. Troy ha encendido el equipo de sonido. La voz suave en "*Can you hear me now?*" de *Owsey* llena el salón y el ritmo lento se desliza por la habitación como un pulso constante.

Me dejo llevar.

Azrael sigue frente a mí, sus manos firmes en mis caderas mientras el beso se vuelve más lento, más intenso. Mis tetas se balancean en su pecho y los toma con ambas manos para apretarlos y chupar mis pezones.

—Tan hermosa—me besa la punta de la nariz, mientras yo gimo con cada movimiento—qué bien te tragas toda mi polla en ese coñito apretado, *Mäuschen.* Sigue cabalgándote así sobre mí. Eso es.

Entonces siento a Troy detrás de mí, besando mi espalda y pasando la lengua, haciéndome estremecer cuando siento el metal deslizarse con facilidad. Empieza a moverse al ritmo de la música, bailando con esa naturalidad suya, y sus dedos se deslizan por mi

cabello con una caricia tranquila, como si tocarme fuera lo más natural del mundo.

La cabeza de su polla se desliza en mi espalda.

Caliente.

Viva.

Palpitante en su mano.

Su voz baja llega a mi oído mientras sigue moviéndose y provocándome por detrás. Y me quejo, porque quiero sentirlo a él también. Azrael relaja sus embestidas solo un segundo, únicamente para volver deslizarse dentro de mí de un solo golpe.

—¿Quieres ambas pollas, *Ratoncita codiciosa?*… ¿Es eso?

Asiento sin pensar. Azrael me observa con esos ojos oscuros que siempre parecen atravesarme.

—Usa tu voz, Willow —dice con suavidad—. Queremos escucharte.

Mi respiración es más profunda ahora.

—Sí… lo quiero —murmuro—. Llenen mis agujeros, por favor.

Azrael se reclina un poco en el sofá, mirándome como si estuviera disfrutando cada segundo de esto. Yo sigo moviéndome sobre él, subiendo y cayendo sobre su polla al ritmo de la música, dejándome llevar por el sonido y por la forma en que los dos me rodean.

Entonces siento a Troy acercar su polla en mi trasero, me abre las nalgas con una mano, y lubrica mi agujero con su propia excitación.

Me tenso y dejo de moverme. Empuja lentamente la punta y me sostengo de los hombros de Azrael para prepararme también con su tamaño. Se siente bien, demasiado bien y es justo como quiero sentirme en estos momentos.

Llena de ellos.

—Si te vieras—me dice—lo hermosa que te ves ahora mismo cuando Troy está a punto de reclamar también tu culo.

Siento el aliento de Troy en mi oído.

—Respira, *Ratoncita* —susurra—. Tienes que relajarte… vas a disfrutar cada centímetro de mi polla.

El ritmo de la canción late en mis oídos.

—Sí… —susurro, cerrando los ojos un momento—. Oh, sí…

Sonrío apenas.

—Me gusta tu polla.

Azrael lleva sus dedos a mi clítoris, y solo provoca que comience a moverme de adelante hacia atrás, la polla de Troy cada vez más dentro, la de Azrael también y estoy llena por completo nuevamente.

—Joder, sí—gimo—oh, diablos.

—Creo que le gusta demasiado nuestras pollas, Escorpión— dice Troy, comenzando a follar más rápido mi culo. Lo que hace Azrael con mi coño y mi clítoris me mantiene al borde.

La música sigue sonando mientras los tres nos movemos dentro de ese pequeño espacio de luz tenue y respiraciones mezcladas, el apartamento cubierto de nuestros gemidos y la música —el miedo, el pasado, el mundo exterior— todo hace que desaparezca por un momento.

CAPÍTULO 53

Willow

Estoy aburrida.

La casa está más tranquila de lo habitual. Azrael no está y eso cambia todo; incluso con Troy aquí, el aire se siente diferente, más ligero, pero al mismo tiempo más intenso, como si el espacio estuviera esperando que ocurriera algo. Estoy sentada en el sofá, las piernas recogidas bajo mí, observando cómo Troy se mueve por la cocina antes de acercarse con dos cervezas en las manos. Me entrega una y se deja caer a mi lado, apoyando los codos en las rodillas. Su presencia me envuelve de inmediato; no es solo su tamaño o su fuerza, es esa sensación de seguridad que nunca había experimentado antes y que, de alguna manera, me hace sentir a salvo y vulnerable al mismo tiempo.

—¿Dónde creciste, Troy? —pregunto finalmente, rompiendo el silencio, intentando no mirar demasiado directo a sus ojos azules y delatar la curiosidad que me consume.

Me doy cuenta que, estoy enamorada de estos dos hombres, pero conozco poco o nada de sus vidas. Él levanta una ceja y toma un trago de su cerveza antes de responder.

—Aquí. Londres. No en los barrios bonitos —dice con calma, pero puedo sentir el peso detrás de cada palabra—. Crecí en la parte dura de la ciudad, donde no hay margen para la debilidad.

—¿Qué pasó? —murmuro, con cuidado de no sonar inquisitiva.

Troy permanece un momento en silencio, moviendo la botella entre los dedos, los ojos clavados en algún punto lejano que solo él puede ver.

—Mis padres murieron. Después de eso… Londres no fue amable. Aprendes rápido que nadie va a protegerte. Cada día es un

combate, cada error puede costarte caro.

Siento que mi pecho se aprieta. No es tan diferente a la vida que tuvo Azrael y ahora entiendo su conexión que va más allá de pura lujuria y atracción.

—Mis padres también murieron. —le confieso—el único familiar era…mi tío.

Veo cómo traga, aclarando su garganta y puede imaginar todo tipo de cosas en su cabeza, seguramente Azrael se lo dijo. Pero no me importa contárselo yo misma.

—Mi tío me obligó a mí y otros niños a hacer cosas…—se me quiebra la voz.

—Cariño—Troy me atrae a su pecho—no tienes que hablarlo, está bien. estoy aquí contigo.

Tiene razón. Estoy con él y Azrael y me siento a salvo.

—¿Vivías en la calle? —pregunto. Seguro él también sufrió como Azrael. Somos tres almas dañadas que encontramos consuelo en la oscuridad.

—A ratos. A ratos en casas de gente que no debería tener niños cerca —responde, con un dejo de amargura en la voz que me estremece—. Aprendes a ser fuerte porque no hay otra opción. Cada día es un desafío.

Hago un gesto mínimo, apenas para que sepa que lo escucho, y él continúa, con la mirada fija ahora en mí.

—Luego llegó Arthur, el dueño del bar. Me encontró intentando robar comida en la cocina cuando tenía quince años. Podría haber llamado a la policía, pero no lo hizo. Me dio un plato caliente y me enseñó a cocinarlo. Me enseñó que, si iba a sobrevivir en este mundo, tenía que aprender a defenderme y a cuidarme. Me enseñó todo lo que sé ahora, y cuando murió, me dejó el bar. Todo lo que soy ahora, se lo debo a él… y a Azrael.

Su mirada se suaviza apenas y veo una mezcla de orgullo y melancolía en sus ojos.

—Y Azrael terminó de darme un motivo para seguir —susurra, casi como si fuera un secreto—. Me protegió, me enseñó lo que significa pelear por algo que quieres de verdad.

Mis dedos se aferran inconscientemente al borde del sofá mientras lo observo, y sin darme cuenta, la pregunta sale de mis labios:

—¿Lo amas?

Troy no duda ni un segundo.

—Sí. Lo amo. Es mi hogar. Mi familia. Mi compañero. Y ahora… tú también formas parte de eso.

Siento un calor inesperado en el pecho. Ser amada y venerada por dos hombres que conocen el dolor peor que yo. No lo merezco, ellos merecen más que mi verdad a medias.

—Nos perteneces, *Ratoncita* —agrega con firmeza, como si no hubiera espacio para la duda en sus palabras.

—Eso suena muy posesivo —susurro.

—Lo es —responde, simple, seguro. —somos posesivos, y te gusta.

Un silencio se instala entre nosotros, cargado de significado. Sus ojos me estudian, y siento que está viendo todas las capas que intento mantener ocultas. Entonces su tono cambia, más suave, casi herido:

—¿Qué ocultas, Willow?

—¿De qué hablas? —replico, un poco a la defensiva.

—Tal vez Azrael te conoce mejor, pero yo sé leer a las personas. Estoy viendo que estás aterrada. Y no solo por tu tío. Hay algo más, ¿no es así?

Trago saliva, intentando mantener la voz firme.

—No sé de qué hablas, Troy.

—No vayas a herirlo, Willow. Tú no. —su tono es firme, pero lleno de cuidado.

—No lo haré —murmuro, sintiendo un nudo en el estómago.

—Bien —dice finalmente, y su mano se posa en mi cintura. Antes de que pueda reaccionar, me levanta con facilidad y me coloca sobre sus hombros.

—¿Qué haces? —pregunto entre risas nerviosas.

—Voy a alimentarte —responde, divertido.

—¿Con comida? —digo, arqueando una ceja mientras lo miro desde esa altura.

—Pues claro. ¿Acaso eres un ratón de verdad y quieres queso? —agrega con un guiño.

Ambos estallamos en risas. Pero justo en ese momento, la puerta se abre. Azrael entra y me ve sobre los hombros de Troy. Lo primero que noto es su mirada, cargada de deseo y control. Siento un escalofrío recorrer mi espalda cuando Troy me sienta sobre la encimera de la cocina.

—Buenas vistas —murmura Azrael, y se acerca a mí, apoyando sus manos suavemente mientras me besa con intensidad. Luego besa a Troy, un gesto que no sabía que haría vibrar las mariposas en mi estómago y que mezcla amor y posesión al mismo tiempo.

—¿Qué tal el día, cariño? —pregunta Troy, su voz calmada mientras se aleja de la encimera de la cocina.

Quedo embobada observándolos, como si fueran una pareja tradicional, pero sé que no hay nada tradicional aquí. La dinámica, la intensidad, todo entre ellos es otra cosa: es oscuro, es intenso, y me atrapa sin que pueda escapar.

—Lo mismo de siempre—dice, depositando un beso en mi frente—Voy a la ducha.

Troy me da un beso rápido también y va detrás de Azrael. Sé que él sabe exactamente cuándo intervenir, cuándo dejarme sola, cuándo guiarme.

Me quedo sola en la cocina, apoyada contra la encimera, y de repente todo el calor y la risa de antes se desvanecen. Troy y Azrael se fueron juntos a la ducha, dejándome sola, con el eco de sus voces desvaneciéndose tras la puerta del baño. La habitación se siente enorme y silenciosa, y yo me doy cuenta de lo vulnerable que estoy cuando no hay nadie más que yo. Mis manos buscan apoyo en la superficie fría de la encimera mientras respiro hondo, intentando calmar el temblor que recorre mi cuerpo, pero es inútil; el miedo se arrastra bajo mi piel y me hace sentir expuesta, diminuta.

El aroma de Azrael, mezclado con el de Troy, todavía flota en el aire y me hace desear, de manera extraña, su cercanía, aunque sé que ahora no están. Es una tortura de que, incluso cuando me siento segura con ellos, mi mundo puede volverse frágil en un

instante. Mi mirada se desplaza por la cocina, por la ventana que da a la calle, por cada rincón que antes parecía acogedor y ahora parece lleno de posibilidades que no quiero enfrentar sola.

Mis dedos tiemblan mientras tomo mi teléfono y reviso mi correo electrónico, buscando algo que me distraiga del vacío. Un mensaje destaca entre el resto, y mi corazón se detiene al ver el remitente. No es spam. No puede serlo. El contenido me congela porque su amenaza ya comenzó:

Para: Willow Graves
De: El Productor
Asunto: Querida Sobrina

Ven a este lugar y reclama tu premio. Sola o Sufrirás.

Siento un escalofrío que baja por mi espalda hasta la base de mis piernas. Instintivamente me acerco a la pared, buscando la seguridad que ya no está allí, y me doy cuenta de que esto me supera y lo único que me importa en estos momentos es proteger a los chicos, además que cualquier paso que dé ahora podría ser crucial. El apartamento, que hace apenas unos minutos estaba lleno de risa, música y calor, se ha convertido en un espacio de tensión, de miedo y de expectativa.

Mis manos buscan algo firme, algo que pueda sostener, y mis ojos recorren el salón. Cada segundo que pasa sin que aparezcan Troy o Azrael aumenta el pánico en mi pecho. El mensaje es claro: *mi tío está aquí y me quiere, y no puedo confiar en que estos muros me protejan o a ellos.* Todo el mundo que confío, toda la seguridad que creía tener, ahora parece distante, intangible. Y ahora el agua corre detrás de esa puerta cerrada, Troy y Azrael juntos, yo me siento atrapada en un silencio que grita peligro y urgencia, sabiendo que mi próximo movimiento podría cambiarlo todo.

…

El mensaje tenía una ubicación: Black Veil. El bar de Troy. No pude esperar a que Azrael y Troy salgan de la ducha. Solo salí del

apartamento y corrí. Si él llega antes, si mi tío llega antes, no sé qué pasará. No puedo perder tiempo, no puedo dudar ni un segundo. Aprieto el teléfono contra mi pecho y corro hacia la calle, esquivando charcos, sintiendo la lluvia empapándome hasta los huesos. Cada paso es un riesgo, cada sombra un posible enemigo, cada sonido de la ciudad me hace voltear.

La adrenalina quema en mis venas, mis pulmones arden, pero no puedo parar. No puedo pensar en nada más que en llegar. El bar no está lejos, pero cada semáforo, cada esquina, parece estirarse, cada paso más lento de lo que debería. Siento miedo real, puro, y sé que, si mi tío me alcanza, no habrá vuelta atrás. La amenaza del mensaje no era un juego. No puedo dejar que él gane.

Doblo en la esquina, escucho el sonido de pasos detrás de mí y mi instinto me grita que me apresure.

Entro al bar y el ambiente me golpea de inmediato: luces bajas, música de fondo apenas perceptible, el olor a madera y alcohol mezclado con un calor humano que me hace sentir fuera de lugar y, al mismo tiempo, aferrada a algo tangible. Detrás de la barra hay un hombre más viejo, probablemente un trabajador de Troy cuando él no está, que me observa con curiosidad y un mínimo de desconfianza. No le presto atención; camino hasta una de las mesas más cerca del ring y me siento, pidiendo un trago que me devuelva algo de control, aunque sea mínimo.

El teléfono vibra en mi bolso. Lo saco y el mensaje es simple, directo, como siempre.

Sola. Me gusta.

Mi estómago se aprieta y mis dedos se aferran al vaso mientras escribo de vuelta, tratando de mantener la calma:

¿Dónde estás? Terminemos con eso.

Guardo el teléfono, tomo un trago largo y dejo que el calor del alcohol me recorra un segundo, intentando calmar los nervios. Pero el silencio me pesa, y después de unos minutos no puedo quedarme sentada; necesito moverme, caminar, sentir que tengo

control sobre algo, aunque sea el espacio que ocupo. Me acerco al ring, mis pasos medidos, vigilando cada sombra, cada rincón.

Y entonces choco con alguien. Un cuerpo fuerte que me detiene en seco.

Troy.

—Estás en problemas, Willow—su voz es baja, grave, peligrosa, pero hay un hilo de alivio mezclado con reproche—. Menos mal que tenemos cámaras aquí.

Trago saliva y miento sin pensar demasiado.

—Solo necesitaba un trago —digo, apartándome un poco de él, manteniendo distancia.

Troy me observa un instante más, midiendo si creerme, y entonces su teléfono suena y responde y es mi señal para alejarme y correr.

—Sí… la encontré.

El pitido de la llamada me pone los pelos de punta. Miro hacia la puerta y veo cómo unos hombres empiezan a acercarse, sus pasos resonando en el piso de madera. No necesito escuchar más; el instinto me grita que el peligro está aquí, ahora. El caos estalla a mi alrededor: los hombres avanzan, Troy aprieta el teléfono y sus ojos se encuentran con los míos, tensos y advirtiéndome que me mueva, que esto no es un juego. Pero estoy demasiado lejos de él.

CAPÍTULO 54

Troy

Solo un maldito segundo. Solo un maldito segundo mientras fui a la ducha a revisar a Azrael porque algo en su mirada me dijo que no trae buenas noticias. Jamás imaginé que esos minutos se convertirían en un infierno cuando nos dimos cuenta que Willow no estaba en el apartamento. Los hombres del bar y Azrael me dieron el aviso casi al mismo tiempo: ella salió, está entrando a mi club, y nada es seguro. Nada. La adrenalina quema en mi pecho mientras arranco la moto, Azrael pisándome los talones, reuniendo a sus hombres de Código Negro. El mensaje de Azrael sobre el tío de Willow era claro: el tío de Willow la quiere viva o muerta.

La veo cuando doblo la esquina. Corre como si no tuviera idea del peligro que la rodea, y la furia me estalla en el pecho. Está tan asustada, tan diminuta, que no puedo contener la rabia que me consume. Mis músculos se tensan mientras corro hacia ella, y lo primero que sale de mi boca es un gruñido bajo, controlado pero lleno de amenaza:

—Estás en problemas, Willow.

Ella me mira con ojos que intentan mentir, y susurra:

—Solo necesitaba un trago.

No me engaña. Nunca podría. Tomo el teléfono para responder la llamada de Azrael y escucho su voz al otro lado:

—Troy…—dice con ese tono de voz que no me gusta cuando se enfada.

—Sí… la encontré…—respondo, sin dejar que termine de hablar, cuando de repente me doy cuenta de que ese tono de voz no es de enfado. Sino miedo.

Y me corta de inmediato:

—¡Vete de ahí ahora! Es una trampa.

Azrael. Su urgencia recorre mi columna como un golpe. Pero es demasiado tarde. Los hombres están demasiado cerca de ella, demasiado cerca. Uno saca un arma y apunta directo al estómago de Willow. Todo se congela. Todo desaparece salvo ella y esa maldita arma. Grito su nombre con toda la fuerza que tengo:

—¡Willow!

El disparo es limpio. Directo a su estómago. La veo caer y todo el bar explota en caos: gritos, mesas volcadas, vasos rompiéndose, la música convertida en ruido ensordecedor. La gente corre en todas direcciones, pero mis ojos solo ven a ella, desplomada, temblando. Corro hacia ella, empujando a cualquiera que se cruce, y la tomo en brazos. Su respiración es irregular, su cuerpo temblando.

Saco el arma y busco a los responsables, pero no hay nadie. Se han esfumado entre el caos. Solo está ella, y el mundo entero puede arder a nuestro alrededor y no me importa. Siento su voz, apenas un hilo:

—Troy…

—Quédate conmigo, Willow —gruño, apretándola contra mí, sintiendo cada latido suyo—. Sólo quédate conmigo.

Azrael llega detrás, jadeando, sus ojos igual de furiosos que los míos. La tensión se multiplica, el peligro se intensifica, pero solo puedo concentrarme en mantenerla con vida. Cada segundo cuenta.

—Willow—gruñe y sé que ya se está volviendo loco. Cada movimiento puede ser fatal. Cada respiro suyo me pesa porque no pude protegerla.

Sostengo su cuerpo temblando entre mis brazos mientras los hombres se dispersan y el bar sigue sumido en el caos. La sangre en su estómago me quema los puños y me hace querer arrancar cada amenaza de raíz. La abrazo más fuerte, protegiéndola, sintiendo la rabia mezclarse con el miedo. Todo el mundo que se interponga en esto va a pagar, y si tengo que derribar a todos para asegurar que siga viva, lo haré. Porque ella es mía en este momento. Solo mía, y no voy a permitir que nada ni nadie cambie eso.

—Troy… —susurra de nuevo.

—Estarás bien, cariño.

La veo rendirse, sangrando, temblando, y no hay tiempo que perder. La tomo en brazos con cuidado, sintiendo cada pequeño movimiento suyo mientras la sostengo contra mí, y escucho cómo Azrael saca su arma y dispara sin dudar. Dos de los hombres que vuelven a aparecer caen de inmediato, sus cuerpos golpeando el suelo con un ruido seco que no me deja respirar. El caos sigue a nuestro alrededor, pero no me importa nada más que ella. Cada segundo que pasa es un riesgo, cada sombra que se mueve podría ser otro enemigo, y mi corazón no deja de latir como un martillo.

Azrael cubre nuestra retirada, disparando otra vez y manteniendo a raya a los tipos que quedan. No hay tiempo para miedo, no hay tiempo para pensar, solo para moverse y sobrevivir. Cada paso que damos hacia la salida parece eterno. La sangre en su abdomen me quema la piel, y la sensación de su fragilidad me hace apretar los dientes y jurar que nadie, nadie volverá a tocarla.

Salimos del bar como fantasmas en medio del caos, Willow en mis brazos, Azrael justo detrás, limpiando el camino con disparos precisos. La lluvia empapa la calle, mezclándose con la adrenalina y el olor a pólvora, pero no me importa nada. Lo único que existe es mantenerla viva y llevarla a un lugar seguro. La subimos al auto, Azrael al volante, sus ojos oscuros y fríos mientras dispara una vez más, asegurándose de que ningún seguidor nos alcance. Cada disparo retumba en mi pecho, recordándome quien es fuera del ring.

Azrael maneja como si el infierno mismo estuviera persiguiéndonos, y yo no dejo de sostenerla, asegurándome de que se mantenga consciente, aunque sea solo un hilo. Sus ojos se cierran por un segundo y siento que tiembla, y me inclino apenas para susurrarle:

—Tranquila. No cierres los ojos, mantente despierta.

El viaje es silencioso, solo la respiración de Willow, sus manos intentando aferrarse a mí, y el motor del auto rompiendo la noche. Azrael conduce directo a una de sus casas de seguridad, el lugar más seguro que conozco, donde incluso yo sé que nadie nos seguirá. Cada kilómetro que avanzamos me llena de temor, que no la vamos a soltar. Mi cuerpo duele por la adrenalina, mis nervios están al límite, pero no hay tiempo para descansar.

—¿Estás herido? —pregunta Azrael, es lo único que ha dicho en todo el camino. Sé que en estos momentos no es él mismo.

—No, estoy bien.

Finalmente llegamos. La casa de seguridad está cerrada, segura, pero mi mente no se relaja. Sigo sosteniéndola, hasta que veo a Azrael apuntándome con el arma directo a la cabeza.

CAPÍTULO 55

Azrael

Lo apunto con el arma.

Ahora mismo no confío en nadie. Ni en Troy, ni siquiera en mí mismo, y cada segundo que pasa siento que todo puede irse al carajo. No sé nada, no sé si alguien será fiel, ni siquiera él. Mi pulso retumba en mis sienes mientras siento la culpa, la rabia y el miedo mezclándose en un nudo que aprieta el pecho hasta casi asfixiarme.

—*Escorpión*… Azrael, *cariño*… qué mierda… —suena la voz de Troy, firme pero tensa, intentando calmarme.

—Te dije que la sacaras de ahí —gruño, entre dientes, mientras mis ojos recorren cada rincón de la habitación y reviso el arma sin confiar en nada más que en mi instinto.

—Y eso hicimos. Sacarla de ahí.

Me ve cerrar los ojos y mover la cabeza como un lunático, como si el mundo entero se hubiera vuelto demasiado y yo no supiera cómo sostenerlo. No soy el mismo y lo sabe, cuando pierdo el control, no soy de fiar.

—Respira. Cinco cosas… recuerda cinco cosas —me dice.

—No funciona —respondo, con los ojos perdidos y temblando.

—Cinco cosas de ella —insiste—. Eso sí funciona. Recuerda cinco cosas de ella.

Su cabello, su risa, su silueta, su voz, su aroma…

Sigo apuntando y toco mis sienes, tratando de anclarme a lo único que me importa. Willow, ella es mi salvación y mi puta condena. Joder, ¿Qué mierda estoy haciendo?

Dejo de apuntarle y veo que lo he herido. ¿Cómo pude sospechar de él cuando el verdero culpable está ahí? Cuando he

visto su correo gracias a que tengo el móvil de Willow clonado. Vi el mensaje, pero mis hombres ya me habían dado su ubicación.

—Joder, lo siento…lo siento.

Troy asiente, y se aclara la garganta para decir:

—El médico ya viene —me dice —. Yo no puedo… no puedo perderla. No podemos perderla.

—No lo haremos —respondo con firmeza, aunque mi corazón está al borde de estallar. No puedo permitirlo. No puedo permitir que nadie más la toque, que nadie más la lastime. Todo lo que ha pasado se me incrusta en la piel: ella huyó, se puso en peligro, y la hirieron.

Me acerco a mi amante y lo tomo del cuello para darle un beso en la frente y me quedo ahí, disculpándome de nuevo en silencio mientras su respiración se calma.

A él lo calma cinco cosas sobre mí.

…

El médico llega finalmente, y el grito de Willow atraviesa la habitación mientras le sacan la bala del abdomen. No iba a llevarla al hospital, no cuando no puedo confiar en nadie. Cada segundo que grita, cada estremecimiento de su cuerpo, me atraviesa como un cuchillo ardiente. No tocó ningún órgano vital, no hay hemorragia significativa, pero mi mente no deja de repetirlo: ella huyó, se puso en peligro, y me hizo llegar tarde como también dudar de Troy. La culpa me quema, la rabia me consume, y quiero destrozar todo a mi alrededor por ello.

Sigo de pie, rígido, con el arma al lado, los ojos fijos en Willow mientras Troy intenta calmarla. Cada respiración suya me recuerda lo frágil que es, lo cerca que estuvimos de perderla, y la adrenalina me hace querer protegerla de todo y todos. Nadie volverá a ponerla en peligro. Nadie. Ni su tío, ni sus hombres, ni nadie.

—Tranquila, *Mäuschen* —susurro por lo bajo, aunque sé que apenas me oye—. No volverás a huir así. No dejaré que nada te pase.

La observo temblar en la cama, el dolor en su abdomen, la respiración entrecortada, y siento una mezcla de rabia, culpa y

deseo de controlarlo todo. Cada hombre que se interponga en nuestro camino pagará. Cada segundo que ella respire, cada mirada, cada movimiento, será protegido por mí. Porque Willow es mía, y nadie, absolutamente nadie, va a arrancármela de las manos.

CAPÍTULO 56

Azrael

Lanzo la botella vacía al basurero de la esquina sin fallar. El golpe seco del vidrio contra el metal retumba un segundo y vuelve el silencio. Ninguno se mueve. Ni Willow ni Troy se despiertan.

La puerta del dormitorio está entreabierta. Willow duerme de lado, pálida, con el vendaje en el abdomen. El médico dijo que la bala no tocó ningún órgano y que en un par de días estará bien. Troy está dormido a su lado, un brazo sobre su cintura, como si incluso dormido necesitara asegurarse de que sigue ahí.

Respiro hondo cuando el teléfono vibra. Claus ha cruzado el perímetro de seguridad.

Joder.

Me acerco a la ventana. Su coche deportivo aparece levantando polvo en el camino de grava. Frena frente a la casa. Cierro la puerta del dormitorio con cuidado y salgo al salón.

Claus entra casi de inmediato, vestido de negro de pies a cabeza y acomodándose sus gafas antes de mirarme.

—Espero que tengas algo bueno —le digo.

—¿Ella está bien? —pregunta primero. Y luego toma asiento frente a mí en uno de los sofás.

—Lo estará.

Asiente.

—Bien. Porque lo que te traigo no son buenas noticias.

Cruzo los brazos. No hay nada peor que verla herida e indefensa.

—Si es sobre el tío has venido tarde. Sé que está en Londres y la busca. También sé todo lo que le hizo desde niña y que mando a matarla esta noche.

—Sí. Encontré los videos que traficó *El Productor* —dice Claus —. O lo que quedaba de ellos. Los he borrado de todas las webs que pude. Eso tiene que estarlo volviendo loco.

Aprieto la mandíbula.

—Pero hay más. — me dice.

Saca un sobre y lo deja sobre la mesa. Algo tan pequeño no debe haberlo asustado para venir hasta acá. Es grave, sino me lo hubiera dicho por teléfono. Tomo el sobre y lo abro, revelando el contenido que hay dentro.

Fotos de Willow más joven. Pero no está sola. Hay otras chicas con ella, en calles, cafeterías y otros lugares al azar.

Un patrón.

Paso otra foto. Willow sentada con dos chicas con uniforme sanitario. Paso otra. Otra ciudad. Otra chica. Otra enfermera.

—¿Qué es esto? —pregunto.

Claus se inclina hacia delante.

—El dinero que Willow enviaba a su tío… no era solo para que la dejara en paz.

Levanto la vista.

—¿Qué mierda estás diciendo?

—Durante años Willow ha estado cerca de muchas de las mujeres que luego desaparecieron.

Niego con la cabeza.

—No.

Claus empuja otra carpeta.

—Mira las fechas.

Lo abro y son más fotografías. Paso una foto. Willow saliendo de un hospital con una chica rubia con uniforme. Debajo hay una fecha.

—Tres semanas después esa chica desapareció —dice Claus.

Siento algo frío en el estómago.

—No me creo esto.

—Hay más.

Saca otra imagen. Una captura de cámara de seguridad. Willow caminando por un pasillo de hospital. Delante de ella una enfermera. Detrás… un hombre mayor, parece observarla, su mirada

está demasiado puesta en ella incluso para ser captado por una fotografía.

Ese tiene que ser el hijo de puta de su tío.

—Dos días después esa mujer desapareció también.

Golpeo la mesa.

—No.

Claus me mira fijamente.

—Azrael… hay demasiadas coincidencias.

—Cierra la boca.

—No digo que ella lo hiciera voluntariamente —responde—. Pero estaba allí. Siempre cerca.

Aprieto las fotos en mi mano.

—Estás insinuando que ella era el cebo, que ella es parte de la mierda que código negro destruye. ¡Que nosotros destruimos!

Claus no responde. Eso es suficiente.

—No me creo esto —repito.

—Entonces averígualo —dice—. Porque si es mentira, alguien no quiere que lo parezca.

El silencio se queda entre nosotros. Detrás de la pared Willow sigue dormida, sin saber que las fotos sobre la mesa la muestran junto a chicas que luego desaparecieron, no puede ser casualidad, no puede ser ella la mujer de la cual me enamoré.

Miro las imágenes otra vez… algo oscuro se abre paso en mi cabeza. Una duda que no quiero tener.

CAPÍTULO 57

Willow

Despierto lentamente, como si mi cuerpo estuviera enterrado bajo toneladas de arena. Lo primero que siento es el dolor. Un dolor profundo, pesado, que nace en mi abdomen y se extiende por todo mi cuerpo como un incendio lento. Me cuesta respirar con normalidad y por un segundo no sé dónde estoy.

La habitación huele a desinfectante y a algo más… a miedo.

Abro los ojos con dificultad y parpadeo varias veces hasta que la visión deja de girar. El techo no es el del apartamento de Azrael. Tampoco el del hospital.

Entonces recuerdo.

El bar.

El disparo.

Troy gritándome. ¿Le dispararon a él también?

El miedo me atraviesa como un relámpago y muevo la cabeza buscando a alguien.

—Troy… —mi voz sale débil, rota.

No está. Mi pecho comienza a subir y bajar más rápido, el pánico apretándome la garganta. Entonces lo veo.

Azrael está de pie cerca de la ventana.

No se acerca.

No se mueve.

Solo me observa. Algo en su postura me hace sentir más miedo que el disparo. Las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos antes de que pueda detenerlas.

—Azrael… —susurro, con la voz temblando—. ¿Puedes… venir aquí?

Necesito que me toque.

Necesito saber que todo está bien. Pero no se mueve. Ni un

centímetro. El silencio que deja crecer entre nosotros me corta la respiración.

—¿Por qué le dabas dinero a tu tío, Willow?

La pregunta cae como un golpe seco.

Parpadeo confundida.

—¿Qué…?

Su mirada no cambia.

—Responde a la pregunta —repite.

Trago saliva.

—Ya te lo dije… —mi voz tiembla—. Para ser libre de él.

Azrael ladea apenas la cabeza.

—¿Libre?

—Sí, Azrael… —respondo, sintiendo que el aire se vuelve más frío—. Le pagaba por mi libertad. Para alejarme de él.

Por un segundo no dice nada. Luego se acerca un paso… y me lanza algo sobre la cama. Las fotos se deslizan por las sábanas hasta detenerse frente a mí.

Bajo la mirada y mi corazón se detiene.

Soy yo.

En hospitales. En calles con chicas. Chicas que reconozco vagamente. Chicas que… vi en las noticias. Mis dedos comienzan a temblar mientras paso una foto, luego otra, y otra más. Cada imagen es un golpe directo al pecho, cada rostro una memoria que no sabía que seguía enterrada dentro de mí.

Y lo recuerdo todo. Todo mi pasado y al monstruo que obedecía por miedo.

La camioneta.

Las promesas.

Las sonrisas falsas.

Las chicas que confiaban en mí.

Mi tío mirándome desde el asiento del conductor.

—Haz que suba. Solo habla con ella.

—Haz que confíe en ti.

—Si no lo haces… sabes lo que te espera.

El aire desaparece de mis pulmones.

—Esto… —susurro—. Esto es…

Levanto la vista hacia Azrael, desesperada.

—Azrael, te juro que…

—No quiero que me jures nada.

Su voz es fría. Afilada. Siento que me corta la piel. Él no puede pensar que soy igual a mi tío, *no, no, no.*

—Puedo explicarlo.

—Explícame, Willow.

Las lágrimas comienzan a caer sin control.

—Él me amenazaba —digo entre sollozos—. No tenía opción. Iba a matarme si no le ayudaba. Pero eso ocurrió cuando era una adolescente… yo no tengo idea de esas fotos, no tenía idea de que estas mujeres habían desaparecido también.

Azrael no se mueve.

—Esas chicas confiaban en ti.

Sus palabras atraviesan mi pecho.

Sollozo. El peso de cada rostro en esas fotos me aplasta porque tiene razón, ellas confiaban en mí y yo las enviaba directo a su peor pesadilla.

—Lo siento… por favor… yo no quería… —mi voz se rompe—. Era una niña.

Azrael pasa una mano por su mandíbula. Pero no hay compasión en su mirada.

—Pudiste decirle a Max. A mí. Sabes que lo hubiéramos atrapado y esas mujeres estarían en sus casas ahora mismo. Puedo entender que de niña no tuviste opción, pero no solo debiste huir de él, debiste ayudar a cazarlo.

Cada palabra cae como una sentencia y lo sé, pero solo el hecho de que, pensara que ayudé a mí tío, la vergüenza y la culpa no me dejó. Y cuando me di cuenta de lo que él era, de lo que código negro era, supe que ese secreto se quedaría conmigo siempre, por más que quiera ver muerto a mí tío, aún tiene algo sobre mí que me destruye.

—Esas chicas estarían vivas…Si es que aún viven.

El dolor en mi pecho es peor que el de la herida.

—¿Qué estás insinuando?

Su mirada se endurece.

—Lo protegías, Willow.

La habitación parece inclinarse.

—No…

—Sí.

Camina un paso más, pero no para acercarse a mí… sino para alejarse.

—Mirar hacia otro lado. Ignorar tu pasado. No confiar en Código Negro. Lo protegías.

Su voz se vuelve más baja. Más cruel.

—Y también llenabas sus bolsillos.

Me llevo las manos a la cara y lloro con un sonido que ni siquiera reconozco como mío.

—No…

—Sí. Piénsalo.

Levanto la cabeza con el corazón destrozado.

—¿Cómo puedes decirme eso?

Azrael me mira como si estuviera viendo a una desconocida.

—Te saqué de esa jaula. Lo recuerdo bien.

Cada palabra se hunde más profundo.

—Te saqué de ahí. Apreté el botón de la puja por ti. No iba a permitir que terminaras en manos de mi padre.

Mi respiración se vuelve irregular.

—Te saqué de ahí hace un año. Sabías lo que era. Sabías lo que soy.

Señala las fotos sobre la cama.

—Y aun así tuve que ver esto para que me dijeras la verdad.

El silencio que sigue me destruye.

—No creo nada de lo que dices.

Siento algo romperse dentro de mi pecho.

Literalmente.

—Por favor… Azrael…

Su expresión no cambia.

—Te dije que me dijeras la verdad.

Mi visión se nubla por las lágrimas.

—Y que si lo averiguaba por mi cuenta lo lamentarías.

Mi voz apenas sale.

—Azrael…

Entonces dice las palabras que terminan de romperme.

—Esto se acabó, Willow Graves.

El dolor en mi pecho es insoportable. Peor que la bala. Peor que cualquier recuerdo de mi infancia. Porque el hombre al que amo está de pie frente a mí… mirándome como si yo fuera un monstruo.

Y lo soy.

CAPÍTULO 58

Willow

—Esto es una mierda—Troy está frente a mí, ya Azrael tuvo que haberle contado todo. Pero parece que, Troy está demasiado enamorado para ver el monstruo que realmente soy.

—Por favor, no me busques—le digo desde la puerta.

—Willow, no te vayas… por favor.

—Lo siento, Troy. —cierro la puerta detrás de mí. Pero no llego tan lejos cuando Troy la abre y me acorrala en el pasillo del edificio.

—Dime que nada de eso es cierto, dime que Azrael está equivocado.

—Todo es cierto. Oculté cosas, le oculté la verdad, no confié en él lo suficiente y estas son las consecuencias. Debo enfrentarlas.

Me toma del rostro y me da un beso casto en los labios.

—Estás herida, joder. No puedes irte. ¿Adónde irás?

—A un hotel, supongo. Necesito… alejarme de todo por un momento.

—¿De mí también?

—No voy a herirte a ti también Troy. Por favor—lo abrazo, la piel en mi abdomen se estira y me causa dolor, uno que merezco—cuídalo por mí.

…

Me sobresalto y abro los ojos de golpe.

El sonido del tren que llega a la estación vibra en los rieles y durante un segundo no sé dónde estoy. Mi pecho sube y baja rápido, como si hubiera estado corriendo. La herida en mi abdomen arde cuando intento incorporarme en el banco metálico.

Los recuerdos vienen de golpe.

Azrael.

Las fotos.

Su mirada.

El dolor me atraviesa también. Estoy en la estación de tren. La gente camina alrededor arrastrando maletas, anunciando despedidas, comenzando viajes que seguramente cambiarán sus vidas. El mundo sigue moviéndose como si el mío no se hubiera roto hace unas horas como ocurrió hace unos años.

Es cuando siento que mi teléfono vibra en el bolsillo trasero de mi pantalón.

Lo saco lentamente.

Número privado.

Mi estómago se revuelve. Sé exactamente quién es.

Durante un segundo pienso en ignorarlo, en subir al tren y desaparecer de Londres para siempre. Quiero pensar que no estoy huyendo, pero en realidad lo hago. Necesito irme. No hay nada por lo que quedarme aquí.

Azrael cree que soy un monstruo.

Troy probablemente también.

No queda nada.

Tengo que volver a empezar. Ya lo he hecho antes. Sé hacerlo. Encontraré otro trabajo, otra ciudad, otra vida… y volveré a llenar los bolsillos de mi tío como dijo Azrael. No para protegerlo. Es porque él todavía tiene algo que me controla.

El teléfono sigue vibrando.

Respondo.

—Fallaste. —gruño—sigo viva.

El silencio dura un segundo. Luego escucho su voz.

—Querida sobrina.

La bilis me sube a la garganta. No he desayunado nada, y menos mal, porque siento que podría vomitar aquí mismo.

—Quiero que nos veamos, Willow.

Aprieto el teléfono.

—¿Para intentar matarme?

—Lo siento por eso —dice con una tranquilidad que me hace temblar—. Pero quería dejar un mensaje.

Cierro los ojos.

—Tu novio no puede controlarme. Le dejé un mensaje contigo, espero haber sido claro.

—Déjalo en paz —escupo—. Me quieres a mí. ¿Qué quieres?

Su risa es suave.

—Sabes lo que quiero.

El corazón comienza a latirme más rápido.

—¿Me dirás dónde está? —pregunto desesperada.

Él sabe perfectamente de qué hablo sin embargo hay un silencio largo.

Luego responde:

—Estás muy cerca de saberlo.

El aire se me queda atrapado en el pecho. *Fe*, la que no me ha arrancado todavía la puedo sentir. Y muy pronto recuperaré lo que me arrebató.

—Siempre y cuando te reúnas conmigo —continúa—. Creo que es tiempo… ¿no crees?

Me levanto de golpe. El movimiento me hace marearme, pero no me importa. Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas, pero no son de tristeza ni de miedo. Son de algo que no sentía desde hace años.

Esperanza.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Cuándo te he mentido?

Mi mano tiembla alrededor del teléfono.

—Reúnete conmigo —dice—. Te mandaré la dirección.

El tren llega detrás de mí con un rugido metálico, pero apenas lo escucho.

—Sin trampas esta vez. —dice para terminar.

La llamada se corta. Mi teléfono vibra de nuevo con un mensaje y la dirección donde nos reuniremos. Miro la pantalla mientras mi corazón late cada vez más fuerte.

Después de tantos años… seré *libre* de verdad.

CAPÍTULO 59

Willow

La casa está en una de esas calles tranquilas de Londres donde todo parece demasiado perfecto para ser real. Las farolas iluminan las fachadas elegantes, los jardines cuidados, las ventanas altas con cortinas claras. Nadie miraría este lugar y pensaría que el diablo vive aquí.

Pero yo sí. Estoy de pie frente a la puerta cuando respiro hondo y toco el timbre.

Un segundo.

Dos.

La puerta se abre.

Mi tío aparece en el marco de su puerta como si nada hubiera cambiado en el mundo. Como si no hubiera destruido vidas durante décadas. Como si no hubiera sido el monstruo que marcó cada segundo de mi infancia.

Es mayor ahora. El cabello gris peinado hacia atrás, algunas arrugas en la frente, la barba perfectamente recortada. Lleva un suéter oscuro y pantalones de vestir, como cualquier hombre respetable que acaba de llegar del trabajo.

Eso es lo peor de él.

No parece un monstruo. Parece confiable. Parece el tipo de hombre al que una mujer le pediría indicaciones en la calle o le confiaría a su hijo unos minutos. Pero yo sé lo que es. Es el mismo diablo en persona, uno que te consumirá para siempre.

Sus labios se curvan apenas cuando me ve.

—Willow.

La forma en que dice mi nombre me revuelve el estómago.

—Pasa.

Dudo un segundo, pero entro. La casa es… enorme. Techos altos, madera oscura, alfombras gruesas, cuadros elegantes colgados en las paredes. Todo huele a limpio, a caro, a vida normal.

Es grotesco.

—¿Es tu casa? —pregunto mirando alrededor.

—Así es —responde con una calma que me pone la piel de gallina—. ¿Te gusta?

Lo miro con desprecio.

—Es demasiado bonita para que una rata como tú viva en ella.

Él suelta una pequeña risa, como si acabara de escuchar un comentario divertido. Ni siquiera le voy a preguntar desde hace cuánto tiempo vive aquí, pero a juzgar por las fotos que Azrael me mostró, él ha estado en la ciudad hace bastante tiempo. Y eso hace que quiera matarlo incluso más.

—¿Quieres algo de tomar? Ha sido un largo viaje.

No lo fue.

—No, gracias.

Aun así, camina hasta la cocina abierta y vuelve con una botella de agua cerrada. Me la extiende como si fuera un anfitrión amable. Durante un segundo pienso en tirársela a la cara. Pero siento el mareo regresar. No he comido, no he dormido, mi cuerpo todavía está recuperándose del disparo.

Tomo la botella y bebo de mala gana. El agua fría baja por mi garganta mientras intento no perder el equilibrio. Él me observa con esa mirada tranquila que siempre tuvo, esa paciencia enfermiza que hacía que todo fuera peor cuando yo era niña.

—¿Cómo has estado, Willow? —pregunta con suavidad—. Por el dinero que enviabas parece que te va bien.

Aprieto la botella entre mis dedos.

—No vine aquí a hablar de mí.

Levanto la cabeza.

—¿Vas a darme una dirección o no?

Él no responde. En lugar de eso mete la mano en el bolsillo de su pantalón. Cuando vuelve a sacarla tiene una foto.

La deja caer sobre la mesa frente a mí.

—Quizá prefieras esto.

La recojo y el mundo se rompe. El aire desaparece de mis pulmones y mis dedos empiezan a temblar.

—No… —susurro.

Las lágrimas aparecen antes de que pueda detenerlas. La foto se me resbala de las manos y cae al suelo. Por fin *lo* conozco, por fin sé *cómo* luce, tantas noches soñé con verlo y ahora mi sueño se ha hecho realidad.

En ese momento, la puerta principal se abre. Una mujer entra en el salón. Tendrá unos cuarenta y tantos, tal vez cincuenta. Cabello castaño recogido, un abrigo claro, una expresión tranquila en el rostro.

—Hola, cariño —le dice a mi tío con naturalidad mientras deja las llaves en la mesa—. Harry estaba como loco por regresar a casa.

Harry.

Mi corazón se detiene.

—La práctica terminó temprano —continúa ella.

Entonces escucho pasos pequeños. Y lo veo. El niño entra corriendo al salón. Cuando lo miro de frente siento que el mundo deja de existir. En la foto se veía pequeño, pero en persona es más hermoso.

Los mismos ojos verdes.

El mismo cabello rizado.

La misma sonrisa que vi en la foto.

Mi hijo.

Mi cuerpo se queda completamente inmóvil.

No puedo respirar.

No puedo pensar.

—Papá —dice el niño mientras entra—. ¿Quién es ella?

Papá.

La palabra atraviesa mi pecho como un cuchillo. Mi tío ni siquiera duda en responderle con una verdad que hace que quiera vomitar.

—Es tu prima Willow —dice con naturalidad—. Vino de visita.

El niño sonríe de inmediato y me ve sonriendo.

—¿En serio? ¡Genial! Tengo una prima.

La mujer me observa con curiosidad, probablemente intentando ubicarme en algún árbol familiar que no existe. Pero yo no puedo mirarla. Solo puedo mirar al niño.

Mi hijo.

Mi hijo.

Mi hijo.

Harry camina hacia mí con la confianza absoluta que solo tienen los niños.

—Hola —dice.

Y antes de que pueda reaccionar, me abraza.

El contacto me destruye. Mis piernas dejan de sostenerme y caigo de rodillas frente a él mientras lo rodeo con los brazos, aferrándome demasiado fuerte, como si fuera a desaparecer si lo suelto.

Las lágrimas salen de mí en sollozos incontrolables.

—*Prima* —dice él confundido—. ¿Te gustan los abrazos?

Asiento mientras lloro contra su hombro pequeño.

—Sí… —mi voz se rompe—. Sí, Harry. Me gustan muchos los abrazos.

Lo miro. Memorizo cada detalle de su cara.

Cada pestaña.

Cada mechón de cabello.

—Lo siento… —susurro sin poder detenerme—. No quiero asustarte.

Él sonríe sin entender nada.

—¿Cómo estás? —pregunto con la voz quebrada—. Quería… quería conocerte.

—La escuela va bien —responde con orgullo—. Tengo ocho años ahora.

Ocho.

Ocho años.

—Y estoy en el equipo de la escuela —continúa emocionado —. ¿Quieres ver fotos?

Asiento de inmediato, sin dejar de mirarlo, sin dejar de tocar su brazo como si necesitara comprobar que es real. Y cada pedazo de mi alma vuelve a estar en su sitio, de alguna forma rota eso sí,

pero no me importa. Tengo frente a mí a mi hijo. La única razón por la que dejé que un monstruo controlara mi vida desde que era una niña, la única razón por la que no me rendía.

Mi hijo.

—Sí.

Harry corre hacia su mochila y empieza a sacar papeles, fotos, dibujos. Yo sigo arrodillada en el suelo. Llorando. Mirándolo. Mientras detrás de él, de pie junto a la mesa, mi tío me observa con una sonrisa tranquila. Como si acabara de recordarme exactamente quién tiene el control. Siempre lo ha tenido, el dinero no era para mantenerlo lejos, el dinero era una cuota de una promesa que nunca cumplía, el paradero de mi hijo.

—Harry, ve a lavarte las manos. La cena estará lista pronto, y haz tu tarea.

La voz de la mujer es suave, cotidiana, como si este fuera un hogar normal. Como si nada en esta casa fuera una mentira construida sobre los restos de mi vida. Ella debe de saber la verdad.

—Sí, *mamá.*

La palabra me atraviesa el pecho. El niño se gira hacia mí con una sonrisa brillante.

—Adiós, Willow.

Levanta la mano y la agita con naturalidad antes de salir corriendo por el pasillo.

Yo no puedo moverme. Sigo arrodillada en el suelo del salón, con las manos todavía suspendidas en el aire donde hace un segundo estaba su cuerpo. Mis dedos tiemblan. Mi respiración es irregular.

Ocho años.

Ocho años.

Ocho años sin saber si estaba vivo.

Sin saber dónde estaba.

Sin saber si alguien lo cuidaba. Y ahora… Ahora lo tengo a unos metros.

Mi hijo.

Mi niño.

Mi corazón late tan fuerte que siento que va a romperme las costillas. Levanto lentamente la cabeza. Y lo veo. Mi tío sigue apoyado contra la mesa, observándome con esa calma repugnante que siempre ha tenido. La calma de un hombre que sabe exactamente cuánto poder tiene.

La calma del diablo me da asco y mis manos se convierten en puños sobre la alfombra.

—Tú… —mi voz sale rota. —Lo has tenido todos estos años. ¿Por qué?...

No termino la frase. No puedo. Porque de repente lo veo todo con claridad. Lo que me quitó. *Todo*. Me dijo que mi hijo estaba lejos. Que lo había entregado a una familia que sí lo merecía**.**

No como yo.

Las palabras siguen clavadas en mi memoria como cuchillas que rasgaron mi alma todos estos años que estuve sin verlo.

CAPÍTULO 60

Willow

Ocho años atrás

—No eres digna de ser madre, Willow.
—Una niña como tú solo arruina vidas.
—Este niño merece algo mejor.
Las luces blancas.
Mi cuerpo temblando después del parto.
El cansancio.
La sangre.
El dolor.

Y luego… él entrando a la habitación. Tranquilo y sonriendo. Como si hubiera sido algo normal haber parido a su propio hijo después de tantos años de abuso.

—Es un niño —me dijo entonces, como si me estuviera dando una buena noticia.

Yo estaba llorando. No de dolor. De felicidad. De miedo. De todo al mismo tiempo. Apenas tenía diecisiete años y él seguía violándome, el mundo ya era demasiado grande para mí, pero cuando vi a mi bebé… todo dejó de importar.

Era pequeño y perfecto.

Tiene los mismos ojos verdes que yo. Recuerdo cómo lo sostuve contra mi pecho, con miedo de romperlo, con miedo de que alguien me lo quitara. Y tenía razón.

Él se acercó a la cama y se inclinó sobre nosotros. Nunca iba a ser libre si seguía bajo el mando de mi abusador.

No quiero eso para mi hijo.

—No puedes quedártelo —dijo.

Al principio pienso que era una broma.

—Claro que sí —respondí, abrazando más fuerte a mi bebé. Jurando que lo protegería de todo monstruo que quisiera acercarse. Muchas veces esos monstruos no viven debajo de la cama, estan frente a ti y luego tienes a su bebé.

Pero su sonrisa nunca desapareció.

—No, Willow.

El miedo empezó a crecer en mi estómago. Es como si te quitaran una parte de ti, tu vida, todo, tu razón de existir, no sabía que podía sentir amor, amor real. No hasta que vi la cara de mi bebé.

—Este niño merece una vida mejor que la que tú puedes darle.

—No —susurro entonces—. No, por favor…

Intenté levantarme.

Intenté protegerlo.

Pero él ya ha llamado a alguien. Dos enfermeras entraron. Una de ellas evitaba mirarme a los ojos. ¿culpa? Nunca lo supe.

—No —grité—. ¡No! ¡Es mío!

Cuando se lo llevaron no había vuelta atrás. La otra enferma inyectó algo para que dejara de gritar y todo se va apagando poco a poco. Lo mismo hacían las pastillas, apagaban todo, y desde ese momento supe que no iba a poder vivir el resto de mi vida sin *apagar* el dolor.

—Al menos llámalo Harry…Harry, como mi padre. —fue lo último que le pude decir.

CAPÍTULO 61

Willow

Presente

Aún puedo sentir el peso de mi hijo siendo arrancado de mis brazos.

Aún puedo escuchar su pequeño llanto.

Aún puedo sentir mis manos vacías.

—*Se lo llevará una familia que sí lo merece* —me dijo mi tío mientras yo gritaba, mientras intentaba levantarme, mientras mi cuerpo aún sangraba del parto.—*No como tú.*

El recuerdo se rompe cuando vuelvo al presente. Sigo de rodillas en su salón, mirando a la nada y repitiendo la imagen y la voz de mi hijo en mi cabeza.

Mi hijo está vivo. Está aquí. Ha crecido en esta casa. Llamando *papá* al hombre que me lo robó.

El aire quema en mis pulmones.

—Me dijiste… —mi voz tiembla violentamente— que estaba lejos.

Mi tío no se mueve.

—Lo está.

Lo miro con incredulidad.

—¿Qué?

—Lejos de la vida que tú llevas.

Siento cómo algo oscuro se retuerce dentro de mi pecho.

—Tú…

Me pongo de pie lentamente. La herida en mi abdomen protesta, pero no me importa voy a matar a este hijo de perra ahora mismo con mis propias manos.

—Tú lo criaste. ¿Qué clase de vida crees tú que llevas?

Él se encoge de hombros con tranquilidad.

—Alguien tenía que hacerlo y mi vida es bastante buena.

No puedo dejar de temblar de la rabia.

—Me lo quitaste.

—Lo salvé del monstruo drogadicto que te volviste.

—Aquí el único monstruo eres tú, maldito hijo de puta. ¡Eres un bastardo!

Las palabras me golpean como una bofetada.

—¡Es mi hijo!

—Era tu hijo —corrige con frialdad—. Ahora es mi hijo. Siempre lo fue.

El silencio que sigue es tan pesado que casi puedo sentirlo presionando contra mi piel.

Lo miro. Veo su cara. *Su calma. Su control.* Y entiendo algo horrible. Nunca perdió el control sobre mí. He perdido, ¿cómo pensé que llegaría a vencerlo? Él tiene razón, soy un caso perdido.

Nunca podré ser feliz.

—¿Por qué…?

Su sonrisa vuelve.

—Porque ahora sabes exactamente lo que puedo quitarte si decides volver a desobedecerme.

Mi corazón se hunde en el pecho y entiendo que todo volverá a comenzar y nada ni nadie podrá cambiar eso. Él ganó.

La mujer entra al salón justo cuando me pongo de pie, mi corazón sigue latiendo como si quisiera salirse del pecho. La miro de reojo y sé lo que es: no es solo su cordialidad, su voz suave y educada. Veo el monstruo en ella también. Cómplice, silenciosa, eficiente. Su mirada se cruza con la de mi tío y un escalofrío recorre mi espalda. Harry sigue en su habitación ajeno a todo, haciendo su tarea, riendo, mientras nosotros respiramos un aire demasiado denso, cargado de secretos y amenazas.

—Haz que se calle o Harry la escuchará —le dice a mi tío con la voz más fría que he escuchado nunca en una mujer que aparenta ser una madre ordinaria que lleva a su pequeño hijo a prácticas de futbol.

Él la observa un segundo, y su sonrisa, fría y segura, me hiela la sangre.

—Descuida —responde con esa tranquilidad aterradora que siempre ha tenido—. Se callará pronto.

Mi mirada se cruza con algo en la mesa: la botella que me entregó apenas llegué. No tiene etiqueta. Mis recuerdos vuelven como golpes secos en la cabeza. Las botellas de agua adulterada que usaba cuando obligaba a las mujeres a subirse a su coche haciendo *auto-stop*… Ellas estaban sedientas, confiadas, y se bebían cualquier cosa. Mi tío era meticuloso y bueno insertando drogas en el agua en una botella completamente cerrada, sin dejar rastro. Cómo pude olvidarlo. Cómo pude permitirme pensar que algo de esto no estaba detrás de mí.

Todo comienza a girar.

Siento el vértigo subiendo por mi garganta, el mundo inclinándose alrededor de mí mientras trato de mantenerme en pie. Me aferro a la mesa, a la alfombra, a cualquier cosa que me recuerde que aún tengo un poco de control sobre mi cuerpo. Pero no lo tengo. Nada de esto es mío. Todo está bajo su mirada, su plan, su poder.

—Descuida —dice mi tío otra vez, con una voz que ahora me hiela los huesos—. Cuidaremos bien de Harry… una vez me encargue de ti y de ese novio que tienes.

Las palabras se clavan en mí como dagas. Mis piernas se sienten de gelatina. Harry sigue allá arriba. Y yo estoy atrapada en este salón, frente al hombre que me quitó todo lo que amaba, y ahora me recuerda que todavía puede quitarme lo que queda.

Todo gira, todo duele, todo me quema por dentro. Siento ganas de gritar, de correr, de desaparecer. Pero sé que no puedo. No aquí. No mientras él esté tan seguro, tan confiado, tan… letal. Y el monstruo detrás de la mujer, sonriendo como si fuera parte del juego, me observa, y comprendo que nada es lo que parece. Nunca lo fue.

CAPÍTULO 62

Juramento V
La verdad siempre sangra. Yo decido cuándo y cuánto.

Azrael

Estoy de pie, respirando con fuerza, el pecho ardiendo mientras Troy me grita. Cada palabra es fuego que quema en mi garganta, cada sílaba cargada de rabia y frustración.

—¡No la dejaste explicar nada! —me grito—. ¡No le creíste nada, joder! Debe haber más explicaciones, más razones de las que estás dejando pasar.

Troy me mira con ojos tranquilos, pero sé que su tranquilidad es solo un muro, un intento de calmar la tormenta que llevo dentro.

—Sé que la amas, yo también… —respondo, con esa calma que le desespera—. Pero ella decidió irse.

—¡Le dijiste que no confiabas en ella! —me grito, golpeando la pared con el puño—. ¿Qué esperabas que hiciera, Azrael? Está herida allá afuera, sola, y tú… ¿acaso no te preocupa?

—Lo estoy, Troy. Claro que me preocupa—digo con suavidad, casi como si temiera mis palabras—. Pero le dije que habría consecuencias si no decía la verdad.

—¡Y una mierda, Azrael! —grita otra vez, inclinándose hacia mí, los ojos llenos de rabia—. Todos tenemos secretos, sí, todos… pero eso no le da derecho a estar en peligro sola, ¡¿entiendes?!

Esta mierda tiene que terminar y sé qué hacer al respecto, no voy a permitir que ellos me odien, no así. No sabiendo que quiero salir corriendo a buscarla.

Es cuando la puerta se abre con un golpe seco y Claus entra en la habitación. Mis músculos se tensan al instante. Sabía que él

vendría, que traería noticias porque sabía que no se quedaría con simples fotografías. Lo miro y siento una mezcla de alivio y temor.

—Sabes que cuando investigo algo no paro hasta llegar al verdadero fondo— su voz firme, directa—. La estoy vigilando. Sabía que se había ido, ella estaba en la estación, recibió una llamada que la hizo correr lejos, así que vi la llamada en los registros… Tengo todo controlado. Cada paso que da.

Mi mirada se clava en Troy, quiero decirle que no se enoje conmigo que traeré a Willow de vuelta para él, que la protegiera del peso de esto, que quiero que me odie a mí y no a ella. Pero mi boca no emite palabra. Claus sigue hablando, directo a mí.

—Ella se reunió con su tío…

El silencio se corta y la rabia crece de nuevo dentro de mí. Cada segundo se alarga mientras siento mi corazón encogerse. Sé que lo que viene no va a gustarme.

—¿Qué tienes? —pregunto, respirando con dificultad.

—Hay más, Azrael.

—¿Más mentiras? —digo, la voz baja, peligrosa.

—No. —Claus me entrega un sobre. Lo tomo, las manos temblando. Abro el sobre con dedos rígidos, y allí está. La foto. Mi corazón se detiene un instante, golpeando violentamente contra mi pecho.

Siempre hay una razón. ¿Cómo no lo vi antes? Solamente algo así la desesperaría y lo entiendo entonces más.

—Tiene un hijo.

El mundo se detiene. Mi puño aprieta el sobre, la foto casi se me cae. Siento que mi corazón estalla dentro del pecho. Willow… *Tiene. Un. Hijo.*

Y ahí, en esa sola frase, en ese golpe directo a mi alma, todo queda claro. Nada más importa en ese instante. Ni la *rabia*, ni el *miedo*, ni el *odio* hacia ella. Solo esa verdad que no me pudo contar, esa revelación que cambia todo.

—¡Tiene un hijo! —grita Troy, casi en un susurro para mí mismo, mientras el silencio llena la habitación.

Miro a Troy, buscando algo, cualquier cosa que me ayude a entender cómo enfrentar esto. Pero sé que no hay nada que pueda

prepararme para lo que implica: Willow, su secreto, y el hecho de que alguien la obligó a vivir en la sombra, cargando con algo que jamás debería haber llevado sola.

El dinero era seguramente para saber el paradero de su hijo.

Mi puño se aprieta alrededor de la foto que es la respuesta a todas mis preguntas.

El silencio dura apenas un instante. Luego, un pitido agudo atraviesa la habitación y me hace girar de golpe: la alarma de seguridad suena. El sonido no es solo un aviso; es un disparo a todas mis alertas, una señal de que algo ha salido mal. Mis músculos se tensan de inmediato, Troy a mi lado hace lo mismo, sus ojos me buscan y miles de preguntas en su cabeza, y cualquier indicio de quién ha cruzado nuestra línea.

—Alguien está entrando —gruño, mientras me muevo hacia la ventana de vigilancia—. No deberían poder, el perímetro está cerrado.

Los monitores muestran sombras moviéndose rápido, demasiado rápido. Mi instinto se dispara, la adrenalina me hace ver todo en cámara lenta: la figura cruza los sensores, los pasos resuenan como martillos en mi pecho, y cada segundo es una eternidad. Troy me mira, sus ojos oscuros y decididos.

—Prepara la salida —susurro—. No sabemos quién es ni qué quieren.

Ni siquiera tengo tiempo de responder. Un estruendo ensordecedor retumba desde abajo, una explosión que hace vibrar las paredes, que nos deja sordos unos segundos y silencia todo a nuestro alrededor. El polvo y el humo entran por las rendijas; la alarma sigue chillando, pero ahora se mezcla con un rugido metálico que sacude los cimientos de la casa. El pitido de la alarma corta el aire como un cuchillo. Luces rojas parpadean, los sensores se activan, y apenas puedo procesarlo antes de que otro estruendo sacuda toda la casa de nuevo. Una explosión brutal estalla desde abajo, el suelo vibra bajo mis pies y el aire se llena de humo y polvo. Todo se mueve a cámara lenta: el sonido, el calor, los fragmentos que vuelan.

El ruido cesa de golpe, como si el mundo hubiera sido arrancado de golpe de su eje. Todo queda en silencio absoluto, pesado y opresivo. Mi cuerpo no responde, mis piernas ceden, y la oscuridad me rodea. Antes de poder reaccionar, siento que caigo, y el mundo desaparece bajo mí.

CAPÍTULO 63

Willow

Pensé que iba a ser más original, pero es un maldito hijo de puta predecible.

Intento moverme, pero las cuerdas no me dejan. Cada músculo grita y la herida en mi abdomen me recuerda que no puedo permitirme un fallo. Lo que sea que puso en la botella de agua me dejó fuera por horas y ahora, cuando la luz de la mañana empieza a filtrarse por las rendijas del sótano, estoy de nuevo consciente. Me esfuerzo por respirar sin dejar que el pánico me devore, mis manos atadas a un tablón grande de madera, sintiendo la aspereza de la cuerda en mis muñecas, el sudor resbalando por mis brazos. Sé exactamente dónde estoy: en el sótano de su casa. No se expondría a arrastrarme por la puerta principal en este estado.

—*Ratoncita.*

La voz de Troy me atraviesa, y giro la cabeza demasiado rápido. Lo veo, atado también, recostado contra el radiador, con rasguños visibles y el semblante débil. El dolor en él me rompe el pecho, y no puedo contener las lágrimas.

No. No. No.

—¡Troy! Dios mío. ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo te pregunto yo, *Ratoncita*.

El nudo en mi garganta se aprieta mientras empiezo a sollozar. Cada segundo que pasa siento que la desesperación me engulle. No lo quería que esto pasara, no lo quería verlo a él ni a nadie que amo de esta forma.

—Lo siento, nunca quise que esto llegara a ustedes —digo, la voz rota—. Me voy a encargar… te lo prometo. Lo mataré con mis propias manos.

Troy me sonríe, una sonrisa cargada de dolor y comprensión que me hace temblar aún más.

—Lo sabemos todo, Willow… sobre tu hijo.

El silencio me aplasta. Mis lágrimas caen sin control, y siento cómo cada palabra resuena en mi pecho como un golpe. Saben la verdad y seguramente deben odiarme más.

—¿Es por eso que le dabas dinero? —pregunta, y su voz es suave, pero cortante, directa al centro de mi culpa.

—Se lo llevó cuando nació —susurro, temblando—. Me prometió que me diría dónde estaba si seguía dándole dinero. También para seguir con su juego. No podía seguir haciendo eso a esas chicas… al final, el dinero era lo único que le importaba.

Troy me observa, sus ojos fijos en los míos, y siento que no hay espacio para mentiras ni excusas.

—¿Quién es el padre, Willow?

Las lágrimas se mezclan con sollozos más intensos. No puedo sostener la mirada, siento que todo el peso del pasado me aplasta. La vergüenza, la culpa, el asco. Todo me consume de repente y lo ve en mi rostro.

—Voy a matarlo —dice Troy, su voz baja y temblorosa de rabia contenida—. Lo mataré por ti, cariño. Te juro que pagará.

El aire parece quemar mis pulmones mientras siento que por fin alguien entiende. Que alguien más lleva conmigo este odio, esta furia, este dolor. Troy comienza a volverse loco ahí sentado en el suelo y no entiendo lo que hace. Hasta que veo esa mirada azul intensa. Y veo algo más que me rompe.

Desesperación.

Lo veo romper las cuerdas con fuerza brutal, arrancándolas de la madera con un rugido animal. Sus manos se mueven rápidas y calculadas, y en un instante rompe un vidrio cercano, cortándose sin importarle la sangre que brota de su brazo. Después, con precisión, corta las cuerdas que me mantenían atada, liberándome. Caigo de rodillas al suelo, temblando, pero finalmente libre. Nos miramos, jadeantes, y sabemos que tenemos que movernos rápido.

Pero no sin antes sentirlo, que está vivo, aunque encerrado por mi culpa. Lo abrazo y él me besa de regreso.

—Te tengo, Willow.

Intentamos salir al salón, esperando que haya alguien allí que nos impida avanzar, pero la casa está desierta. Todo está en silencio, inquietante, como si el tiempo se hubiera detenido. Miro hacia la esquina, cada esquina y ni siquiera hay muebles en la casa, nada, es como una casa abandonada, como si nadie hubiera estado viviendo aquí, como si mi hijo no hubiera estado caminando por estos pisos que ahora están completamente vacíos.

Grito, apenas conteniendo mi miedo:

—¡No, Harry!

Troy me toma de la mano, apoyándome mientras cojea por la herida en la pierna, la sangre empapando su pantalón.

—Tranquila, vamos a encontrarlo, te lo prometo.—me dice, y su voz es firme, urgente. — Tenemos que salir de aquí.

Pero no tenemos ni un segundo. Mi tío. Aparece de la nada, la figura del diablo y letal que conocí de niña, que me arrebató todo. Dispara a la pierna de Troy ya herida, y él cae de rodillas con un grito ahogado. Siento un nudo en la garganta, terror y odio mezclados.

—Por favor, no, no le hagas daño, por favor… —mi voz tiembla—Haré lo que quieras…

—Al sótano, de nuevo. No lo repetiré —su orden es fría, sin titubeos.

Asiento con la cabeza, suplicante.

—De acuerdo, por favor, por favor…

Nos arrastra hacia abajo. La oscuridad del sótano me envuelve, y ahora hay tres hombres más de su parte. Es de noche, la luz que entra desde las ventanas es mínima, y todo se siente opresivo, imposible. Mi corazón late a mil por hora mientras Troy se desploma contra el suelo, su pierna sangrando, respirando con dificultad.

Mi tío empieza a hablar, sus palabras llenas de arrogancia y amenaza.

—Pensé que tu novio era inteligente —dice con una sonrisa venenosa.

Pero todo cambia cuando afuera se escuchan disparos y explosiones, la casa vibra con cada impacto, y el aire se llena de humo enseguida. Y El maldito productor de mierda palidece al darse cuenta que ha cometido un error al tenernos a los dos aquí, porque solo existe una persona en el mundo que movería cielo, tierra e infierno para venir por nosotros.

—En realidad, somos dos —responde una voz familiar, firme y peligrosa.

Azrael, vestido de combate, moviéndose con precisión listo para matar.

Estoy atada, Troy herido a mi lado. No puedo moverme, aunque quisiera y siento el peso del miedo aplastándome. Mi tío levanta el arma y me apunta directamente a la cabeza.

—Baja el arma —dice a mi tío—o ella muere.

Ve a Troy que lo fulmina con la mirada

—Y tú también, parece que le importas.

Azrael, lento, tenso, baja su arma. La situación es insoportable, el silencio antes de la tormenta lo llena todo cuando otra persona entra.

Ella.

La esposa del diablo. La mujer que siempre estuvo detrás de todo, cómplice silenciosa. A la que mi hijo llama *mamá* hace presencia como si hubiera algo que celebrar.

—¿Trajiste lo que te pedí? —le pregunta su marido.

—Aquí está —responde ella, entregándole una bolsa de dinero.

—Verás, Willow, nunca quise que las cosas acabaran así… Ahora tengo a mi hijo asustado en el auto, muy lejos de aquí. Nos iremos, pero primero los mataré… —sus palabras me dejan helada, la rabia y el terror se mezclan en mi pecho porque todo acabará de esta manera y yo perderé a todas las personas que amo.

Él levanta el arma hacia mí, y siento que todo se detiene, que el mundo entero se ha reducido a un segundo y a un disparo que podría matarme. Mi corazón explota de miedo y no hay tiempo que perder, si he de morir aquí, no me iré sin antes decirles lo que siento.

—Te amo —le susurro a Azrael, mi voz quebrada, temblando —Y a ti también, Troy. Los amo tanto…

—Qué romántico. Enfermos… —la voz de mi verdugo se desliza con una burla venenosa, rozándome la piel como una promesa de muerte, y en ese mismo instante todo a mi alrededor parece quebrarse en un silencio denso, irreal, hasta que el disparo irrumpe y lo destroza, seco, brutal, cortando el aire como si partiera el mundo en dos; lo espero, lo juro que lo espero, tenso cada músculo, aprieto los dientes, preparo mi cuerpo para el dolor que debe venir, para el final que ya he aceptado, y aun así cierro los ojos porque no quiero ver el último segundo de mi vida, no quiero verle a él cuando todo termine, pero el impacto no llega, no hay fuego, no hay oscuridad, no hay nada… solo el eco que aún vibra en mis oídos y mi propio pulso desbocado recordándome que sigo aquí; los abro despacio, con un miedo distinto, más frío, más profundo, y entonces lo entiendo, lo siento antes de procesarlo siquiera: ese disparo no era para mí… nunca lo fue.

Todos nos quedamos congelados, mirando. Azrael reacciona al instante, toma su arma y le apunta.

—Baja el arma. —le dice Azrael, apuntándole.

Veo a mi tío, tirado en el piso, con una bala limpia en su cabeza, toda la materia de su cerebro esparcida por todo el lugar. Demasiado fácil. La rabia me correo, debió sufrir, debió verme irme y dejarlo en la miseria. Pero supongo que, su esposa era su perdición desde un inicio. Y estoy agradecida.

—No te preocupes, ya me iba —dice ella, y sus ojos brillan con una mezcla de locura y resolución.

—¿Dónde está mi hijo? —pregunto, mi voz rota, desesperada —, por favor, dónde está Harry…

Pero no me dice, en cambio me sonríe. Como si me conociera, como si supiera lo que siento. El dolor lo veo cuando veo sus ojos, el miedo y ¿Arrepentimiento? Imposible.

—Cuídalo mucho.

Y antes de que pueda reaccionar Azrael, se dispara a sí misma en la cabeza. El sonido resuena en todo el sótano, un eco que quiebra todo a su alrededor. Siento que el aire se me corta, que

el mundo se derrumba, y miro a Troy, a Azrael, incapaz de procesar la locura que acaba de ocurrir.

—¡NOOOOOOO! —grito, sollozando. —Harry….

El disparo se apaga y el silencio se adueña de todo. La mujer yace inmóvil, y con eso ya no hay amenaza; la muerte de Thoby Graves y su cómplice deja un vacío que es más aterrador que cualquier grito. Troy jadea a mi lado, sangrando, débil, y yo siento que mis piernas no me sostienen, pero estoy viva. Estoy atada, herida, empapada en miedo y sangre, y aun así vivo.

Azrael baja el arma, se acerca con movimientos rápidos, su mirada fija en nosotros. Cada músculo de su cuerpo está tenso, listo para cualquier cosa, pero ahora solo nos mira a nosotros. Se arrodilla y corta las cuerdas que me sujetan al tablón. Caigo al suelo, temblando, llorando, respirando con dificultad. Troy intenta incorporarse, cojeando, apoyándose en mí, y siento su dolor mezclado con el mío, pero aún estamos juntos.

—Vamos —dice Azrael, firme, sin vacilar—. Hay que salir de aquí antes de que algo más aparezca.

Nos movemos con cuidado por las escaleras del sótano, Troy apoyándose en mí, Azrael adelante, armas en mano, escuchando y sintiendo cualquier movimiento. Al llegar al salón, el lugar está vacío. Nadie más está, pero los recuerdos del enfrentamiento pesan en el aire.

—Rápido —susurra Troy—. Por las puertas traseras.

Azrael abre la puerta trasera, revisa el exterior y confirma que no hay nadie. La noche nos envuelve, fría, húmeda, y en un instante puedo respirar. Troy aprieta mi mano, un gesto para decirme que sigue aquí. Azrael me mira con la furia en su mirada y la protección absoluta que siempre lo define.

—No permitiré que nada los lastime—susurra—. Nunca.

Veo que tiene algunas cortadas en el rostro, como si hubiera venido de la guerra y me pregunto si está herido. La oscuridad nos rodea, el viento golpea nuestros rostros, y aunque los cuerpos duelen. No dejo de pensar en mi hijo. Harry sigue lejos, y solo quiero encontrarlo.

Siento que la sangre me quema la piel, gotea por el costado del abdomen y moja mi ropa. La visión se me nubla un poco, el mareo sube rápido, y antes de que pueda reaccionar, Azrael me toma en brazos, firme, inamovible, pero su rostro tenso me dice que está más preocupado de lo que aparenta.

—Mi hijo… —murmuro entre sollozos, pero el dolor me impide hablar más.

Entonces la camioneta aparece, rugiendo en el callejón, luces cortando la oscuridad. Claus, Noel y Max bajan en formación perfecta. No pierden ni un segundo: Claus revisa los alrededores, Max se adelanta hacia el interior y Noel controla que nadie nos sorprenda. La presencia de todos me da un extraño alivio; sé que no nos dejarán solos, aunque todo esté en caos.

—Limpiarán el lugar, encontrarán a Harry.—dice Azrael con voz firme mientras ajusta mi peso contra él, y la mano en mi abdomen intentando que la sangre no siga corriendo.

Asiento llorando.

—Azrael, lo siento —susurro, con la voz quebrada y los sollozos temblando.

—Te amo —me responde, con esa seguridad que siempre me hiela y me calienta al mismo tiempo, mientras me aprieta más contra su pecho, como si quisiera que todo el mundo desapareciera en ese abrazo.

Troy, a mi lado, me da un beso en la cien, suave, lleno de calor. Siento sus dedos apretando los míos, su calor, su fuerza.

—Nos perteneces y nosotros a ti, *Ratoncita* —susurra Troy, y su voz me hace estremecer.

Azrael se ríe, un sonido raro, grave, cargado de alivio y adrenalina, pero justo en ese momento, veo cómo sus párpados comienzan a cerrarse, su cuerpo se afloja ligeramente, y un hilo de preocupación cruza mi mente antes de que ocurra lo imposible:

—Azrael… —susurro, pero él no responde. Se desmaya en los brazos de Troy y míos.

Max se acerca primero, rápido, revisando a Azrael y a mí con mirada dura, evaluando la sangre en mi abdomen y la herida en la pierna de troy.

—¿Está herido? —pregunta, afilado.

—No —responde Troy por mí, porque yo no puedo moverme, ni siquiera apartarme de Azrael. Su peso es mi ancla y su calor lo único que me mantiene consciente, aunque la fiebre me queme por dentro.

Max maldice, bajo, y sus ojos caen sobre mí de nuevo y la herida en mi abdomen sangrando a borbotones de nuevo.

—Vas a desmayarte también —dice.

Siento cómo Troy, con su pierna sangrando, me toma en brazos. La presión de su cuerpo me hace sentir pequeña, no puedo moverme y me siento débil. Claus y Noel se acercan, levantan a Azrael cuidadosamente, sujetándolo como si fuera frágil, aunque sé que es lo contrario: lo fuerte es lo que lo hace mortal. Lo meten en el auto, con movimientos calculados y precisos, sin perder un segundo.

—Azrael… Dios mío.

—Estará bien—me consuela Troy, llevándome a su pecho para abrazarme.

Claus se acerca me ve y sonríe apenas cuando dice:

—Tenemos al niño. Está a salvo.

Lloro, sollozo y le digo gracias con la mirada, aunque no pueda hablar.

Solo en ese instante, mientras Troy me sostiene contra su pecho, puedo permitirme cerrar los ojos y dejarme caer. Mis párpados caen pesados, el mundo se vuelve sombra y calor y dolor mezclados. No tengo fuerzas para más; todo lo que queda es su respiración contra mi oído, su cuerpo protegiéndome, y el ruido lejano de los motores y los pasos que nos aseguran que, por ahora, no estamos solos.

—Quédate conmigo, Willow. Quédate con nosotros. Por favor, no me dejen.

Mi amor.

Me dejo llevar por su voz, y el cansancio absoluto. No hay gritos, no hay disparos, solo el latido de nuestros cuerpos heridos y el frío silencioso de la noche que entra por la ventanilla del auto.

Todo lo demás puede esperar. Por un momento, solo existimos nosotros tres: Azrael, Troy y yo, rotos, sangrando, pero aún juntos.

EPÍLOGO

Willow

Han pasado cinco días desde que todo acabó, y yo todavía tiemblo de miedo y cansancio, apoyada en la pared de la sala de espera. Mi mano sigue entrelazada con la de Troy, quien permanece firme a mi lado, compartiendo mi tensión, mientras Hunter sostiene la otra con la misma fuerza que si pudiera transmitirme calma a través de la piel. Max, Claus y Noel esperan más atrás, rígidos, silenciosos, vigilando todo con ojos de cazadores; cada movimiento, cada respiración, cada pitido de los aparatos parece un recordatorio de lo frágil que es la vida.

El aire es pesado, cargado de miedo y adrenalina. Todo pasa demasiado lento. Y entonces aparece Theron Sterling, el mejor neurocirujano de la ciudad y el jefe de la mafia combinando peligrosamente con cada paso que da. Su mirada recorre la sala y siento que todos los años de guerra y lucha se concentran en un solo hombre.

—La explosión movió la bala —dice con voz fría—. La hemos removido.

—¿Está bien? —pregunta Max.

Me aferro a la mano de Troy, con miedo de que cualquier respiro fuera el último.

—No lo sabemos todavía —responde Theron—. Hasta que despierte, lo hará en cualquier momento.

—¿Podemos verlo? —hablo, sintiendo que mis piernas se convierten en gelatina.

—Sí, pueden acercarse, pero recuerden… si se despierta, será un jodido milagro.

…

Troy se coloca a un lado de la cama. Yo me quedo al borde de la puerta, para salir corriendo si es necesario cuando Azrael despierte y no sepa de nuevo quién soy yo.

Los minutos parecen eternos. Hasta que los ojos de Azrael se abren. No se mueve, no habla todavía, pero me ve a mí y a Troy. Sus ojos me atraviesan, me reconocen, me sostienen, y siento cómo un calor oscuro y profundo me recorre, como si todo el mundo desapareciera y solo existiéramos él y yo, unidos por lo que hemos sobrevivido.

—*Ella*… —susurra, señalando hacia mí, y siento un nudo en la garganta que me impide respirar. Todo el miedo acumulado, toda la desesperación de estos días, toda la culpa y el amor reprimido se derrumba en lágrimas que ruedan sin control.

—Traigan a mi mujer aquí —añade con fuerza, su voz débil pero llena de intención—. ¿Por qué mierda está tan lejos?

Su hermano ríe junto a los demás. Me acerco lentamente, temblando, llorando, sintiendo que cada paso es un milagro. Troy aprieta mi mano, y me sonríe.

—Es bueno tenerte de vuelta, hermanito—le dice Max.

Claus, Noel, Hunter y Max se retiran, dejándonos solos a los tres, y el silencio que queda es denso, cargado nerviosismo por mi parte, alegría por Troy y sabrá Dios lo que siente Azrael en estos momentos.

—Pensé… —comienzo, temblorosa, la voz rota por la emoción.

—No te he olvidado, *Mäuschen.* Se necesita más de una bala para que eso suceda. Te amo. —Su voz, profunda y grave, atraviesa el miedo y el dolor.

—La cagué —susurro llorando.

—Y aun así te amo —responde, su mirada fija en la mía y en la de Troy—. Dilo, *Mäuschen*. Di que nos amas.

Ve primero a Troy, luego a mí. Troy aprieta mi mano.

—Los amo. Los amo demasiado.

No hacen falta palabras. Me mira, y en su mirada están la tensión, la oscuridad y el caos que nos rodeó, y aun así sigue ahí, reclamándonos, *reclamándome*. Este hombre, que alguna vez

pareció un caballero sacado de un libro, yace ahora en la cama, débil y vulnerable, pero sus ojos lo dicen todo: nos necesita, nos reconoce, nos pertenece, y nosotros a él. Lo amé entonces, y lo amo ahora, con su fuerza, con la violencia contenida que siempre lleva consigo y el infierno que desata su mirada. No solo me da su calor, también me comparte su mundo, su poder, su intimidad, y en ese acto comprendo que todo lo oscuro que es parte de él también es parte de nosotros.

EPÍLOGO EXTRA

Azrael

Un año después
Brighton, Inglaterra

Ha pasado un año desde aquel infierno. La casa frente a la playa de Brighton es nuestra, no hay secretos, no hay miedo. Solo la brisa salada del mar y la risa de Harry corriendo entre las olas, descalzo, el pelo húmedo y despeinado, gritando porque alguien le robó su cubo de arena. Willow lo sigue, riendo, y yo la miro desde la terraza, con la cerveza en la mano, sintiendo cómo todo el dolor de los últimos meses se deshace poco a poco. Ella nunca había sido tan feliz, y verla así, viva, completa, me hace querer arrodillarme frente al sol y jurar que nunca más la dejaré sola.

Troy se acerca a mí, con esa sonrisa torcida que mezcla diversión y reproche, la misma que me saca de quicio y que no puedo negar que me encanta.

—Eres un buen padre —me dice, señalando a Harry, que ahora está construyendo un castillo con palas y cubos que no parecen encajar en ningún plan lógico.

—Tú también —respondo, dándole un golpe de complicidad con la cerveza.

—El otro día me preguntó si podía hacerse un tatuaje —continúa Troy, encogiéndose de hombros.

—¿Qué le dijiste? —le pregunto, divertido.

—Que sí, pero que cuando tenga 18 o 21 debería preguntarle a Willow primero —me suelta con esa sonrisa de "sé que le va a preguntar de todas formas".

Nos reímos, pero no es una risa ligera: es una risa que lleva dentro todo el peso de lo que sobrevivimos. El cielo se tiñe de

naranja y rosa, y el olor a sal me recuerda que por fin estamos lejos del caos que nos arrastró durante tanto tiempo. Willow se acerca a la orilla, tomando a Harry en brazos, su risa mezclándose con la del niño, y mi pecho se aprieta con algo que podría llamarse paz, aunque nunca será tranquila del todo.

—Lo estás haciendo bien, Troy —le digo, serio ahora, y él se encoge de hombros.

—Tú también, *Escorpión* —responde, guiñándome un ojo—. Quién lo diría, ya casi no maldices…

Si no lo amara lo mataría, lo juro. A veces no puede quedarse callado.

Willow nos mira con esa sonrisa que me derrite, y yo me acerco, tocando su hombro con la punta de los dedos, se ve tan deliciosa en su bikini. Harry grita que quiere correr otra vez hacia el mar, y Troy se inclina para decirle algo al oído y me lanza una mirada cómplice: "*Nos tenemos a nosotros, todo lo demás da igual*". Y lo sé. Todo lo demás da igual.

…

Cuando cae la noche, la arena se enfría bajo nuestros pies, y dejamos a Harry durmiendo y vigilado desde aquí, ahora los tres solos. Es momento de contemplar el futuro.

Troy se arrodilla primero, sacando un pequeño estuche de terciopelo, y yo hago lo mismo, sin palabras, solo con la seguridad de que todo esto es nuestro: nuestra forma de prometer que no habrá secretos, que no habrá miedo, que nunca volveremos a dejar que nadie destruya el amor que nos tenemos.

Willow comienza a llorar y se lleva las manos al rostro. Espero que esté llorando de felicidad o nerviosismo y no porque piense que nos volvimos locos.

—¿Nos quieres? —pregunta Troy, con esa mezcla de broma y seriedad que solo él sabe poner.

—Sí —responde Willow, con la voz quebrada, pero firme, y sus ojos me atraviesan como si pudiera leerme.

—Entonces haznos tuyos para siempre —digo yo, firme, y la miro

directo a los ojos, sintiendo que el mundo se acalla a nuestro alrededor. —Cásate con nosotros.

—Sí—dice sonriendo y llorando de felicidad—Sí seré su esposa.

Harry —quien se supone estaba durmiendo—corre hacia nosotros de nuevo, gritando que quiere construir castillos en la playa, y Willow lo abraza, riendo, mientras Troy me toma del brazo y yo me acerco para besarla a ella y luego a él, una unión silenciosa, oscura y llena de todo lo que sobrevivimos. Y ahora, mientras nos abrazamos los tres, siento que hemos encontrado algo que nunca pensé posible: una familia que elegimos, un amor que soportó el fuego, la sangre y la traición.

Miro a lo lejos y veo a mi hermano sosteniendo a su hijo, tranquilo, feliz. Y sé que todos los horrores que dejamos atrás no nos definirán nunca más. Aquí estamos, juntos, imperfectos, pero intactos. Aquí estamos, y no necesitamos nada más.

Troy

La brisa marina pega fuerte y me revuelve el cabello mientras sigo caminando por la arena junto a Willow y Azrael. La veo de reojo, sosteniendo a Harry de la mano, y no puedo evitar sonreír por dentro. La felicidad de ella es contagiosa; todavía hay cicatrices, todavía hay recuerdos oscuros, pero ahora todo está matizado con luz, con risa. Azrael se queda unos pasos detrás, observando a su hermano y a Harry a lo lejos, y puedo sentir esa intensidad en su mirada que siempre me recuerda que no hay nadie que pueda tocar a los nuestros.

—Sabes, Ratoncita —le digo con una sonrisa—, creo que Harry ya nos superó en tamaño y energía.

Willow ríe, apretando su mano, y Harry da un grito desde el agua, echando a correr hacia nosotros.

—Sí, y no puedo creer que haya aprendido tan rápido a escaparse de mí —responde ella entre risas.

Azrael se cruza de brazos, mirándome con esa ceja levantada que ya conozco tan bien.

—Al menos tú no corres como él —dice, y yo le lanzo un codazo.

—Gracias por el cumplido, *Escorpión* —le respondo, y él gruñe divertido, pero no puede evitar sonreír.

Nos detenemos a la orilla del agua. Harry salta sobre la arena, gira, y corre hacia nosotros de nuevo, riendo sin preocupación alguna. Willow se agacha para abrazarlo, y mientras los observo, me doy cuenta de que este momento, aunque diferente, es todo lo que alguna vez soñé.

—Tú… tú estás loco —dice entre risas nerviosas.

—Puede ser —respondo, encogiéndome de hombros—. Pero después de todo lo que hemos pasado, estoy seguro de una cosa: quiero pasar el resto de mi vida con ustedes.

—Y yo también —dice Azrael, su voz grave y firme—. Si vas a decir que sí, quiero que sepas que significa todo. Cada día, cada lucha, cada maldito momento de locura que nos trajo hasta aquí.

Willow ríe entre lágrimas, Azrael y yo intercambiamos una mirada rápida, y sé que ambos sentimos que todo el peso que nos aplastaba se ha ido.

—Les he dicho que sí seré su esposa. ¿Acaso ya me dejarán ir por juguetes para cerrar el trato?

—Otra vez con eso, Ratoncita—le digo, mientras le hago cosquillas en las costillas y ella explota en una carcajada y me da un manotazo para apartarme.

—Bueno —digo, mirando a Azrael y luego a Willow—, supongo que somos oficialmente un trío peligroso, romántico y completamente jodido.

Azrael me da un codazo, divertido, y me susurra:

—Te odio por hacerla reír así.

—Y yo te amo —respondo, guiñándole un ojo—. Al igual que tú a mí.

Willow nos abraza a los dos, apretando fuerte. Harry se une al abrazo, y mientras el sol se hunde por completo en el horizonte, sentimos que todo, absolutamente todo, vale la pena.

No hay miedo, no hay sombras. Solo nosotros. Unidos, completos, indestructibles, listos para cualquier cosa que venga—

menos para competir con juguetes sexuales—. La arena fría bajo nuestros pies, el sonido de las olas. y mientras los miro, sé que este es nuestro final… y también nuestro comienzo.

¿FIN?

Aunque si sigues leyendo puede que te sorprendas:

CAPÍTULO EXTRA:

Willow

Risas llenan la habitación cuando entramos los tres a la habitación.

Nos la hemos pasado toda la tarde recorriendo tiendas, ya que entre bromas y una apuesta he ganado y por fin fui por mis juguetes sexuales.

He arrastrado a Azrael y Troy al centro comercial mientras Harry está en un viaje escolar y no lo veremos hasta mañana por la mañana. Ahora tengo lo que quiero, he comprado cosas buscando que no solo fueran de mi agrado, sino que también alimentaran la curiosidad de ellos. Hemos visto cosas realmente espantosas y cosas que me hacen pensar cómo es que pueden existir, pero lo que ha sacado nuestras risas, es la broma que ha hecho Troy con relación a un calzoncillo con forma de elefante que quería usar cuando cocinara nuestra próxima cena. Azrael no cabía en el desconcierto y ha bromeado con ello y es por eso que estamos los tres muertos de la risa, aunque todo cambia cuando la puerta se cierra y quedamos los tres dentro. El aire cambia y puedo percibir sensualidad y deseo.

Me alejo de ellos y me dejo caer en uno de los sofás individuales que hay en nuestra gigante habitación, estoy algo cansada por lo cual, de forma poco señorita me quito los zapatos de un tirón y los lanzo a cualquier parte por el suelo, no sé dónde caen pero sí escucho el ruido del azote algo lejos. Me desparramo como si me tratara de un gato y me estiro dejando mi cuerpo relajado.

—Ha sido un gran día—les digo a mis hombres— realmente lo he disfrutado.

Mis palabras son sinceras y puedo apreciar cómo los chicos se adentran en la habitación cada uno por su lado.

Azrael se acerca al otro sofá y Troy comienza a quitarse el abrigo dejando este ordenado colgado en la silla de mi tocador. Ni siquiera le preguntaré cómo es que llegó con esa cosa puesta hasta nuestra habitación.

—Ya sabes lo que haremos cuando yo cocine, *Ratoncita*. — dice Troy sentándose también.

Tener a ambos en la misma demanda hace que me caliente de golpe, por lo que, no puedo evitar pasear mis ojos entre ambos cuerpos fornidos que, cuando se proponen trabajar en equipo me pueden brindar los mejores orgasmos jamás obtenidos. El pensamiento me hace inquietarme y mis piernas traicioneras se juntan dejando escapar una pequeña risita solo para responder al comentario que ha soltado Troy.

El gran detalle que se me pasa por alto es que Azrael me conoce a la perfección por lo cual, cuando mis ojos van a parar a su rostro, una prometedora sonrisa ya se encuentra posada en sus labios.

—Creo que nuestra chica lo que menos quiere hacer es esperar, —ronronea— Vamos *Mäuschen*, enséñale a Troy lo que causamos en tu cuerpo.

Las palabras de Azrael hacen que me sonroje, pero solo puedo responder con una leve sonrisa. Mis piernas, que antes estaban apretadas debido al hormigueo que se genera en mi interior teniendo a ambos tan cerca, se separan con total descaro y una de mis manos va a parar a mi entrepierna acariciando con descaro mi coño sobre mi ropa interior debajo de mi falda. Azrael se relame los labios, yo muerdo mi labio inferior y de reojo veo como Troy se arrodilla y se acerca a gatas hasta mi cuerpo, como si de una pantera se tratara.

—Me encanta lo creativa que te pones, *Ratoncita* cuando te observamos. — las palabras de Troy solo encienden más mi deseo y siento cómo sus manos suben por mis muslos acariciando estos mientras mi mano vuelve a acariciar sin vergüenza alguna mi entrepierna.

—Quiero ver qué tan creativos podemos ser esta vez, y bien saben que debemos ser los tres. — mi petición llena el aire y Troy

me regala esa sonrisa traviesa que siempre son mi complicidad.

Sin más tiempo que perder, sus manos llegan a mi cintura y toma del dobladillo de mi falda para arrastrarla y quitarla por completo junto con mis bragas. Mi cuerpo me delata y ya estoy toda mojada.

—Troy, Willow necesita tu boca y debes atenderla. —la orden de Azrael no se hace esperar en y sin previo aviso, Troy se acerca a mi centro y comienza a lamer con desespero mis pliegues haciendo ruiditos con mis fluidos mientras me come el coño. Este hombre sin duda tiene un doctorado en comer coños porque cuando su lengua llega a mi centro, yo solo puedo ver estrellas.

Mi cuerpo se retuerce en el sofá por todo el placer que Troy me entrega con su boca, pero mis ojos no pierden de vista a Azrael, el cual se mantiene observando desde su puesto como quien observa un perfecto espectáculo. Puedo ver como su lengua pasea por sus labios y el deseo forma parte de él solo con observarme.

—Por favor, por favor Azrael te quiero con nosotros— mis suplicas llenan el aire, el placer es demasiado cuando la boca de Troy se dedica a morder y jugar en mi clítoris, pero quiero que la escena sea perfecta, quiero que el placer sea completamente de los tres.

Mientras Troy tiene la boca totalmente ocupada con mi coño, puedo notar cómo Azrael se pone de pie y se acerca a nosotros. Comienza acercándose a mí por un costado y me regala un beso que se lleva cada uno de mis gemidos, pero luego de un par de lamidas que me brinda se aparta y se acerca hasta Troy acariciando su cabello y empujando suavemente para que se presione más con su lengua mi clítoris. El acto me hace gemir en alto y mi respiración se acelera aun más.

Me siento totalmente deseada, jamás pensé que dos hombres llegaran a ser mi centro y esta vez solo quiero disfrutar de lo que ellos me pueden entregar.

Azrael, tomando su tiempo, se acerca a Troy y se deja caer suavemente de rodillas a su espalda, eso solo me hace relamer mis labios y posar mis ojos en la perfecta imagen que me entregan ambos. Me deleito con esos cabellos rubios que me arrancan

sabrosos jadeos mientras se mueven entre mis piernas y a su vez, aprecio la sensualidad y dominio que me brinda Azrael con su figura acomodada detrás de la espalda que soporta mis talones.

Las manos de Azrael acarician suavemente los costados de Troy y sus caricias causan que la lengua de este se mueva de forma pausada pero totalmente controlada, no se aparta ni se detiene. Mis ojos no pueden apartarse de la perfecta imagen que ambos me brindan.

Las caricias de Azrael toman el ritmo, Troy ha bajado su intensidad, pero no deja de lamer mi centro. Puedo apreciar cómo Azrael acaricia el trasero de Troy y suavemente va bajando sus pantalones y su ropa interior, yo a pesar de lo perdida que me encuentro en el placer no pierdo de vista la imagen que me entregan ambos.

Azrael suelta un fuerte azote en el culo de Troy y este se aparta apenas un poco para soltar un gruñido sobre mi piel, el golpe le ha tomado por sorpresa, pero lejos de molestarlo, puedo notar que le ha gustado, aunque su pausa no dura mucho porque Azrael lo sujeta del cabello y lo vuelve a enterrar en mi coño haciendo que este comience a lamer suavemente.

—No tienes permitido descuidarla, tu boca debe estar ocupada hasta que bebas su última gota. —La demanda de Azrael es firme y a mí solo me hace estremecer porque Troy retoma sus lamidas frenticas que me vuelven a llevar al paraíso.

Azrael abre su pantalón y comienza a frotar su miembro en el trasero de Troy, este se tensa un poco, pero se relaja casi al instante cuando Azrael escupe su culo y comienza a prepararlo para que le reciba. Esto no es nuevo para mí por lo cual, a pesar que estoy jadeando totalmente entregada a los labios de Troy, no puedo apartar la mirada de las acciones que me brinda Azrael.

—Me voy a follar tu culo como te gusta y también voy a llenarlo, pero antes de correrme, ella se tiene que correr primero. —Las palabras han sido claras y Troy se enfoca en atacar mi clítoris, las manos de Azrael acarician el culo de Troy y noto como la espalda de este se tensa cuando Azrael comienza a prepararlo. Primero un dedo, luego dos. Puedo apreciar a la perfección lo que está

sucediendo entre mis piernas a pesar de que coño está siendo devorado. Las caricias se vuelven contantes y las lamidas no han cesado y mi orgasmo se aproxima, puedo sentirlo.

Noto cuando Azrael penetra a Troy, lo que hace que este se aparte nuevamente para soltar un gemido, esta vez Azrael no lo regresa hasta mi coño, pero si lo sujeta del cabello para someterlo y terminar de penetrarlo de una embestida, siempre me hace estremecer y no puedo evitar excitarme más. La imagen que me entregan es sensualidad pura y salvaje, ahí no hay delicadeza. Azrael comienza a bombear en el culo de Troy mientras yo no dejo de observar. Las manos de Troy acaban durante unos instantes pegadas al piso, pero dentro del placer que está recibiendo Troy, puedo notar que algo agarra y lo aferra a sí mismo sin dejar de obtener el placer que le está causando Azrael con sus embestidas.

—Eres un tramposo, tenías todo planeado. — Reclama Azrael bombeando en el culo de Troy sin piedad alguna, Troy realmente lo disfruta porque de sus labios llenos de mis fluidos solo escapan gemidos y puedo notar cómo un pequeño vibrador acaba en las manos de Troy y este lo lleva a mi coño haciéndome soltar un fuerte gemido por lo sensible que estoy.

—Esto es nuestro— decreta Troy, mientras sus caderas se mueven sin piedad alguna recibiendo las embestidas que le proporciona Azrael y la habitación acaba llena de mis gemidos, y el vibrador esta sobre mi clítoris. El tiempo ha sido decretado y el placer ha tocado su punto máximo, mi cuerpo solo pide ser liberado. Mis caderas comienzan a moverse bajo el juguete que sujeta Troy y su boca se acerca hasta mi mojada vagina causando que me estremezca y me frote como una zorra sobre su boca, por otro lado, escucho los azotes que le brinda Azrael ante cada embestida y el espacio se llena de sonora lujuria, los segundos están contados y los movimientos se vuelven más y más marcados.

Troy introduce casi por completo el vibrador en mi interior y yo exploto a su alrededor sin anuncio alguno, el orgasmo llega sin piedad y de una forma totalmente inesperada. Mis gemidos son acompañados por dos gruñidos, el aviso de que ambos se han

corrido, mi cuerpo queda rendido y yo no puedo sentirme más llena en todo sentido.

Sus cuerpos son mi perdición, mi placer, mi más oscura tentación; un vicio del que ya no quiero escapar. Y yo… yo les pertenezco, sin reservas, sin dudas, como si siempre hubiera sido así. Lo sé en la forma en que me miran, en cómo me reclaman sin palabras, en esa certeza peligrosa de que vigilarán cada uno de mis pasos… y aun así, no hay nada que desee más que perderme en ellos.

FIN

CONTINÚA LEYENDO:

RAVEN

LA HISTORIA DE CLAUS

Código negro 3

CÓDIGO NEGRO TIENE SUS PROPIOS JURAMENTOS…PERO ESTOS SON LOS MÍOS:

Juramento I: Si te tocan, no los detengo… los destruyo.
Juramento II: No soy bueno, pero soy tuyo en lo único que importa: te mantengo a salvo.
Juramento III: Mis pecados llevan tu nombre, aunque nunca lo digas en voz alta.
Juramento IV: No me voy antes que tú. Nunca.
Juramento V: Puedo romperme mil veces, pero siempre voy a volver a ti.

PRÓLOGO

Claus

Solo hay una persona en esta vida capaz de detenerme. Una. Y cuando lo pienso con la frialdad que me caracteriza, con esa parte de mí que no duda en apretar el gatillo cuando hace falta, entiendo que quizá ya he llegado al límite. Que es momento de hacerlo. De parar. No por redención —no creo en eso —, sino por ella, ella me necesita. Porque fallarle no es una opción. *Antes muerto*… pero tampoco puedo permitirme morir. No cuando todo lo que hago, cada decisión, cada cadáver que dejo atrás, también es por ella.

El motor eléctrico de mi Tesla Model S Plaid apenas emite sonido mientras dejo atrás Londres, como si la ciudad, con todo lo que arrastra conmigo, pudiera desaparecer en el retrovisor y dejarme respirar, aunque sea por unas horas. Podría haber tomado un avión, habría sido más rápido, más eficiente, pero odio los aviones, odio no tener control, odio esa sensación de estar encerrado sin salida. En una misión es distinto, la adrenalina lo

cubre todo, pero hoy no hay misión, hoy solo soy yo, Claus Radkle, treinta y cinco años, y una regla que nunca rompí hasta que ella apareció: no dejar que nadie se acerque lo suficiente como para importarme.

Fui al infierno y volví, obtuve mi venganza, pero yo ya estaba muerto por dentro. Ser parte de Código Negro no ayudó, lo empeoró, porque he visto el infierno caminar entre nosotros con rostro humano, he estrechado manos que deberían haber sido cortadas hace años, he escuchado súplicas que no cambiaron nada y después he apretado el gatillo sin titubear, una bala limpia, directa, el tipo de justicia que no sale en los periódicos. Eso es lo que me digo para poder dormir, aunque algunas noches ni siquiera eso funciona.

El paisaje cambia sin pedir permiso y sé exactamente dónde estoy incluso antes de ver el cartel: Yorkshire Dales. El gris desaparece, el aire pesa menos y las carreteras se estrechan entre colinas abiertas que parecen no terminar nunca. Aquí todo es demasiado limpio, demasiado honesto… demasiado lejos de lo que soy.

Treinta minutos después, el letrero aparece medio oculto entre la hierba alta: Raven Valley. No necesita más. Nunca lo ha necesitado, es todo mío.

Este lugar no es solo un rancho. Es legado.

Los Radkle llevamos generaciones aquí, levantando algo que desde fuera parece simple, casi humilde, pero que en realidad sostiene media región. Ganado, caballos, tierras que se extienden más allá de lo que alcanza la vista… y gente. Mucha gente. Familias enteras que trabajan para nosotros desde hace décadas, hombres y mujeres que no son empleados, son parte de algo más grande, algo que mi apellido ha protegido y mantenido en pie mucho antes de que yo naciera.

Somos dueños de media ciudad… pero elegimos vivir aquí. Porque el dinero nunca fue lo importante.

O eso me dijeron.

Reduzco la velocidad y entro por el camino de grava, escuchando el crujido bajo las ruedas mientras las cercas de madera negra enmarcan praderas abiertas donde los caballos corren libres, fuertes, indomables. A lo lejos se ven los establos, grandes, sólidos, construidos para durar generaciones, y más allá, la casa.

No es una mansión.

Nunca lo fue, y nunca tuvo intención de serlo. Así lo quiso mi padre, y así se ha mantenido con los años, intacto en lo esencial, como si el tiempo respetara su decisión. La construyó él mismo hace más de treinta años, con sus propias manos, *tabla a*

tabla, piedra a piedra, rechazando cada sugerencia de hacerla más grande, más imponente, más… digna del apellido que llevamos. Él no quería una mansión. Quería algo suyo. Algo real. Un lugar donde el silencio no pesara y las paredes no parecieran observarte.

Decía que el lujo era una forma elegante de mantener la distancia, de recordarte constantemente lo que tienes y lo que los demás no, pero que eso no significaba nada cuando llegaba la noche y te quedabas solo contigo mismo. Por eso eligió lo contrario. Espacios amplios pero vividos, madera que cruje al pisarla, ventanales abiertos al campo, una cocina que siempre huele a algo caliente, aunque no haya nadie dentro. Quería un hogar, no un símbolo. Y con eso también muchas habitaciones que nunca llenó.

Porque el dinero puede comprarte tierra, poder, respeto… incluso miedo. Pero hay algo que nunca ha estado en venta.

El calor.

Y mi padre lo sabía. Cuando mi madre murió de joven.

Aquí crecí.

Aquí aprendí a montar antes que a pelear.

Aquí tuve una vida que no necesitaba sangre.

Y aun así… me fui.

Dejé todo esto atrás porque no era suficiente, porque quería más, porque la calma me asfixiaba más que cualquier avión. Y fue en esa búsqueda donde encontré el amor y la pérdida. La venganza gracias a Theron, el jefe de la mafia de Londres, y donde entendí que el mundo no era tan simple como estas colinas, donde entré en Código Negro y dejé de ser solo un Radkle para convertirme en algo… diferente.

Algo peor.

Estaciono frente a la casa y apago el motor, quedándome unos segundos en silencio, observando un lugar que debería sentir mío y que, sin embargo, cada vez me resulta más lejano. Papá lo ha hecho bien en mi ausencia.

Salgo del coche, me coloco los anteojos de montura negra por costumbre y tomo la bolsa de regalo del asiento antes de cerrar la puerta con suavidad. El aire huele a pasto, a tierra, a vida… y por un instante me pregunto en qué momento dejé de pertenecer aquí.

Entonces la veo.

Mi persona favorita en todo el mundo.

La única capaz de desarmarme sin esfuerzo, de reconstruirme incluso cuando no lo merezco. Sale por la puerta y corre hacia mí, y todo lo demás desaparece, como si nunca hubiera existido.

Es por ella.

Por ella sigo metiendo las manos en la oscuridad, asegurándome de que nada de lo que hay ahí fuera llegue hasta este lugar. He visto lo que ese mundo le hizo a Theron, a Max, a Azrael, incluso a Noel… y no voy a permitir que toque esto. Que la toque a ella.

Todo es por ella.

Cada decisión.

Cada bala.

Cada pecado.

Porque ella lo es todo.

Y por eso… no puedo morir.

—¡Papi!

---

[1] Bar. "Pub" de reino unido.

[2] Ratoncita es Alemán.
[3] Ratoncita en alemán.